

**DE LEYES  
Y LÍMITES  
DEL  
CAPITALISMO  
EN LA *LARGA*  
*DURACIÓN***

RODRIGO R. GÓMEZ G.

**DE LEYES  
Y LÍMITES  
DEL  
CAPITALISMO  
EN LA *LARGA*  
*DURACIÓN***

DR. EDUARDO ABEL PEÑALOSA CASTRO  
RECTOR GENERAL

DR. JOSÉ ANTONIO DE LOS REYES HEREDIA  
SECRETARIO GENERAL

DR. RODOLFO RENÉ SUÁREZ MOLNAR  
RECTOR DE LA UNIDAD CUAJIMALPA

DR. ÁLVARO JULIO PELÁEZ CEDRÉS  
SECRETARIO DE LA UNIDAD

DR. ROGER MARIO BARBOSA CRUZ  
DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DR. JORGE LIONEL GALINDO MONTEAGUDO  
SECRETARIO ACADÉMICO DCSH

DAVID GONZÁLEZ TOLOSA  
JEFE DEL PROYECTO DE DIFUSIÓN Y PUBLICACIONES DCSH

**DE LEYES  
Y LÍMITES  
DEL  
CAPITALISMO  
EN LA *LARGA*  
*DURACIÓN***

RODRIGO R. GÓMEZ G.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
Unidad Cuajimalpa

---

De leyes y límites del capitalismo en la *larga duración* /

Rodrigo R. Gómez G. – México : UAM, Unidad Cuajimalpa, 2018.

365 p. : gráficas, tablas. – (Colección Biblioteca Posgrado)

ISBN: 978-607-28-1359-5

ISBN: 978-607-28-1358-8 (Colección)

1. Capitalismo 2. Economía política 3. Economía marxista

I. Gómez G., Rodrigo R.

Dewey: 330.122 G66

LC: HB501 G66

Esta obra fue dictaminada positivamente y evaluada para su publicación por el Consejo Editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM, Unidad Cuajimalpa.

Primera edición, 2018

---

D. R. © 2018, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa  
Avenida Vasco de Quiroga 4871  
Col. Santa Fe Cuajimalpa  
Del. Cuajimalpa de Morelos, 05300, Ciudad de México  
[www.cua.uam.mx](http://www.cua.uam.mx)

Diseño de colección y portada: Selva Hernández López

ISBN: 978-607-28-1359-5

ISBN: 978-607-28-1358-8 (Colección)

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada o transmitida, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

*Made in Mexico*



*A mis amigos*





# ÍNDICE

<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>11</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>13</b>
<b>CAPÍTULO 1. ¿QUÉ ES EL CAPITALISMO?</b>	<b>19</b>
¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE CAPITALISMO?	<b>19</b>
LO <i>FORMALMENTE</i> CAPITALISTA	<b>26</b>
LO <i>ESPECÍFICAMENTE</i> CAPITALISTA	<b>34</b>
PREÁMBULO A LAS TEORÍAS DEL DERRUMBE	<b>42</b>
<b>CAPÍTULO 2. LAS TEORÍAS DEL DERRUMBE</b>	<b>53</b>
<b>CAPÍTULO 3. LAS LEYES DEL DESARROLLO CAPITALISTA     SEGÚN K. MARX</b>	<b>97</b>
LA LEY DEL VALOR	<b>99</b>
LA LEY GENERAL DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA	<b>109</b>
LA LEY DE LA TENDENCIA DESCENDENTE DE LA TASA DE GANANCIA	<b>118</b>
<b>CAPÍTULO 4. LOS LÍMITES DEL CAPITAL SEGÚN     I. WALLERSTEIN</b>	<b>133</b>
EL LÍMITE ECONÓMICO	<b>142</b>
EL LÍMITE DEMOGRÁFICO	<b>164</b>
EL LÍMITE GEOGRÁFICO	<b>174</b>
EL LÍMITE ECOLÓGICO	<b>183</b>
EL LÍMITE POLÍTICO	<b>192</b>
EL LÍMITE SOCIAL	<b>213</b>
EL LÍMITE CIVILIZATORIO	<b>226</b>

<b>CAPÍTULO 5. BUSCANDO GRIETAS EN EL SISTEMA</b>	<b>237</b>
CONSIDERACIONES SOBRE EL MOVIMIENTO	
DE LA TASA DE GANANCIA EN PIKETTY Y MARX	<b>237</b>
EL CENTRO Y LA PERIFERIA EN PERSPECTIVA	
HISTÓRICA	<b>255</b>
POLARIZACIÓN Y POBREZA	<b>269</b>
LA CRISIS DE LOS ESTADOS	<b>285</b>
EL FIN DE LOS RECURSOS	<b>297</b>
LA LUCHA DE CLASES EN PERSPECTIVA HISTÓRICA	<b>315</b>
EL FIN DEL MUNDO COMO LO CONOCEMOS	<b>331</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>353</b>

## AGRADECIMIENTOS

Esta investigación es ante todo el resultado de mi paso por la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa; la forma final que adquirió, así como mucha de la estructura que la sustenta, se debe a los dos años que duraron mis estudios de maestría en dicha institución, nutriéndose de comentarios y enseñanzas de profesores y alumnos que sin duda tuvieron un gran peso en lo que sea que se haya logrado al terminar este proyecto. Para concluir en tiempo y forma fue vital el apoyo económico del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. A ambas instituciones va mi primer agradecimiento.

Debería continuar por agradecer a mi director de proyecto, Leonardo Díaz, por el interés mostrado, por su constante entusiasmo por las ideas aquí vertidas, y por hacer este viaje considerablemente más sencillo. Asimismo, fue importante la ayuda brindada por mi comité tutorial, del cual formaron parte Laura Carballido y Alejandro Araujo, quienes facilitaron bastante el buen término de esta investigación. Como asesores externos tuve la buena fortuna de contar con el doctor Jesús Rodríguez y el doctor Daniel Inclán, ambos de la UNAM; a ellos, gracias. De igual manera, agradezco a Octavio Rosas Landa, quien por primera vez escuchó sobre mi intención de hacer este viaje y a quien debo el haber dado el primer paso en la dirección correcta mientras asesoró mi tesis de licenciatura. Hubo también muchos profesores de la planta académica de la UAM-C que, consciente o inconscientemente, influyeron en el trabajo, entre los cuales destaca Mario Barbosa, quien logró motivar a toda la generación de maestría de la que fui parte a comenzar a escribir. De la lista de profesores quisiera agradecer en particular a Jorge Galindo, Akuavi Adonon, Fernanda Vázquez, Georg

Leidenberger, Enrique Gallegos, Alejandro Estrella, Elodie Ségol y Bernardo Bolaños. Además, a quienes se encargaron de la edición final del libro, gracias por su atenta revisión del manuscrito.

Por último, no sé qué sería de mí sin los buenos amigos, quienes no sólo han sido mi motivación para seguir por este camino que tal vez no lleve a ninguna parte, sino que a lo largo de los años han moldeado lo que soy y lo que hago, para bien o para mal. En especial dedico este esfuerzo a mi tío Beto, y a Valentín y Jorge, mi mano derecha y mi mano izquierda, respectivamente, ambos parte del equipo de Macuarros. Y cómo olvidar a los históricos, mis hermanos de armas: Robin y El Monas en el frente del marxismo. Además de todos aquellos que me han hecho la vida más entretenida: Lui Lui Lui, El Maligno, El Pony, Lety, Barona, El Yisus, Toño, El Cacho, Kikín, La Mosca, Yoyis, Moy, Carolina, El Adritón, el buen Tinajas y El Carnosaurio. También va para todos los chicos UAM, en especial el Macho Malfa, Talina, Charly, Arturo, Josué, Rodrigo y Hugo.

Y, por supuesto, a mi padre y a mi madre, mi sustento.

# INTRODUCCIÓN

Al estudiar economía en la universidad aprendí a creer que la causa de todos los males de la sociedad se encontraba en aquella cosa que tanto propios como extraños llaman “capitalismo”. Por supuesto que la palabra por sí sola parece no decirnos nada significativo; es necesario adentrarse un poco más en el sentido del concepto para entender cómo es que algo tan abarcante que es posible sintetizar en una sola palabra puede dar cuenta de algo así como “todos los males de la sociedad”. Es por esto que decidí comenzar mi investigación, en el capítulo 1, partiendo de una definición de lo que se entiende (o al menos yo entiendo) por capitalismo, por supuesto teniendo a Karl Marx como el punto de arranque, quien tal vez sea el principal responsable de haber comenzado con todas las teorizaciones de gran escala sobre lo que es el “capital”. Sin embargo, lo primero fue poner el término en contexto histórico; cuestionando la idea de que el capitalismo es eterno en el tiempo tanto hacia el pasado como hacia el futuro, hice esto de manera un tanto breve y esquemática refiriéndome en el mismo capítulo a la manera en que desde las ciencias sociales se ha abordado la *especificidad histórica del capitalismo*, es decir, cómo el pensamiento teórico ha conceptualizado las diferencias entre sociedades capitalistas y no capitalistas otorgando un lugar específico y bastante nuevo en términos de larga duración (de procesos seculares o incluso milenarios) a lo que conocemos como “sociedades capitalistas”. Dando por entendido que el capitalismo es un sistema que ha logrado establecerse como sistema social hegemónico hace tan sólo unos tres siglos (siguiendo la periodicidad establecida por Fernand Braudel), se puede comenzar a pensar que el capital como regulador de las relaciones sociales no tiene por qué ser eterno hacia el futuro; esto es, es posible pensar en su derrumbe.

Partiendo del postulado anterior es que la lógica del argumento que presento me llevó a abordar en el capítulo 2 las perspectivas teóricas de varios autores que han intentado estudiar la posible debacle histórica del sistema capitalista. Agrupé varias de estas posturas bajo el título de “teorías del derrumbe”; el recorrido histórico ahí trazado comienza en el siglo XIX con los primeros discípulos de Marx y abarca desde los debates entre socialdemócratas, los enfrentamientos teóricos entre la Segunda y la Tercera Internacional, pasando por atolladeros teóricos como los de las teorías del imperialismo y del capital monopolista, hasta llegar a ideas como la del “fin de la historia” y la derrota del pensamiento marxista en las postrimerías del siglo XXI.

Conectando esta tradición teórica, que puede agruparse en torno a la idea del derrumbe del capitalismo (conceptualizado de diversas maneras), con los autores que me interesa analizar, es que en un primer momento consideré necesario regresar a los planteamientos del “fundador” de esta “escuela” de pensamiento: Karl Marx. Mientras estudiaba a todos aquellos teóricos del derrumbe me di cuenta de que todos, sin excepción, hacían alusión a “leyes” que regían el comportamiento del capitalismo y pretendían, basándose en esas leyes históricas, descubrir el desenlace o la inmortalidad de la sociedad capitalista; asimismo, todos de alguna u otra manera retomaban las enseñanzas de Marx para sustentar o refutar argumentos. Siendo así, creí necesario, en el capítulo 3, investigar a profundidad la manera en que Marx conceptualizó las leyes del desarrollo del sistema capitalista, lo cual me llevó a la titánica tarea de revisar la inmensa obra tanto de Karl Marx como de Friedrich Engels, proponiendo una relectura de sus obras en torno al concepto de “leyes del desarrollo capitalista”, concepto que en última instancia nos permitirá aproximarnos con mayor profundidad analítica a un estudio del comportamiento del capitalismo contemporáneo.

Habiendo realizado este recorrido fue que finalmente pude conectar, en el capítulo 4, al autor que en un inicio era el centro de esta investigación: Immanuel Wallerstein. Mi idea inicial respecto a este pensador era encontrar en él claves para el estudio del comportamiento del capitalismo, pero, por obvias razones, la investigación me llevó a dar un rodeo que iba de Marx a los teóricos del derrumbe, lo cual creo que fue un acierto, ya que al finalizar la investigación comprendí que el planteamiento completo de Wallerstein no se entiende si no es partiendo de todos sus predecesores. Fue así como encontré en Wallerstein a un continuador de la tradición marxista centrada en el estudio de las “leyes” del desarrollo capitalista, lo cual lo conectaba también con la tradición de los “derrumbistas” y creaba el puente necesario entre el siglo XIX analizado por Marx y el siglo XXI que es el centro de mis intereses académicos, con lo cual logré una mirada de larga duración a través de planteamientos teóricos acumulados durante tres siglos. En el capítulo 4, entonces, es donde conecto las leyes del desarrollo capitalista propuestas por Marx con la idea de “límites” a su desarrollo que encuentro en Wallerstein. Creí necesario estirar el concepto de “ley” para incluir el de “límite” y así *generar una herramienta que permitiera pensar escenarios donde el capitalismo impulsado por sus leyes internas topara con límites que lo hicieran tambalear o derrumbarse.*

Tanto en el capítulo 3 como en el 4 podría decirse que mi mirada es más la de un difusor de las ideas de los autores releídos a la luz de los conceptos que son de interés para mi investigación (*leyes* en el caso de Marx, *límites* en el de Wallerstein), razón por la cual algunos de mis asesores en este libro señalaron con justeza que mi postura en general es “dogmática”, aunque creo que el dogmatismo en el que caigo en estos dos capítulos era necesario para sentar las bases de lo que pretendo que sea mi análisis en un futuro. Además, creo que el tipo de dogmatismo ahí vertido no significa que yo como autor esté casado por completo con las ideas de Marx

o de Wallerstein; significa simplemente que en este momento del análisis aún se me dificulta comenzar a lanzar una perspectiva propia; de esta manera es que mi dogmatismo no es hermético hacia el futuro, sólo por claridad teórica es que en estos dos capítulos *intenté* apegarme lo más fielmente posible a los textos de ambos autores, adhiriéndome un poco a la definición de “ortodoxia” dada por Georg Lukács.<sup>1</sup> Es así que como estrategia expositiva y para aclarar de manera abarcante los postulados de Marx y Wallerstein decidí presentar una excesiva bibliografía de ambos intelectuales.

Una vez que partí de la definición de lo que es el capitalismo (capítulo 1), de cómo se ha pensado su derrumbe (capítulo 2), y analicé sus leyes de desarrollo (capítulo 3) y sus límites (capítulo 4), es que pude empezar en el capítulo 5 a plantear estrategias para abordar de manera empírica el problema de la reproducción capitalista. En esta parte del trabajo apenas comienzo a sacudirme un poco el dogmatismo, pero aún sin atreverme por completo a estar en abierta oposición a mis dos autores de cabecera; sin embargo intento poner a prueba sus hipótesis contrastándolas con las de otros expertos en cada uno de los campos que me interesa tratar (cada uno de los límites y cada una de las leyes). Siguiendo esta lógica es que hago un recorrido panorámico utilizando varios datos estadísticos de largo alcance en el tiempo y en el espacio con la intención de que comiencen a echar luz sobre las tendencias del desarrollo capitalista en el largo plazo.

Si bien el trabajo realizado logró esclarecerme varios puntos de vista, y tal vez tenga algún mérito investigativo por sí mismo, no es su intención ser un producto terminado con fórmulas inquebrantables que expliquen el desarrollo del capitalismo en el largo plazo; se trata tan sólo de una “aproximación” a una conceptualización sobre los límites del capitalismo en la larga duración. Así, lo

1. Cf. Georg Lukács, “¿Qué es marxismo ortodoxo?”, en Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, pp. 1-28.



que intenté realizar en este primer acercamiento fue simplemente una *metodología* para abordar el estudio del desarrollo capitalista sobre cimientos fuertes y bien fundamentados; la intención del segundo tomo (que pretendo realizar en estudios de doctorado) será utilizar esa metodología para abordar el fenómeno de manera empírica, trabajando con base en una amplia investigación estadística que pueda refutar o confirmar varias de las hipótesis aquí vertidas. Por este motivo es que el capítulo 5 puede considerarse una conclusión general a este primer volumen pues aún no me atrevo a escribir un apartado intitulado “conclusiones”, simplemente porque en esta etapa del proceso de investigación todavía me es imposible adelantar planteamientos e incluso tomar posición en varios casos en los que creo que es fundamental un sustento empírico más abundante.



# CAPÍTULO 1. ¿QUÉ ES EL CAPITALISMO?

## ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE CAPITALISMO?

Tu trono está firme desde siempre, Tú existes desde la eternidad.

SALMOS, 93:2

*Hell ain't a bad place, hell is from here to eternity.*

IRON MAIDEN, "From Here to Eternity"

El cambio es eterno. Nada cambia jamás. Los dos tópicos son "ciertos". Las estructuras son los arrecifes de coral de las relaciones humanas, que tienen una existencia estable durante un periodo relativamente largo de tiempo. Pero las estructuras también nacen, se desarrollan y mueren.

I. WALLERSTEIN, *El moderno sistema mundial*

Cuando se discutía la realización de este proyecto de investigación en un seminario de posgrado, creado con el propósito expreso de "motivar" a los estudiantes de maestría a terminar, "por los menos", un capítulo de sus respectivas tesis, surgió una pregunta/observación bastante interesante de labios de uno de mis compañeros, pregunta que a primera impresión podría parecer superflua y hasta cierto punto ingenua, pero que sin duda, analizada con la seriedad que merece, llega a tener la carga magistral de una de esas preguntas similares a "¿cuál es el secreto de la vida?" y "¿por qué son pobres los pobres?" La respuesta inmediateista propia de un pensador vulgar a aquellas preguntas sería que "el secreto de la vida es vivir" y que "los pobres son pobres porque quieren"; así todos nos revolcaríamos en un caldo tautológico de despreciable "sentido común". Sin

embargo, no había nada de vulgar en las intenciones epistemológicas de mi colega estudiante —no, señor—; su gran pregunta fue: “¿qué entiendes por capitalismo?”... ¡Jaque mate! Ahora veamos por qué me parece un acierto leviatánico *empezar por el principio*.

Siguiendo esta pregunta tan intuitiva es que puede empezar a caracterizarse la idea del capitalismo sólo como *un sistema histórico entre muchos* y de ninguna manera eterno en el tiempo (ni hacia el pasado ni hacia el futuro), respondiendo al cuestionamiento de *qué hace al capitalismo ser capitalismo* y, por ende, qué hace que se pueda *conceptualizar su final*. Por ello no es casual que Lucio Colletti, en su fabuloso trabajo intitulado *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, inicie justo por aclarar ese pequeño detalle, mencionando que “a la sustancial univocidad que posee el término ‘capital’ en el lenguaje común no le corresponde nada similar en el nivel de la teoría económica”.<sup>1</sup> Y es que para Colletti, luego de las largas luchas económicas y sociales de nuestra era el concepto se volvió casi sentido común para los hombres de a pie, quienes en general le han otorgado una connotación que permite apreciarlo como una *relación social* (entre explotados y explotadores) con una *especificidad histórica* (basada en la mercancía y la propiedad privada burguesa) y no sólo como un instrumental técnico productivo o una simple acumulación como en general lo concibe la teoría económica convencional que niega la especificidad histórica del modo de producción basado en el capital (eternizando la figura mercantil), y negando, asimismo, que exista explotación en el trabajo (al invalidar la teoría del valor trabajo).

En general, la teoría económica convencional tiene categorías analíticas que no responden a la especificidad histórica del capitalismo y pretende analizar bajo sus conceptos cualquier tipo de sociedad. El caso paradigmático de la “enfermedad crónica” de la

1. Lucio Colletti, *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983, p. 13.

economía se resume en el punto de vista del cofundador de la escuela austriaca de economía, Eugen Böhm-Bawerk, quien sostiene que “casi todos los procesos productivos son ‘capitalistas’ y la única diferencia estriba en el grado en que lo sean”.<sup>2</sup> Es así que un día de esos en que no hay nada que hacer, mientras veía el inicio de *2001: Odisea del espacio* en esa antológica secuencia donde el chango aquel descubre el uso de herramientas al compás de la música de Strauss, viendo el hueso volar por los aires me dije a mí mismo: “*Mí mismo*, he ahí un pequeño homínido capitalista; Böhm-Bawerk lloraría de felicidad”.

La economía política clásica adolece del mismo problema eternizante; tanto Adam Smith como David Ricardo habían considerado la economía mercantil como estática en el tiempo, “naturalizando” las relaciones de producción burguesas. Así, para los economistas burgueses “estas relaciones son en sí leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay”.<sup>3</sup> Como se puede notar, el marxismo surge como respuesta a la economía burguesa introduciendo el estudio histórico al estudio de la economía, y es justo en ese principio histórico donde se encuentra toda la potencia revolucionaria del marxismo, ya que, como dijera Karl Korsch al hacer el análisis de este fenómeno: “El primer principio básico de la nueva ciencia revolucionaria de la sociedad es el principio de la especificación histórica de todas las relaciones y circunstancias sociales”.<sup>4</sup> Es desde este mirador que nuestra visión sobre las teorías del derrumbe y de los límites al capitalismo toma toda su carga interpretativa, lo cual no sería pensable si nuestra discusión

2. Joseph A. Schumpeter, *Diez grandes economistas: de Marx a Keynes*, Madrid, Alianza, 1971, pp. 232-233.

3. Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1987, p. 77.

4. Karl Korsch, *Karl Marx*, España, Ediciones Folio, 2004, p. 27.

se centrara en la economía convencional, dado que para ésta es imposible teorizar el derrumbe de lo eterno:

La situación actual de la ciencia económica presenta, ante todo, una característica propia de esta ciencia desde el surgimiento del pensamiento de Marx, o sea, la división en dos campos: el “burgués” y el marxista. Como sabemos, la diferencia esencial entre esos dos campos reside en el hecho de que el primero no problematiza —o sea, no confiere un carácter histórico— la relación capitalista, mientras que el segundo considera esa relación como una realidad históricamente determinada.<sup>5</sup>

Sin embargo, no sólo el marxismo ha dado pie para entender la historicidad del capitalismo, incluso *autores no marxistas fuera del ámbito de la teoría económica* han dado pauta para entender el capitalismo sólo como un sistema histórico de sociedad entre muchos, y ni siquiera el más abarcante en el tiempo o el espacio. Fernand Braudel, la cabeza de la segunda generación de la Escuela de los Annales, en su monumental obra *Civilización material, economía y capitalismo*, desarrolla, desde el campo de la historia económica, una detallada incursión explicativa sobre el tránsito de sociedades precapitalistas a sociedades capitalistas (en Europa fundamentalmente). Para Braudel, como para Karl Marx, la economía mercantil aparece de manera esporádica a lo largo de la historia, pero *nunca como forma dominante* de reproducción social sino hasta hace algunos siglos; en general “se trata aún de una economía de intercambio llena de imperfecciones [...] ya que una inmensa parte de aquélla se pierde en el autoconsumo, de la familia o del pueblo, y no entra en el circuito del mercado”.<sup>6</sup> Braudel incluso diferencia entre *economía de*

5. Claudio Napoleoni, *Smith, Ricardo, Marx: considerações sobre a história do pensamento económico*, Río de Janeiro, Edições Graal, 1988, p. 11. [Traducción del autor.]

6. Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, México, FCE, 2006, p. 23.

*mercado* y *capitalismo* para dar a entender que, aun cuando se origina el intercambio mercantil, todavía no podemos hablar propiamente de capitalismo (algo que desarrollaremos en próximos apartados).

Encontramos también en historiadores marxistas como Eric Hobsbawm un análisis de similar calado histórico que recorre toda su obra y llega incluso a caracterizarse en textos bastante concretos sobre este tema como *Formaciones económicas precapitalistas*, donde podemos encontrar puntos de unión con lo dicho por Braudel; por ejemplo: “La existencia tanto del excedente como de la división social del trabajo hace posible el *intercambio*. Pero, inicialmente, la producción y el intercambio tienen como único objeto el uso, esto es, el mantenimiento del productor y de su comunidad”.<sup>7</sup> Es decir, el intercambio sólo es la base para lo que vendrá después sin ser en sí mismo un proceso capitalista, como cree la teoría económica “vulgar”:

Por un lado, las relaciones en que se insertan los hombre como resultado de la especialización del trabajo —y, en particular, del *intercambio*— se van progresivamente aclarando y complicando, hasta que la creación del *dinero* y, con él, la *producción de mercancías* y el intercambio, proporcionan una base para procesos antes inimaginables, incluyendo la acumulación de capital.<sup>8</sup>

Por su parte, Immanuel Wallerstein también dedica obras enteras al estudio de la *especificidad histórica*, las cuales son fáciles de conectar con nuestro presente argumento, lo que demuestra que nuestros autores abrevan de la misma fuente. El sugerente nombre de una de estas obras es *El capitalismo histórico*, en la cual se intuye desde el título la concepción finita del capitalismo que posee Wallerstein.

7. Eric Hobsbawm y Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, México, Siglo XXI, 2009, p. 12.

8. *Ibid.*, p. 13.

Siguiendo el hilo de la discusión, concibiendo el *desenvolvimiento histórico del capital como un proceso y no como algo dado*, es que nuestro autor identifica la *tendencia* hacia la mercantilización de todos los procesos de reproducción social como la marca característica del modo de producción basado en el capital:

El capitalismo histórico implicó, pues, una mercantilización generalizada de unos procesos —no sólo los procesos de intercambio, sino también los procesos de producción, los procesos de distribución y los procesos de inversión— que anteriormente habían sido realizados a través de medios distintos al “mercado”.<sup>9</sup>

Es así que podemos darnos cuenta de la importancia de *retomar el análisis sobre los límites al capitalismo con base en dos pensadores* de largo alcance que se mueven con soltura dentro de periodos de tiempo amplios (de “larga duración” para decirlo con Braudel) y no se quedan sólo en el análisis de la teoría económica eternizante, sino que observan con claridad aquello que define a cada época y da la clave para pensar diversos sistemas históricos. Ya se verá con más detenimiento en próximos apartados.

El problema de los economistas es su desprecio por la historia; también el problema de algunos economistas marxistas es su desprecio por la historia. Del lado de la economía convencional, la falta de estudio histórico lleva a perspectivas que congelan el tiempo; del lado del marxismo el desprecio por la historia de quienes creen que Marx dio recetas para la evolución de las sociedades hace que se caiga en perspectivas dogmáticas según las cuales la historia es destino y el determinismo ley. Ya lo decía el viejo Friedrich Engels: “La concepción materialista de la historia también tiene ahora muchos amigos de éstos, para los cuales no es más que un pretexto para *no* estudiar la

<sup>9</sup> Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, México, Siglo XXI, 2003, p. 4.



historia”.<sup>10</sup> Y éste es un mal que aqueja a todas las ciencias sociales en general; un ejemplo de lo anterior es el debate estructuralista entre Fernand Braudel y Claude Lévi-Strauss. Braudel denunciaba la falta de perspectiva histórica de la antropología de Lévi-Strauss, quien creía en algo así como en un “espíritu” intemporal que regía sobre todas las sociedades, muy para el horror de Braudel:

La posición de los etnógrafos y de los etnólogos no es tan clara ni tan alarmante. Bien es verdad que algunos de ellos han subrayado la imposibilidad (pero a lo imposible están sometidos todos los intelectuales) y la inutilidad de la historia en el interior de su oficio. Este rechazo autoritario de la historia no ha servido sino para mermar la aportación de Malinowski y de sus discípulos. De hecho, es imposible que la antropología, al ser —como acostumbra a decir Claude Lévi-Strauss— la aventura misma del espíritu, se desinterese de la historia.<sup>11</sup>

Y así podemos encontrar las garras de la eternidad haciendo presa de casi cualquier ciencia social: desde la filosofía de inspiración metafísica con sus espíritus absolutos, imperativos categóricos y *Daseins*,<sup>12</sup> pasando por el psicoanálisis freudiano que eterniza el

10. Friedrich Engels, “Engels a Conrado Schmidt, en Berlín, Londres, 5 de agosto de 1890”, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1974, p. 510.

11. Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1970, p. 78.

12. “La inversión verbal que permite escapar al historicismo afirmando la historicidad esencial del existente, e inscribiendo la historia y la temporalidad en el Ser, es decir, en lo ahistórico y lo eterno, es el paradigma de todas las estrategias filosóficas de la revolución conservadora en materia de filosofía. Estas estrategias que tienen siempre por principio la radical superación permiten conservar todo bajo la apariencia de cambiar todo reuniendo los contrarios en un pensamiento de doble cara [...] Funda la verdad transhistórica de la filosofía que enuncia, fuera de toda determinación histórica, la verdad transhistórica del *Dasein* como historicidad”. Pierre Bourdieu, *La ontología política de Martin Heidegger*, España, Paidós Ibérica, 1991, pp. 69-70.

complejo de Edipo, hasta llegar a la ciencia política de corto alcance entrampada en el estudio de instituciones de su propio tiempo con la idea de que son y serán eternas, intocadas por el paso del tiempo. Todo lo anterior, característico de una época que se desentiende de las relaciones sociales y deja de pensar el cambio dando por hecho que la historia es lo que es y la sociedad es lo que es y se hacen sonar las campanas del “fin de la historia” entre explosiones nucleares y discursos de abundancia mientras se le pide a “los condenados de la tierra” que se olviden de sueños emancipatorios porque ya se ha llegado al fin de lo que es posible pensar (“nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti”).

Luego de todas estas vueltas de tuerca donde se deja tan sólo esbozada la especificidad histórica del capitalismo, la cual, repito, es la base del entendimiento de las teorías del derrumbe y de cualquier conceptualización sobre límites al sistema capitalista, se hace necesario entrar a definir con más detalle qué hace al capitalismo ser capitalismo y no otra cosa.

A continuación abordaremos dicha problemática a través del ABC marxiano. ¿Por qué desde Marx? Bueno, porque, como se ha especificado, en él está la base del entendimiento de la *teoría de la especificidad histórica* (incluso Braudel reconoce que Marx se adelantó a varios de sus postulados); además de que las teorías del derrumbe que hemos de abordar son todas inspiradas por la obra pionera de Karl Marx.

## **LO FORMALMENTE CAPITALISTA**

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los

gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista*

La génesis histórica del modo de producción basado en el capital se encuentra en la formación de una clase en el interior del sistema feudal, que para establecer su ulterior dominio sobre el proceso de producción social necesitaba apropiarse de los medios de producción y modificar las relaciones de propiedad hasta entonces existentes, esto mediante la acumulación de riqueza con base en el capital comercial y usurario (formas históricas originarias del capital);<sup>13</sup> hacerse poseedora, pues, de los canales de reproducción social y someterlos a la valorización del valor de la que ya hablaremos en otro apartado.

Para que la burguesía pudiera dominar el proceso (re)productivo en su totalidad, y con ello imponerse como clase dominante, era necesario someter el proceso de trabajo a sus necesidades de acumulación, para lo cual debía encontrar, preexistiéndola, una gran masa de desposeídos de medios de producción (donde se incluye la tierra), y, por tanto, de medios de vida, dueña únicamente de su propio cuerpo. He aquí las bases materiales para el surgimiento del trabajo asalariado: por un lado, una clase poderosa que ha acumulado grandes riquezas y se hace dueña de los elementos que componen el proceso global de producción, y por otro, la clase despojada que para poder vivir debe vender lo único que posee su fuerza de trabajo. “La existencia de una clase que no posee nada más que su capacidad de trabajo es una premisa necesaria para que exista el capital.”<sup>14</sup>

13. “El capital comercial aparece como la forma histórica del capital, mucho antes de que el capital haya sometido a su dominio a la propia producción.” Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, México, Siglo XXI, 2005, p. 418.

14. Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, México, Origen/Planeta, 1986, p. 18.

En modos de producción anteriores, las clases explotadas, aunque subordinadas, poseían medios de producción y tierra, el siervo y el esclavo reconocían que eran explotados, el señor feudal y el esclavista les expropiaban el producto de su trabajo de manera *directamente compulsiva*, pero tenían garantizada su supervivencia a pesar de ello al ser poseedores (en cierta medida) de tierra que cultivar y de medios de producción con qué reproducirse. El esclavista debía mantener vivo al esclavo con tierra y alimento para que siguiera produciendo, el señor feudal debía dejar que el siervo cultivara una parte de la parcela para sí mismo, y el déspota exigía tributo en trabajo y especie pero dejaba la tierra en manos de las comunidades y los pequeños productores.<sup>15</sup>

Incluso en la *economía mercantil simple* cada quien es dueño de sus medios de producción; sin embargo, con el advenimiento del capitalismo y la concentración de la riqueza en pocas manos después de un largo proceso de *acumulación originaria de capital* que implica despojo de tierras y sometimiento del trabajo, las relaciones de explotación se trastruecan.

Los medios de trabajo —la tierra, los aperos de labranza, el taller, las herramientas— eran medios de trabajo individual, destinados tan sólo al uso individual y, por tanto, forzosamente, mezquinos, diminutos, limitados. Pero esto mismo hacía que perteneciesen, por lo general, al propio productor. El papel histórico del modo capitalista de producción y de su portadora, la burguesía, consistió precisamente en concentrar y desarrollar estos dispersos y mezquinos medios de producción y los transformó en las potentes palancas de la producción de los tiempos actuales.<sup>16</sup>

15. Cf. Friedrich Engels, *Principios del comunismo*, en K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Editorial Progreso, 1990, p. 64.

16. Friedrich Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, México, Editorial Gernika, 1984, p. 87.

“Como la clase obrera vive al día”,<sup>17</sup> como el proletario no dispone de medios de vida y se encuentra constantemente en peligro de muerte, se ve forzado a llevarse de manera “voluntaria”<sup>18</sup> al matadero para asegurar su reproducción; “el obrero, cuya única fuente de ingresos es la venta de su fuerza de trabajo, no puede desprenderse de toda la clase de los compradores, es decir, de la clase de los capitalistas, sin renunciar a su existencia”.<sup>19</sup>

El otrora poseedor de dinero abre la marcha como capitalista; el poseedor de fuerza de trabajo lo sigue como su obrero; el uno, significativamente, sonríe con ínfulas y avanza impetuoso; el otro lo hace con recelo, reluctante, como el que ha llevado al mercado su propio pellejo y no puede esperar sino una cosa: que se lo curtan.<sup>20</sup>

En apariencia, es el obrero mismo, sin ninguna compulsión, quien va a que lo exploten, y así las relaciones de producción se mistifican. Supuestamente, como al obrero nadie lo obliga a trabajar, cuando es empleado por un capitalista se le paga íntegro el producto de su trabajo: dinero a cambio de trabajo, y no hay explotación porque habría intercambio equivalencial. La figura dineraria encubre la explotación.

Este intercambio de equivalentes tiene lugar, [si bien] es sólo la capa superficial de una producción que descansa sobre la apropiación de trabajo ajeno sin *intercambio*, pero bajo la *apariencia del intercambio*.

17. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 5, México, Siglo XXI, 2004, p. 543.

18. “Su trabajo no es, pues, voluntario, sino impuesto, es un *trabajo forzado*. Por ello, no es la satisfacción de una necesidad, sino sólo un *medio* para satisfacer necesidades externas al trabajo.” Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Editorial Colihue, 2006, p. 110.

19. Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, *op. cit.*, p. 11.

20. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, México, Siglo XXI, 2003, p. 214.

Este sistema del intercambio descansa sobre el *capital* como su fundamento, y si se lo considera separado de él, si se lo considera tal como se muestra en la superficie, como sistema *autónomo*, lo que se da es una mera *apariciencia*, pero una *apariciencia necesaria*.<sup>21</sup>

En cambio, en el precapitalismo la explotación era *directamente compulsiva*, descarada, lo que quiere decir que las clases explotadas sabían que eran explotadas, se les arrancaba el producto del trabajo de manera directa sin dar nada a cambio, era un despojo en regla sin nada que enturbiara la comprensión del fundamento de las relaciones de producción.

Para abreviar, el capitalismo viene de un modo de producción que se volvió obsoleto; las fuerzas productivas desarrolladas en el interior del sistema feudal entraron en contradicción con las relaciones de producción feudales que limitaban su libre desenvolvimiento, por lo que fue necesaria la transición hacia un modo de producción adecuado al desarrollo de las fuerzas productivas donde nuevas clases sociales (nuevas relaciones de producción) pusieran fin a esas limitaciones.<sup>22</sup>

No corresponde a la presente investigación el análisis detallado de dicha transición; en lo inmediato dejemos delineado el porqué de la necesidad de cambio y cómo es que se da sobre la base de la *subsunción formal del trabajo al capital*.

De hecho, históricamente, se observa que, en el comienzo de su formación, el capital no sólo pone bajo su control (subsume) al proceso de trabajo en general, sino a formas particulares de procesos reales de trabajo en el estado tecnológico en que las encuentra

21. Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 1, México, Siglo XXI, 1986, p. 409 de la enumeración al margen. [En adelante sólo será citado como *Grundrisse*; *idem* para los tres volúmenes.]

22. Cf. Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Editorial Progreso, 1990, p. 32.

y tal como se han desarrollado sobre la base de condiciones de producción no capitalistas.<sup>23</sup>

En un primer momento el modo de producción *precapitalista* se adapta a las nuevas relaciones de producción basadas en el trabajo asalariado: “En el modo de producción mismo no se verifica aún ninguna diferencia en esta etapa. El *proceso laboral*, desde el punto de vista *tecnológico*, se efectúa exactamente como antes, sólo que ahora como proceso laboral *subordinado* al capital”.<sup>24</sup>

Se abre la puerta al desarrollo de las fuerzas productivas al transitar a las relaciones de producción que se adecuan a esa necesidad, pero “en un comienzo el capitalista tiene que tomar la fuerza de trabajo como la encuentra, preexistente, en el mercado, y por tanto su trabajo tal como se efectuaba en un periodo en el que aún no había capitalistas”.<sup>25</sup> “La subordinación del trabajo al capital era sólo *formal*, esto es, el modo de producción mismo no poseía aún un carácter específicamente capitalista. El elemento variable del capital preponderaba considerablemente sobre su elemento constante.”<sup>26</sup>

Todos los modos de producción existentes hasta el presente (exceptuando al comunismo primitivo) se han sustentado en la apropiación del *plustrabajo*<sup>27</sup> de una clase en beneficio de otra,

23. Karl Marx, *La tecnología del capital*, México, Itaca, 2005, p. 18.

24. Karl Marx, *El capital*, libro I, cap. VI (inédito), *Resultados del proceso inmediato de producción*, México, Siglo XXI, 2001, p. 61. [En adelante sólo será citado como *Capítulo VI (inédito)*.]

25. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, *op. cit.*, p. 224.

26. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3, México, Siglo XXI, 2003, p. 923.

27. El *plustrabajo*, es decir, aquel trabajo que un obrero (o un esclavo, o un siervo) realiza más allá de lo estrictamente necesario para reproducir su propia existencia y que termina siendo realizado para beneficio de la clase explotadora (ya sea capitalista, feudal o esclavista) sin ser retribuido. Por tanto, podríamos decir que el concepto de *plustrabajo* es una categoría *transhistórica*, aplicable a numerosos modos de producción; no así el concepto de *plusvalía*, sólo aplicable al modo de producción capitalista.

pero en el capitalismo la apropiación de plustrabajo es, a la vez, apropiación de plusvalía,<sup>28</sup> la forma histórica de producción específicamente capitalista.

El proceso de trabajo se convierte en el instrumento del proceso de valorización, del proceso de la autovalorización del capital: de la creación de plusvalía. El proceso de trabajo se subsume en el capital (es su *propio* proceso) y el capitalista se ubica en él como dirigente, conductor; para éste es al mismo tiempo, de manera directa, un proceso de explotación de trabajo ajeno. Es esto a lo que denomino *subsunción formal del trabajo en el capital*. Es la forma *general* de todo proceso capitalista de producción, pero es a la vez una forma *particular* respecto al modo de producción específicamente capitalista, desarrollado, ya que la última incluye la primera, pero la primera no incluye necesariamente la segunda.<sup>29</sup>

Para aclarar el origen de la plusvalía hay que explicar, primero, que la jornada laboral se compone de dos partes: aquella en la que el obrero trabaja para sí mismo el tiempo necesario para garantizar su propia reproducción, o sea, el equivalente en tiempo de trabajo a las mercancías que debe consumir diariamente para mantenerse con vida, y otra parte que es trabajo extra en beneficio del capitalista, tiempo de trabajo impago.<sup>30</sup>

28. "La plusvalía, o sea aquella parte del valor total de la mercancía en que se materializa el plustrabajo o trabajo no retribuido del obrero, es lo que yo llamo ganancia." Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976, p. 51.

29. Karl Marx, *Capítulo VI (inédito)*, *op. cit.*, p. 54.

30. "El capital se convierte, asimismo, en una *relación coactiva* que impone a la clase obrera la ejecución de más trabajo del que prescribe el estrecho ámbito de sus propias necesidades vitales [...] en cuanto succionador de plustrabajo y explotador de fuerza de trabajo, el capital excede en energía, desenfreno y eficacia a todos los sistemas de producción precedentes basados en el *trabajo directamente compulsivo*." Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, *op. cit.*, p. 376.



El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables al obrero para conservar su vida como tal obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de su vida.<sup>31</sup>

Si no existiera esa parte de la jornada laboral que no se le paga al obrero, si el obrero se apropiara de todo el producto de su trabajo no habría manera de explicar el origen de las ganancias, “no afluiría al capitalista ninguna plusvalía o plusproducto”.<sup>32</sup> El origen de toda la riqueza material es el trabajo vivo; sólo él produce valor, y la forma en que el capital se lo apropia depende de las condiciones materiales de su reproducción.

Existen diferentes formas de explotación de plusvalía correspondientes a distintas etapas de desarrollo del capital; la primera figura que adopta el proceso de producción capitalista es la explotación de *plusvalía absoluta*, la cual se corresponde de manera directa con la *subsunción formal del trabajo al capital*.

La producción del plusvalor absoluto consiste simplemente, por un lado, en la prolongación de la jornada laboral más allá de los límites del tiempo de trabajo necesario para la subsistencia del propio obrero, y por otro, en la apropiación de plustrabajo por el capital. Este proceso puede ocurrir, y ocurre, sobre la base de modos de explotación que se conservan históricamente sin la intervención del capital. No se opera entonces más que una metamorfosis formal. Por eso, la producción del plusvalor absoluto únicamente presupone la subsunción formal del trabajo en el capital.<sup>33</sup>

31. Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, op. cit., p. 42.

32. Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976, p. 45.

33. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI, 2003, p. 617.

Lo que quiere decir que en esta etapa, a falta de desarrollo de fuerzas productivas, la única manera de apropiarse de mayor tiempo de trabajo impago, de mayor plusproducto, es alargando o intensificando la jornada laboral. El modo de producción aún no se sustenta en bases específicamente capitalistas, cambian las relaciones de producción, pero en términos *cualitativos* aquél se mantiene inalterado. Podríamos decir que en un inicio lo que diferencia al proceso capitalista de modos de producción previos es la *escala* ampliada de la producción y el número de obreros ocupados en un mismo taller; es por eso que en el punto de partida del capital, nos dice Marx, la diferencia sólo es *cuantitativa*. Veremos, en el próximo apartado, cómo es que el proceso mismo de trabajo comienza a cambiar *cualitativamente* a partir de la utilización de herramientas históricamente inéditas y de la tendencia a la hiperespecialización de la fuerza de trabajo que tiende a convertirse en un mero apéndice de la máquina.

## LO ESPECÍFICAMENTE CAPITALISTA

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista*.

La explotación de *plusvalía absoluta*, sustentada en la *subsunción formal del trabajo al capital*, se torna insuficiente para las necesidades de acumulación capitalistas al existir limitaciones a esa modalidad de desarrollo, la primera de ellas biológica. “La extensión de la jornada

de trabajo tiene también sus límites extremos, aunque sean muy elásticos. Su límite máximo lo traza la fuerza física del obrero. Si el agotamiento diario de sus energías vitales rebasa un cierto grado, no podrá desplegarlas de nuevo día tras día.”<sup>34</sup>

Así se agota la posibilidad de continuar extrayendo plusvalía intensificando o alargando la jornada laboral más allá de un *máximo físico*, aquí el primer límite a la explotación de plusvalía absoluta. Ahora el segundo, también físico, pero en relación con el salario:

Su *límite mínimo* está determinado por el elemento *físico*; es decir, que para poder mantenerse y reproducirse, para poder perpetuar su existencia física, la clase obrera tiene que obtener los artículos de primera necesidad absolutamente indispensables para vivir y multiplicarse. El *valor* de estos medios de sustento indispensables constituye, pues, el límite mínimo del *valor del trabajo*.<sup>35</sup>

Vemos que el salario no debe “descender por debajo de aquel *mínimo estrictamente físico* [...] indispensable para la perpetuación física de la raza”,<sup>36</sup> si se quiere mantener una población obrera adecuada a la acumulación de capital y, por otro lado, no se puede ir más allá del límite físico que la reproducción del obrero le impone a la prolongación de la jornada laboral.

Dados los límites de la jornada de trabajo, el *máximo de ganancia* corresponde al *mínimo físico del salario*, y que, partiendo de salarios dados, el *máximo de ganancia* corresponde a la prolongación de la jornada de trabajo, en la medida en que sea compatible con las fuerzas físicas del obrero.<sup>37</sup>

34. Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*, op. cit., p. 68.

35. *Idem*.

36. *Ibid.*, p. 69.

37. *Ibid.*, p. 70.

Podríamos hablar de varias trabas a la explotación de plusvalía absoluta; hemos abordado las *físicas*, pero igual de importantes son las *sociales*, de las cuales sólo mencionaremos la más significativa: la lucha de clases en su figura correspondiente a las relaciones de producción capitalistas, el conflicto entre trabajo asalariado y capital. La intención del capitalista es, entonces, reducir el salario a lo mínimo necesario para la reproducción del obrero y ampliar la jornada laboral a lo máximo posible, mientras que históricamente el obrero intenta negociar o luchar en sentido contrario.

En vista de estas barreras que sesgan la evolución del modo de producción capitalista, se hace patente la necesidad de continuar explotando plusvalía bajo otra modalidad de acumulación. Hace entrada en la historia el modo de *producción específicamente capitalista*, desarrollado a partir de la *subsunción real del trabajo al capital* que posibilita la producción de *plusvalía relativa*. Estamos ante una nueva fase de sometimiento del trabajo y desarrollo de fuerzas productivas. La plusvalía relativa es la forma adecuada al modo de producción capitalista; se extrae aumentando la cantidad de mercancías producidas en un tiempo determinado sin necesidad de incrementar la jornada laboral, tan sólo reduciendo el tiempo de trabajo necesario mediante el *desarrollo de las fuerzas productivas técnicas del trabajo*, es decir, mediante el desarrollo tecnológico. Es así que aparece en escena un modo de producción *sui generis*, que utiliza herramientas específicas y una división del trabajo que difiere de modos de producción precapitalistas. Sobre la base de la subsunción formal se desarrolla la *subsunción real del trabajo en el capital*. Permitamos que Marx dé una primera aproximación al concepto de *plusvalía relativa* para mejor explicar la subsunción real del trabajo al capital:

Para aumentar la *fuerza productiva del trabajo*, abatir el *valor de la fuerza de trabajo* por medio del aumento de la fuerza productiva del trabajo y *abreviar* así la parte de la jornada laboral necesaria para la

reproducción de dicho valor, el capital tiene que revolucionar las condiciones técnicas y sociales del proceso de trabajo, y por tanto el modo de producción mismo [...] Para abatir el *valor de la fuerza de trabajo*, el *acrecentamiento de la fuerza productiva* tiene que hacer presa en los ramos industriales cuyos productos determinan el valor de la fuerza de trabajo, y que por tanto pertenecen al ámbito de los medios de subsistencia habituales o pueden sustituirlos.<sup>38</sup>

Así pues, para que el capital se apropie de una parte mayor del valor del producto de la jornada laboral, para incrementar la plusvalía cuando ya no es posible prolongar o intensificar la jornada de trabajo, es preciso “abatir el *valor de la fuerza de trabajo*” abaratando los medios de subsistencia de los que depende la reproducción de la clase obrera. Desarrollando las fuerzas productivas aumenta la productividad del trabajo<sup>39</sup> y se produce más en menos tiempo; el *valor individual* de cada mercancía cae y si esta mejoría hace mella “en los ramos industriales cuyos productos determinan el valor de la fuerza de trabajo” se reduce el tiempo de la jornada laboral que el obrero dedica a su propia reproducción y aumenta el tiempo de trabajo que regala al capitalista: aumenta la plusvalía.

Ahora bien, la primera fase de explotación de plusvalía relativa, o primera fase de subsunción real del trabajo al capital (según se quiera ver), es social, no técnica: “Un determinado modo de producción o una determinada fase industrial lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación o una determinada fase social, modo de cooperación que es, a su vez, una ‘fuerza

38. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, *op. cit.*, pp. 382-383.

39. “Por aumento en la fuerza productiva del trabajo entendemos aquí, en general, una modificación en el proceso de trabajo gracias a la cual se reduzca el tiempo de trabajo socialmente requerido para la producción de una mercancía, o sea que una cantidad menor de trabajo adquiera la capacidad de producir una cantidad mayor de valor de uso.” *Ibid.*, p. 382.

productiva”<sup>40</sup> por lo que hay que analizar la figura de cooperación específicamente capitalista, la “subsunción real en la cooperación capitalista” como primera fuerza productiva específica del capital.

Así como la fuerza productiva social del trabajo desarrollada por la cooperación se presenta como fuerza productiva del capital, la cooperación misma aparece como forma específica del proceso capitalista de producción, en antítesis al proceso de producción de trabajadores independientes aislados o, asimismo, de pequeños patrones. Se trata del primer cambio que experimenta el proceso real de trabajo por su subsunción bajo el capital [...] Si bien, pues, el modo capitalista de producción se presenta por una parte como necesidad histórica para la transformación del proceso de trabajo en un proceso social, por la otra esa forma social del proceso de trabajo aparece como método aplicado por el capital para explotar más lucrativamente ese proceso, aumentando su fuerza productiva.<sup>41</sup>

En el precapitalismo, mientras la subsunción del trabajo al capital sólo era formal, el proceso de trabajo es integral: cada trabajador individual ejecuta todas las operaciones del proceso productivo; sin embargo, la cooperación específicamente capitalista implica la “subsunción real en la división capitalista del trabajo”: “Los trabajadores son subsumidos bajo [...] funciones aisladas. No es el trabajo el que se reparte entre ellos; son ellos los que son repartidos entre los distintos procesos”.<sup>42</sup> En el capitalismo, a cada fase de desarrollo de fuerzas productivas corresponde una fase de sometimiento del trabajo; así, derivado de la subsunción real en la división capitalista del trabajo,

40. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979, p. 30.

41. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, *op. cit.*, p. 407.

42. Karl Marx, *La tecnología del capital*, *op. cit.*, pp. 27-28.

la productividad y la complejidad incrementadas del conjunto del proceso productivo, su enriquecimiento, se pagan con la reducción de la capacidad de trabajo, en cada función particular, a una mera abstracción marchita, a una cualidad simple que se manifiesta en la inacabable monotonía de un mismo efecto y en provecho de la cual está secuestrada la totalidad de la capacidad productiva del trabajador, la pluralidad de sus disposiciones.<sup>43</sup>

Como resultado de este mismo proceso que fomenta la habilidad parcializada del obrero y lo mutila en sus capacidades productivas, ya no es posible pensar la existencia del trabajador desligada del capital. Primero, con la subsunción formal del trabajo se despoja al trabajador directo de los medios de producción obligándolo a vender su fuerza de trabajo; con la subsunción real, “el trabajador mismo se ha convertido en un simple detalle” y ve reducida “su capacidad de trabajo a una función completamente parcial, que no es nada separada del mecanismo total”.<sup>44</sup> El capital se da a la tarea de crear un ejército de brutos que no saben hacer nada fuera de la actividad parcializada que les corresponde. “Si en un principio el obrero vende su fuerza de trabajo al capital porque él carece de los *medios materiales para la producción* de una mercancía, ahora es su propia *fuerza de trabajo individual* la que se niega a prestar servicios si no es vendida al capital.”<sup>45</sup> Marx nos adelanta un resumen de los efectos de la subsunción real del trabajo al capital sobre el trabajador:

La alienación del trabajador en su objeto se expresa, de acuerdo con las leyes de la economía política, de tal modo que, cuanto más produce el trabajador, tanto menos tiene para consumir; cuantos más valores crea, tanto más desprovisto de valor, tanto

43. Karl Marx, *La tecnología del capital*, op. cit., p 28.

44. *Ibid.*, p. 34.

45. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, op. cit., p. 439.

más indigno se torna; cuanto más formado se encuentra su producto, tanto más deforme el trabajador; cuanto más civilizado su objeto, tanto más bárbaro el trabajador; cuanto más poderoso el trabajo, tanto más impotente el trabajador; cuanto más ingenioso el trabajo, tanto más desprovisto de ingenio el trabajador, tanto más se convierte éste en siervo de la naturaleza.<sup>46</sup>

Si el capital quiere seguir explotando plusvalía, debe seguir desarrollando fuerzas productivas; la mera división del trabajo subsumida al capital es insuficiente, necesita desarrollarse sobre medios de producción que le sean adecuados. Toca el análisis de la subsunción real del trabajo en su figura redonda, al abarcar las *fuerzas productivas técnicas*, la “subsunción real en el taller automático capitalista”. Ahora se somete el trabajo a partir de una base material adecuada al desarrollo del capitalismo: la industria maquinizada.

Vemos aquí en la *manufactura*, pues, la base técnica directa de la *gran industria*. Aquella producía la maquinaria con la que ésta, en las esferas de la producción de las que se apoderó primero, suprimía la industria artesanal y manufacturera. La industria maquinizada se elevó así, *de un modo natural*, sobre una *base material* que le era *inadecuada*. Al alcanzar cierto grado de desarrollo, dicha industria se vio forzada a trastocar esta base —a la que primero se había encontrado ya hecha y que luego se había seguido perfeccionando bajo su antigua forma— y a crearse una nueva base que correspondiera a su propio modo de producción.<sup>47</sup>

Con el advenimiento del taller automático el obrero pierde su carácter de especialista o de maestro artesano que conoce íntimamente las partes del proceso productivo; ahora son las máquinas las

46. Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, op. cit., p. 108.

47. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, op. cit., p. 465.



que se especializan y el obrero queda reducido a mero apéndice de la máquina.

Cooperación (simple) y repartición de los cooperantes entre las distintas partes del gran autómatas global, como accesorios dotados de movimiento y servidores de éste: he aquí lo característico del taller automático; subordinación a los movimientos y operaciones de la máquina, a la que [el obrero] está atado como a su destino; nivelación de los trabajos y pasividad, ausencia de especialización y, a lo mucho, desarrollo, en calidad de especialización, de simples diferencias de edad y sexo. La disciplina y la subordinación al sistema global de la maquinaria.<sup>48</sup>

Esta nueva fase de sometimiento del proletariado abre una nueva fase en el desarrollo de la lucha de clases: “Se requirió tiempo y experiencia antes que el obrero distinguiera entre la *maquinaria* y su *empleo capitalista*, aprendiendo así a transferir sus ataques, antes dirigidos contra el *mismo medio material de producción*, a la *forma social de explotación* de dicho medio”.<sup>49</sup> E incluso en el interior de la propia clase dominante se da una lucha brutal: la burguesía compite entre sí por más mercados y mejores medios de producción que permitan explotar cantidades mayores de plusvalor. Es debido a esta histórica contienda que el capitalismo fomenta constantemente el desarrollo tecnológico; quien posee el control de la tecnología de vanguardia es quien controla el flujo de ganancias en la economía mundial. Por ello, la subsunción real del trabajo al capital se profundiza cada vez más tanto en términos intensivos como extensivos; de aquí que el punto de partida para comprender la dinámica de sometimiento en el capitalismo contemporáneo sea precisamente la *subsunción real del trabajo al capital*:

48. Karl Marx, *La tecnología del capital*, op. cit., p. 47.

49. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, op. cit., p. 523.

La característica general de la *subsunción formal* sigue siendo la directa *subordinación del proceso laboral* —cualquiera que sea, tecnológicamente hablando, la forma en que se lleve a cabo— *al capital*. Sobre esta base, empero, se alza un *modo de producción* no sólo tecnológicamente *específico que metamorfosea la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo capitalista de producción*. Tan sólo cuando éste entra en escena se opera la *subsunción real del trabajo en el capital* [...] Con la subsunción real del trabajo en el capital se efectúa una revolución total (que se prosigue y repite continuamente) en el modo de producción mismo, en la productividad del trabajo y en la relación entre el capitalista y el obrero.<sup>50</sup>

## PREÁMBULO A LAS TEORÍAS DEL DERRUMBE

Los economistas clásicos trataron de argumentar que esa producción para el mercado era de algún modo el estado “natural” de la humanidad, pero la combinación de los escritos de antropólogos y marxistas dejó claro que tal modo de producción (llamado “capitalismo”) es sólo uno de varios modos posibles.

I. WALLERSTEIN, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*

Todo lo anteriormente descrito es sólo el *fundamento* de la teoría marxista que permite ver la especificidad histórica del capitalismo; no es de ninguna manera un molde cuadrado que hay que seguir sino una herramienta explicativa bastante útil que, como veremos, se irá modificando con la intervención de más y más autores que han abordado la temática del derrumbe del capitalismo.

50. Karl Marx, *Capítulo VI (inédito)*, *op. cit.*, pp. 72-73.

Ahora bien, el debate que se suscitó por la discusión teórica que analiza el tránsito del feudalismo al capitalismo ha sido inmenso (sobre todo en la primera mitad del siglo pasado), y ha sido, a mí parecer, punta de lanza de las ambiguamente denominadas *teorías poscoloniales*. Esto último no es casual, ya que es justo en el desdramatización del avance de la *economía-mundo* capitalista sobre formas previas de socialidad (distintos “proyectos civilizatorios”) donde se juega la principal carta contra-dominio que el pensamiento de izquierdas ha desarrollado; por ello es que el debate sobre la transición aparece constantemente sobre la mesa en coyunturas en que la forma mercantil de sociabilidad comienza a apropiarse de espacios antes no subsumidos totalmente por el capital, o donde dinámicas propias de la *génesis de la acumulación capitalista* se renuevan y resignifican en contextos considerados ya capitalistas:

El estudio de la transición al capitalismo tiene una larga historia, que no por casualidad coincide con la de los principales movimientos políticos de este siglo. Historiadores marxistas como Maurice Dobb, Rodney Hilton y Christopher Hill (1953) revisitaron la “transición” en los años cuarenta y cincuenta, después de los debates generados por la consolidación de la Unión Soviética, la emergencia de los Estados socialistas en Europa y en Asia y lo que en ese momento aparecía como la inminente crisis capitalista. La “transición” fue, de nuevo, revisitada en 1960 por los teóricos tercermundistas (Samir Amin, André Gunder Frank), en el contexto de los debates del momento sobre el neocolonialismo, el “subdesarrollo” y el “intercambio desigual” entre el “Primer” y el “Tercer” mundo.<sup>51</sup>

Pero el debate incluye a intelectuales de múltiples disciplinas en variadas latitudes del globo afiliados a distintas corrientes de

51. Silvia Federici, *Calibán y la bruja, mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010, p. 21.

pensamiento, y existen obras emblemáticas que aunque no tratan el problema de la transición de manera directa sí dan pistas concretas sobre “modos de vida” distintos al capitalista que sin embargo fungieron históricamente como base de su desarrollo. Por citar sólo algunas obras que en verdad poseen una riqueza extraordinaria tenemos a Lewis Mumford con su *Técnica y civilización* y sus libros sobre la historia de las ciudades; a Perry Anderson, Karl August Wittfogel y Maurice Godelier analizando el modo de producción asiático y las sociedades precapitalistas; a Henri Lefebvre, Gideon Sjoberg, y a una amplia gama de escritores que teorizan sobre la ciudad y las sociedades preindustriales. Y cómo dejar de mencionar *El proceso de la civilización* de Norbert Elias, que prefigura mucho de la obra de Michel Foucault, en quien también es patente (sobre todo en un nivel distinto al económico) la existencia de *epistemes* civilizatorias que condicionan la acción del individuo en sociedad.

Finalmente, Immanuel Wallerstein, fundador de la teoría de los sistemas-mundo y camarada inseparable de los ya mencionados Samir Amin y André Gunder Frank, dedica cuatro fantásticos volúmenes (hasta ahora) con una bibliografía impresionante al estudio de *El moderno sistema mundial*, iniciando con el siglo XVI y los orígenes de la economía-mundo europea y la agricultura capitalista para concluir con el liberalismo triunfante que entra en crisis en 1914. Por su parte Eric Hobsbawm también cuenta con cuatro obras dedicadas a la misma temática, abordando lo que él denomina (siguiendo a Braudel) “el largo siglo XIX” y “el corto siglo XX”, dividiendo su análisis en *eras* y centrando la atención en la rápida expansión del capitalismo por el orbe teniendo como centro la economía-mundo europea.

Existe además una continuación excepcional de este debate en las “periferias” del mundo capitalista, que, como dijimos, tiene eco sobre todo en la consciencia de los pensadores de la poscolonialidad, la subalternidad y demás conceptos rimbombantes que

florecen en aquellas zonas donde la resistencia al avance de la vía de la civilización material capitalista es más enconada y fresca. Por ejemplo, el colectivo de Estudios Subalternos del Sur de Asia, fundado por Ranajit Guha (de marcada tendencia marxista y abiertamente influenciado por la escuela historiográfica inglesa de E. P. Thompson y E. J. Hobsbawm), planteó el proyecto del colectivo en términos bastante combativos y plantó bandera en conceptos que dieran cabida al análisis del desarrollo del capitalismo en el sur de Asia. El grupo casi en su totalidad hace alusión a la idea de la *transición al capitalismo*, intentando buscar elementos característicos y únicos de la sociedad asiática (en particular dentro del territorio de la actual India) que expliquen la formación y génesis del capitalismo asiático para entender sus particularidades y tal vez subvertirlo.<sup>52</sup>

Asimismo, en América Latina el debate ha sido fructífero y numerosos autores desde el Río Bravo hasta la Patagonia han reflexionado en torno a nuestra temática. Hay obras de muy largo alcance que estudian las sociedades prehispánicas en un hilo secuencial que las une con la era “moderna” e inevitablemente se remiten al problema de la tan mentada transición. Podemos citar la obra de Enrique Semo como ejemplo paradigmático del debate latinoamericano, quien a lo largo de varios escritos ubica este tránsito utilizando categorías como feudalismo, semifeudalismo, modo de producción asiático, modo de producción tributario, sociedades hidráulicas, etc., que remiten a las categorías propias de la discusión internacional de varias décadas.<sup>53</sup> Sin embargo, desde principios del siglo pasado ya encontrábamos a José Carlos Mariátegui

52. Cf. Partha Chatterjee, “More on Modes of Power and the Peasantry”, en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.

53. Para una síntesis bibliográfica del debate sobre los modos de producción precapitalistas en América y su tránsito al capitalismo, véase Enrique Semo, *Los orígenes: de los cazadores y recolectoras a las sociedades tributarias 22000 a.C.-1519 d.C.*, México, UNAM/Océano, 2006, pp. 289-304.

con sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* haciendo un intento primerizo por explicar el cambio en formas de vida a partir de la llegada de la modernidad occidental a las Américas.

Y en intentos más recientes, desde un campo más transdisciplinario proveniente de América Latina, encontramos a un variado grupo de personajes que piensan al capitalismo desde la resistencia de formas de vida no mercantiles, aunque “tampoco se trata de un simple rechazo a la modernidad”, como diría Dipesh Chakrabarty. De ahí que pensadores latinoamericanos como los del famoso grupo *rockstar modernidad/colonialidad*<sup>54</sup> (abiertamente influenciados por la obra de Immanuel Wallerstein) desarrollen conceptos que hablan de mantener la promesa de abundancia de la modernidad pero yendo más allá de la lógica del capital: Enrique Dussel (*transmodernidad*), Arturo Escobar (*posdesarrollo*), Walter Mignolo (*postoccidentalismo*), Fernando Coronil (“*más allá del occidentalismo*”), Catherine Walsh (*interculturalidad*) y Aníbal Quijano (*diferencia colonial*); sin olvidar a otros que no entran en el grupo, como Immanuel Wallerstein (*desmercantilización*) y Bolívar Echeverría (*ethos barroco*) que han trabajado la idea desde hace ya varias décadas y que podemos resumir a grandes rasgos con palabras de Enrique Dussel (guardando las diferencias entre los conceptos de cada autor):

La “centralidad” de Europa se reduce ahora a sólo dos siglos, lo que permite suponer que lo no subsumido por la modernidad tiene mucha posibilidad de emerger pujante y ser redescubierto no como un milagro antihistórico sino como potencialidad reciente de muchas culturas sólo ocultadas por el “brillo” deslumbrante

54. El grupo nace hacia 1998 unificando teorías sobre poscolonialidad con el análisis de sistemas-mundo de Immanuel Wallerstein, lo que da como resultado obras que cuestionan desde América Latina la imposición de “saberes” coloniales en las ciencias sociales de la periferia, proponiendo conceptos como el de “decolonialidad”, el cual cuestiona nociones y narrativas eurocentristas sobre el desarrollo social, político y económico del “Sur global”.

—en muchos casos aparente— de la cultura occidental, de la modernidad, cuya globalidad técnica y económica está lejos de ser una *globalización de la vida cotidiana valorativa* de la mayoría de la humanidad. Es desde esa potencialidad no incluida de donde surge, desde la “exterioridad” alterativa, un proyecto de “transmodernidad”, un más allá trascendente a la modernidad occidental (en cuanto nunca asumida, en cuanto despreciada y valorada como “nada”) que tendrá una función creadora de gran significación en el siglo XXI.<sup>55</sup>

Pero no sólo desde la periferia (desde un lugar *geotemporal*), sino en el centro de los debates más clásicos sobre explotación y dominación, aparece la discusión sobre la transición como nodo crítico para entender y pensar la emancipación de distintos grupos sociales; esto es patente en el caso de los temas más abordados, como el de la conciencia obrera, el indigenismo y otros tantos focos de atención que recaen sobre los sujetos dominados más evidentes; sin embargo, también en áreas del pensamiento, como la historia cultural o el feminismo, la idea de estudiar la transición se vuelve central para historizar conceptos que damos como estáticos y universales.<sup>56</sup> Es fácil perderse en la idea de lo estático y los universal; somos producto de una época y a veces es difícil sacudirse el yugo

55. Enrique Dussel, “Sistema-mundo y transmodernidad”, en Saurabh Dube et al. (eds.), *Modernidades coloniales: otros pasados, historias presentes*, México, El Colegio de México, 2009, p. 201.

56. Por ejemplo, así lo reconoce Silvia Federici respecto a la importancia de historizar al capitalismo para entender la lucha feminista y el rol de la mujer en la sociedad como algo dinámico, no dado y heredado: “Hay otros modos en los que *Calibán* y *la bruja* dialoga con la ‘historia de las mujeres’ y la teoría feminista. En primer lugar, confirma que ‘la transición al capitalismo’ es una cuestión primordial para la teoría feminista, ya que la redefinición de las tareas productivas y reproductivas y de las relaciones hombre-mujer en este periodo, que fue realizada con la máxima violencia e intervención estatal, no dejan dudas sobre el carácter construido de los roles sexuales en la sociedad capitalista”. Silvia Federici, *op. cit.*, p. 26.

del determinismo. Aun cuando en algunas reflexiones pensemos en términos *históricos*, muchas veces se nos olvida que “los hombres van y vienen y sólo la tierra permanece”; así caemos en el juego de convertir las relaciones de dominación en relaciones *tranhistóricas* por el simple hecho de pensar desde la prisión que es ser efímero y mortal; es decir, el ancho de nuestras vidas individuales impone límites al pensamiento que a veces sólo el estudio de la historia y otras formas de vida logra liberar para soñar la utopía. Debemos recordar que así como no existen conceptos sociales universales tampoco existe una historia universal, sino distintas historias propias de distintos proyectos de humanidad.<sup>57</sup>

En este sentido es que cabe hacer la precisión de lo que entendemos por “modernidad”; el debate en torno a la definición de este concepto es por demás extenso y lo que se entiende al respecto varía bastante de un campo a otro.<sup>58</sup> Incluso en el interior de las ciencias sociales y de corrientes similares de pensamiento parece difícil llegar a un consenso; sin embargo, podríamos aventurarnos a decir que la modernidad no se reduce a capitalismo. En la cotidianidad del sistema lo que observamos más comúnmente son *procesos híbridos* (como los llama Miles Ogborn) entre dinámicas propias del capital y formas de producción y vida alternas. El capitalismo puro no existe (aunque la tendencia a serlo es constante), además de que *habría que cuestionar de raíz la idea de que la modernidad es sólo propia del Occidente capitalista*, como bien lo anunciara Braudel al hablar de la “multiplicidad de los tiempos sociales”: la historia de cómo distintas regiones van anexándose a la economía-mundo capitalista difiere y muchas veces opera bajo lógicas distintas. Incluso podríamos hablar de la tendencia de

57. Cf. Bolívar Echeverría, *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad*, México, Itaca, 2013, p. 28.

58. Para un buen resumen introductorio a las teorías de la modernidad, véase Miles Ogborn, *Spaces of Modernity: London's Geographies 1680-1780*, Nueva York, The Guilford Press, 1998, cap. 1.



otras zonas del planeta, de otros “sistemas-mundo” hacia dinámicas distintas a la del capital, de “modernidades” que chocan con la versión occidental de lo que es ser “moderno”:

En palabras sencillas, la idea de modernidad implica la revelación de una ruptura con el pasado. Este relato se basa en averías, sugiriendo rupturas con el ritual y la magia, y brechas con el encantamiento y la tradición. Teniendo en cuenta las interpretaciones influyentes, como un concepto que hace época, se ha concebido la modernidad como la encarnación de un nuevo y distintivo estatus, en comparación con periodos anteriores, insinuando orientaciones esencialmente novedosas hacia el pasado, el presente y el futuro. Dicho panorama cuenta con sus propias verdades, pero también presenta a la modernidad en términos idealizados. Para comenzar, las interpretaciones trilladas y autorizadas de la modernidad la proyectan como un fenómeno generado exclusivamente en Occidente, aunque luego fue exportado a otras partes de la humanidad. Sucede que esta medida sirve precisamente para invalidar la dinámica del colonizador y el colonizado, la raza y la razón, y la Ilustración y el imperio que subyace a la modernidad bajo la forma de la historia. Estos procedimientos idénticos anuncian notables registros de esquematizaciones jerárquicas del tiempo y el espacio.<sup>59</sup>

Empero, de lo que en este libro hablaremos no será de esas “otras historias” u “otras modernidades” que conviven con la modernidad capitalista, sino que nos centraremos en una historia un tanto monolítica: la del sistema-mundo capitalista. Analizaremos cómo es que este particular sistema funciona, cómo es que se ha convertido

59. Saurabh Dube, “Antropología, historia y modernidad. Cuestiones críticas”, *Estudios de Asia y África*, vol. XLIII, núm. 2, mayo-agosto de 2007, México, El Colegio de México, pp. 312-313.

en el primer sistema-mundo verdaderamente mundial y a qué se debe su tendencia a subsumir y devorar a esas otras modernidades de las que aquí no se dará más que un esbozo.

La fugaz reseña que hemos presentado permite observar que éste es un debate amplio, complejo y polémico, donde raras son las coincidencias; empero, la esencia del planteamiento de todos los pensadores aquí presentados lleva a la misma conclusión: *el capitalismo no es eterno*. Lo que encontramos en común, también, es un constante regreso a Marx, incluso en autores que se deslindan de su pensamiento. Vemos que el modelo teórico de Marx continuado por muchos ha sido una herramienta de increíble utilidad histórico-interpretativa que se ha ido refinando con los años y se ha ido adaptando a las circunstancias de los distintos sistemas-mundo, donde el avance de la socialidad mercantil comienza a imponerse sobre otras formas de vida. La teoría crítica da constantes y seguros pasos para abandonar el eurocentrismo y reinterpretar o generar pensamiento de vanguardia desde “otras modernidades”.

Asimismo, de lo que dan cuenta apartados anteriores es de la existencia de *etapas* dentro del mismo desarrollo capitalista; en la discusión que presentamos se trata principalmente de lo *formal* y lo *específicamente* capitalista, pero ya dentro del análisis de lo específicamente capitalista cabe el estudio de distintas etapas (o modelos) sobre los cuales puede teorizarse aún más (economía de libre mercado, keynesianismo, economías planificadas, neoliberalismo, neokeynesianismo, etc.). Es en este punto donde tal vez convendría analizar con más detalle el pensamiento de *la teoría económica convencional* que, con todo, no ha evolucionado mucho en sus planteamientos en varias décadas (en todo caso ha involucionado). Sin embargo, aun cuando no da el ancho para plantear escenarios de economías no capitalistas, sería interesante presentar algunos argumentos al respecto para vislumbrar los límites y alcances de la teoría económica burguesa.

Lo que falta por explicar es justo esto: las etapas por las que puede transitar el capitalismo y por las que ha transitado, ya que es ahí donde se dirime el debate sobre las teorías del derrumbe que explicaremos en el capítulo siguiente. La cuestión es si el capitalismo puede autosustentarse generando bienestar social, “desmercantizando” varias esferas de la reproducción social, o si la tendencia a la mercantilización es tal que sea difícil escapar del “sistema”. Aquí se dirime el antaño debate sobre *reforma o revolución*: ¿puede el capitalismo sobrevivirse a sí mismo o tiene límites infranqueables? Citando al eminente Paul Mattick:

Cualquier etapa particular del capitalismo es transitoria, aun cuando pueda prolongarse durante un espacio de tiempo considerable. Solamente considerando las leyes generales del desarrollo capitalista es que sus etapas históricas revelan su naturaleza transitoria. La cuestión consiste, entonces, en definir si la acción de las leyes generales del capitalismo puede ser contrarrestada por medios tecnológicos y políticos, capaces de satisfacer tanto las necesidades de ganancias del capital privado como el “bienestar social general” por el simple expediente de producción no lucrativa.<sup>60</sup>

Volviendo la mirada al estudio de lo histórico podríamos decir que —irónicamente— quienes diseñan las políticas económicas que azotan al mundo civilizado tienen bastante claro el carácter histórico del capitalismo, como lo analizó Susan George en su *Reporte Lugano*, cuyo interesante subtítulo es *Preservando el capitalismo en el siglo veintiuno*, donde a un supuesto comité “ultrasecreto” del gobierno mundial se le encarga la tarea de diseñar un plan que contempla lo siguiente:

60. Paul Mattick, *Marx y Keynes: los límites de la economía mixta*, México, Era, 1975, p. 89.

Identificar las amenazas al sistema de libre mercado capitalista y los obstáculos para su generalización y preservación conforme nos adentramos al nuevo milenio [...] Examinar el presente rumbo de la economía mundial a la luz de esas amenazas y obstáculos [...] Recomendar estrategias, medidas concretas y cambios de dirección maximizando la posibilidad de que el sistema capitalista globalizado de libre mercado prevalezca.<sup>61</sup>

En esta parodia bastante real de la realidad puede apreciarse que los líderes mundiales piensan al capitalismo en términos históricos, pero desde una perspectiva bastante mutilada, dando como alternativas un amplio rango de posibilidades que van desde un “capitalismo salvaje” hasta un “capitalismo *light*”, pero sin dejar de ser capitalismo; aunque el principal temor es claro: *la desmercantilización de la vida*.

61. Susan George, *The Lugano Report: On Preserving Capitalism in the Twenty-first Century*, Inglaterra, Pluto Press, 2003, p. 3. [Traducción del autor.]

## CAPÍTULO 2. LAS TEORÍAS DEL DERRUMBE

Porque nada es para siempre y hasta la belleza cansa.

JOSÉ JOSÉ, “El amor acaba”

Al reconocer la *historicidad del sistema capitalista* podemos entender la ingente cantidad de páginas que se ha escrito respecto a su potencial fin histórico, iniciando por el propio Marx, quien sería la base para todas las teorizaciones posteriores sobre el derrumbe. En la postura de Marx, a mi parecer, no existe una *teoría del derrumbe* en términos teleológicos, sino que de la mano de la explicación de la dinámica del capitalismo, y de ciertas leyes que le son inherentes, es posible pensar en escenarios donde *las contradicciones propias del sistema lleven a la lucha social* y sea *viable* subvertir el sistema. En esto estaría de acuerdo con la visión de Jaime Osorio cuando argumenta que no habría necesidad de una teoría de la *revolución social* en Marx si éste creyera en la inevitabilidad del derrumbe independiente de la acción del sujeto:

Más que una “teoría del derrumbe” lo que tenemos en *El capital* es el estudio de las condiciones que permiten al capitalismo reproducirse, pero, al mismo tiempo, que pueda ser revolucionado y superado por otra organización societal. Y en ambos terrenos, sus contradicciones, y la crisis, como punto culminante de aquellas, juegan un papel central.<sup>1</sup>

Así, para poder entender el contexto y las condiciones materiales bajo las que es viable una revolución social, Marx nunca quita el dedo del renglón en lo que concierne al estudio de dichas

1. Jaime Osorio, *Crítica de la economía vulgar*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAZ, 2004, p. 68.

condiciones: *ni sujeto separado de estructura, ni estructura separada del sujeto*. Sin embargo, en el debate que siguió a la muerte de papá Marx todos sus hijitos comenzaron a descarriarse, comenzando por los herederos inmediatos (herederos en sentido literal-legal): Eduard Bernstein y Karl Kautsky, ambos líderes de la socialdemocracia alemana y considerados sucesores naturales de Marx y Engels luego de su muerte. Iniciemos por Bernstein, considerado uno de los fundadores de la *socialdemocracia* y padre de lo que se conoció como *revisionismo*, corriente teórica que puso en tela de juicio toda la obra de Marx y acabó por negar algunos de sus postulados básicos, como la idea de crisis sistémicas recurrentes o la visión de la necesidad de la revolución comunista. En su planteamiento, el capitalismo cada vez se vuelve más estable y la transición al socialismo se daría paulatinamente por el mismo avance del capitalismo que cada vez controlaría más los procesos productivos (mediante monopolios) nivelando los desequilibrios entre producción y consumo:

Las más alocadas explosiones de especulación se hallan en los *albores de la era capitalista*, y es ésta también la razón por la cual habitualmente la especulación celebra sus orgías disolutas en los países de más reciente desarrollo capitalista [...] Cuanto más viejo es un ramo de producción de una industria moderna, tanto más [...] el momento especulativo cesa de desempeñar un rol determinante, ya que se torna más preciso el control y más seguro el cálculo de la situación y de las oscilaciones del mercado.<sup>2</sup>

Podemos notar en esta simple cita por qué Bernstein es el creador del así llamado *socialismo evolutivo*; desde su concepción la lucha central ya no está en la organización obrera sino en permitir el desarrollo del capitalismo para *dar paso al reino de la abundancia a través del control*

2. Eduard Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1982, p. 75.

*de la producción* por monopolios cada vez más grandes que regulen la totalidad del proceso productivo (por lo que no hay peor mal que el proteccionismo económico).<sup>3</sup> Por supuesto que una idea así de polémica causó indignación en todas las alas de la izquierda europea y no se hicieron esperar las respuestas que defendían la vigencia de la teoría de las crisis. Según otro socialdemócrata de la época, Heinrich Cunow, el error de Bernstein radicaba en su optimismo ahistórico que interpretaba el periodo de auge europeo de la segunda mitad del siglo XIX bajo una luz totalizante. Cunow defendía la postura de crisis cada vez más agudas aunque en verdad en su texto nunca logra justificarla, limitándose únicamente a hablar de la necesidad del mercado externo para mantener firme la economía nacional; sin embargo, sus planteamientos se anticipan a buena parte del debate que vendría después (sobre todo con la intervención de Rosa Luxemburg), argumentando que existen *medidas geográficas* que limitan el funcionamiento controlado del capitalismo y obligan a los capitalismos metropolitanos a seguir expandiéndose fuera de sus esferas tradicionales: “La ampliación de los mercados externos no solamente ha creado una vía de desahogo para los inagotables excedentes ingleses, sino que también ha debilitado la tendencia al surgimiento de las crisis”.<sup>4</sup> Anticipándose a las guerras mundiales, Cunow alerta sobre un límite a la expansión del capitalismo inglés conforme comience a toparse en el terreno del *mercado mundial* con “estados industriales extranjeros” que busquen ampliar sus esferas de acumulación de capital.

Pero no sólo hubo ataques en contra de la postura de Bernstein; también logró adeptos en posiciones clave de todas las alas socialdemócratas europeas al punto de que la vertiente revisionista sustituyó al ala “ortodoxa” de la socialdemocracia (dirigida por Kautsky) en el liderazgo de los partidos de izquierda en Europa, lo cual, por

3. *Ibid.*, pp. 177 y ss.

4. Heinrich Cunow, “Contribución a la teoría del derrumbe”, en Lucio Colletti (comp.), *op. cit.*, p. 168.

supuesto, a la larga tendría consecuencias de radical importancia en las políticas reales, como el apoyo del Partido Socialdemócrata Alemán a las aspiraciones imperialistas de Alemania en la Primera Guerra Mundial. Claro que todo se sustentaba en la idea de que era necesario llevar el desarrollo del capitalismo a otras latitudes para imponer el progreso y llevar la paz (de nuevo atendiendo a la máxima bernsteiniana del tránsito pacífico al socialismo), ya que, como vimos, luego de un periodo inicial de crisis propio de “los albores de la era capitalista” las colonias llegarían a un capitalismo desarrollado y estable que daría paso a la era socialista arrastrada por las asociaciones monopólicas y sindicales; así se justificaban las aspiraciones imperiales.<sup>5</sup> De esta manera vemos lo peligroso que en ocasiones puede ser el pensamiento teórico cuando se encuentra ligado a líderes que representan masas. *Las teorías del derrumbe y el debate a su respecto no sólo es elucubración sobre castillos en el aire; se encuentran en el centro de las políticas mundiales que marcaron el desarrollo histórico del siglo XX* y esto muchas veces es dejado de lado por quienes han reseñado estas discusiones.

Podemos seguir esta línea de argumentación (sobre la necesidad del desarrollo del capitalismo) hasta Lenin, quien fue ampliamente influenciado por estos debates, pero antes de llegar a eso conviene reseñar a uno de los principales exponentes en la discusión: Mijaíl Tugán-Baranovsky. Este individuo de origen ruso-ucraniano fue de gran utilidad conceptual para el revisionismo al fundar otra corriente teórica conocida como *armonicismo*. Esta infame corriente de pensamiento económico pretendía encontrar en el pensamiento de Marx (sobre todo en la parte del tomo III de *El capital* dedicada a los esquemas de la reproducción del capital) la explicación teórica de cómo el capitalismo podía llegar a la armonía perfecta y así evitar las crisis de manera indefinida

5. “En su expresión política estas fracciones de la socialdemocracia se llegaron a calificar a sí mismas como social-imperialistas.” José G. Gandarilla Salgado, *El presente como historia*, México, CEIICH/UNAM, 2008, pp. 47-48.



simplemente impidiendo la desproporcionalidad entre los sectores de la producción (además de negar la teoría marxiana de las crisis). Para Tugán-Baranovsky, en Marx existían dos teorías del derrumbe bastante distintas, una explicada por la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia y la otra por el subconsumo, aunque según él ninguna de estas teorías era correcta y por tanto el derrumbe del capitalismo no se daría por causas económicas.<sup>6</sup>

Tugán-Baranovsky creía que “no hay que explicar las crisis de sobreproducción por las dificultades de la realización sino por la anarquía y la ausencia de un plan de la economía capitalista”.<sup>7</sup> Según él, incluso en un escenario en el que los salarios de la clase trabajadora cayeran por los suelos, el *subconsumo* resultante que pondría en jaque la acumulación de capital podría ser fácilmente contrarrestado por el consumo capitalista de medios de producción y por un nuevo aumento en la escala de la producción; así las crisis podrían ser evitadas indefinidamente. En esta interpretación del movimiento de la economía que recuerda a la ley de Say observamos que, en la perspectiva de Tugán-Baranovsky, al capitalismo no le importan las condiciones de vida de la clase obrera sino sólo que el sistema se mantenga equilibrado: puede haber un capitalismo eterno muy a pesar de la miseria de la población; este enunciado recuerda en mucho la vigencia de la economía neoliberal que vendría varios decenios más tarde:

La ampliación de la producción, es decir, el consumo productivo de los medios de producción, ocupa el lugar del consumo humano, y todo transcurre tan sin fricciones como si no fuese la economía la que sirve al hombre, sino el hombre quien sirve a la economía.<sup>8</sup>

6. Cf. Paul M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1973, p. 216.

7. Lucio Colletti (comp.), *op. cit.*, p. 240.

8. Mijaíl Tugán-Baranovsky, “Fundamentos teóricos del marxismo, el derrumbe del orden económico capitalista”, en Lucio Colletti (comp.), *op. cit.*, pp. 255-256.

A pesar de esta interpretación, en la que el aumento de la producción no genera crisis, sino que las resuelve, y el subconsumo no es un problema, nuestro autor se sigue considerando un teórico socialista y apoya la causa del socialismo como necesaria para la humanidad aunque de ninguna manera inevitable. Tal vez su único punto fuerte sea éste: que no cree en determinismos. El punto es que no tiene una teoría sobre la revolución social y aplaza el problema hacia un futuro lejano e indeterminado en que la humanidad tenga “plena consciencia de sus fines, para lograr el nuevo orden social”.<sup>9</sup>

La respuesta socialdemócrata no se hizo esperar, comenzando por Conrad Schmidt, un “fino teórico del revisionismo”, en palabras de Tugán-Baranovsky, de quien Paul Sweezy habla en buenos términos por haber puesto sobre la mesa el debate acerca del *subconsumo*. De acuerdo con Schmidt, el subconsumo es el punto clave de las crisis capitalistas y de éste se desprende completa la idea del derrumbe del sistema. En su réplica en verdad suena a un antepasado ilustre de John Maynard Keynes abogando por un aumento en la capacidad de demanda efectiva de la clase trabajadora:

En realidad los capitalistas, al oponerse a todo aumento salarial, ¿no libran acaso una batalla que tiende a mantener lo más bajo posible el ingreso de las masas y por ende también su capacidad de consumo, mientras que ellos, los capitalistas, aumentan de continuo, en rápida progresión, su propia ganancia, y con ella la masa del capital acumulado que busca inversión productiva? En semejante situación, ¿puede el aumento de la capacidad de consumo seguirle el paso al ritmo de la acumulación del capital? [...] De este modo, en efecto, el desarrollo capitalista generaría en su propio seno una tendencia a sobreproducciones cada vez mayores.<sup>10</sup>

9. *Ibid.*, p. 258.

10. Conrad Schmidt, “Contribución a la teoría de las crisis comerciales y de la sobreproducción”, en Lucio Colletti (comp.), *op. cit.*, p. 184.

Precisamente por esto es que Schmidt es más un *reformista* que un revisionista; hasta cierto punto sigue siendo un marxista ortodoxo al sostener la vigencia de la teoría de las crisis, pero en sus escritos defiende la posición reformista que aboga por un capitalismo controlado por medio de la acción de mantener a la clase obrera en buenas condiciones económicas, en asociaciones y sindicatos que promuevan un capitalismo “saludable” desde el cual sea posible empezar a plantear reformas socialistas que modifiquen poco a poco el sistema; al final, Schmidt cree que es posible evitar las crisis mediante la reforma y “considera la tasa descendente de la tasa de ganancia y el creciente ejército industrial de reserva como *derivados* del subconsumo y no como tendencias *paralelas* del desarrollo capitalista”.<sup>11</sup> Sentada esta base reformista es que por fin podemos pasar al principal exponente teórico de la otra corriente dominante de la época (el *reformismo*, que continúa con cierta hegemonía en la socialdemocracia moderna): Karl Kautsky.

Kautsky aparece como el exponente teórico de mayor peso luego de la muerte de Engels y es a todas luces el ancestro ideológico más importante de las corrientes socialdemócratas que se extenderían por el orbe. Este particular personaje entra en escena al debate sobre las teorías del derrumbe entablando discusión con Eduard Bernstein y atacando con rabia al ascendente revisionismo mientras defendía la supuesta “ortodoxia marxista”. Para Kautsky (como para Marx), las crisis económicas son sistémicas e inevitables, y algo así como un capitalismo planificado que pueda detener el estallido de crisis es una mera fantasía de intelectual burgués; lo que la historia ha demostrado (para Kautsky) es más bien que cada nueva crisis es más profunda que la anterior y el mundo es cada vez más chico para el avance implacable del capital, lo que nos lleva a plantearnos la necesidad del socialismo como única vía de escape de la creciente miseria:

11. Paul M. Sweezy, *op. cit.*, p. 218.

El avance de la producción capitalista evidentemente sigue siendo posible, incluso en este estadio de depresión crónica, pero ella se vuelve absolutamente insoportable para la gran masa de la población y se ve obligada a buscar una salida para la miseria generalizada, y sólo puede encontrarla en el socialismo [...] Considero esta disyuntiva como inevitable, *si el desarrollo económico se verifica como hasta ahora.*<sup>12</sup>

El problema con la intervención de Kautsky en el debate, a decir de una impresionante cantidad de teóricos de izquierda, es el peso dado a la *inevitabilidad* de las leyes históricas. De acuerdo con esta crítica, lo que hace Kautsky es subordinar la acción del individuo al desarrollo propio del capital, es decir, que cae en un *determinismo* en que el sujeto no tiene más que obedecer los dictados de la evolución histórica y esperar a que la necesidad nos lleve al socialismo. Si bien la obra de este autor está llena de matices y en un primer momento pareciera que en realidad no cree en la “necesidad histórica” (como se ve en la frase en cursivas de la cita anterior de un ensayo de 1902), otros de sus escritos *políticos* como *El camino del poder* (1909) y toda su producción posterior a 1910 sí pecan de un fatal quietismo revolucionario y apelan más a la reforma que a la revolución bajo el argumento de la transición gradual al socialismo a través de reformas al sistema desde el aparato de partidos. Para el último Kautsky, en lo que algunos llaman su etapa no marxista, la revolución, entendida de manera clásica (con violencia armada), se vuelve superflua. Sería la propia dinámica del capitalismo la que de manera lenta pero inevitable provocaría que las masas obreras se organizaran en partidos y realizaran el deseado cambio desde la toma pacífica del gobierno a través de las urnas; es decir, *el capitalismo no se aniquilaría estructuralmente a sí mismo*, sino que la masa

12. Karl Kautsky, *Teorías de las crisis*, en Lucio Colletti (comp.), *op. cit.*, pp. 232-233.

obrera concientizada y organizada daría el brinco a través de una *revolución política* a la que estaría obligada históricamente empujada por la miseria progresiva que produce el capitalismo. Por ello es que Vladimir Illich Uliánov, también conocido como Lenin, catalogó a Kautsky como un “renegado” del marxismo, y en una conocida réplica a sus posturas escribe:

Cuando Kautsky “interpreta” el concepto de “dictadura revolucionaria del proletariado”, de tal modo que desaparece la violencia revolucionaria por parte de la clase oprimida contra los opresores, bate el récord mundial de desvirtuación liberal de Marx. El renegado Bernstein no es más que un cachorrito al lado del renegado Kautsky.<sup>13</sup>

El problema acerca de si Marx admite la posibilidad del pacifismo revolucionario o no es otro asunto; el hecho es que Kautsky opta por la vía de la democracia burguesa como camino al socialismo. Por ello, el derrumbe del capital en Kautsky no es atribuible a los límites del proceso de acumulación sino al *factor sujeto masa* que eventualmente querrá despojarse de sus cadenas y reformará el sistema desde la toma pacífica del poder:

El tiempo “homogéneo y vacío” del progreso mecánico, sin crisis ni rupturas, es un tiempo impolítico. La idea, sostenida por Karl Kautsky, de una “acumulación pasiva de fuerzas” se inscribía en esta temporalidad sin acontecimiento. Versión primitiva de la fuerza tranquila, este “socialismo fuera del tiempo” y “a paso de tortuga” disuelve la incertidumbre de la lucha política en las leyes proclamadas de la evolución histórica.<sup>14</sup>

13. V. I. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972, p. 17.

14. Daniel Bensaïd, *Cambiar el mundo*, España, Diario Público, 2010, p. 156.

Así, “Karl Kautsky, sucesor de Engels en la dirección de la socialdemocracia alemana, tampoco entendió lo que Marx y Engels trataron de expresar y de hacer, lo cual lo llevó a los mismos resultados, es decir, la negación de la libertad humana”;<sup>15</sup> de esta prédica reformista proviene la idea de una transición inevitable al socialismo, en que el sujeto revolucionario queda subordinado en su actuar a la fuerza de la necesidad histórica donde a la larga el futuro será siempre más brillante.

Lenin, por su parte, entra al debate discutiendo no sólo con Kautsky, sino con su propia época y su origen. Desde sus primeras obras, en las que su preocupación principal es cómo llevar el desarrollo a Rusia (un país casi en su totalidad agrario) y desde ahí conseguir el sueño comunista, ya se entrevé cómo su planteamiento entra de lleno en las teorizaciones sobre el derrumbe, influenciado sobre todo por las caracterizaciones de Serguéi Bulgákov y Tugán-Baranovsky. En sus escritos de juventud (1897-1899) el centro de atención al respecto está de nuevo en el problema de la proporcionalidad de la producción de las ramas económicas y en la posibilidad de un capitalismo equilibrado; lo que le interesa conocer a Lenin es si Rusia por sí misma puede caminar la senda del desarrollo que promueve el capital. Por ello elige como adversarios a los “populistas” (*narodniki*), pensadores rusos que consideraban que el capital no podía desarrollarse sin mercado exterior y para quienes sólo la expansión constante posibilitaba la existencia del capitalismo (lo que explicaría las tendencias imperialistas). Tal posición “populista” implicaba un “límite objetivo” al crecimiento del capital, lo cual para Lenin era una gran tontería:

Así pues, la necesidad de buscar mercado exterior no demuestra en modo alguno la imposibilidad del capitalismo, según gustan

15. José Ferraro, *Libertad y determinismo en la historia según Marx y Engels*, México, Itaca, 2000, p. 21.

presentar la cuestión los economistas populistas. Todo lo contrario. Esa necesidad muestra palpablemente la labor histórica progresiva del capitalismo, que destruye el viejo aislamiento y el carácter cerrado de los sistemas económicos (y, por consiguiente, la estrechez de la vida espiritual y política), que liga todos los países del mundo en un todo económico único.<sup>16</sup>

En este sencillo párrafo Lenin resume todo el discurso que lo acompañará hasta sus obras de madurez; lo que pretendía clarificar era la capacidad del capitalismo de crecer no sólo de forma *expansiva* sino ante todo de manera *intensiva*, es decir, que el desarrollo hacia dentro es bastante posible y es lo que puede darle aire al capitalismo para funcionar durante bastante tiempo incluso en un contexto en que la totalidad del mundo haya sido subsumida por el capital. Dilucidar este problema era importante para el marxismo ruso en un momento en que Rusia se encontraba ante el dilema de su propio desarrollo; lo que V. I. Lenin está diciendo es que Rusia debe desarrollar un mercado interno capitalista avanzado para crear la base económico-productiva necesaria para dar el salto al socialismo (una de las más emblemáticas ideas del marxismo-leninismo). Para plantear esta idea recurre a la vieja idea de Marx de la capacidad revolucionaria del capitalismo (“*la labor histórica progresiva del capitalismo*”) en el sentido de que produce mejoras técnicas capaces de generar riqueza ilimitada susceptible de ser socializada (el ideal comunista); sin embargo, también toma mano de argumentos que lo acercan a las ideas de Tugán-Baranovsky sobre un capitalismo sin fin, argumentos que refinará décadas más tarde influenciado por el “austromarxista” Rudolf Hilferding, un autor que representa un gran parteaguas en el debate sobre el derrumbe y de quien pasaremos a hablar ahora.

16. V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Editorial Progreso, 1975, p. 53.

Hilferding publica su obra cumbre en 1910, la cual lleva por título *El capital financiero*; en ella aparece una reedición de la visión de Tugán-Baranovsky pero un tanto más compleja. El argumento central de su *magnum opus* es que, contrariamente a la idea de un sistema que produce crisis cada vez más agudas, lo que genera la concentración progresiva del capital en monopolios es un capitalismo más amable, es decir, pasamos de la anarquía de la producción a un sistema crecientemente planificado:

Hemos visto que la creciente concentración hace más resistentes a las empresas industriales contra el efecto extremo de las crisis, la total bancarrota. Esta resistencia aumenta con la forma de organización de la sociedad por acciones, que, como hemos visto, aumenta al mismo tiempo la influencia de los bancos sobre la industria en forma extraordinaria [...] El control es más sistemático cuanto más concluyentes sean las tendencias a poner la industria bajo la dependencia de los bancos.<sup>17</sup>

Hilferding incluso afirma que la especulación cada vez juega un papel menos importante en las crisis gracias a este “control más sistemático” que la fusión de la industria y los bancos genera (esta fusión sería propiamente lo que define al *capital financiero*); lo que para muchos marxistas es causa de agudización de las crisis, para Hilferding es causa de su “suavizamiento”. Vemos que estas ideas lo acercan un tanto a Eduard Bernstein; la diferencia radica en el papel que ahora se le otorga a los “cárteles y *trusts*” en el apaciguamiento de la típica violencia capitalista provocada por la anarquía del mercado “propia de los albores de la era capitalista”. Además de que en la visión de Hilferding las crisis no dejan de existir a pesar de su creciente domesticación; este argumento “no excluye en

17. Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971, p. 328.



ningún modo el nacimiento de tales crisis, pero explica por qué es más difícil que sobrevengan [...] Por consiguiente, los cárteles no eliminan los efectos de las crisis. Las modifican en tanto cargan la violencia de la crisis a las industrias no cartelizadas”.<sup>18</sup>

Estas ideas fueron una bomba entre los estudiosos de aquella época, sobre todo en el ala de la socialdemocracia europea reformista y revisionista. La postura de Hilferding es la de alguien que se reconoce como marxista pero abjura de cualquier teoría del derrumbe y lo hace con argumentos convincentes. Para este autor, líder del partido socialdemócrata alemán y considerado por mucho tiempo el principal teórico, el capitalismo no caería por motivos económicos sino por la acción consciente y organizada del proletariado. La aparición de su libro fue tan icónica que incluso Karl Kautsky, un viejo marxista ortodoxo, operaría un cambio radical de postura (influenciado también por Otto Bauer) y llegaría a extremos teóricos que Hilferding tal vez no hubiera imaginado, proponiendo su descabellada teoría del *ultraimperialismo*, en la cual el capitalismo ya puede operar en equilibrio y de manera ilimitada gracias a una súper concentración de la producción en monopolios que regularían la producción a tal grado que ya no habría crisis, anarquía productiva, disputas territoriales entre capitales internacionales ni guerras. “Naturalmente que bajo el capitalismo el monopolio no puede nunca eliminar del mercado mundial de un modo completo y por un periodo muy prolongado la competencia (ésta es, dicho sea de paso, una de las razones de que sea un absurdo la teoría del ultraimperialismo).”<sup>19</sup>

Vemos que para Lenin tal argumento termina por ser una aberración teórica (porque, entre otras cosas, promueve el imperialismo desde la izquierda); pero nos estamos adelantando. Antes del estallido de la Primera Guerra Mundial parecía que el debate

18. *Ibid.*, pp. 329 y 333.

19. V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Editorial Progreso, p. 99.

iba y venía entre marxistas “revolucionarios” y socialdemócratas, entre los partidarios de la no existencia de una teoría marxista del derrumbe del capitalismo y los defensores de la decadencia del mismo (por causas económicas ante todo). Llegó sobre todo a ser una cuestión de afiliaciones políticas, “el poder a través de las urnas o de una insurrección planeada (que se convertiría en la diferencia teórica entre la Segunda y la Tercera internacionales)”,<sup>20</sup> pero casi todos los teóricos reseñados hasta ahora coincidían en que el capitalismo tenía fuerza para rato a pesar de que diferían en el cómo, y cuando el debate parecía estarse enfriando apareció *La acumulación del capital* (1913) de Rosa Luxemburg para volver locos a propios y extraños reavivando las llamas de la pasión.

El mencionado libro recurría a la idea de un límite objetivo *extraeconómico* al desarrollo del capitalismo; un tanto en la línea de Cunow, plantea que llegará un punto en que el capital ya no podrá reproducirse por haber tocado un límite “natural” a su crecimiento. Para Luxemburg, ese límite también es *geográfico* pero da especial énfasis a la naturaleza parasitaria del capital con las formas de vida precapitalistas, de las que según ella depende la acumulación. Así, el capital, “al expansionarse a costa de todas las formas no capitalistas de producción, camina hacia el momento en que toda la humanidad se compondrá exclusivamente de capitalistas y proletarios asalariados, haciéndose imposible, por tanto, toda nueva expansión y, como consecuencia de ello, toda acumulación”.<sup>21</sup> La razón detrás de esta lógica es la siguiente:

En el centro del problema de la acumulación de capital, según Rosa Luxemburg, está la realización de la plusvalía. En la reproducción

20. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 20.

21. Rosa Luxemburg, “La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx: una anticrítica”, en Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, Barcelona, Grijalbo, 1978, p. 380.

simple la realización de la plusvalía no ofrece dificultades: se vende toda a capitalistas para su propio consumo. Pero en la reproducción ampliada las cosas son diferentes. El valor de todas las mercancías y, por lo tanto, del conjunto de la producción social total, consiste en capital constante más capital variable más plusvalía. El capital constante se realiza por medio de las compras de reposición de los capitalistas mismos; el capital variable se realiza por medio del gasto que los obreros hacen de sus salarios; todo ello es claro. Pero ¿qué pasa con la plusvalía? Una parte la compran los capitalistas para su propio consumo; otra parte desean acumularla, y aquí aparece la dificultad: “¿dónde está la demanda de la plusvalía acumulada?”<sup>22</sup>

Luxemburg plantea el problema de manera más clara en un artículo de 1921 donde reafirma su postura, marcando la diferencia entre reproducción simple y reproducción ampliada:

Si los capitalistas se gastasen alegremente el plusvalor íntegro estrujado a sus obreros, la acumulación se caería por su base [...] para el conjunto de los capitalistas como clase, la dilapidación de todo el plusvalor en forma de lujo sería una locura, un suicidio económico, ya que supondría matar de raíz la acumulación. ¿De dónde, pues, pueden salir los compradores, los consumidores para esa porción social de mercancías sin cuya venta no sería posible la acumulación? Hasta ahora hay una cosa clara, y es que esos consumidores no pueden salir de la clase obrera ni de la clase capitalista.<sup>23</sup>

La respuesta que da Luxemburg es que *esos consumidores salen de las esferas no capitalistas del mundo* que el capital tiene la necesidad de integrar para poder mantener la escala de la acumulación; su conclusión

22. Paul Sweezy, *op. cit.*, p. 224.

23. Rosa Luxemburg, *op. cit.*, pp. 378-379.

es sencilla: sin zonas nuevas que proletarizar que cuenten con mercados donde realizar el plusvalor excedente, el sistema económico llegará a un límite infranqueable y morirá. Desde esta misma lógica es que parte la caracterización que ella da del *imperialismo*; ante la falta de mercados donde realizar la plusvalía los capitales internacionales se tornan cada vez más violentos y las crisis más agudas, lo que vuelve imperativo el cambio a un modo de producción planificado que no se encamine a la acumulación sino a la satisfacción de las necesidades vitales de la humanidad (léase socialismo):

Cuanto más violentamente lleve a cabo el militarismo, tanto en el exterior como en el interior, el exterminio de capas no capitalistas, y cuanto más empeore las condiciones de vida de las capas trabajadoras, la historia diaria de la acumulación del capital en el escenario del mundo se irá transformando más y más en una cadena continuada de catástrofes y convulsiones políticas y sociales que, junto con las catástrofes económicas periódicas en forma de crisis, harán necesaria la rebelión de la clase obrera internacional contra la dominación capitalista, aun antes de que haya tropezado económicamente con la barrera natural que se ha puesto ella misma.<sup>24</sup>

Hay cierta lógica detrás de esta argumentación, pero a todos los grandes teóricos de la época les pareció un total disparate, empezando por Otto Bauer, quien sentaría la base de la crítica que después compartirían Kautsky, Hilferding y Lenin. De acuerdo con Bauer, el plusvalor destinado a ampliar la escala de la acumulación es perfectamente capaz de realizarse dentro de un capitalismo puro; basta con *adecuar el crecimiento de la población al crecimiento del capital*, y esto lo logra el capital sin que nadie se lo pida mediante ciclos de empleo y desempleo, crisis y recuperaciones, y ante todo, alternando el grado

24. *Ibid.*, p. 363.

de explotación del trabajo. Según Bauer, si la tasa de acumulación es muy pequeña (*infracumulación*) aumenta el ejército industrial de reserva (desempleados), bajan los salarios y con ello crece la tasa de plusvalía; como aumenta la tasa de plusvalía se incrementa la tasa de acumulación que puede utilizarse para reabsorber al ejército industrial de reserva, y el equilibrio entre crecimiento poblacional y acumulación se restablece; si la tasa de acumulación es muy grande (*sobrecumulación*) la tasa de ganancia cae, sobrevienen crisis, se destruyen valores y se inactivan capitales, todo lo cual hace que la acumulación se adecue nuevamente al ritmo del crecimiento poblacional; el capital crece al ritmo en que crece la población, el sistema tiende al equilibrio y el plusvalor se realiza en escala ampliada.

En consecuencia, y al igual que la *infracumulación*, también la *sobrecumulación* se elimina una y otra vez en virtud del mecanismo del modo de producción capitalista. En el modo de producción capitalista subsiste *la tendencia a la adecuación de la acumulación del capital al crecimiento de la población*. Esa adecuación se habrá producido en cuanto el capital variable se multiplique con igual velocidad que la población obrera, pero el capital constante lo haga con mayor rapidez en la medida en que lo requiera el desarrollo de la productividad. En una sociedad socialista, los órganos sociales que gobiernan la producción velarían consciente y planificadamente para que el crecimiento del aparato social de producción resulte adecuado al crecimiento de la población. En la sociedad capitalista, esa adecuación debe producirse igualmente, pero en ella no puede hacerlo sino por intermedio de grandes crisis con desocupación, presión salarial, creciente explotación por una parte, y de inactivación de capital, destrucción de valores y descenso de la tasa de beneficio, por la otra.<sup>25</sup>

25. Otto Bauer, "La acumulación del capital", en Lucio Colletti (comp.), *op. cit.*, p. 360.

Anton Pannekoek, en la reseña que hace en 1934 sobre este debate, nos recuerda que las conclusiones de Bauer si bien acertadas en algunos puntos no dejan de tener vicios de origen, empezando por el hecho de su marcada filiación socialdemócrata que se deja permear hasta los desarrollos teóricos supuestamente más objetivos, sustentados en algunas dudosas ecuaciones matemáticas que pretenden probar la capacidad ilimitada del capitalismo (ya lo veremos cuando llegue el turno de Henryk Grossmann). El problema es que al sostener que el capitalismo se autorregula y siempre tiende al equilibrio, asegura también que el capitalismo puede vivir eternamente, y que de mantener en equilibrio el crecimiento poblacional y el incremento de la tasa de acumulación no tendríamos que preocuparnos más porque entonces ya no habría crisis ni desempleo y estaríamos prácticamente viviendo en el socialismo. Así pues, la tarea de los socialdemócratas sería sólo planificar la producción para vivir en automático la utopía sin cambiar de fondo los mecanismos de desarrollo del capital:

El capitalismo aparece aquí como un socialismo todavía no regulado, como una pertinaz contracción que aún golpea salvajemente a su alrededor y que sólo requiere de la mano aquietadora del domador socialista. La acumulación sirve aquí solamente para ampliar la producción, necesaria debido al aumento de la población, así como el capitalismo sirve en sí para procurar los alimentos a la humanidad; pero ambas cosas se realizan mal, de manera irregular, produciendo y acumulando demasiado o muy poco, catastróficamente, debido a la falta de planificación.<sup>26</sup>

Según Marx, esta receta para el socialismo resultaría una barbaridad, pues omite tantos factores que resulta un tanto cómica y el

26. Anton Pannekoek, "La teoría del derrumbe del capitalismo", en Anton Pannekoek *et al.*, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Pasado y Presente, 1978, p. 67.

tratamiento que da al problema de la población es casi malthusiano, en que la prioridad es simplemente un equilibrio con la acumulación sin tomar en cuenta factores como que el capitalismo necesita de la competencia y que la competencia empuja a la acumulación más allá de los límites del crecimiento poblacional, lo que provoca mayor explotación del trabajo (lo vimos en apartados anteriores hablando de las formas de extraer plusvalía); además de que el equilibrio entre crecimiento poblacional y acumulación no garantiza calidad de vida ni justa distribución de la riqueza. Como veremos en el siguiente capítulo, cuando abordemos *la ley general de la acumulación capitalista* de Marx, la preexistencia del ejército industrial de reserva es una de las condiciones de existencia del capitalismo como tal: *la población se ajusta a los dictados de las necesidades de valorización del capital y no el capital al crecimiento de la población*. Hablar de un control así sólo sería posible si primero habláramos de que no existiera la competencia y no existiera la explotación del trabajo (cosa que Bauer no hace), lo cual en los hechos sería ya hablar de comunismo.

Ahora bien, hay que recordar que todas estas discusiones, iniciando por Tugán-Baranovsky, descansan en suposiciones matemáticas basadas en los esquemas de la reproducción de Karl Marx que se encuentran en el tomo II de *El capital*. En ellos Marx analiza, con algunas ecuaciones muy básicas, cómo se puede repartir la producción social total entre los distintos sectores de la economía para mantener funcionando el sistema y explica con algunos números hipotéticos las condiciones básicas de funcionamiento del capital; de ahí el subtítulo del tomo II: el proceso de *circulación* del capital. Pero de ahí a afirmar que Marx cree en el funcionamiento armónico del capital hay mucha diferencia: el plan del tomo II sólo consiste en explicar cómo circula el capital entre distintas esferas permitiendo crecer al sistema. Será hasta el tomo III donde explique cómo ese funcionamiento desemboca necesariamente en crisis; de ahí el subtítulo del tomo III: el proceso *global* de la producción capitalista.

Por ello es por demás extraña la búsqueda de la proporcionalidad y la obsesión por los esquemas del tomo II, donde no se incluye toda la dinámica de desarrollo del capitalismo.

Por supuesto que los adversarios austromarxistas de Rosa Luxemburg (Kautsky, Bauer, Eckstein, Hilferding y otros) sabían perfectamente que los esquemas de Marx habían sido concebidos en un máximo plano de abstracción [...] Y sin embargo, todos estos autores pretendían ver, en esos esquemas, una prueba concreta de la capacidad económica vital ilimitada del modo económico capitalista.<sup>27</sup>

Ya veremos en el capítulo siguiente cómo se construye el argumento completo de Marx cuando conectemos las *tres leyes del desarrollo del capitalismo*. Sin embargo, sustentar de entrada argumentos como el de la imposibilidad de la realización del plusvalor (Luxemburg) o de la capacidad ilimitada del capital (austromarxismo) usando como fuerte piedra angular los esquemas de la circulación, que aún no conectan todo el movimiento del capital, da pie a fallas de origen muy grandes producto de una gran incomprensión de la metodología de Karl Marx.

Si hay algo que es seguro es que la confianza de los socialdemócratas, reunidos en torno a la Segunda Internacional, sobre la capacidad de planificar y controlar el capitalismo y la interpretación de progreso que hacían basándose en la concentración monopólica, los llevó a apoyar de manera casi unánime la expansión imperialista alemana durante la Primera Guerra Mundial (basta con recordar a Kautsky y su teoría del ultraimperialismo). En cambio, Lenin, ya en su etapa de madurez, extraía conclusiones distintas de argumentos similares. Es claro que la teoría leninista del imperialismo abreva mucho del pensamiento de Hilferding al establecer

27. Roman Rosdolsky, *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México, Siglo XXI, 2004, p. 496.



como la característica definitoria de la “nueva” fase del capitalismo el crecimiento de los monopolios liderados por el capital financiero (mezcla de capital bancario y capital industrial); sin embargo, Lenin no creía que la concentración monopólica estuviera generando el progreso del capitalismo sino su descomposición.

En plena Primera Guerra Mundial y en vísperas de la Revolución de Octubre Lenin escribe su famoso ensayo sobre el imperialismo en el que explica la naturaleza de éste como la fase de decadencia del capitalismo, donde todas las contradicciones del sistema comienzan a agudizarse a escala planetaria, pero con especial recrudecimiento en las periferias que sufren el despojo de las metrópolis que intentan preservar su estatus. Ésta sería una manera de explicar por qué en los países metropolitanos, donde la calidad de vida es más alta, e incluso históricamente ha tendido a aumentar (gracias a la explotación de otras zonas), la clase obrera y los partidos de izquierda tienden a volverse más pasivos y a formar alianzas con las burguesías nacionales, perdiendo de vista el escenario mundial; un ejemplo de ello serían los partidos socialdemócratas. Por este mismo fenómeno es que Wallerstein dice que durante el siglo xx los partidos socialdemócratas no afianzaron en zonas periféricas y sí, en cambio, lo hicieron partidos de corte revolucionario leninista que no buscaban la democracia de las urnas sino cambios radicales. Sin embargo, de acuerdo con Lenin, otra característica de la era imperialista es que también los países metropolitanos comienzan a sufrir estragos, lo cual ocasiona el recrudecimiento de la política imperialista:

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición [...] En

su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que la desigualdad se manifiesta asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes.<sup>28</sup>

Aunque para Vladimir Ilich un punto a favor de la era de los grandes monopolios era que estaban concentrando la producción a escala mundial en pocos focos, no tendían a resolver por sí solos las contradicciones del capitalismo, como planteaban Kautsky y Hilferding, pero estaban posibilitando que la clase obrera organizada se apropiara de las estructuras centralizadas del capital para socializar la producción. El capitalismo ya había dado todo lo que podía dar de sí y era hora de que la revolución cosechara sus frutos:

Quando la distribución de dichos productos se efectúa según un plan único entre decenas y centenares de millones de consumidores [...] entonces se advierte con evidencia que nos hallamos ante una socialización de la producción y no ante un simple “entrelazamiento”; se advierte que las relaciones de economía y de propiedad privadas constituyen una envoltura que no corresponde ya al contenido, que esa envoltura debe inevitablemente descomponerse si se aplaza artificialmente su supresión, que puede permanecer en estado de descomposición durante un periodo relativamente largo [...] pero que, con todo y con eso, será ineluctablemente suprimida.<sup>29</sup>

Así llegamos a la era de la gran Revolución rusa y la expansión del pensamiento comunista por el mundo. Después de la Gran Guerra, en Rusia se luchaba por dar forma al proyecto socialista y la teoría económica vendría a ser parte de tal esfuerzo, empezando

28. V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, op. cit., p. 124.

29. *Ibid.*, pp. 126-127.

por Lenin, quien fundaría la *ideología oficial* del partido comunista que lideraría a la recién creada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Nicolái Bujarin (discípulo de Lenin), ya en la década de 1920, sería uno de los ideólogos de peso que darían forma a la ortodoxia soviética; en sus estudios sobre el imperialismo recupera las teorizaciones sobre el derrumbe cerrando el debate contra Rosa Luxemburg y la socialdemocracia alemana, no porque tuviera razón o no sino porque la versión bujariniana-leninista del imperialismo y el derrumbe del capitalismo sería la interpretación definitiva que llevaría el sello del partido comunista soviético, y, por tanto, se consideraría la exégesis correcta del fenómeno por revolucionarios y pensadores de izquierda de todo el mundo durante casi todo el siglo xx hasta la disolución de la URSS.

En la versión de Bujarin del fenómeno, el capitalismo no caerá por la falta de zonas no capitalistas hacia dónde expandirse, sino por sus propias *contradicciones internas*, que se presentan independientemente de si hay o no zonas de expansión. Por su parte, Rosa Luxemburg desplazaba el problema del capitalismo a algo exterior a él y pasaba por alto problemas tan básicos como el movimiento de la tasa de ganancia y el cambio en la composición orgánica del capital que permite la reproducción ampliada durante varios periodos; trataba la reproducción ampliada con supuestos de la reproducción simple. En Luxemburg, pues, no hay un tratamiento coherente del fenómeno de las crisis porque no aborda el capitalismo desde el capitalismo y sus contradicciones y leyes de desarrollo, sino desde el presupuesto de la imposibilidad de realizar la plusvalía sin zonas externas. “El capitalismo *desarrolla* sus contradicciones internas; son éstas, y no la falta de ‘terceras personas’, lo que finalmente causa su derrumbe, a pesar de que muchas ‘terceras personas’ pueden llegar a ser las tres cuartas partes de la población mundial.”<sup>30</sup>

30. Nicolái I. Bujarin, *El imperialismo y la acumulación del capital*, en Lucio Colletti (comp.), *op. cit.*, p. 429.

Lo mismo ocurre con los pensadores de la socialdemocracia, quienes buscan la armonía del capitalismo en su capacidad de adaptación, dejando pasar de largo las contradicciones más obvias, como la lucha de clases, la pauperización, la explotación colonial, la competencia, el sistema de valores-precios y demás bondades de este modo de producción que crecen en escala ampliada.

El rasgo más característico del reformismo teórico consiste en que logra comprobar escrupulosamente todos los elementos de adaptación del capitalismo sin querer ver sus contradicciones. Para un marxista consecuente, por el contrario, todo el desarrollo capitalista no es otra cosa que un *proceso de reproducción de las contradicciones del capitalismo que crece sin cesar*.<sup>31</sup>

Empero, para este individuo la causa última del derrumbe está en la *violencia* que provocan tales contradicciones, violencia física, de fuego y acero bañado en sangre; no sólo de violencia económica. Tal vez es ésta una manera de explicar cómo la revolución armada está destinada a poner fin a un sistema que empieza a atentar contra el aparato productivo y la calidad de vida de la fuerza de trabajo, pues agudiza la rivalidad entre Estados ocasionando guerras y provoca la rebelión de los países vasallos. La única manera de poner fin a este ciclo de barbarie en la etapa de decadencia del capitalismo, que de acuerdo con Bujarin puede durar un periodo de tiempo aún muy largo, es mediante la organización socialista de la economía. Así, Bujarin cree que el derrumbe llegará, pero no por un movimiento *directo* del desarrollo económico, sino por algo que *trasciende* a la economía. Ésta es la crítica que lanza el gran economista polaco Henryk Grossmann:

31. Nicolái I. Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, México, Pasado y Presente, 1977, p. 180.

Según Bujarin el derrumbe del capitalismo surge de la descomposición de su base económica; empero, esta descomposición no es provocada por *motivos económicos*, no nace de la ineludible *legalidad económica propia* del mecanismo capitalista, sino que es producida por la guerra, por una *fuerza externa* a la economía que desde fuera influye destructivamente sobre el aparato productivo.<sup>32</sup>

A Grossmann el argumento de Bujarin le parece insuficiente porque se llena la boca de la palabra “contradicciones” sin explicar su fundamento económico clave, sin derivar de las *leyes del desarrollo económico* la posible debacle del sistema, como, según él, sí lo hace Karl Marx. El libro de Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, aparecería en 1929 coincidiendo con la Gran Crisis, lo cual le daría un lugar especial en la historia del pensamiento económico. En éste plantea que la caída será motivada por causas *fundamentalmente económicas*, y para demostrarlo recurre al desarrollo de las leyes del movimiento del capital planteadas por Marx.<sup>33</sup>

La principal crítica que suele lanzársele al libro de Grossmann es que plantea que el capitalismo caerá inevitablemente motivado por causas *puramente económicas*. Ésta será la crítica de alguien como Anton Pannekoek; sin embargo, la lectura de Pannekoek es algo sesgada e incompleta. Lo que Grossmann hace en realidad es demostrar matemáticamente las fallas en los planteamientos de los teóricos socialdemócratas; por ejemplo, cuando Otto Bauer intenta demostrar, modificando los esquemas de la reproducción de Marx, que la tasa de ganancia no tiende a caer, lo único que hace

32. Henryk Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 2004, p. 36.

33. El libro es sencillamente genial y muy recomendable para quien guste de largas migrañas intelectuales; en verdad es un parteaguas luego de toda la literatura revisionista y reformista anclada en presupuestos de equilibrio automático.

Grossmann es ampliar los años de estudio del esquema de Bauer para demostrar que incluso las matemáticas de la socialdemocracia confirman la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Derivado de este sencillo ejercicio es que Pannekoek piensa que Grossmann cree en la inevitabilidad del derrumbe motivado por razones únicamente económicas, es decir, por la “inevitable” caída de la tasa de ganancia, pero como el mismo Grossmann responde:

Obviamente, estoy muy lejos de sostener que el capitalismo está destinado al fracaso “por sí mismo” o “en forma automática”, como afirman, en oposición a lo que digo en mi libro, Hilferding y otros socialistas (Braunthal). El capitalismo puede ser abatido sólo a través de la lucha de la clase obrera [...] Pero lo que yo quería demostrar es que la lucha de clases no es suficiente por sí misma [...] Únicamente en las etapas finales del crecimiento se dan las condiciones objetivas que crean los *supuestos* de una intervención *coronada por el éxito*, victoriosa, de la clase trabajadora. Como marxista *dialéctico* es obvio que las dos caras del proceso, los elementos objetivos y subjetivos, tienen un influjo *recíproco* entre sí [...] Mi teoría del derrumbe no trata de excluir esta intervención activa, sino que se propone más bien demostrar en qué condiciones puede surgir y surge de hecho una situación revolucionaria de este tipo, en forma objetiva.<sup>34</sup>

La explicación de Grossmann sobre la caída de la tasa de ganancia será retomada en parte en el próximo capítulo, cuando abordemos la explicación de Marx al respecto; así que por el momento dejaremos la explicación sobre la importancia de la caída tendencial de la tasa de ganancia hasta aquí. Retomando nuestro recorrido teórico-

34. Henryk Grossmann, “Cartas de Henryk Grossmann a Paul Mattick sobre la acumulación”, en Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis: dialéctica y metodología en El capital*, México, Pasado y Presente, 1979, p. 250.

histórico, podríamos decir que es en este punto donde aparecería el largo silencio en torno al debate sobre el derrumbe, en parte por el estallido de la Segunda Guerra Mundial y en parte porque la discusión había sido monopolizada por instituciones que orillaban al dogma y cerraban análisis a políticas de partidos; por un lado, la socialdemocracia que entraría en crisis con las guerras mundiales, y por el otro, el ala comunista encabezada por el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Será hasta después de la segunda y tercera década del siglo pasado cuando haya una auténtica ruptura epistemológica que se desarrolla, como es natural, por fuera y en discusión con ambas estructuras organizativas (la Internacional Socialista y la Komintern) y con otras perspectivas políticas y herramientas teórico-conceptuales (por ejemplo, a través de la recuperación del enfoque de la totalidad). Acude la razón a Hobsbawm cuando aprecia que “las elaboraciones más originales [del nuevo periodo que se abre] se verificaron al margen o directamente en el exterior de los movimientos marxistas”. Tal es el caso de Lukács, Gramsci, Korsch, por no hablar ya de Bloch o Benjamin.<sup>35</sup>

Sin embargo, estas nuevas elaboraciones originales del marxismo que describe Eric Hobsbawm no son estudios sobre el desarrollo del capitalismo, y por lo tanto no entran en el debate sobre el derrumbe. Este periodo, en que el marxismo se alejó de la teorización de aquellos temas clásicos, es analizado por Perry Anderson como sintomático del pesimismo de la época en torno a la pérdida de la capacidad revolucionaria (sobre todo luego de dos guerras mundiales y de la decepción histórica que representarían los fracasos de la URSS). Anderson critica sobre todo el giro que dio el pensamiento

35. José G. Gandarilla Salgado, *op. cit.*, p. 65.

socialista hacia la filosofía, abandonando un centro económico-político fuerte que se ligara con prácticas revolucionarias reales:

La consecuencia de tal estancamiento fue el meditado silencio del marxismo occidental en los campos más importantes para las tradiciones clásicas del materialismo histórico: el examen de las leyes económicas del movimiento del capitalismo como modo de producción, el análisis de la maquinaria política del Estado burgués y la estrategia de la lucha de clases necesaria para derribarlo.<sup>36</sup>

Así, para Anderson, de 1924 a 1968, el marxismo no se “detuvo”, como iba a afirmar Sartre más tarde, pero “avanzó mediante un interminable rodeo lejos de toda práctica política revolucionaria”.<sup>37</sup> Aunque para poner las cosas en su justa dimensión, y tal vez corrigiendo un poco el extremismo de Anderson, las teorizaciones del marxismo occidental de ese periodo también buscaban explicaciones sobre el derrumbe, pero desde otros frentes no tan “objetivos” ni deterministas; ahora el centro no estaba tanto en la estructura sino en el análisis del “sujeto revolucionario” que sería el que en última instancia llevaría a cabo el cambio civilizatorio. Además eran teorías que intentaban explicar el conformismo y la pasividad del proletariado o su activa alianza con los intereses de la burguesía; ejemplos de lo anterior serían *Psicología de masas del fascismo* (1946) de Wilhelm Reich y *El hombre unidimensional* (1964) de Herbert Marcuse. Como bien lo menciona Martin Jay en uno de sus siempre atinados comentarios:

El marxismo occidental demandaba una revolución “contra el capital”, esto es, contra la falsa creencia de que las leyes económicas objetivas traerían automáticamente el colapso del capitalismo y la

36. Perry Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1987, p. 59.

37. *Ibid.*, p. 56.



victoria del proletariado. La crítica filosófica mostró en cambio que el cambio radical podría venir sólo cuando la acción humana derrocará a las estructuras hechas por el hombre que oprimen a la humanidad.<sup>38</sup>

Tal vez la única obra de este periodo dedicada a producir teoría sobre el desarrollo del capitalismo, y que vuelve a tocar los debates clásicos, sea el libro ya citado del marxista estadounidense Paul Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, publicado en 1942; aunque en ese libro no hay innovaciones conceptuales de peso y es más un desarrollo de la teoría subconsumista de las crisis, Sweezy reseña en pocas páginas el debate sobre el derrumbe hasta Grossmann y creo que sirvió de base para que Lucio Colletti elaborara su compilación de trabajos sobre el marxismo y el derrumbe del capitalismo, dado que en la presentación que hace de cada autor suscribe sin alteración lo dicho por Sweezy, a veces palabra por palabra. La variante extra que entra a colación en la obra de este autor tal vez sea la consideración de las políticas de intervención estatal keynesianas y la fe en que el proyecto socialista de la Unión Soviética comenzará a extenderse por el mundo poniendo fin a la era del capital.<sup>39</sup>

Así, podríamos decir también que otro factor de peso para que el debate sobre el derrumbe se viniera abajo es el aparente éxito del keynesianismo como política económica y los años de auge de la posguerra que parecían desmentir con verdades empíricas cualquier teoría marxista de las crisis. La teoría económica marxista, enamorada de los logros de las “economías planificadas”, tanto en Oriente (el “socialismo real” soviético descrito amargamente por

38. Martin Jay, *Marxism and Totality: The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*, Los Ángeles, University of California Press, 1984, p. 2. [Traducción del autor.]

39. Cf. Perry Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1987, pp. 33-34.

el mismo Lenin como “capitalismo monopolista de Estado”) como en Occidente, ahora se desarrollaba en la tónica de la planificación y se dedicaba a analizar al Estado y a los monopolios. Los años sesenta y setenta fueron el auge de las teorías del capital monopolista. El mismo Sweezy publicaría en 1966, junto a Paul Baran, uno de esos libros que durante mucho tiempo fueron considerados canónicos; en él llegaba al punto de decir que las leyes expuestas por Marx aplicaban sólo al capitalismo de libre competencia, pero que lo que ahora teníamos enfrente era una era regida por nuevas leyes marcadas por la era del capital monopólico en que la competencia ya no es un factor determinante.<sup>40</sup>

Ni siquiera Hilferding o Lenin, que son en los que encuentra inspiración la dupla de Pauls, llegaron a anular los supuestos teóricos de Marx. Para Baran y Sweezy, Hilferding y Lenin sólo plantearon el problema de la concentración monopólica pero se quedaron atrapados en la visión clásica marxista que según ellos no tiene respuestas al problema de los monopolios. Aunque, como hemos visto ya, para Fernand Braudel *la existencia del capitalismo es inseparable del surgimiento de la economía de monopolios*, en la visión braudeliana del fenómeno del capital que comienza a surgir en el largo siglo XVI son los monopolios los que determinan al capitalismo, y éste se desenvuelve conforme se desarrollan aquéllos. En el caso de Marx no es distinta la problematización; él explica muy bien, en su *Ley general de la acumulación capitalista* (que veremos en el próximo capítulo), la tendencia a la concentración del capital. Así, “lo que para la economía burguesa representó un viraje en la teoría, ha sido considerado en el análisis marxista del capital como una tendencia inherente al desarrollo de la acumulación capitalista desde sus inicios”.<sup>41</sup>

40. Cf. Paul M. Sweezy y Paul A. Baran, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1968, p. 10.

41. Paul Mattick, *Crítica de la teoría económica contemporánea*, México, Era, 1980, p. 11.

Según Baran y Sweezy, la ley de la *tendencia descendente de la tasa de ganancia* ya no opera y da paso a lo que llaman “la tendencia creciente de los excedentes”; es decir, que el problema ya no es la falta de ganancia sino la producción de un excedente que no se puede absorber. Ahora el problema es saber cómo los monopolios reparten el excedente productivo para aliviar el problema de la sobreacumulación. Aseguran que en esta nueva etapa del capitalismo *ya no podemos hablar de valores* determinados por el tiempo de trabajo, *sino de precios* determinados por monopolios, por lo cual la *ley del valor* y toda la explicación marxista del origen de la plusvalía y las crisis ya no tendría sentido. Para ellos el problema del capital monopolista es que, ante la abrumadora capacidad de producción que sobrepasa la “demanda efectiva”, el excedente no puede absorberse y los monopolios prefieren aumentar precios y deciden dejar de producir; por lo que *el estado natural de la era del capital monopolista es el estancamiento y no la crisis*. La solución a este problema se encontraría temporalmente en la intervención estatal, que pondría a circular el excedente a través del gasto de guerra, la publicidad, el imperialismo y la expansión gubernamental.

De esta suerte, Baran y Sweezy desechan todos los supuestos de la teoría marxista del desarrollo capitalista: no hay competencia, no hay valor ni plusvalor, por lo que la tasa de explotación del trabajo ya no es relevante para el funcionamiento del sistema (por lo cual no hay análisis de clase). No hay descenso de la tasa de ganancia, no hay crisis; cambian toda la terminología marxista por los postulados keynesianos de economías nacionales, demanda efectiva, propensión al consumo, y acuden a los remedios keynesianos para superar el estado de estancamiento. Pero como nos recuerda muy bien Paul Mattick en la detallada crítica que hace de estos autores, el monopolio sigue siendo competitivo porque pensar en el fin de la competencia es hablar del fin de las relaciones de mercado que son la base del capitalismo de propiedad privada, e

incluso, si supusiéramos el fin de la competencia, esto no significa que la tendencia de la tasa de ganancia a caer no se siga imponiendo, pues “aunque la acumulación de capital es de hecho un proceso competitivo, la tasa descendente de ganancia no depende de la competencia sino de las relaciones de valor cambiantes en la expansión del capital”.<sup>42</sup> Lo que sucede en la economía monopolista es que la *tasa media de ganancia* establecida competitivamente comienza a reducirse, lo cual también lleva a la reducción de la tasa de ganancia monopolista al disminuir la cantidad de ganancia que el capital no monopolista puede transferir al capital monopolista mediante el sistema de precios.

La economía monopolista no cancela la ley del valor, sino que la confirma mediante el descenso de la tasa de ganancia y de la tasa asociada de acumulación —que baja también para el capital monopolista— y mediante la intervención gubernamental en la economía que esto requiere. Pero estas intervenciones van en contra de los límites determinados por las relaciones de producción capitalistas, y sirven únicamente como posibilidades temporales. Cuando estas posibilidades se agotan, la tendencia capitalista a la crisis se vuelve a manifestar y ofrece una vez más la posibilidad de una transformación revolucionaria del sistema capitalista.<sup>43</sup>

A pesar de toda la euforia provocada por los años de auge del siglo xx siempre hubo pensadores que, influenciados por Marx, veían venir el regreso de las crisis cíclicas y no confiaban en la idea de una era con nuevas leyes para el capitalismo. Paul Mattick sería un crítico apasionado del keynesianismo y uno de quienes veían la lógica marxista imponiéndose sobre todos los logros y las dinámicas de las economías planificadas; en su increíble obra de 1969,

42. *Ibid.*, p. 65.

43. *Ibid.*, p. 19.

*Marx y Keynes: los límites de la economía mixta*, plantea como su objetivo la crítica del keynesianismo desde el marxismo:

Lo que yo me propongo demostrar es que la solución keynesiana a los problemas económicos que acosan al mundo capitalista tiene sólo una validez temporal, y que las condiciones en las que puede resultar efectiva están en proceso de disolución. Por este motivo, la crítica marxista de la economía política, lejos de haber perdido su pertinencia, gana nueva importancia a causa de su habilidad para abarcar y trascender tanto las “viejas” como las “nuevas” teorías económicas.<sup>44</sup>

Mucho se ha escrito sobre el fracaso de las economías planificadas desde múltiples escuelas de pensamiento; pero, en general, la teoría económica aborda modelos de desarrollo, y cuando uno no sirve simplemente se cambia por otro; tal vez sólo el marxismo haya mantenido su coherencia estructural y explicativa a través de las varias etapas de desarrollo del capitalismo. Bajo este tenor es que Mattick ve la era de la “economía mixta” sólo como una etapa más, con *condiciones históricas particulares* pero al fin sujeta a las mismas *leyes de desarrollo del capitalismo*. El aumento del gasto gubernamental es para Mattick simplemente una transferencia de ganancia privada al sector público que no necesariamente es productiva (gasto no lucrativo); sólo si el dinero obtenido por el gobierno mediante impuestos se invierte a través de créditos o de empresas productivas entonces la acumulación puede expandirse; pero a fin de cuentas la producción gubernamental con fines capitalistas sigue funcionando bajo dinámicas de búsqueda de ganancia, los créditos tienen que pagarse y los mismos viejos límites al crecimiento acaban por imponerse y se va de vuelta a los ciclos de crisis. Incluso el gasto no lucrativo en

44. Paul Mattick, *Marx y Keynes: los límites de la economía mixta*, op. cit., pp. 9-10.

bienestar social termina por ser una carga para el capital que busca aumentar ganancias, por lo que la economía privada acaba por expandirse a costa suya si no quiere sucumbir; un capitalismo en que sólo existiera el gasto no lucrativo financiado por el Estado dejaría de ser capitalismo. Ernest Mandel lo pone en estos términos:

La premisa de Baran y Sweezy de que los monopolios son capaces de mantener estables sus precios de venta (mientras que los precios de los costos bajan) —principal fuente del “excedente crecienté”— los lleva a concluir que los monopolios están permanentemente sobrecapitalizados. Los monopolios, así, se hacen en gran medida independientes tanto del mercado general de ventas como de los mercados monetarios y financieros. Aquí Baran y Sweezy claramente extrapolaron en forma indebida a partir de un fenómeno coyuntural. En la “onda larga de tonalidad expansiva” hubo un ascenso generalmente marcado de la tasa de autofinanciamiento de los monopolios. Pero tan pronto como la tasa media de ganancia empezó a descender de nuevo, la tasa de autofinanciamiento de las compañías inevitablemente también comenzó a descender.<sup>45</sup>

Como vemos, ya teníamos a Mattick como precedente, pero para Perry Anderson “el *capitalismo tardío*, directamente en deuda con [Roman] Rosdolsky, fue el primer análisis teórico del desarrollo global del modo de producción capitalista desde la Segunda Guerra Mundial, concebido dentro del marco de las categorías marxistas clásicas”.<sup>46</sup> Este libro de Ernest Mandel teoriza nuevamente sobre el derrumbe del capitalismo, intentando revivir las tesis leninistas sobre el imperialismo y la decadencia del capital; el mismo título, “el capitalismo tardío”, remite a la idea de que el capital ha sobrevivido más de lo que era de esperarse y ahora por fin llega al límite

45. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Era, 1979, pp. 518-519.

46. Perry Anderson, *op. cit.*, p. 123.

de lo esperado; la tarde acaba y la noche se impone. Su crítica también parte de la crítica de las economías mixtas, y su postulado central es que la *ley del valor articulada con las demás leyes del desarrollo del capital* sigue imperando a través de todas las formas en que se desenvuelve el *capitalismo tardío*.

Pero si la “regulación de la economía” por los gobiernos y los monopolios es, en cambio, simplemente un intento de neutralizar y atenuar temporalmente (es decir, en última instancia meramente posponer) los efectos de la ley del valor, entonces las operaciones de esta ley prevalecerán a fin de cuentas. Si éste es el caso, las crisis siguen siendo inherentes al sistema. El desarrollo a largo plazo de la “sociedad industrial” occidental seguirá estando gobernado por las leyes del movimiento del modo de producción capitalista descubiertas por Marx. El orden económico y social contemporáneo sigue siendo, indiscutiblemente, de naturaleza *capitalista*.<sup>47</sup>

Mandel introduce así la idea de “ciclos” u “ondas” de desarrollo o expansión, muy a la manera de Nikolái Kondrátiev, aquel economista ruso que introdujo la noción de *ciclos económicos largos* en los que el capital experimenta un periodo de expansión para luego entrar ineludiblemente en crisis profundas. Mandel modifica un poco la noción de Kondrátiev para explicar los ascensos y los descensos de las “ondas largas” a partir del movimiento de la tasa media de ganancia, además de ligar el inicio de cada onda con la aparición de “revoluciones tecnológicas” y modelos de acumulación distintos (el keynesiano siendo uno de ellos). El final de la era de auge del siglo xx estaría así marcado por el agotamiento del modelo de acumulación keynesiano y el inicio de la “tercera revolución tecnológica” apoyada en un nuevo modelo de acumulación sustentado en

47. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Era, 1979, pp. 510-511.

la empresa transnacional privada. Es en esta coyuntura que aparece el capitalismo tardío, cuyas características principales, según Mandel, son las del capitalismo de siempre pero agudizadas al máximo por la continua concentración de la producción y la creciente automatización del proceso de trabajo que sustituye cada vez más al trabajo vivo por la maquinaria (lo que disminuye la extracción de plusvalía): “Lejos de representar una ‘sociedad posindustrial’, el capitalismo tardío constituye la *industrialización universal generalizada* por primera vez en la historia”.<sup>48</sup> Lo que habría entonces en esta era de transición sería, ahora sí (“por primera vez en la historia”), la total inadecuación de una base productiva inmensa cada vez más centralizada que produce recursos en abundancia con la creciente miseria de la población mundial. Para Mandel, entonces, la crisis del Estado de bienestar es la misma crisis del capital, lo que revela que la base técnica ya no corresponde con la forma de las relaciones de producción capitalistas.

La supervivencia del Estado nacional es inseparable de la competencia imperialista y la producción capitalista de mercancías. Ya no es superable dentro del marco del modo de producción capitalista, de la misma manera que no lo es la producción de mercancías inútiles o dañinas, la ociosidad de gigantescos recursos económicos, la recurrencia del desempleo o la sistemática subutilización de las máquinas y otros medios de producción. Todos estos problemas candentes serán insolubles en tanto que el control sobre las fuerzas productivas no le sea arrebatado al capital.<sup>49</sup>

Una vez que llega la crisis del Estado de bienestar teorizada con antelación desde el marxismo por Mattick y Mandel, y entran las políticas neoliberales en escena, todo ello conjugado con la traumática

48. *Ibid.*, p. 378.

49. *Ibid.*, p. 567.



(para la izquierda) caída de la Unión Soviética, las teorizaciones sobre el derrumbe vuelven a desvanecerse en la oscuridad. Ante el supuesto fallo del marxismo como teoría confirmado por la *caída del bloque socialista*, la izquierda mundial es víctima del *desencanto histórico*. Entonces comienza a hablarse de la victoria del capitalismo, de la imposibilidad del sueño comunista y del “fin de la historia” porque ya no hay para dónde moverse; se ha llegado a donde se tenía que llegar.<sup>50</sup> Es en este contexto cuando aparece el infame-mente célebre libro de Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre* (1992). Más allá de los extremos ridículos a los que llega el libro (reconocidos después por el propio Fukuyama), es un verdadero arquetipo del pensamiento de la época en el que se decreta el fin de las ideologías, el triunfo total de las democracias liberales capitalistas (que de manera natural traerán progreso para la humanidad como un todo) y el final de los gobiernos autoritarios:

Aunque este libro está informado por eventos mundiales recientes, su temática regresa a una pregunta muy vieja: si, al final del siglo xx, tiene sentido que hablemos nuevamente de una coherente y direccional Historia de la humanidad que eventualmente llevará a la mayor parte de la raza humana hacia la democracia

50. La Historia ha sido declarada muerta por causas políticas varias veces, así que en realidad no es una idea en verdad novedosa; cada época cuenta con sus fracasos y desencantos, tal vez no de la magnitud que representó el desmembramiento del “socialismo realmente existente”, pero la idea es recurrente en pensadores de la ciencia política. Repasando los viejos libros de Historia me topé con un párrafo de Marc Bloch (escrito en plena guerra desde un campo de concentración) ante el que no pude más que esbozar una gran sonrisa sardónica: “A partir de 1830 ya no hay historia”, nos decía un profesor del liceo que era muy viejo cuando yo era muy joven: ‘hay política’. Hoy ya no se diría: ‘desde 1830’ [...] ni eso ‘es política’. Más bien, con un tono respetuoso: ‘sociología’; o, con menos consideración: ‘periodismo’. Muchos, sin embargo, repetirían gustosos: desde 1914 o 1940 ya no hay historia. Y ello sin entenderse bien sobre los motivos de este ostracismo.” Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 2012, pp. 41-42.

liberal. La respuesta a la que llego es sí, por dos razones distintas. Una tiene que ver con la economía, y la otra tiene que ver con lo que se denomina la “lucha por reconocimiento”.<sup>51</sup>

Incluso un marxista tan consecuente como Eric Hobsbawm sería presa de tal desencanto histórico. En el cierre de *Historia del siglo xx* plantea un escenario bastante sombrío en el cual tanto el capitalismo como el comunismo entran al nuevo milenio derrotados. Hobsbawm habla de la entrada a *la era de la oscuridad* donde no hay alternativas reales visibles en el horizonte y sí muchos peligros para la vida en civilización:

Tenemos ahora menos razones para sentirnos esperanzados por el futuro que a mediados de los ochenta [...] Sin embargo, ni siquiera un historiador cuya edad le impide esperar que en lo que queda de vida se produzcan grandes cambios a mejor puede, razonablemente, negar la posibilidad de que dentro de un cuarto de siglo, o de medio siglo, la situación sea más prometedora.<sup>52</sup>

Es así que el pensamiento de izquierda también le entró al escenario de la *política del desencanto* y de ahí comenzaron a surgir teorizaciones que recuerdan vagamente a la idea del derrumbe del capitalismo, pero ya en una tónica que muchos catalogan de “posmoderna” donde se buscan formas de convivir con lo inevitable. Tal vez el libro que desde la izquierda marxista resume mejor estas *posturas epocales* sea el tan criticado y alabado trabajo de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio* (2000). La idea central que defienden estos autores es que ya no se puede hablar de *imperialismo* sino de *imperio*, pues ante la supuesta pérdida de poder de los estados ya no existe el

51. Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, The Free Press, 1992, pp. xii-xiii. [Traducción del autor.]

52. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 576.

dominio de una potencia hegemónica que promueva sus intereses por el mundo; lo que ahora habría sería una difusión del poder en múltiples focos que no responden a ninguna soberanía estatal sino sólo a los dictados de los diversos capitales transnacionales:

La transición al imperio emerge del ocaso de la soberanía moderna. En contraste con el imperialismo, el imperio no establece ningún centro territorial de poder y no se apoya en fronteras o barreras fijas. Es un aparato de dominio *descentralizado* y *desterritorializado* que progresivamente incorpora a todo el reino global dentro de sus fronteras abiertas en expansión.<sup>53</sup>

Siguiendo su planteamiento se llega a la conclusión de que los estados nacionales están en proceso de desaparecer, por lo que la explotación centro-periferia ya no existe, y que ya no existen imperialismos nacionales que defienden a sus capitales transnacionales, por lo que las guerras imperialistas están llamadas a desaparecer y la violencia genocida que caracterizó al siglo xx se esfumará: “Bueno, si esa modernidad ha llegado a su fin, y si el moderno Estado-nación que sirvió como la condición ineluctable para la dominación imperialista, e innumerables guerras está desapareciendo de la escena mundial, ¡entonces enhorabuena!”<sup>54</sup>

La lucha contra el capitalismo también se difumina si seguimos los postulados de *Imperio*, ya que sin focos claros de lucha contra el capital, o contra algún capital en específico, la acción política del proletariado no tendrá blanco en mira; ya no hay poderes imperiales, ni explotadores metropolitanos, por lo que, en teoría, la explotación económica disminuye. Aunque hablar de proletariado desde las concepciones de Negri y Hardt ya sería un exceso, para

53. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Estados Unidos, Harvard University Press, 2001, p. xii. [Traducción del autor.]

54. *Ibid.*, p. 46.

ellos lo que en la era del imperio operaría no es el obsoleto concepto de “proletariado”, sino que ahora estaríamos hablando de una “multitud” que ya no pelea contra un enemigo común (el capital) pues estamos en *la época de las miles de luchas* que no necesariamente están interconectadas y en los hechos son comunicables por tener intereses distintos, lo cual las vuelve, también, de corta duración.

Para Hardt y Negri por alguna razón es una ventaja esta nueva difusión de las luchas en múltiples espectros porque supuestamente se vuelven más intensas al enfocarse en problemas particulares y abren el capitalismo a la democratización. Según su definición, “la multitud se compone de innumerables diferencias internas que nunca podrán reducirse a una unidad, ni a una identidad única. Hay diferencias de cultura, de raza, de etnicidad, de género, de sexualidad, diferentes formas de trabajar, de vivir, de ver el mundo, y diferentes deseos”.<sup>55</sup> Es esto a lo que la crítica marxista más reconocida ha llegado en la vuelta de siglo; Hardt y Negri no se preocupan por hacer teoría del desarrollo capitalista sino simples y llanas especulaciones de filosofía política que en ningún momento intentan corroborar con datos o explicaciones extraídas de la realidad. Así, pareciera que toda la crítica revolucionaria contra el capital hubiera desfallecido y fuera sustituida por el flaco consuelo de las luchas “multiculturales”. De aquí que Slavoj Žižek hable de la *tolerancia represiva del multiculturalismo*, una tendencia que permite que todo cambie para que todo quede igual, al más puro estilo *lampedusiano*:

Puesto que el horizonte de la imaginación social ya no permite cultivar la idea de una futura liquidación del capitalismo —ya que, por así decir, todos aceptamos tácitamente que el *capitalismo está aquí para quedarse*—, es como si la energía crítica hubiese encontrado

55. Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitud: guerra y democracia en la era del imperio*, Barcelona, Debate, 2004, p. 16.

una válvula de escape sustitutoria que lucha por las diferencias culturales, una lucha que deja intacta la homogeneidad de base del sistema capitalista mundial.<sup>56</sup>

Atilio Boron condensa de manera excelsa el sentir de impotencia que genera la lectura de un libro como *Imperio*, que a primera vista parece muy liberador y vende discursos de esperanza hablando felizmente de *multitud* e *imperio* como realidades de un capitalismo más amable, pero que en un segundo vistazo no da respuestas a nada: nadie sabe contra quién se enfrenta la multitud, no hay puntos de unión entre la diversidad de luchas que plantean los autores, no dan alternativas al difuso imperio ni explican cómo puede caer; el foco deja de estar en la economía para pasar a la política más pura. Tal vez sea por esta teoría “revolucionaria”, en la que en los hechos el capital deja de ser un problema *central* y la multiplicidad de luchas “culturales” adquiere la supremacía, que muchos pensadores de derecha acogieron con aprobación la publicación del libro; tal como solía decirme un profesor en mis épocas de estudiante de licenciatura: hay gente que se mueve tanto a la izquierda que termina a la derecha.

Los interesados en encontrar las alternativas al imperio encontrarán muy poca ayuda [...] Lo que hallarán es un certificado de defunción para el arcaico “internacionalismo proletario” [...] una petición de principio en el sentido de que las luchas sociales son incomunicables y carecen de un lenguaje común; un embarazoso silencio en relación con el enemigo concreto con quien se enfrenta la omnipotente multitud o, en el mejor de los casos, una desmovilizadora vaguedad [...] la desaparición de los “eslabones más débiles” y de la distinción entre centro y periferia.<sup>57</sup>

56. Slavoj Žižek, *En defensa de la intolerancia*, España, Diario Público, 2010, p. 68.

57. Atilio A. Boron, *Imperio & imperialismo, una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, México, Itaca, 2003, p. 40.

Vemos que las *posturas* sobre el derrumbe son variadas y multifacéticas. Anwar Shaikh, en su *Introducción a la historia de las teorías de las crisis*, las agrupa en tres variantes principales que, a grandes rasgos, aún podemos suscribir como ciertas: a) la teoría burguesa que piensa al capitalismo como autoequilibrante y, por tanto, sin límites reales a su existencia, ya sea en su variante neoclásica, en que es por completo eficiente, o en su variante estilo keynesiano, en que puede haber momentos de ineficiencia, pero son controlables a través de intervenciones estatales; b) las diferentes teorías del subconsumo y las teorías al estilo de Rosa Luxemburg que sostienen que el capitalismo se topa con *límites externos*, es decir, que el capitalismo necesita absorber constantemente nuevos mercados requiriendo del mundo no capitalista a manera de demanda externa, y al llegar al tope geográfico se encuentra con límites al crecimiento; c) las teorías que piensan que el capitalismo tiene *límites internos*, las cuales arguyen que el capital posee el potencial de autoexpandirse, por lo que no requiere de demanda externa a él y sin embargo poco a poco profundiza contradicciones propias del sistema al punto en que se entra en crisis de reproducción ocasionadas por fenómenos como la caída tendencial de la tasa de ganancia.<sup>58</sup>

En conclusión, la historia del debate sobre el derrumbe del capitalismo es larga y está llena de problemáticas que aún resuenan en las realidades del siglo XXI; aquí nos hemos limitado a abordar los episodios más emblemáticos y los autores más paradigmáticos. El lector debe quedar advertido de que mi fugaz intento por reconstruir en pocas páginas un debate de muchos siglos no puede sino arrojar resultados caricaturescos de los verdaderos postulados de los autores reseñados. Hay muchos detalles que se escapan y que por motivos de espacio no consideré pertinente explicar aquí, así como muchos autores dejados de lado; sin embargo, creo que se ha

58. Cf. Anwar Shaikh, "An Introduction to the History of Crisis Theories", en *U. S. Capitalism in Crisis*, Nueva York, URPE, 1978, pp. 219-220.

plantado una base firme para entender lo que está por venir y así poder ligar de Marx a Wallerstein las ideas de toda una corriente intelectual que aún tiene mucho que dar de sí mientras el capitalismo siga existiendo como modo de producción dominante en esta tierra devastada. Todas estas teorizaciones que se han abordado como teorías del imperialismo, teorías del desarrollo capitalista, teorías de las crisis, teorías del derrumbe y demás denominaciones, se han valido del fundamento explicativo dejado por Karl Marx sobre *las leyes del desarrollo capitalista*, las cuales aún son la punta de lanza para la comprensión y la teorización de los *límites del capital*. De esto tratará nuestro tercer capítulo, porque, como se habrá percatado el lector, no hay uno solo de los autores mencionados en esta sección que no remita a “leyes” que expliquen el funcionamiento del sistema.

Exista o no la posibilidad del derrumbe del capitalismo, ha sido siempre una preocupación política central en el discurso libertario. Ahora entramos en el tercer siglo de teorizaciones sobre el tema y la intención de este trabajo es continuar con el legado intelectual del pensamiento utópico-científico, porque, como diría Boaventura de Sousa Santos: “La primera dificultad de la imaginación política puede formularse así: es tan difícil imaginar el fin del capitalismo como es difícil imaginar que el capitalismo no tenga fin”.<sup>59</sup> Así que imaginemos...

59. Boaventura de Sousa Santos, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Montevideo, Trilce, 2010, p. 11.





## CAPÍTULO 3. LAS LEYES DEL DESARROLLO CAPITALISTA SEGÚN K. MARX

Mientras caminaba yo por los fuegos del infierno arrobado por los entretenimientos del Genio, que son para los ángeles tormento y locura, coleccioné algunos de sus proverbios.

W. BLAKE, *Las bodas del Cielo y el Infierno*

Éste es un concepto inicial clave a entender. Afirma que en “sistema-mundo” estamos frente a una zona espaciotemporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales, una que representa una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas.

I. WALLERSTEIN, *Análisis de sistemas-mundo*

Antes de entrar en materia debemos hacer otra escala forzosa en planeta extraño, y es que para ligar correctamente la discusión sobre la especificidad del capitalismo y las teorizaciones sobre su derribo es obligado entender dinámicas propias de su desarrollo, es decir, *para entender la existencia de límites al desarrollo del capital debemos entender “leyes” o “regularidades históricas” de este particular modo de producción*, de lo contrario nuestras teorizaciones correrían el riesgo de convertirse en castillos en el aire, construcciones etéreas carentes de fundamento lógico que simplemente no tendrían poder predictivo. Es así que llegamos a donde estamos luego del recorrido a que el lector fue sometido en el capítulo anterior; ya con el bagaje teórico adquirido se podrá entrar al *segundo nivel de análisis* (siendo el primero aquel sobre la especificidad del capitalismo), donde partiremos nuevamente del análisis marxiano (o *marxológico*) para establecer una base sólida desde la cual conectar la discusión con el siglo XXI.

Debo advertir al impaciente lector que el siguiente tratado tiene una clara razón de ser dentro de la estructura lógica de esta tesis, y no es sólo un capricho intelectual del autor: *cada una de las tres leyes a tratar tiene vinculación directa con cada uno de los siete límites que he establecido como categorías de análisis y serán punta de lanza de su desarrollo conceptual*. Asimismo, hasta donde mi conocimiento alcanza, ningún autor marxista ha sistematizado el pensamiento de Marx como a continuación lo presento (teniendo las leyes del desarrollo capitalista como ancla), y al hacerlo de esta manera creo estar aportando, a nivel teórico (más metodológico que teórico), una buena plataforma discursiva de la cual se pueden generar nuevas líneas de pensamiento para la novedosa teoría crítica revolucionaria.<sup>1</sup>

Además, el valor agregado que esta sistematización de la obra de Marx posee es que a través de ella podremos entender el fundamento de la narrativa de Wallerstein, ya que en estas leyes encontramos la base del análisis sobre los límites del capital que parece hacer nuestro autor. De cada una de estas “leyes” (así entrecorilladas por hacer alusión a que sólo son un modelo y nunca algo rígido, por más poder explicativo que posean) se desprende la gran explicación sobre cada uno de los procesos que llevan al capitalismo a su límite: el crecimiento *demográfico* acompañado de la proletarianización creciente de la humanidad y la desruralización del mundo; la teoría marxiana de las crisis que es la base para entender el límite *económico*; la saturación de espacios de acumulación y la creación de un mercado mundial que contraponen centro y periferia, con lo que entenderíamos a cabalidad la existencia de un *límite geográfico*; la implacable dinámica capitalista por la acumulación y la extracción de beneficio que busca constantemente reducir costos

1. Para un análisis profundo de la casi totalidad de la obra de Marx, teniendo como eje explicativo las *leyes del desarrollo capitalista* que aquí presento, véase mi tesis de licenciatura: Rodrigo Rafael Gómez Garza, *El concepto de revolución en Karl Marx*, México, Facultad de Economía-UNAM, 2011.

para aumentar la tasa de ganancia que es la base del entendimiento de la depredación *ecológica*; la creciente polarización de la riqueza que mundializa la lucha de clases y lleva a entender la aparición y la radicalización de movimientos *sociales* antisistémicos; el papel del Estado (o estados) dentro de este entramado como garante *político* de la acumulación de capital, y por último, no sería difícil llevar cada uno de estos límites a la explicación de una *crisis civilizatoria* y conectarla con la posible debacle de la vida en civilización.

El lector atento podrá sin dificultad comenzar a hacer sus propias conclusiones aún antes de llegar al apartado donde analizamos la postura de Wallerstein, con lo que se verá, a su debido tiempo, el grado de deuda intelectual que éste tiene con Marx. Y es que este autor nunca se dedicó a crear libros detallados de teoría económica; es más bien un historiador con espíritu sociológico (precursor de lo que se conocería como *sociología histórica*) y por eso la mayor parte del tiempo obvia la explicación concienzuda de estas “leyes”, más bien dándolas por supuestas (ya que es obvio que las conoce), dejando campo libre para sus análisis históricos de *larga duración* que sólo son posibles gracias al entendimiento de regularidades históricas, reglas sistémicas, tendencias seculares y demás denominaciones ancladas todas ellas en el cabal entendimiento de las *leyes del desarrollo capitalista*.

## LA LEY DEL VALOR

Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista*

El capitalismo histórico es, pues, ese escenario integrado, concreto, limitado por el tiempo y el espacio, de las actividades productivas dentro del cual la incesante acumulación de capital ha sido el objetivo o “ley” económica que ha gobernado o prevalecido en la actividad económica fundamental [...] Es ese sistema en el cual el alcance de esas reglas (la ley del valor) se ha hecho cada vez más amplio.

I. WALLERSTEIN, *El capitalismo histórico*

Ya adelantamos en el capítulo anterior varias de las implicaciones de la ley del valor; sin embargo, por propósitos prácticos conviene hacer una caracterización más detallada de otros elementos que le dan contenido. Empecemos por la definición del *valor de uso*. Según Marx, “la utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso. Pero esa utilidad no flota por los aires. Está condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía, y no existe al margen de ellas. El *cuerpo* mismo de la *mercancía*, tal como el hierro, trigo, diamante, etc., es pues un *valor de uso* o un bien”.<sup>2</sup> Así, la mercancía necesita del valor de uso; sin él no puede haber intercambio; para decirlo con Marx: *la mercancía es necesariamente valor de uso pero el valor de uso no es necesariamente mercancía*. De ahí que el valor de uso en tanto producto del trabajo humano corresponda a la totalidad de los modos de producción que han existido desde que hay sociedad. “Es *valor de uso*, esto es, objeto de la satisfacción para un sistema cualquiera de necesidades humanas. Es éste su aspecto material, que puede ser común a las épocas de producción más dispares.”<sup>3</sup>

Cualquiera sea la forma social de la riqueza, los valores de uso siempre constituyen su contenido, indiferente, en primera

2. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, *op. cit.*, p. 44.

3. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, *op. cit.*, p. 763 de la enumeración al margen.

instancia, con respecto a esa forma. El sabor del trigo no revela quién lo ha cultivado, si un siervo ruso, un campesino parcelario francés o un capitalista inglés. A pesar de ser objeto de necesidades sociales, y hallarse por ende en un contexto social, el valor de uso no expresa, empero, relación social de producción alguna.<sup>4</sup>

Cada modo de producción tiene una forma particular de relacionarse con los valores de uso que crea, desde la forma de producirlos hasta la manera de intercambiarlos o distribuirlos. En general, al hablar de la forma que adquiere el intercambio de productos del trabajo en sociedades que generan excedentes privados destinados al intercambio, comenzamos a referirnos al *valor de cambio* de esos productos, el cual hace alusión a la proporción en que es posible intercambiar valores de uso *cualitativamente* distintos. El valor de cambio aparece, pues, como una relación *cuantitativa* que posibilita el intercambio equivalencial de productos disímiles. ¿Pero cuál es la expresión común para el intercambio de mercancías? Es obvio que las magnitudes en que se intercambian no pueden ser arbitrarias: “Es preciso reducir los valores de cambio de las mercancías a algo que les sea común, con respecto a lo cual representen un más o un menos”.<sup>5</sup>

La primera cuestión que tenemos que plantear es ésta: ¿qué es el valor de una mercancía? ¿Cómo se determina? [...] A primera vista, parece como si el valor de una mercancía fuese algo completamente relativo, que no puede determinarse sin considerar una mercancía en relación con todas las demás. Y, en efecto, cuando hablamos del valor, del valor de cambio de una mercancía, entendemos las cantidades proporcionales en que se cambia por todas

4. Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 2008, p. 10.

5. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, *op. cit.*, p. 47.

las demás mercancías. Pero esto nos lleva a preguntarnos: ¿cómo se regulan las proporciones en que se cambian unas mercancías por otras?<sup>6</sup>

La respuesta que da Marx es que “una mercancía tiene un valor por ser cristalización de un trabajo social. La magnitud de su valor o su valor relativo depende de la mayor o menor cantidad de sustancia social que encierra”.<sup>7</sup> Haciendo abstracción del valor de uso, todos los productos poseen la característica de ser resultado del trabajo humano, y como tales es que poseen intercambiabilidad; ¿si no es sobre esta base de qué otra manera podrían ser equivalentes dos productos cuyas características físicas los hacen inequívocos? Es pues, el *tiempo de trabajo* la sustancia común a todas las mercancías, el desgaste físico necesario para producir un valor de uso. Es ésta la dimensión *cuantitativa* del valor de cambio, pero hace falta abordar la dimensión *cualitativa* en la que el trabajo individual de cada trabajador puede equipararse dentro de una medida general que lo define como trabajo social abstracto.

El trabajo creador de valor de cambio, por ser indiferente en cuanto al material en particular de los valores de uso, resulta asimismo indiferente con respecto a la forma particular del propio trabajo. Además, los diversos valores de uso son productos de la actividad de distintos individuos, es decir, resultado de trabajos individualmente diferentes. Sin embargo, en cuanto valores de cambio representan trabajo igual, indiferenciado, es decir, un trabajo en el cual se ha extinguido la individualidad de los trabajadores. Por ello el trabajo que crea valor de cambio es trabajo *general abstracto*.<sup>8</sup>

6. Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*, op. cit., p. 30.

7. *Ibid.*, p. 32.

8. Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, op. cit., p. 11.

Pero si el *tiempo de trabajo* es la *sustancia* social que permite la intercambiabilidad de los productos, sería fácil decir que “cuanto más perezoso o torpe fuera un hombre tanto más valiosa sería su mercancía, porque aquél necesitaría tanto más tiempo para fabricarla”.<sup>9</sup> Sin embargo, la solución a esta aparente contradicción es muy sencilla: el intercambio se da no de acuerdo con el tiempo de trabajo individual de cada productor aislado sino de acuerdo con una media social: “Es sólo la *cantidad de trabajo socialmente necesario*, pues, o el *tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso*, lo que determina su *magnitud* de valor”.<sup>10</sup> Ahora, el hecho de que se produzca de acuerdo con las capacidades productivas técnicas medias no garantiza que el producto del trabajo encuentre comprador. Para que el capital logre valorizarse tiene que ser *reconocido* como socialmente necesario, es decir, tiene que venderse, aparecer como valioso para el cambio; “el tiempo de trabajo social sólo existe, por así decirlo, en forma latente en estas mercancías, y sólo se revela durante su proceso de intercambio”.<sup>11</sup> Así pues, una vez que una determinada mercancía logra ser reconocida como socialmente necesaria, su intercambio se da de acuerdo con el tiempo de trabajo social medio y no de acuerdo con el tiempo de trabajo individual de ese capital.

Si nuestro individuo produce una cosa que no tenga ningún valor de uso para otros, toda su energía no conseguirá producir ni un átomo de valor, y si se empeña en fabricar con la mano un objeto producido 20 veces más barato por una máquina, entonces 19 vigésimos de la energía que ha puesto en ello no producen ni una determinada cantidad de valor ni valor en absoluto.<sup>12</sup>

9. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, *op. cit.*, p. 48.

10. *Idem.*

11. Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, *op. cit.*, p. 29.

12. Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, México, Grijalbo, 1968, p. 182.

Por tanto, si el valor de una mercancía se determina por el tiempo de trabajo es lógico suponer que cualquier cambio en las condiciones *medias* de producción afectaría su valor. “En términos generales: cuanto mayor sea la fuerza productiva del trabajo, tanto menor será el tiempo de trabajo requerido para la producción de un artículo, tanto menor la masa de trabajo cristalizada en él, tanto menor su valor”,<sup>13</sup> y viceversa. El desarrollo de las fuerzas productivas técnicas sólo contribuye a reducir el valor de la mercancía, pero de ninguna manera crea valor. La maquinaria sólo es una herramienta que potencia la capacidad productiva del trabajador. Así, la ley del valor establece que la maquinaria sólo es una herramienta que potencia la capacidad productiva del trabajador, fuente de todo valor.

La ley del valor se orienta de antemano contra el punto de vista, heredado del modo de pensar capitalista, que considera que el trabajo pretérito acumulado, en el cual consiste el capital, no es sólo una suma determinada de valor ya acabado, sino que, por ser un factor de la producción y de la formación de ganancia, también es creador de valor, es decir, que es fuente de más valor del que él mismo posee; la ley establece que sólo el trabajo vivo goza de ese atributo.<sup>14</sup>

Ahora, es lógico que para medir la magnitud de valor de una mercancía no se puede medir contra sí misma; sería tautológico. Forzosamente debe encontrar un punto de referencia en otra mercancía, esto es, debe encontrar expresión. Empero, no basta con decir que 20 varas de lienzo = 2 chaquetas, o equiparar en el cambio a cualesquiera dos o más mercancías. El intercambio a nivel social capitalista sería imposible si todo el mundo usara como equivalente el producto de su trabajo, y todavía más en un contexto en

13. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, *op. cit.*, p. 50.

14. Friedrich Engels, “Prólogo”, en Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, México, Siglo XXI, 2005, p. 15.



que el productor directo no es dueño de ese producto. Además, una sola mercancía no es intercambiable por todas las demás en todo momento, no se sabe si es socialmente necesaria y por tanto no da acceso al conjunto de la riqueza social. Y precisamente lo que interesa al capitalista es el acceso a todas las manifestaciones de la riqueza social en el momento que le sea necesario. “La solución de estas imposibilidades se encuentra transfiriendo a una mercancía especial —el dinero— la cualidad de representar el valor de cambio de todas las demás mercancías.”<sup>15</sup>

El *dinero*, en tanto que posee la propiedad de comprar todo, en tanto que posee la propiedad de apropiarse de todos los objetos, es, en consecuencia, el *objeto* en sentido eminente. La universalidad de su propiedad es la omnipotencia de su ser; por eso, vale como ser todopoderoso... El dinero es el *alcahuete* entre la necesidad y el objeto, entre la vida y el medio de vida del hombre.<sup>16</sup>

De este modo la producción debe apuntar siempre a la creación de valores de cambio. Los productores no establecen un vínculo social directo, es decir, no se socializan si no es a través del valor de cambio; dejan que su socialidad sea mediada por las cosas, por el dinero. Si no se posee dinero como valor de cambio universal, no hay manera de interconectarse con el sistema global de necesidades.

Y si el capitalismo es un sistema económico sustentado en el *valor* por oposición al *valor de uso*, y si el motivo último del intercambio basado en el *valor de cambio* de las mercancías es la ganancia, tenemos que explicar de dónde proviene esa ganancia. Este análisis ya lo hemos realizado en el capítulo anterior, por lo que a continuación sólo recapitularemos lo dicho. “¿Cómo es posible que el

15. Friedrich Engels, *La contribución a la crítica de la economía política de Karl Marx*, en *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 2008, p. 342.

16. Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, op. cit., pp. 179-180.

capitalista obtenga una ganancia, si al obrero se le retribuye el valor íntegro del trabajo que incorpora a su producto?”<sup>17</sup> “Si un obrero en su tiempo íntegro de trabajo no pudiera producir más que sus *wages* [salarios], ni con la mejor buena voluntad podría ganar un *farthing* para el capitalista.”<sup>18</sup> “Y esto no es ninguna suposición arbitraria, ya que el día en que el capitalista, a la larga, sólo sacase del obrero el trabajo que le remunera mediante el salario, cerraría la fábrica, pues toda su ganancia se iría a pique.”<sup>19</sup> “Se ha puesto en claro que el obrero asalariado sólo está autorizado a trabajar para mantener su propia vida, es decir, a vivir, si trabaja gratis durante cierto tiempo para el capitalista.”<sup>20</sup> “El obrero al servicio del capitalista no se limita a reponer el valor de su fuerza de trabajo, que se le paga, sino que, además, crea una plusvalía que, por el momento, se apropia el capitalista.”<sup>21</sup> Así, “el valor de la fuerza de trabajo y su utilización en el proceso del trabajo son dos magnitudes diversas”.<sup>22</sup>

Como vimos, el punto de partida del capitalismo es el *trabajador libre*, sólo con la masificación de una clase social completamente despojada de medios de vida es que el capital encuentra el sustento material para su valorización. De ahí que el obrero se vea forzado a venderse como fuerza de trabajo: “*La disociación entre la propiedad y el trabajo se presenta como ley necesaria de este intercambio entre el capital y el trabajo*”.<sup>23</sup> “El proletariado no tiene apoyo; no puede

17. Friedrich Engels, *Reseña del primer tomo de El capital de Carlos Marx para el Demokratisches wochenblatt*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en 3 tomos*, tomo II, Moscú, Editorial Progreso, 1973, p. 153.

18. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, *op. cit.*, p. 468 de la enumeración al margen.

19. Friedrich Engels, *Reseña del primer tomo de El capital de Carlos Marx para el Demokratisches wochenblatt*, *op. cit.*, p. 154.

20. Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en 3 tomos*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1974, p. 20.

21. Friedrich Engels, *Carlos Marx*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en 3 tomos*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1974, p. 89.

22. Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, México, Grijalbo, 1968, p. 200.

23. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 1, *op. cit.*, p. 203 de la enumeración al margen.

vivir por sí mismo ni un solo día. La burguesía se apropia el monopolio de todos los medios de subsistencia, en el significado más estricto de la palabra.”<sup>24</sup>

La sola diferencia, frente a la antigua y franca esclavitud, consiste en que el moderno trabajador parece libre porque no es vendido como antes, sino pedazo a pedazo, diariamente, semanalmente, por año, y porque un propietario no lo puede vender a otro, pero el obrero se debe vender igualmente de aquel modo, porque no es esclavo de un individuo aislado, sino de toda la clase propietaria.<sup>25</sup>

Se podrá argumentar que la mercancía no es una forma social exclusiva del capitalismo, y en cierta medida estamos de acuerdo; no obstante, la mercancía como forma totalizadora de las relaciones sociales sí es exclusiva del capitalismo. “Los primeros capitalistas se encontraron ya, como queda dicho, con la forma del trabajo asalariado. Pero como excepción, como ocupación secundaria, auxiliar, como punto de transición.”<sup>26</sup> “Para su pleno desarrollo, la ley del valor presupone la sociedad de la gran producción industrial y de la libre competencia, es decir, la sociedad burguesa moderna.”<sup>27</sup>

En la sociedad burguesa, empero, el valor de cambio tiene que ser concebido como la forma dominante, de tal modo que haya desaparecido *toda relación inmediata entre los productores y sus productos* en cuanto valores de uso; *todos los productos* deben ser concebidos como *productos comerciales*.<sup>28</sup>

24. Friedrich Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Ediciones Júcar, 1980, p. 88.

25. *Ibid.*, p. 91.

26. Friedrich Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, op. cit., p. 91.

27. Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, op. cit., p. 45.

28. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 3, op. cit., p. 907 de la enumeración al margen.

Por último, “cualquiera que sea la manera en que se fijen o regulen los precios de las diversas mercancías entre sí, en primera instancia, es la ley del valor la que rige su movimiento”.<sup>29</sup> La competencia entre capitales obliga a que el precio de la mercancía *tienda* a coincidir con su valor.

Como éstos sólo se enfrentan en cuanto poseedores de mercancías y cada uno procura vender lo más caro posible su mercancía (incluso, aparentemente, sólo lo guía su arbitrariedad en la regulación de la producción misma), la ley interna sólo se impone por intermedio de su competencia, de la presión recíproca de unos sobre otros, gracias a lo cual se anulan mutuamente las divergencias. La ley del valor sólo opera aquí, frente a los agentes individuales, como ley interna, como ciega ley natural, e impone el equilibrio social de la producción en medio de las fluctuaciones casuales de la misma.<sup>30</sup>

Incluso en el caso de precios monopólicos la ley del valor se sigue imponiendo; lo único que sucede es que el capital monopólico o de vanguardia extrae plusvalor de los capitales de retaguardia o no monopólicos, los cuales pagan una especie de tributo o renta con parte de su plusvalor al capital que se atrevió a innovar y puede imponer precios al menos durante el tiempo que la innovación sea monopolio. Esto es lo que Marx cataloga como ganancia extraordinaria y en ningún modo anula la ley del valor; antes bien, la potencia al impulsar nuevos periodos de competencia y expansión.

La incesante búsqueda de esta “ganancia extraordinaria”, como Marx la denomina, tiene en el capitalismo histórico una función esencial: desencadenar una y otra vez la revolución tecnológica

29. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, México, Siglo XXI, 2005, p. 225.

30. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 8, México, Siglo XXI, 2009, p. 1117.

permanente que es justo una de sus principales características distintivas. Cada nuevo descubrimiento técnico que incrementa la productividad proporciona al capitalista que lo introduce en el proceso de trabajo la oportunidad —que sería ineludiblemente sólo transitoria si la economía fuera puramente mercantil— de vender sus mercancías arriba del precio normal, esto es, lo dota del poder para venderlas con un precio que está por encima del valor que ha sido objetivado en ellas.<sup>31</sup>

Asimismo, en un esquema de *sistema-mundo* como el descrito por Immanuel Wallerstein, en el que existe un intercambio desigual entre centros y periferias, este tipo de dominio tecnológico potencia la existencia de lo que Bolívar Echeverría llama “renta tecnológica”, donde el monopolio tecnológico lo poseen ciertos enclaves dentro de los países desarrollados y pueden extraer ganancias extraordinarias de las periferias gracias al diferencial de desarrollo entre regiones.

## LA LEY GENERAL DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA

El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza.

K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista*

Esta dirección determinante del capital a escala mundial, que curiosamente no se aleja de la tendencia presente en la “ley general absoluta de la acumulación capitalista” marxiana, impone

31. Bolívar Echeverría, “‘Renta tecnológica’ y ‘devaluación’ de la naturaleza”, en Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2011, p. 37.

sobre las fuerzas antisistémicas [...] tendencias subordinadas preñadas de consecuencias.

I. WALLERSTEIN, *Movimientos antisistémicos*

Ya dijimos en otra parte que para que el capitalismo pueda establecerse como modo de producción dominante tiene que encontrar, preexistiéndolo, una gran masa de desposeídos de medios de vida forzados a venderse como fuerza de trabajo; la acumulación originaria es la base de la acumulación específicamente capitalista:

Puede decirse, por cierto, que el capital (y la propiedad de la tierra, a la que incluye como su antítesis) ya presupone, a su vez, una distribución: la expropiación a los obreros de las condiciones de trabajo, la concentración de estas condiciones en manos de una minoría de individuos, la propiedad exclusiva de la tierra por otros individuos y, para abreviar, todas las relaciones que se examinaron en la sección sobre la acumulación originaria.<sup>32</sup>

Y si el capitalismo quiere seguir reproduciéndose tiene que convertir masas cada vez mayores de seres humanos en trabajadores asalariados, lo que implica despojo en *escala ampliada*. En el afán de acumulación, entonces, apreciamos la tendencia totalizadora del capitalismo, que avanza inexorable en la subsunción del mundo humano a las necesidades de valorización del capital:

Mas la tendencia del modo capitalista de producción es transformar, en lo posible, toda producción en producción de mercancías [...] La injerencia del capital industrial promueve en todas partes esta transformación, y con ella también la transformación de todos los productores directos en asalariados.<sup>33</sup>

32. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 8, *op. cit.*, p. 1115.

33. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 4, *op. cit.*, p. 130.

El resultado lógico de esta tendencia es “la división de la humanidad entre capitalistas y trabajadores, una división que cada día se agudiza más y más y que, como veremos, siempre *debe* ir en aumento”.<sup>34</sup> La burguesía reorganiza el mundo de manera adecuada a sus requerimientos de acumulación, “suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos”.<sup>35</sup> “El fin es la propiedad; por tanto, carencia de propiedad para la mayoría.”<sup>36</sup> “Esta centralización de la propiedad es una ley inmanente a la propiedad privada, como todas las otras; las clases medias deben desaparecer cada vez más, hasta que el mundo se divida en millonarios y pobres, en grandes terratenientes y en pobres jornaleros.”<sup>37</sup>

La base de todo este proceso es la acumulación de capital, sustentada, a su vez, en la producción de plusvalor, y como la producción de plusvalía es la base del sistema capitalista y sólo sobre ella es que logra reproducirse, constantemente se buscan medios para producirla en mayor cantidad y de manera más acelerada; por tanto, capitales más grandes que exploten cada vez a más trabajadores. De ahí que “en la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos”.<sup>38</sup>

Asimismo, conforme el capital crece, aumenta la competencia entre capitalistas por realizar la plusvalía, y es en estas condiciones que la expropiación de los medios de producción se da ahora

34. Friedrich Engels, *Esbozos para una crítica de la economía política*, en Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Editorial Colihue, 2006, p. 21.

35. Karl Marx, *Manifiesto del Partido Comunista*, *op. cit.*, p. 31.

36. Karl Marx, *Cuadernos de París*, *op. cit.*, p. 114.

37. Friedrich Engels, *Esbozos para una crítica de la economía política*, *op. cit.*, p. 36.

38. Karl Marx, *Manifiesto del Partido Comunista*, *op. cit.*, p. 33.

entre capitales. “La lucha de la competencia se libra mediante el abaratamiento de las mercancías. La baratura de éstas depende, *ceteris paribus*, de la productividad del trabajo, pero ésta, a su vez, de la escala de la producción.”<sup>39</sup>

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve despreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.<sup>40</sup>

En principio, el despojo de unos capitales por otros sólo amplía *cuantitativamente* el capital, es decir, *centraliza* los medios de producción; centralización que es premisa de su mejora *cualitativa*, es decir, de su *concentración*. Así pues, el primer paso del proceso de acumulación es la *producción en escala ampliada*, es decir, la constante búsqueda de producciones más grandes en términos absolutos que derivan de la mejora de procesos productivos que abaratan los costos de producción y por tanto motivan a los capitalistas a expandirse para incrementar su margen de ganancia. Es por esto que la reproducción en escala ampliada presupone el desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto, el desarrollo de la subsunción del trabajo al capital, así como centralización y concentración de los medios de producción. Al decir que el capital se incrementa, viene implícito, pues, que las fuerzas productivas cambian: “*Cuanto más crece el capital productivo, más se extiende la división del trabajo y la aplica-*

39. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3, *op. cit.*, p. 778.

40. Karl Marx, *Manifiesto del Partido Comunista*, *op. cit.*, p. 34.



*ción de maquinaria*”,<sup>41</sup> o lo que es lo mismo, crece la fuerza productiva social del trabajo. “Señalemos, empero, que todos los métodos para acrecentar la fuerza productiva social del trabajo [...] son al mismo tiempo métodos para acrecentar la producción de plusvalor o plusproducto.”<sup>42</sup> Este acrecentamiento del plusvalor es el fundamento de la acumulación de capital: a mayor plusvalor producido, mayor plusvalía que se transforma en mayor capital para reiniciar el proceso productivo en escala más amplia: la acumulación de capital es premisa de una acumulación de capital mayor y más acelerada.

Y si el capital se acrecienta, “requiere que una parte de la población esté desocupada (relativamente al menos), o sea una sobrepoblación relativa, de modo de encontrar la población inmediatamente disponible para el crecimiento del pluscapital”.<sup>43</sup> Esta sobrepoblación relativa es, a su vez, premisa y resultado del proceso mismo de desarrollo del capitalismo; conforme progresa la acumulación, y con ella la centralización y la concentración de los medios de producción, avanza implacable la proletarización.

Con el desarrollo de las fuerzas productivas crece la fuerza productiva del trabajo, o sea, se incrementa “la productividad del mismo número de trabajadores, con la consiguiente reducción *relativa* del número de obreros necesario para la producción de una determinada masa de mercancías”.<sup>44</sup> El desarrollo de la máquina altera la relación entre capital constante y capital variable, cada vez menos fuerza de trabajo pone en movimiento más maquinaria y la maquinaria expulsa obreros de la producción en términos *relativos*; es decir, en *proporción* al capital constante cada vez hay menos capital variable. Sin embargo, en términos *absolutos* (sobre la base de una acumulación de capital global acelerada y creciente) la fuerza

41. Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, op. cit., pp. 31-32.

42. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3, op. cit., p. 776.

43. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, op. cit., p. 504 de la enumeración al margen.

44. Karl Marx, *La tecnología del capital*, op. cit., p. 53.

de trabajo ocupada por el capital aumenta. “Al incrementarse el capital global, en efecto, aumenta también su parte constitutiva variable, o sea, la fuerza de trabajo que se incorpora, pero en *proporción* constantemente *decreciente*.”<sup>45</sup>

Pero así como, por un lado, la maquinaria posee la tendencia *permanente* a *deshacerse* de trabajadores, sea en el propio taller automático o en la empresa artesanal, así también tiene una tendencia permanente a *atraerlos* puesto que, dado ya un grado de desarrollo de la fuerza productiva, el *plusvalor* sólo puede ser incrementado mediante el incremento de la cantidad de trabajadores empleados simultáneamente. Esta atracción y repulsión es lo característico, es decir, por lo tanto, la *inestabilidad* constante de la *existencia del trabajador*.<sup>46</sup>

Recapitulando: la población obrera *total* crece en términos absolutos, de la misma manera que crece la población obrera ocupada por el capital; aun así, un *porcentaje* cada vez menor de la población obrera *total* es requerida por el capital, y asimismo disminuye en términos relativos el capital variable, en relación con el constante, en el interior del proceso productivo. Todo ello, consecuencia del proceso de acumulación capitalista:

Esa disminución relativa de su parte constitutiva variable, acelerada con el crecimiento del capital global y acelerada en proporción mayor que el propio crecimiento de éste, aparece, por otra parte, a la inversa, *como un incremento absoluto de la población obrera que siempre es más rápido que el del capital variable o que el de los medios que permiten ocupar a aquélla*. La *acumulación capitalista* produce de manera constante, antes bien, y precisamente en proporción a su energía y a su volumen,

45. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3, *op. cit.*, p. 783.

46. Karl Marx, *La tecnología del capital*, *op. cit.*, p. 55.

una *población obrera relativamente excedentaria*, esto es, *excesiva* para las *necesidades medias de valorización del capital* y por tanto *superflua*.<sup>47</sup>

Se trata de población superflua para el capital sólo en un sentido: es sobrepoblación relativa al no servir para la valorización del capital de manera *directa*, no entra en el proceso productivo y no produce plusvalor; empero, de manera *indirecta* contribuye a la explotación de plusvalía al presionar a la baja el salario de los obreros que consiguen ocuparse.

Y cuanto más se extiende la división del trabajo y la aplicación de la maquinaria, más se acentúa la competencia entre los obreros y más se reduce su salario [...] si el capital crece rápidamente, crece con rapidez incomparablemente mayor todavía la competencia entre los obreros, es decir, disminuyen tanto más, relativamente, los medios de empleo y los medios de vida de la clase obrera; y, no obstante esto, el rápido incremento del capital es la condición más favorable para el trabajo asalariado.<sup>48</sup>

Observamos que la producción capitalista de sobrepoblación (o *ejército industrial de reserva* según lo llama Marx) es totalmente funcional a las necesidades de valorización de capital y se desarrolla acorde al progreso de la acumulación. Crecimiento del capital, pues, equivale a mejora en la fuerza productiva del trabajo y, por consiguiente, rebaja en el valor de la fuerza de trabajo e incremento de sobrepoblación relativa; aunado a ello, el ejército industrial de reserva mantiene presionado el salario a la baja rayando en el límite del valor de la fuerza de trabajo, o sea, lo necesario para mantener con vida a la población trabajadora; “la acumulación, junto con la competencia, tiene por consecuencia una reducción cada vez ma-

47. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3, *op. cit.*, p. 784.

48. Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, *op. cit.*, p. 31-32.

yor del salario”.<sup>49</sup> Aunque el salario crezca en términos absolutos, en términos de lo que realmente vale el salario, de los medios de subsistencia que permite adquirir, decrece; si el salario crece en términos reales debido a un periodo de auge, inevitablemente se acaba circunscribiendo a lo más básico para reproducir la fuerza de trabajo; “la tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el promedio *standard* del salario, sino a reducirlo”.<sup>50</sup>

Incluso la *situación más favorable* para la clase obrera, el *incremento más rápido posible del capital*, por mucho que mejore la vida material del obrero, no suprime el antagonismo entre sus intereses y los intereses del burgués, los intereses del capitalista. *Ganancia y salario* seguirán hallándose, exactamente lo mismo que antes, *en razón inversa*.<sup>51</sup>

Por tanto, a mayor desarrollo del capitalismo, mayor la contradicción entre trabajo asalariado y capital.

Cuesta trabajo comprender la pretensión de los librecambistas, que se imaginan que el uso más ventajoso del capital hará desaparecer el antagonismo entre los capitalistas industriales y los trabajadores asalariados. Al contrario, de ahí resultará que la oposición entre estas dos clases se dibujará con mayor claridad aún.<sup>52</sup>

El ansia ilimitada de producción de plusvalía empuja constantemente a la disminución del tiempo de trabajo necesario para la reproducción del obrero y al aumento del plustrabajo que se apropia el capitalista sin retribución; mientras más crece el capital y con

49. Karl Marx, *Cuadernos de París*, op. cit., p. 115.

50. Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*, op. cit., p. 75.

51. Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, op. cit., p. 25.

52. Karl Marx, *Discurso sobre el libre intercambio*, op. cit., p. 156.

él el tiempo de trabajo excedente, más crece el producto que le es arrebatado al obrero: “Producción contrapuesta a los productores y que hace caso omiso de éstos. El productor real como simple medio de producción; la riqueza material como fin en sí mismo”.<sup>53</sup> Ningún beneficio le reporta al trabajador el incremento de la fuerza productiva del trabajo; por el contrario:

El trabajador se torna tanto más pobre cuanto más riqueza produce, con cuanto mayor poder y volumen incrementa su producción. El trabajador se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo del hombre crece en proporción directa a la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce a sí mismo y al trabajador como una mercancía, y, por cierto, en la proporción en que produce mercancías.<sup>54</sup>

He aquí la gran paradoja: viven en la miseria quienes producen la riqueza, “proletariado y riqueza son términos antagónicos”;<sup>55</sup> y quienes no viven sino a condición de explotar trabajo ajeno, cuyo único atributo es ser propietarios privados de medios de producción, se mantienen en la más descarada opulencia; “el bienestar de la clase burguesa tiene como condición necesaria la degradación de la clase trabajadora”.<sup>56</sup> La miseria es, entonces, la consecuencia natural del proceso de trabajo capitalista; de ahí que Marx diga que “el proletariado no es la pobreza que *nace naturalmente*, sino la pobreza que *se produce artificialmente*”.<sup>57</sup>

53. Karl Marx, *Capítulo VI (inédito)*, op. cit., p. 76.

54. Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, op. cit., p. 106.

55. Karl Marx y Friedrich Engels, *La Sagrada Familia*, op. cit., p. 100.

56. Karl Marx, *Discurso sobre el libre intercambio*, op. cit., p. 154.

57. Karl Marx, *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *La Sagrada Familia*, México, Grijalbo, 1981, p. 14.

Cuanto mayores sean la riqueza social, el capital en funciones, el volumen y vigor de su crecimiento y, por tanto, también, la magnitud absoluta de la población obrera y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor será la pluspoblación relativa o ejército industrial de reserva. La fuerza de trabajo disponible se desarrolla por las mismas causas que la fuerza expansiva del capital. La magnitud proporcional del ejército industrial de reserva, pues, se acrecienta a la par de las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor sea este ejército de reserva en proporción al ejército obrero activo, tanto mayor será la masa de la pluspoblación consolidada o las capas obreras cuya miseria está en razón inversa a la tortura de su trabajo. Cuanto mayores sean, finalmente, las capas de la clase obrera formadas por menesterosos enfermizos y el ejército industrial de reserva, tanto mayor será el pauperismo oficial. Esta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista. En su aplicación, al igual que todas las demás leyes, se ve modificada por múltiples circunstancias.<sup>58</sup>

## **LA LEY DE LA TENDENCIA DESCENDENTE DE LA TASA DE GANANCIA**

Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista*

58. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3, *op. cit.*, p. 803.

Y las industrias que alguna vez fueran de punta, se vuelven más y más “competitivas”, esto es, reducen más y más sus ganancias. Veamos este patrón de conducta en funcionamiento todo el tiempo.

I. WALLERSTEIN, *Análisis de sistemas-mundo*

Para Marx la *ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia es la ley que rige el desarrollo histórico-global del capitalismo*, sustentada en las otras dos leyes pero englobándolas y potenciándolas. El desarrollo histórico del capitalismo, su compulsión por acumular y desarrollar las fuerzas productivas, así como las causas que motivan las crisis económicas, no se entienden si no es a través del esclarecimiento de esta ley.

Es ésta, en todo respecto, la ley más importante de la moderna economía política y la esencial para comprender las relaciones más dificultosas. Es, desde el punto de vista histórico, la ley más importante. Es una ley que, pese a su simplicidad, hasta ahora nunca ha sido comprendida y, menos aún, expresada conscientemente.<sup>59</sup>

Conforme avanza la acumulación de capital buscando nuevos métodos de explotación de plusvalía a través de la productividad creciente del trabajo potenciada por el desarrollo tecnológico, el capital tiende a invertir más en capital constante (medios de producción) que en capital variable (fuerza de trabajo); “el capitalista es, en medida siempre creciente, mayor comprador de MP que de FT”;<sup>60</sup> “la productividad de la máquina, pues, se mide por *el grado en que sustituye trabajo humano*”.<sup>61</sup> Tal como lo analizamos en la sección anterior, la disminución del elemento variable sólo es relativa en relación con el elemento constante; en general el capital variable tiende a crecer

59. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, *op. cit.*, p. 634 de la enumeración al margen.

60. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 4, *op. cit.*, p. 138.

61. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, *op. cit.*, p. 476.

en términos absolutos; “el aumento del capital constante, en proporción al variable, está ligado al crecimiento absoluto —aunque se trate de una disminución relativa— del capital variable”.<sup>62</sup>

Por otro lado, la cantidad de plusvalor extraída por *mercancía individual* es constantemente menor al incrementarse la fuerza productiva; empero, con base en *producción ampliada*, en términos del *valor total del producto*, es decir, de *masa de plusvalía*, el plusvalor es cada vez mayor.

Un análisis comparado entre los precios de las mercancías producidas artesanalmente o por manufacturas y los precios de las mismas mercancías fabricadas por las máquinas, llega al resultado de que en el caso del producto de estas últimas el componente de valor debido al *medio de trabajo aumenta relativamente*, pero *en términos absolutos decrece*. Esto es, decrece su magnitud absoluta, pero aumenta su magnitud en proporción al valor total del producto.<sup>63</sup>

Así como crece la *masa de plusvalía* crece la *tasa de plusvalía*, o, en otros términos, crece el *grado de explotación de la fuerza de trabajo*, el porcentaje de valor que el obrero regala al capital como tiempo de trabajo impago. Asimismo, “la masa de ganancia por cada mercancía individual disminuirá mucho con el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, a pesar del crecimiento de la tasa de plusvalor”,<sup>64</sup> pero al igual que en el caso de la masa de plusvalía, la *masa de ganancia* en términos del *valor total del producto* crece, aunque no lo suficiente para cubrir la reproducción del sobreproducto de capital constante. Ahora bien, “en ningún caso la baja de precios de la mercancía individual permite, por sí sola, extraer conclusiones con

62. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 8, *op. cit.*, p. 819.

63. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, *op. cit.*, p. 475.

64. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, *op. cit.*, p. 288.



respecto a la tasa de ganancia. Todo depende de la magnitud de la suma global del capital que participa en su producción”.<sup>65</sup> Es justo aquí donde el argumento se vuelve complejo, ya que “la tasa de plusvalor (a la que se confunde con la *tasa de ganancia*)”<sup>66</sup> no refleja el movimiento real de la producción capitalista; la tasa de plusvalía hace referencia a la relación entre la plusvalía y el capital variable que la produce (qué tanto se explota a la fuerza de trabajo), pero no toma en cuenta las necesidades reproductivas del capital constante que dependen de la producción de plusvalor.

La *tasa de ganancia* se mide con respecto al capital variable y al capital constante, la plusvalía dividida entre ellos, o sea, el *plusvalor en relación con el capital global*. Si bien la tasa de ganancia hace pensar que la ganancia, y por ende la plusvalía, provienen en igual proporción de la maquinaria y del obrero, siendo que *la maquinaria no produce valor alguno* al sólo potenciar la fuerza productiva del trabajo de una clase en beneficio de otra que no trabaja y se limita a vivir de la explotación del trabajo ajeno; aun así, permite pensar la relación contradictoria del capital con la fuerza productiva que engendra.

Expliquémoslo en detalle. A la par de la evolución de la acumulación de capital, como vimos, crece la fuerza productiva, “el grado de fuerza productiva alcanzado se representa en la preponderancia relativa de la parte constante del capital por encima de la parte variable, o en la constante disminución del componente desembolsado en salarios por un capital dado”.<sup>67</sup> Si hay más valor invertido en sistema tecnológico que en capital variable, se termina provocando que la *masa de plusvalía*, aunque creciente, sea insuficiente para ese crecimiento del capital; “es ley general de la producción de mercancías que la productividad del trabajo y su

65. *Ibid.*, p. 293.

66. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 1, *op. cit.*, p. 262.

67. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 8, *op. cit.*, p. 965.

creación de valor estén en razón inversa”,<sup>68</sup> por eso la tasa de ganancia termina cayendo y la plusvalía producida dividida entre el capital variable y un capital constante creciente resulta en una tasa de ganancia de tendencia descendente; se produce demasiado con base en una población obrera en activo relativamente menor y en ello está la base de las crisis económicas: si proporcionalmente hay cada vez menos plusvalía debido a la productividad del trabajo que reduce el *tiempo de trabajo socialmente necesario*, y cada vez hay más inversión en capital constante, la plusvalía por sí misma es insuficiente para cubrir las necesidades reproductivas de dicho capital. La tendencia del desarrollo del capital es forzosamente ésta: si se quiere seguir explotando plusvalor se debe desarrollar la fuerza productiva, lo que lleva a que la tasa de ganancia caiga.

La *tasa del beneficio* depende pues —supuestos *la misma plusvalía, la misma proporción de plustrabajo con respecto al trabajo necesario*— de la proporción entre la parte del capital que se intercambia por trabajo vivo y la parte que existe bajo la forma de materias primas y medios de producción. Cuanto menor sea, pues, la parte intercambiada por trabajo vivo, tanto menor será la tasa del beneficio [...] cuanto más crezca pues el plusvalor relativo —la fuerza creadora de valor, propia del capital— tanto más *caerá la tasa del beneficio* [...] El total del valor del capital comprometido en la producción se expresará, en cada parte del mismo, como proporción disminuida entre el capital intercambiado por trabajo vivo y la parte del capital existente como valor constante.<sup>69</sup>

Conforme aumenta la tasa de plusvalor, o, dicho de otro modo, conforme los mecanismos de explotación de plusvalía se potencian, la tasa de ganancia cae. Es una gran contradicción: justo el

68. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 4, *op. cit.*, p. 179.

69. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, *op. cit.*, p. 633 de la enumeración al margen.

mecanismo que el capital aplica para elevar la tasa de plusvalía es el mismo que provoca que la tasa de ganancia caiga.

El número de obreros empleados por el capital, es decir, la masa absoluta del trabajo que éste pone en movimiento, por ende la masa absoluta del plustrabajo que ha absorbido, por consiguiente la masa del plusvalor que ha producido, y por lo tanto la masa absoluta de la ganancia que ha producido, puede aumentar entonces, y hacerlo en forma progresiva a pesar de la baja progresiva de la tasa de ganancia. Este no sólo puede ser el caso. Debe serlo —al margen de fluctuaciones transitorias— sobre la base de la producción capitalista.<sup>70</sup>

Esta contradicción se explica en relación con la *subsunción real del trabajo por el capital*. Mientras el capital fomenta el desarrollo tecnológico para incrementar la explotación de plusvalía, provoca que crezca la masa de obreros ocupados por el capital; sin embargo, ese crecimiento se aprecia como un decrecimiento en términos del crecimiento exponencialmente mayor del capital constante. “La disminución es relativa, no absoluta, y de hecho nada tiene que ver con la magnitud absoluta del trabajo y del plustrabajo puestos en movimiento.”<sup>71</sup> “Sabemos que el crecimiento del capital está ligado a un cambio en su composición de valor; al producirse este cambio el valor de MP crece, el de FT disminuye siempre relativamente, y a menudo en términos absolutos.”<sup>72</sup>

El volumen creciente de la magnitud de los medios de producción, comparado con el de la fuerza de trabajo incorporada a ellos, expresa la *productividad creciente del trabajo*. El aumento de ésta se manifiesta, pues, en la *reducción de la masa de trabajo con respecto a la masa*

70. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, *op. cit.*, p. 277.

71. *Ibid.*, p. 276.

72. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 4, *op. cit.*, p. 95.

*de medios de producción movidos por ella*, esto es, en la disminución de magnitud del factor subjetivo del proceso laboral comparado con sus factores objetivos.<sup>73</sup>

En un primer momento, mientras se incrementa la tasa de plusvalía, producto del desarrollo tecnológico, la tasa de ganancia aumenta, pero cuando ese aumento ya no compensa la disminución relativa del capital variable, la tasa de ganancia empieza a caer; “en la proporción en que disminuye el trabajo necesario, se vuelve tanto más difícil la valorización del capital”.<sup>74</sup>

Dicha modificación encierra transformaciones en la composición orgánica media del capital global perteneciente a una sociedad determinada, entonces este paulatino acrecentamiento del capital constante en relación con el variable debe tener necesariamente por resultado una *baja gradual en la tasa general de ganancia*, si se mantienen constantes la tasa del plusvalor o el grado de explotación del trabajo por parte del capital.<sup>75</sup>

El capitalismo fomenta el desarrollo tecnológico, pero al mismo tiempo ese desarrollo se vuelve problemático al provocar que la tasa de ganancia caiga, por lo que la solución del capital es destruirlo cuando la acumulación se torna problemática. Es la medida más radical de contrarresto a la caída de la tasa de ganancia; al capital le estorba el capital, así que hay que destruirlo.

Cuando se habla de *destrucción del capital* por las crisis, hay que distinguir entre dos factores [...] el *capital real* resulta destruido [...] que el proceso de reproducción se ha interrumpido y que

73. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3, *op. cit.*, p. 773.

74. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 1, *op. cit.*, p. 239 de la enumeración al margen.

75. *Ibid.*, p. 270.

los medios de producción *existentes* no se usan en realidad como medios de producción, no se ponen en funcionamiento. De tal manera, se van al demonio su valor de uso y su valor de cambio [...] En segundo término, la *destrucción del capital* por las crisis significa la depreciación de *valores* que les impide renovar más tarde su proceso de reproducción de capital, en la misma escala. Éste es el efecto ruinoso de la caída de los precios de las mercancías. No provoca la destrucción de ningún valor de uso. Lo que uno pierde, lo gana el otro.<sup>76</sup>

Es por ello que Marx habla de *sobreproducción de capital*, una forma en extremo contradictoria de desarrollo tecnológico. De este modo, la sobreproducción es inherente a la dinámica de acumulación capitalista y es la causa de toda crisis económica; se desarrolla la fuerza productiva a lo bestia sólo en aras de extraer más plusvalía, y, en efecto, la masa de plusvalor aumenta, pero así como se desarrollan las fuerzas productivas decrece el *tiempo de trabajo socialmente necesario* para la producción de cada mercancía individual, es decir, hay que producir en escalas cada vez más brutales para compensar el decrecimiento individual de la plusvalía; así, se acumula más plusvalía, pero se torna insuficiente para la magnitud alcanzada por el capital constante y el incremento en la masa de plusvalor no alcanza a cubrir la necesidad reproductiva de todo ese capital, por lo que se produce más y más hasta el punto del quiebre. Se invierte más en maquinaria que en trabajo vivo; en comparación con el crecimiento del capital constante (fuerzas productivas técnicas que permiten incrementar la productividad del trabajo) hay menos capital variable (fuerza de trabajo), o sea, sobreproducción del elemento constante, producción superflua que no logra valorizarse; “de ahí la *crisis*. Crisis del trabajo y crisis del capital.

76. Karl Marx, *Teoría sobre el plusvalor*, op. cit., p. 104.

Ésta es, entonces, una *perturbación en el proceso de reproducción* debida al aumento del valor de la parte del capital constante que debe reponerse con el valor del producto”.<sup>77</sup>

La sobreproducción está condicionada de modo específico por la ley general de la producción de capital: producir hasta el límite establecido por las fuerzas productivas, es decir, explotar el máximo volumen de trabajo con el volumen dado de capital, sin tener en cuenta los límites reales del mercado o de las necesidades respaldadas por la capacidad de pago; y esto se lleva a cabo por medio de una continua expansión de la reproducción y la acumulación, y entonces, por una constante reconversión de la renta en capital, mientras que, por otro lado, la masa de los productores se mantiene apegada al nivel medio de necesidades, y tiene que mantenerse apegada a él de acuerdo con la naturaleza de la producción capitalista.<sup>78</sup>

Y no sólo se sobreproduce capital, sino que también hay *sobreproducción de mercancías* derivada del mismo afán de acumulación liderado por un sistema de producción anárquico.

La gran industria, forzada por los instrumentos mismos de que dispone, para producir en una escala cada vez más amplia, no puede esperar a la demanda. La producción precede al consumo, la oferta se impone sobre la demanda [...] En la sociedad actual, en la industria basada en los intercambios individuales, la anarquía de la producción, fuente de tanta miseria, es al propio tiempo la fuente de todo progreso.<sup>79</sup>

77. *Ibid.*, p. 123.

78. *Ibid.*, p. 141.

79. Marx Karl, *Miseria de la filosofía*, *op. cit.*, p. 33.

Al ser la producción ciega y anárquica, no se produce lo que se necesita, y si se producen más valores de uso que no son demandados para el proceso de acumulación de capital, la producción se vuelve superflua y el capital deja de producir al no poder valorizarse “ciertas condiciones [...] del desenvolvimiento normal de la reproducción —sea en escala simple, sea en escala ampliada—, las cuales se trastruecan en otras tantas condiciones de desenvolvimiento anormal, posibilidades de crisis, ya que el equilibrio mismo —dada la configuración espontánea de esta producción— es algo casual”.<sup>80</sup>

Esta justa proporción entre la oferta y la demanda [...] ha dejado de existir hace tiempo [...] Sólo fue posible en las épocas en que los medios de producción eran limitados y el intercambio se efectuaba dentro de límites extremadamente restringidos. Con el nacimiento de la gran industria, esta justa proporción debía cesar, y la producción tenía que pasar fatalmente, en una sucesión perpetua, por las vicisitudes de prosperidad, de depresión, de crisis, de estancamiento, de nueva prosperidad, y así sucesivamente.<sup>81</sup>

Por otra parte, la sociedad no accede al producto de la riqueza social más que a través del dinero; por ello, el mercado no reconoce como sujeto social a quien no logra socializarse mediante él. Por consiguiente, aunque exista quien desee acceder a tal riqueza, si no posee dinero, sea burgués o proletario, no consigue mercancías (medios de subsistencia en el caso del obrero, medios de producción en el caso del burgués). De esta manera, a falta de compradores, una gran masa de mercancías se torna sobreproducto:

En las crisis estalla en explosiones violentas la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista. La circulación

80. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 5, *op. cit.*, p. 604.

81. Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, *op. cit.*, pp. 32-33.

de mercancías queda, por el momento, paralizada. El medio de circulación, el dinero, se convierte en un obstáculo para la circulación; todas las leyes de la producción y circulación de mercancías se vuelven al revés. El conflicto económico alcanza su punto de apogeo: *el modo de producción se rebela contra el modo de cambio*.<sup>82</sup>

Para sortear esta situación en que las mercancías son invendibles a falta de dinero en manos de los compradores, para continuar el proceso de acumulación, el capital recurre al crédito; el capitalismo sin sistema crediticio es impensable. Ahora bien, el crédito sólo retrasa la explosión de la crisis, la tendencia a la *sobreproducción* es inevitable y llega un punto en que el crédito mismo es insostenible; mercancías que no logran valorizarse equivalen a créditos que no logran pagarse. El crédito y la producción se detienen. Así, aunque las crisis se expresan primero como crisis de crédito, de dinero o financieras, en última instancia la causa esencial se encuentra en la producción misma, en la sobreproducción y en la sobreacumulación de capital; *todas las crisis son crisis productivas*.<sup>83</sup>

“En sí y para sí esos excedentes no constituyen un mal, sino una ventaja, pero son un mal en la producción capitalista”<sup>84</sup> que, por un lado, no socializa el producto de la riqueza más que a través del dinero y, por otro, no produce lo necesario en términos humanos, sino sólo valores de uso encaminados a producir plusvalía. En palabras de Marx: “1) el trabajo necesario como límite del valor de cambio propio de la capacidad viva de trabajo; 2) el plusvalor como límite del plustrabajo y del desarrollo de las fuerzas productivas; 3) el dinero como límite de la producción; 4) la limitación de la producción de valores de uso por el valor de cambio”.<sup>85</sup>

82. Friedrich Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, op. cit., p. 100.

83. Cf. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 7, México, Siglo XXI, 2009, pp. 568-569 y 630.

84. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 5, op. cit., pp. 570-571.

85. Karl Marx, *Grundrisse*, vol.1, op. cit., p. 319 de la enumeración al margen.



Así pues, el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas al punto en que es posible pensar la superación de la escasez histórica, que, como bien apunta Marx, es el fundamento de las sociedades de clase; la escasez da pie a la disputa por la riqueza y en ella se encuentra el fundamento de la propiedad privada y la lucha de clases. Sin embargo, al mismo tiempo y de manera contradictoria el capital reprime ese desarrollo. “Por esta razón el capital es productivo; es decir, es una relación esencial para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Sólo deja de serlo cuando el desarrollo de estas fuerzas productivas halla un límite en el capital mismo”.<sup>86</sup> Esto es justo lo que revela la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia: que “las mismas causas que producen una baja tendencial de la tasa general de ganancia condicionan una acumulación acelerada de capital”.<sup>87</sup>

[...] que el desenvolvimiento de las fuerzas productivas motivado por el capital mismo en su desarrollo histórico, una vez llegado a cierto punto, anula la autovalorización del capital en vez de ponerla. A partir de cierto momento el desenvolvimiento de las fuerzas productivas se vuelve un obstáculo para el capital; por tanto, la relación del capital se torna en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo.<sup>88</sup>

La escasez se reinstala sistemáticamente y si el desarrollo tecnológico y el excedente de la producción que aquél fomenta no pueden reportar ganancias a la clase dominante, hay que destruirlo: la vida sometida a las necesidades de valorización del capital.

La razón última de todas las crisis reales siempre sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas en contraste con

86. *Ibid.*, p. 231 de la enumeración al margen.

87. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, *op. cit.*, p. 286.

88. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, *op. cit.*, p. 635 de la enumeración al margen.

la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite.<sup>89</sup>

Sólo a través del dinero como expresión del valor es que se accede al producto de la riqueza social, aun cuando existen los medios materiales para superar la escasez socializando tal riqueza. En el capitalismo, pues, al sustentarse la reproducción a partir del valor de cambio y no a partir de la necesidad real, “se da el milagro de una sobreproducción acompañada de supermiseria”.<sup>90</sup>

En la gran industria, la contradicción entre el instrumento de producción y la propiedad privada es, antes que nada, un producto de la industria, y hace falta que, para poder engendrarlo, la gran industria se halle ya bastante desarrollada. Con ella, surge también, por tanto, la posibilidad de la abolición de la propiedad privada.<sup>91</sup>

El capital tiende, mediante el desarrollo tecnológico, a eliminar la fuerza de trabajo del proceso productivo; pero es sólo eso, una tendencia, ya que el capitalismo no puede existir sin la explotación de plusvalía; “bajo el dominio del capital, la aplicación de la maquinaria no abrevia el trabajo, sino que lo prolonga. Lo que abrevia es el trabajo necesario, no el necesario para el capitalista”.<sup>92</sup>

Como vemos, el empleo de la maquinaria para la producción de plusvalor implica una *contradicción inmanente*, puesto que de los dos factores del plusvalor suministrado por un capital de magnitud

89. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 7, México, Siglo XXI, 2009, p. 623.

90. Karl Marx, *Cuadernos de París*, *op. cit.*, p. 115.

91. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, *op. cit.*, p. 77.

92. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, *op. cit.*, p. 710 de la enumeración al margen.

dada, un factor, la tasa del plusvalor, sólo *aumenta* en la medida en que el otro factor, el número de obreros, *se reduce* [...] y es esta contradicción la que, a su vez, impele al capital, sin que el mismo sea consciente de ello, a una *prolongación* violenta de la *jornada laboral* para *compensar*, mediante el aumento no sólo del plustrabajo relativo sino del *absoluto*, la disminución proporcional de los obreros que explota.<sup>93</sup>

En conclusión, todo lo que el desarrollo anterior revela es la relación contradictoria del capitalismo con la modernización de la técnica; revela la necesidad de las crisis en el capitalismo y, asimismo, revela la posibilidad de superar al capitalismo como sistema histórico. Sin embargo, el derrumbe del capitalismo ocurrirá sólo en el momento en que la sobreacumulación y la revolución social coincidan, ya que, como vimos, el capitalismo encuentra en las *crisis*, a través de la destrucción de capital, el *mecanismo* para proseguir acumulando. Las crisis representan, pues, la idea de que el capitalismo se puede sobrevivir a sí mismo si el sujeto revolucionario no decide alterar estas condiciones sublevando la forma de producir. “Con todo, estas catástrofes regularmente recurrentes tienen como resultado su repetición en mayor escala, y por último el derrocamiento violento del capital.”<sup>94</sup>

93. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, *op. cit.*, p. 496.

94. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, *op. cit.*, p. 636 de la enumeración al margen.



## CAPÍTULO 4. LOS LÍMITES DEL CAPITAL SEGÚN I. WALLERSTEIN

Finalmente, permítaseme decir unas palabras sobre Karl Marx. Fue una figura monumental en la historia intelectual y política moderna. Nos ha dejado un gran legado, conceptualmente rico y moralmente inspirador. Sin embargo, deberíamos tomar en serio lo que dijo de que no era marxista, y no desecharlo como una ocurrencia. Marx sabía, cosa que muchos de los que se dicen discípulos suyos no saben, que era un hombre del siglo XIX cuya visión estaba inevitablemente limitada por esa realidad social [...] Utilicemos, pues, sus escritos del único modo sensato: como los de un compañero de lucha que sabía tanto como él sabía.

I. WALLERSTEIN, *El capitalismo histórico*

Habiendo abordado con minuciosidad estas tres leyes que según Karl Marx se encuentran en la base de todo análisis de envergadura de la sociedad capitalista es que podemos ligar lo central de nuestro aporte teórico con una explicación más abarcante susceptible de nuevos desarrollos, es decir, viendo “*leyes*” que rigen la *dinámica de desenvolvimiento de aquellos siete límites* que nos hemos planteado como eje de análisis de la sociedad moderna. Este trabajo es, ante todo, un intento por llevar la teoría crítica acumulada durante ya algunos siglos al análisis de dimensiones de realidades contemporáneas, no quedándonos en el dogma de respetar lo que ya se ha dicho sino ampliando o modificando las herramientas conceptuales que como científicos sociales hemos heredado y que debemos afinar para pasar la batuta a próximas generaciones que se encuentren con problemáticas propias de mundos por venir pero ancladas en mundos pasados.

Es así que el autor de esta pieza de “academicismo asfixiante” creyó necesario crear una estructura que articulara distintas épocas del discurso crítico, o, lo que es lo mismo, llevar a Marx y su escuela de pensamiento al campo de batalla intelectual del siglo XXI. Resultó bastante obvio que ésta sería una empresa imposible si realizáramos un salto mortal de Marx a la era moderna sin ninguna mediación; fue así que se llegó a la conclusión de utilizar de bisagra a uno de los autores “de izquierdas” más reconocido de finales del siglo XX y principios del XXI que posee análisis de largo alcance con provocativos pronósticos para el futuro del capitalismo y los movimientos sociales: Immanuel Maurice Wallerstein. Citando a Atilio Boron:

El objetivo es avanzar en una reformulación que, partiendo de la revolución copernicana producida por la obra de Marx —que nos suministra una clave interpretativa imprescindible e irremplazable para explicar a la sociedad capitalista—, reelabore con audacia y creatividad la herencia clásica de los estudios sobre el imperialismo a la luz de las transformaciones de nuestro tiempo.<sup>1</sup>

Como ya he venido repitiendo desde el inicio de este libro, el *plus* de Wallerstein es su mirada de largo alcance (tal como lo especifica el título de este libro: *De leyes y límites del capitalismo en la larga duración*); en verdad son pocos los autores con proyectos académicos tan abarcales, que teoricen al capitalismo como sistema histórico desde sus orígenes y encuentren sus regularidades en el tiempo. Por ello, Wallerstein es un intelectual de un raro pedigrí que lo vuelve sujeto de investigación por demás interesante para abordar problemáticas del mundo presente. Ya lo dice Carlos Aguirre en relación con el tipo de historia que escribe I. Wallerstein:

1. Atilio A. Boron, *Imperio & imperialismo, una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, México, Itaca, 2003, p. 12.

Es decir, una historia *interpretativa* y *teórica* del capitalismo, o una teoría e interpretación históricas de la evolución de la moderna sociedad capitalista, que, en consecuencia, inscribe el nombre de Immanuel Wallerstein dentro de esa muy reducida lista de los pensadores que, en los últimos 150 años, se han atrevido a pensar el capitalismo como *problema global*, es decir, en su unidad integral y en sus dimensiones más generales, lista que arrancando con Karl Marx se prolonga sólo con unos pocos autores más, como Max Weber, Werner Sombart, Norbert Elias, Karl Polanyi o Fernand Braudel.<sup>2</sup>

Y con respecto al tema que le atañe al libro, para Wallerstein la existencia de límites al desarrollo del capitalismo es obvia; desde su punto de vista los límites son *estructurales* y tarde o temprano harán que el sistema estalle (¿cómo se dará el estallido? Bueno, eso lo veremos en otro apartado): “He afirmado que existen *limitaciones estructurales* para el proceso de acumulación incesante de capital que rige nuestro mundo actual, y que esas limitaciones en la actualidad saltan a la primera plana como un freno para el funcionamiento del sistema”.<sup>3</sup>

Mi tarea con respecto a Wallerstein es ahondar en su obra y ubicar tales limitaciones estructurales definiéndolas conceptualmente e hilando el argumento y a partir de ahí plantear unidades de análisis y medición. No es tarea fácil conceptualizar tales argumentos pero para hacerlo contamos ya con el esqueleto que nos ha proporcionado la teoría de Marx que abordamos con minuciosidad religiosa en el apartado anterior. Ahora es momento de comenzar con la herejía y apilar músculos sobre dicho esqueleto; la hora de generar el sistema nervioso sembrando crítica y proponiendo las prometidas unidades de análisis y medición empírica aún no suena,

2. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein y la perspectiva crítica del “análisis de los sistemas-mundo”*, p. 16.

3. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 90.  
[Las cursivas son mías.]

pero estamos cada vez más cerca. Así que, como lo hicimos con Marx, dedicaremos el mismo poder de *sistematización* a la obra de Wallerstein (sistematizar ya es una manera de criticar, como el mismo Wallerstein lo reconoce: “Uno no puede sistematizar sin captar los parámetros históricos del todo, de la unidad de análisis”).<sup>4</sup>

Sólo resta dar una breve introducción al capítulo; lo que haremos a continuación será abordar una parte *bastante representativa* de la obra del autor (tal vez excesivamente representativa, pero después de todo éste es un libro basado en sus ideas y tengo una ligera obsesión con la investigación a detalle), desprendiendo sus conceptualizaciones sobre *límites al capitalismo* para utilizarlas como referente para proponer nuestro propio marco analítico. Así pues, en este capítulo 4 sólo abordaremos la obra de Wallerstein con el objetivo de afianzar buenos conceptos sobre los límites del capitalismo. Una vez asentado este marco teórico, en el capítulo 5 introduciremos, según vaya siendo conveniente, obras emblemáticas de pensadores de todas las áreas de interés para armar nuestro marco metodológico y comenzar a conceptualizar mediciones empíricas. A la par que hagamos este ejercicio también iremos criticando y complementando la visión de nuestro caballo de batalla.

Antes de entrar a sacarle el tuétano a estos huesos conviene realizar una breve introducción a lo que Immanuel Wallerstein considera que puede ser el futuro del capitalismo. De acuerdo con este autor, los días de este sistema histórico están contados y actualmente se encuentra viviendo una verdadera *crisis sistémica* (o estructural), es decir, la madre de todas las crisis que pondrá fin al capital. Ya vimos, en el apartado sobre las *teorías del derrumbe*, que muchos autores de los siglos XIX y XX consideraban que esa misma crisis había llegado en sus respectivas épocas, otorgándole el nombre de “crisis terminal”, haciendo referencia a un “capitalismo tardío”, a “capitalismos

4. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 105.



monopolistas” que acabarían por quebrar el sistema debido a la dinámica de concentración de los monopolios, hablando del imperialismo como una fase superior del capitalismo que anunciaría su debacle definitiva... Y demás teorías que no tiene caso repetir.

El chiste es que para Wallerstein (que conoce bien esas teorías) ninguna de aquellas teorizaciones dio en el clavo sobre lo que verdaderamente serían los componentes históricos del derrumbe del capitalismo; ya lo iremos viendo conforme descendamos uno a uno los siete círculos infernales. Por lo pronto sólo digamos que según Wallerstein todas aquellas teorías sobre el derrumbe confundieron mecanismos “naturales” del funcionamiento del capitalismo con anomalías precisamente por la falta de una *mirada de larga duración* que apreciara ciclos económicos y hegemónicos del sistema-mundo. Así, el “capitalismo monopolista y el imperialismo no fueron tratados por lo que finalmente resultaron ser: la reaparición cíclica de políticas mercantilistas vinculadas a la crisis de la hegemonía mundial británica y a las crecientes tendencias de sobreproducción”.<sup>5</sup> Además, para este investigador la categoría misma de imperialismo resulta innecesaria ante la realidad histórica de este modo de producción:

Existe otra diferencia entre nosotros sobre la cuestión del “imperialismo” y su utilidad como herramienta analítica. Según Frank y Wallerstein, imperialismo es un término que en realidad cubre cualquier uso que los estados centrales hacen de su fuerza política para imponer sobre la economía-mundo estructuras de precio que les resultan favorables [...] Consideran que este fenómeno es tan endémico para el funcionamiento de la economía-mundo capitalista desde sus comienzos que dudan de la utilidad de una palabra separada.<sup>6</sup>

5. Immanuel Wallerstein et al., *Movimientos antisistémicos*, p. 17.

6. Immanuel Wallerstein et al., *Dinámica de la crisis global*, p. 248.

Claro que no estamos diciendo que Wallerstein no reconozca el valor intrínseco de los análisis previos sobre el derrumbe; de hecho, su pensamiento es incomprendible en su devenir sin la existencia de aquellos debates de antaño. Lo que aquí queremos ejemplificar es la particularidad de su pensamiento y el armado conceptual que le permite observar fenómenos ausentes o insuficientemente desarrollados en otras teorizaciones. Esta “originalidad” wallersteiniana parte sobre todo de su método de análisis de la sociedad moderna, al que ha denominado *análisis de sistemas-mundo*, y en eso hace bastante hincapié: no se trata de una teoría sino de una forma de analizar al mundo necesaria para el desarrollo de las ciencias sociales:

El análisis de sistemas-mundo [...] se presentaba como una crítica de muchas de las premisas de la ciencia social existente, como una modalidad de lo que he llamado “impensar la ciencia social” [...] Por esta razón yo, por lo menos, siempre me he resistido a usar el término “teoría de los sistemas-mundo”, frecuentemente usado para describir el tema, especialmente por no practicantes, y he insistido en llamar a nuestro trabajo “análisis de sistemas-mundo”.<sup>7</sup>

Esta pequeña diferencia conceptual entre lo que es un *análisis* y lo que es una *teoría* resulta no ser tan pequeña analizada con detenimiento; al hacerlo de esta manera reconoce que no existe una ruptura radical con métodos de trabajo anteriores sino más bien un cambio de enfoque, la mirada cambia de lugar, se modifica el lente a través del que miramos la realidad (“beauty is in the eye of the beholder”) y alternamos entre el microscopio y la telescópica observación del universo, pero las herramientas heredadas siguen ahí; *se amplía la teoría más que cambiarla* y es eso lo que hemos tratado de ejemplificar en el armado estructural de este libro al ir arrastrando

7. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 218.

las grandes discusiones de época concernientes a la crítica de la economía política. Sin embargo, proponer nuevas formas de analizar el mundo no es cualquier cosa; requiere un amplio conocimiento de las limitaciones del propio campo intelectual en el que se ha sido educado y un horizonte claro de lo que se busca como investigador.

La perspectiva de sistemas-mundo es compleja por su ambiciosa unión de disciplinas y por su constante búsqueda de la *totalidad* como unidad de análisis, una preocupación clave en la historia del marxismo<sup>8</sup> y que ha provocado la continua evolución de las ideas planteadas por Marx fusionando las ciencias sociales con un todo analítico. El llamado que hace Wallerstein, por tanto, es a la *unidisciplinariedad* más que a la multi/pluri/interdisciplina, conceptos éstos que aún adolecen de una preocupante separación del conocimiento en campos relativamente autónomos que, en ocasiones, usan herramientas en común y que la mayor parte del tiempo simplemente generan un vértigo *destotalizador* en la percepción de la realidad; una dolorosa verdad en la enseñanza y la práctica de las *ciencias sociales* según los modelos hegemónicos enseñados en universidades de todo el mundo. Son cada vez más comunes las investigaciones *hiperespecializadas* desconectadas del “gran cuadro”: cada disciplina se cierra sobre sí misma, la economía se tecnifica volviéndola equiparable a “disciplinas” como la administración o la contabilidad, la historia se vuelve nuevamente meramente descriptiva, la filosofía vuelve a las esferas metafísicas y la psicología otra vez quiere explicar el mundo sólo a través de “motivaciones” y variables conductistas. Son acusaciones severas pero bastante reales y que a fines del siglo xx y principios del XXI nos hablan de que la universidad se ha vuelto neoliberal en sus esquemas, volviendo el conocimiento fundamentalmente productivista; ya muchos otros autores han abordado el fenómeno describiéndolo de distintas

8. Cf. Martin Jay, *Marxism and Totality: The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*, Los Ángeles, University of California Press, 1984.

maneras y no nos detendremos mucho en ello.<sup>9</sup> Sólo recordemos que en intelectuales como Wallerstein persiste el grito de guerra que convoca a mirar el mundo como un todo complejo:

¿Qué es lo que quiere decir hablar de disciplinas, de una disciplina? Para mí, una disciplina es la reivindicación de un campo intelectual relativamente cerrado, que implica la delimitación de un cierto campo de estudio, con sus teorías y métodos específicos. Así que cuando defiendo la unidisciplinariedad lo que estoy afirmando es que el conjunto de las *ciencias sociales* no deben tener más que *un* campo de trabajo unificado, con *una* sola metodología, dado que todas las realidades que estudian están gobernadas por una sola lógica.<sup>10</sup>

Pero la propuesta de nuestro héroe no se queda sólo en esto; su propósito es llevar la ciencia social más allá de lo conocido, para lo cual no es suficiente “impensar” las ciencias sociales o hablar el lenguaje de la unidisciplina. De lo que se trata es de cambiar el mundo, por lo cual nos recuerda que la teoría crítica debe caminar por el sendero que marcó el “socialismo científico”, como lo catalogara Friedrich Engels, diferenciándolo de esta manera del “socialismo utópico” que piensa el cambio social no desde el análisis de la realidad sino desde posiciones de moralidad y buena voluntad o, peor aún, desde el golpe de hierro de las élites políticas y militares que en ocasiones adquieren la forma de “vanguardias revolucionarias”. Es a raíz de esto que ha forjado el concepto de *utopística*, un concepto

9. Para un análisis de este fenómeno en el sistema universitario estadounidense, véase Susan George, *El pensamiento secuestrado: cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos*, España, Diario Público, 2009. Para un análisis del mismo fenómeno desde una perspectiva foucaultiana, véase Stephen J. Ball, *Foucault, Power, and Education*, Nueva York, Routledge, 2013.
10. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein: crítica del sistema-mundo capitalista*, pp. 337-338. [Las cursivas son mías en “ciencias sociales”.]

que también pretende librarse de la carga política de la idea de un “socialismo científico” que según él aún peca de cierto optimismo al estar contaminada por la idea liberal de progreso histórico. La utopística sería entonces la combinación de la potencia esperanzadora de las utopías con la rigurosidad del análisis histórico:

Lo último que necesitamos son más visiones utópicas [...] A lo que me refiero con la palabra “utopística” que inventé como sustituto, es algo bastante diferente. Es la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos.<sup>11</sup>

Partiendo de estas premisas de lo *impensado-unidisciplinar-utopístico* articulado con el *análisis de sistemas-mundo* es que Wallerstein nos da la base para pensar los límites del capitalismo desde una perspectiva por demás sólida. Unifica el desarrollo del capitalismo histórico dentro de un esquema interpretativo de múltiples variables que demuestra que en el devenir del sistema-mundo capitalista los “desarrollos no fueron accidentales, sino, más bien, dentro de un cierto margen de variación posible, determinados estructuralmente”.<sup>12</sup> Y así, intentando elucidar estos márgenes de variaciones posibles de nuestro presente es que elegimos utilizar como eje *estructural* la noción de *límite* presente en la obra de Wallerstein, la cual, pensamos, posee la carga analítica más fuerte para abordar la problemática del desarrollo capitalista contemporáneo. Viendo al capitalismo desarrollarse en el largo plazo, Wallerstein encuentra lo que denomina “tendencias seculares”, mismas que son la clave para entender el ascenso y la caída del imperio del capital en el mundo. Estas *tendencias seculares* las encontramos a través de la historia en múltiples sociedades y distintos sistemas-mundo pero siempre con

11. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 3.

12. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. I, p. 230.

sus particularidades y siempre topándose con *límites* que no pueden traspasar: “Sin embargo, las tendencias seculares no pueden continuar por siempre, pues se topan con *asíntotas*. Cuando esto sucede, ya no es posible que los ritmos cíclicos vuelvan a hacer que el sistema recupere el equilibrio, y es aquí donde el sistema entra en problemas”.<sup>13</sup>

Lo que interesa, por tanto, es analizar cuáles son las tendencias seculares del capitalismo, cuáles las *asíntotas* a las que se enfrenta y cuál la dinámica propia de cada una de ellas dentro del entramado total. No hay que perder de vista que la manera en que elegimos presentar estos límites por separado no quiere decir que cada límite funcione aislado del conjunto; nada de eso, son siempre *fenómenos con dinámicas propias pero imposibles de explicar si no es dentro del gran cuadro de la totalidad*, que en nuestro caso se remitirá constantemente a las leyes del desarrollo del capitalismo ya expuestas. Veamos, pues, cómo es que Immanuel Wallerstein explica el capitalismo y en el camino intentemos exponer los planteamientos generales de su pensamiento.

## EL LÍMITE ECONÓMICO

Lo primero es lo primero; como buen estudiante de economía empapado por la filosofía estructuralista del siglo xx la opción lógica es empezar por el límite al desarrollo del capitalismo más abordado y que, podríamos decir, es el “más estructural” de todos: el económico. Este apartado será algo más extenso que los que siguen por el simple hecho de que desde este límite es posible explicar conceptos muy abarcales que serán punto de partida para lo que sigue. Comencemos por decir que Wallerstein abreva de la fuente de las

13. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 60.

teorías de las crisis y cree en un capitalismo que no puede salvarse de las crisis periódicas; es un firme partidario de la teoría de Marx y cree en el potencial que dicha teoría aún tiene para explicar el siglo XXI. Como él mismo lo dice, “cuando lo arrojan por la puerta Marx trata de volver a entrar por la ventana. Porque ni la importancia política ni el potencial intelectual de Marx se han agotado (todo lo contrario). Y es a eso a lo que regresamos ahora”.<sup>14</sup> Por esto precisamente es que hemos dedicado tanto espacio a explicar la teoría global de Marx sobre lo que es el capitalismo y cómo se desarrolla históricamente.

Y tiene razón, Marx es un viejo terco que resucita cada vez que puede, tal vez no cada tercer día pero sin lugar a dudas lo hace con cada nueva crisis. Cuando todas las teorías económicas fallan para explicar fenómenos como el creciente desempleo y la pobreza, o cuando los cálculos de prosperidad y crecimiento constante se desploman cual castillo de naipes, el viejo barbón resurge como el Fénix de entre las cenizas de este mundo ardiente. Y como siempre en los periodos de “auge” (auge para algunos afortunados al menos), el mundo intelectual se olvida de la eterna espada de Damocles que cuelga sobre nuestras cabezas y deja de pensar en las inevitables catástrofes capitalistas. Así, “fue hasta principios de 2008 que el tono se agrió nuevamente y la palabra ‘crisis’ resurgió, ahora con mucha mayor fuerza que en el decenio de los setenta, aunque con la misma difusión. Por ende, la pregunta ‘¿crisis, cuál crisis?’ vuele a cobrar relevancia”.<sup>15</sup> Claro que hay que leer a Marx a la luz de nuestro tiempo sacudiéndonos los viejos dogmas heredados por corrientes ideológicas que piensan sólo en términos de luchas políticas o de binomios en blanco y negro, como el de “proletariado industrial” contra “burguesía industrial”, todo dentro de estructuras bien definidas como los estados. El pensamiento

14. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 224.

15. Immanuel Wallerstein, *¿Crisis, cuál crisis?*, p. 9.

de Marx es una teoría global de un fenómeno global (global en el sentido de *totalidad*) en constante movimiento y que, por supuesto, no se reduce sólo a lo que Marx dijo:

Mientras las ideas de Marx sean consideradas teorías sobre procesos que suceden en esencia dentro de los límites del Estado y sobre procesos que incluyen a los obreros industriales urbanos asalariados que trabajan para la burguesía industrial privada, será fácil demostrar que esas ideas son erróneas, engañosas e irrelevantes, y que nos llevan a caminos políticos equivocados. Una vez aceptadas como ideas sobre un sistema-mundo histórico cuyo surgimiento mismo implica “subdesarrollo” —y de hecho se basa en él—, no sólo serán válidas sino también revolucionarias.<sup>16</sup>

Es justo así como Wallerstein pretende leer la obra de Marx, como una *teoría del cambio global de larga duración que explica al capitalismo como fenómeno total*, no como una entidad dividida en “fases” en las cuales todas las leyes cambian haciendo una fase irreconocible respecto a otra, sino como una teoría unitaria del capital desde cuya base es posible explicar la era moderna a partir de su surgimiento en el largo siglo XVI hasta nuestros días y proyectándola al futuro. De esta manera, si bien la obra de Wallerstein lleva unas buenas décadas en circulación, su argumento se ha mantenido bastante estable por lo menos desde 1973. Han pasado más de 40 años de pensamiento vertido en letras y la coherencia unitaria de sus escritos se mantiene. Esto es en verdad extraordinario; algunos grandes pensadores no podrían presumir de una hazaña semejante, y es probable que la causa de este logro sea precisamente su mirada de larga duración que observa las regularidades y las tendencias a largo plazo del fenómeno que conocemos como capitalismo:

16. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, p. 178.



Pienso que el análisis que hice de las estructuras del capitalismo continúa siendo tan válido como lo era hace varios lustros. No pienso que exista hoy una nueva versión del capitalismo, ni para mejor ni para peor. Y dudo bastante que exista incluso alguna cosa nueva o diferente en el seno del capitalismo, a la que pudiésemos llamar mundialización o globalización.<sup>17</sup>

Así pues, para nuestro héroe el capitalismo no se está globalizando apenas en el siglo XXI sino que *nace siendo mundial*; esto a primera vista puede sonar como una barrabasada, pero dentro de la concepción que Wallerstein hace de *sistema-mundo* es algo bastante lógico. El término hace alusión a *un sistema que es un mundo en sí mismo*; el sistema es el mundo y no al revés. De ahí que el concepto sea sistema-mundo (*world-system*) y no “sistema mundial” (como a veces se traduce erróneamente); es por esto mismo que el autor hace énfasis en el guión que une a los dos términos y los convierte en un solo sustantivo.

Es un sistema “mundial”, no porque incluya la totalidad del mundo, sino porque es mayor que cualquier unidad política jurídicamente definida. Y es una “economía-mundo” debido a que el vínculo básico entre las partes del sistema es económico, aunque esté reforzado en cierta medida por vínculos culturales y, eventualmente, como veremos, por arreglos políticos e incluso estructuras confederales.<sup>18</sup>

Es así que cuando hablamos de capitalismo apreciamos que no sólo se trata de un *sistema-mundo*, sino también y ante todo de una *economía-mundo*. El término se deriva de la obra de Fernand Braudel, quien se dedicó a estudiar la economía-mundo capitalista del

17. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 50.

18. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. I, p. 21.

siglo xvi. Para este autor, históricamente han existido múltiples economías-mundo, siendo la capitalista sólo una de ellas (si bien la más amplia en extensión). En una de sus obras, diferenciándose un poco de Wallerstein, nos dice al respecto:

El hecho de que yo no esté siempre de acuerdo con el autor acerca de tal o cual punto, incluso acerca de una o dos ideas generales, tiene poca importancia. Nuestros puntos de vista son, en lo esencial, idénticos, incluso teniendo en cuenta que, para Immanuel Wallerstein, no hay más economía-mundo que la de Europa, fundada sólo a partir del siglo xvi, mientras para mí, mucho antes de haber sido conocido por el hombre europeo en su totalidad, desde la Edad Media e incluso desde la Antigüedad, el mundo ha estado dividido en zonas económicas más o menos centralizadas, más o menos coherentes, es decir, en *diversas* economías-mundo que *coexisten*.<sup>19</sup>

Esta crítica la lanza a raíz de la publicación del primer volumen de *The Modern World-System* (1973) y aún es válida con ciertos matices. Wallerstein sabe que han existido múltiples *sistemas-mundo* pero para él no todos llegan a identificarse con una *economía-mundo*: “Históricamente, la única economía-mundo que *sobrevivió por un largo periodo* ha sido el sistema-mundo moderno, y esto porque el sistema capitalista echó raíces y se consolidó como su característica definitoria”.<sup>20</sup> Es así que en este *sui generis* sistema-mundo, donde el rasgo “definitorio” es lo económico, nos encontramos ante el fenómeno de un capitalismo mundial por lo menos desde el siglo xvi, si bien primero era un capitalismo reducido en intensidad ante todo dinerario y en términos productivos con rasgos propios de

19. Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, op. cit., pp. 89-90.

20. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 41. [Las cursivas son mías.]

la *subsunción formal del trabajo al capital* (que abordamos en el capítulo 1). Podríamos decir, junto con Braudel y Wallerstein, que el capitalismo empieza a aparecer en los resquicios y las grietas de sistemas-mundo anteriores y no comienza a ser el sistema-mundo dominante y total sino tal vez hasta el siglo XVIII, pero desde sus inicios ya aparecía como un fenómeno mundial.

Porque desde hace por lo menos ya cuatro siglos, en el seno de la economía-mundo capitalista, las mercancías y los capitales atravesaban ampliamente las fronteras. Y desde hace 400 años, ninguna producción importante estaba exenta de la necesidad de encontrar elementos que provenían del exterior de los distintos países en los que ella se localizaba (capitales, insumos, pero también trabajadores, e incluso alimentos básicos para esos trabajadores). Y desde hace 400 años también, los productores capitalistas buscaban ya sin duda vender ahí donde ellos podían hacerlo, es decir, en no importa qué punto del vasto mercado mundial.<sup>21</sup>

Porque si bien un sistema-mundo necesariamente no tiene que abarcar la totalidad del planeta, tampoco podemos decir que un sistema-mundo pueda ser de una escala tan pequeña como para ir de Iztapalapa a Ecatepec. También es mundial en un sentido más geográfico, y aunque en siglos anteriores el capitalismo no había invadido el planeta por completo, como parecería que está por hacerlo en esta vuelta de siglo, ya era mundial en el sentido de su alcance. En los hechos, el capital se expandía a través de todos los continentes y los océanos, por lo que para Wallerstein “es muy equivocado afirmar que hasta el siglo XX no existía un capitalismo ‘a escala mundial’, aunque muchos autores, en particular marxistas, así lo aseguren con frecuencia”.<sup>22</sup> Fue sólo cosa de que el sistema

21. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 58.

22. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 101.

capitalista comenzara a tomar fuerza para que, poco a poco y de manera inexorable, terminara por volverse el sistema dominante y el primero verdaderamente *planetario* en la historia, gracias, sobre todo, a la fuerza de su centro económico que apareció bajo el signo de la acumulación de capital.

Y una vez que el capitalismo se consolidó como sistema y no cabía vuelta atrás, la lógica interna de su funcionamiento, la búsqueda del máximo beneficio, le obligó a expandirse continuamente: extensivamente hasta cubrir todo el planeta e intensivamente mediante la acumulación permanente (si bien no continua) de capital, la presión para mecanizar el trabajo a fin de posibilitar una expansión aún mayor de la producción, la tendencia a facilitar y optimizar una respuesta rápida a las modificaciones en el mercado mundial mediante la proletarización de la fuerza de trabajo y la comercialización de la tierra. De eso trata la modernización, si se quiere seguir utilizando una palabra tan vacía de contenido.<sup>23</sup>

Es así que el marco de análisis del enfoque de sistemas-mundo cambia la perspectiva de los análisis económicos y políticos clásicos, típicamente vinculados al estudio de estructuras estatales o de mercados particulares, por un marco más amplio que observa el todo económico como un conjunto mundial. Wallerstein cree que la supremacía de la ciencia social *estato-céntrica* fue la culpable de crear la ilusión de que el capital apenas se estaba mundializando/globalizando en el siglo xx, al explicar todos los eventos históricos a la luz de la existencia de estructuras políticas nacionales, por lo que *el análisis de sistemas-mundo mueve la lupa de los espacios estatales al espacio de la economía-mundo y del mercado al lugar de trabajo*, es decir, múltiples culturas, múltiples sociedades, múltiples estados, una

23. *Ibid.*, p. 117.

sola división internacional del trabajo; por ello “la ‘nueva división internacional del trabajo’ [...] para nosotros no es tan obviamente ‘nueva’, ni empírica, ni conceptualmente”.<sup>24</sup>

Todo lo anterior, sin embargo, no quiere decir que los estados no tengan un papel central en el desarrollo del sistema-mundo; lo único que se está diciendo es que los estados se han subordinado a la lógica de la *economía-mundo* aun cuando en apariencia parezca que han sido entes autónomos. Éste es uno de los grandes cambios que diferencian al sistema-mundo capitalista de sistemas anteriores. Según Wallerstein

la característica distintiva de una economía-mundo capitalista es que las decisiones económicas están orientadas primariamente hacia la arena de la economía-mundo, mientras que las decisiones políticas están orientadas principalmente hacia las estructuras menores que tienen control legal, los estados (naciones-Estado, ciudades-Estado, imperios), en el seno de la economía-mundo.<sup>25</sup>

Por esta razón es que la transición al Estado moderno es vista como un evento tan traumático en la historia de la civilización, y por esto mismo muchos historiadores, politólogos, sociólogos y economistas tienden a establecer la simbólica fecha de 1789 como el paso definitivo hacia lo que conocemos con el vago nombre de “modernidad”, concepto que, de una u otra manera, siempre hace referencia al triunfo del capitalismo como modo de producción dominante. Sin embargo, la Revolución francesa sólo es un evento que otorga una fecha concreta a un proceso secular, pues la desaparición de las estructuras sociales previas ya comenzaba a perfilarse desde aquel tan mentado largo siglo xvi:

24. Immanuel Wallerstein et al., *Movimientos antisistémicos*, p. 61.

25. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. I, p. 93.

Lo que se vino abajo no fue meramente una particular estructura de Estado. Fue más que la trágica abdicación de Carlos V, en medio de las lágrimas de sus caballeros. Lo que se vino abajo fue el sistema mundial. Durante 100 años Europa había estado disfrutando de prosperidad. Los hombres habían intentado beneficiarse de ella a la antigua. Pero los adelantos tecnológicos y la irrupción de elementos capitalistas habían progresado ya demasiado para que fuera posible recrear imperios políticos en correspondencia con las arenas económicas.<sup>26</sup>

Si este planteamiento es correcto, entonces los estudios de ciencias sociales que se encierran en el análisis de fenómenos micro sin tomar en cuenta el todo estarían cayendo en graves errores de interpretación, atribuyendo características autónomas a zonas que forman parte de un sistema. Aunque sea cierto que hay ciertas *zonas* del sistema-mundo que históricamente han experimentado mayores periodos de prosperidad, bajo esta perspectiva sería erróneo suponer que lo que se está desarrollando sea el país ligado a un Estado como entidad parcial independiente del resto de la economía-mundo, porque “los países no se ‘desarrollan’, sólo lo hace el sistema-mundo moderno en su totalidad”.<sup>27</sup> Así, en el canon *wallersteiniano* aquellas escuelas de pensamiento económico o político que interpretan la realidad a través del lente político o del análisis de partes, o que, como algunos planificadores del Tercer Mundo, piensan que es posible el desarrollo en un solo país, no hacen sino distorsionar la compleja danza de la realidad y dar recetas para un mundo que no existe sino en el intelecto.

Esta formulación se opone a un amplio conjunto de escritos sobre los países subdesarrollados aparecidos durante el periodo 1950-

26. *Ibid.*, p. 260.

27. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 120.

1970, una literatura que buscaba los factores que explicaban el “desarrollo” en entidades parciales (no-sistemas) como “países” o “culturas”, y una vez que habían descubierto supuestamente estos factores, incitaban a su reproducción en las áreas subdesarrolladas como vía de salvación.<sup>28</sup>

Es en esta parte donde debemos caracterizar uno de los postulados centrales del análisis de sistemas-mundo: la relación centro-periferia y el intercambio desigual. Immanuel Wallerstein, junto con algunos de sus más allegados colaboradores, fueron los encargados de elaborar el análisis de sistemas-mundo allá por la década de los setenta del siglo pasado. Las ideas vertidas por este selecto grupo se alimentaron de algunos debates de época, como el de los teóricos de la dependencia en Latinoamérica, entre los cuales destaca André Gunder Frank (claro que ya estaba Raúl Prebisch en los cuarenta, aunque a un nivel teórico menos desarrollado), amigo cercano de Wallerstein y uno de los puntos de partida para dar sustancia al enfoque de sistemas-mundo y al asunto de la relación entre centro y periferia. Eric Hobsbawm, en una de las pocas alusiones que hace a Wallerstein, lo reconoce como uno de los fundadores de esta “polémica” perspectiva y hace tal vez una atinada generalización de sus postulados básicos:

La nueva tesis fue planteada de forma polémica por A. Gunder Frank [...] y posteriormente de forma más elaborada e históricamente documentada por I. Wallerstein [...] Tres proposiciones fundamentales formaban el núcleo de esta interpretación. Primero, que el capitalismo podía ser esencialmente equiparado con las relaciones de mercado, y a escala mundial, con el desarrollo de un “sistema mundial” consistente en un mercado mundial en el

28. *Ibid.*, p. 90.

que una serie de países del “núcleo” desarrollado establecieron su dominio sobre la “periferia” y la explotaron. Segundo, que el establecimiento de este “mercado mundial”, cuyo origen se remontaba a la primera era de conquistas coloniales en el siglo XVI, creó un mundo esencialmente capitalista, que ha de ser analizado en términos de una economía capitalista. Tercero, que el desarrollo de los países metropolitanos capitalistas del “núcleo” mediante el dominio y la explotación del resto produjo tanto el progresivo “desarrollo” del núcleo como el progresivo “subdesarrollo” del “tercer mundo”, es decir, la creciente, y bajo el capitalismo infranqueable, distancia entre los dos sectores del mundo.<sup>29</sup>

La idea de la relación centro-periferia es, pues, esencial para el análisis de sistemas-mundo. El desarrollo desigual del sistema es lo que revela los focos rojos en el mapa, así como la explotación se da entre clases sociales a cierta escala; a otra escala la explotación se da entre zonas geográficas, un fenómeno que también se aprecia bajo la apariencia de países metropolitanos contra países periféricos. Es por esto que tanto Wallerstein como Gunder Frank creen que el concepto de “imperialismo” y el manejo que se le da como etapa nueva en el devenir de la economía-mundo no es necesario para describir algo que ha sido parte del capitalismo desde sus inicios. El capital es por naturaleza transnacional y por naturaleza explotador; la tendencia a la concentración y ampliación de la escala de la acumulación es parte de lo que define al capitalismo y en un sistema así siempre hay ganadores y perdedores, se acumula de un lado y se explota del otro. Lo que pasa en cualquier parte de la economía-mundo no deja indiferente a otras zonas: la prosperidad de unos puede significar la decadencia de otros, la prosperidad de varios o la decadencia de muchos.

29. Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, pp. 359-360.



En una fase B [de un ciclo Kondrátiev], por ejemplo, puede producirse un declive del empleo asalariado, pero el salario puede aumentar para quienes siguen teniendo un empleo. La disminución del empleo en una zona puede suponer un incremento en otra. El establecimiento de nuevos tipos de empresas puede ofrecer altos beneficios para quienes disfrutan de un cuasimonopolio temporal, pero eso puede suponer la catástrofe para otros empresarios. El desarrollo de determinado país semiperiférico puede suponer un aumento real del nivel de vida de mucha gente dentro de sus fronteras, y al mismo tiempo implicar un declive significativo de algún otro lugar del mundo.<sup>30</sup>

Lo anterior nos lleva al problema del *monopolio*, el cual se relaciona con el problema de la *hegemonía mundial* de ciertos capitales nacionales o metropolitanos y con el desarrollo de larga duración de la economía-mundo. Siguiendo la tradición braudeliana, Wallerstein relaciona al monopolio con el surgimiento del capitalismo; es más, el rasgo distintivo del capitalismo para Braudel sería el monopolio, y parte de la diferencia que hace entre “economía de mercado” y “capitalismo” es ante todo por la presencia del monopolio en este último. Wallerstein nos recuerda que para Braudel el monopolio es parte nodal de la velocidad con que la acumulación de capital se ha extendido por el orbe, y, contrariamente a las posturas del capital monopolista que abarrotaron la discusión en los años setenta del siglo xx, no piensa que los monopolios y su creciente poder estén cambiando las reglas del juego eliminando la competencia como característica esencial de la economía-mundo; muy al contrario, analizando el problema a largo plazo observamos que “ni la lista de industrias líderes (en términos de rentabilidad), ni los países líderes (en términos de poder y de concentración de

30. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 211.

capital y riqueza acumuladas) han seguido siendo los mismos con el transcurso del tiempo”.<sup>31</sup>

El capitalismo monopolista sigue siendo tan caótico como el capitalismo de siempre; la noción de un capitalismo cada vez más regulado libre de los terremotos económicos es incompatible con la esencia del sistema. Ya vimos en la parte sobre las teorías del derrumbe que incluso desde finales del siglo XIX se teorizaba sobre el papel armonizador de los monopolios que, conforme incrementaran su escala, disminuirían la fuerza de las crisis cíclicas al tener mayor control sobre la producción. Más de un siglo después, las crisis no parecen disminuir en intensidad y los monopolios no parecen tener idea de cómo regular la producción para evitar caer en el caos. Tal vez puedan sondear mejor los periodos de crisis, pero de ninguna manera han logrado evitarlas; antes bien parecerían ser una de sus causas centrales al promover la acumulación desenfrenada. Tampoco parece que los monopolios se salven de la competencia en el mercado mundial; puede ser que gocen de más vida útil que el capitalista promedio, pero en un entorno en el que el cambio es la norma, la innovación ley y la anarquía productiva el pan de cada día, no hay monopolio a salvo de algún tipo de competencia; el “problema para los capitalistas es que todos los monopolios se autoaniquilan, debido a que existe un mercado mundial al que pueden entrar nuevos productores, al margen de qué tan bien apalancado esté un monopolio desde el punto de vista político”.<sup>32</sup>

Claro que el tamaño de los monopolios ha crecido de manera impresionante en el último siglo, como nunca antes se había visto, aunque tal fenómeno no viene como sorpresa para quien haya leído con detenimiento a Karl Marx. La concentración de la riqueza es lógica para este particular sistema de reproducción social, pero una escala tan gigantesca en las empresas monopolísticas capitalistas

31. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 25.

32. Immanuel Wallerstein, *¿Crisis, cuál crisis?*, p. 10.

genera una constante necesidad de ganancia para poder continuar la reproducción en escala ampliada, y para mantener en funcionamiento toda la inmensa infraestructura,

para poder mantener semejante sistema los capitalistas (o al menos algunos capitalistas) tienen que obtener utilidades cuantiosas de sus inversiones. Y eso es menos fácil de lo que pensamos. Por una parte, la competencia es adversa a la obtención de utilidades, ya que los competidores reducen los precios y, por lo tanto, los márgenes de ganancia.<sup>33</sup>

Además de que es un ciclo vicioso en el que la acumulación y la reproducción llevan al sistema a crisis cíclicas, como ya lo he explicado en el capítulo 3 de este libro, el mantenimiento de la tasa de ganancia a niveles óptimos para reproducir a la economía-mundo ha sido el problema central durante siglos.

Aquí es justo donde podemos hablar de otro elemento de la teoría marxista de las clases sociales, con frecuencia olvidado por el discurso académico. Cuando hablamos de clases sociales y marxismo de inmediato nos remitimos al concepto de *lucha de clases*, es decir, burguesía *versus* proletariado, pero no hay que olvidar que la lucha no sólo se da entre clases antagónicas sino también en el interior de una misma clase social; luchas *intraclasistas*, podríamos llamarlas, que en realidad son lo que define a la *competencia económica* entre capitales. Estas

luchas intraburguesas presentan dos variedades. Una es la lucha por el poder del Estado o la autoridad política [...] A su vez, se hallan fuertemente influenciados por el otro tipo de lucha intraclase que también debe distinguirse claramente de la lucha de clases: la lucha por la apropiación de la riqueza o poder económico.<sup>34</sup>

33. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, pp. 35-36.

34. Immanuel Wallerstein et al., *Movimientos antisistémicos*, p. 53.

Le discutamos o no a Marx si la tasa de ganancia en verdad tiene una tendencia a caer, la ley en sí se explica por mucho más que la simple tasa de ganancia; hay en ella, como vimos, muchos elementos a tomar en consideración que permiten hablar de una teoría de las crisis más que de otra cosa. Y justo algunos de los elementos que configuran dicha ley son la competencia y la tendencia a acumular y a sobreproducir, todos ellos interrelacionados y directamente ligados a las luchas intraburguesas; la “fuerte competencia entre los capitalistas ha sido siempre una *differentia specifica* del capitalismo histórico [...] La única solución a estas desproporciones era una conmoción en el sistema productivo que diera como resultado una distribución más equitativa”.<sup>35</sup> Y ésta ha sido la historia del capital desde su juventud: crisis provocadas paradójicamente por aquello que le otorga toda su fuerza; el proceso de acumulación históricamente siempre desemboca en situaciones de sobreproducción que por periodos ponen en peligro al sistema, aunque para Wallerstein “superproducción es un término decepcionante. No quiere decir que se produzca más que lo que desean los consumidores del mundo, sino más de lo que colectivamente pueden permitirse. Significa que los productores tienen que luchar para encontrar mercados”.<sup>36</sup> Hablar de sobreproducción bajo estos términos nos da un acercamiento más preciso al fenómeno; le otorga cierto carácter de clase y nos recuerda que en el capitalismo el proceso productivo tiene su dosis de anarquía y nos sitúa muy bien en un análisis de sistemas-mundo donde la búsqueda y la apropiación de mercados es central.

Ahora bien, la “economía-mundo capitalista, como cualquier otro sistema, se ha conservado por sí sola durante mucho tiempo por medio de mecanismos que se encargan de reestablecer el equilibrio cada vez que sus procesos se apartan de él”.<sup>37</sup> Karl Marx ya había

35. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 25.

36. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 44.

37. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 59.

abordado esta temática en el tercer volumen de *El capital*, donde dedica un capítulo a analizar lo que denomina *causas contrarrestantes de la tendencia descendente de la tasa de ganancia* y explica que se trata de una “tendencia” precisamente porque hay “influencias contrarrestantes que interfieren la acción de la ley general y la anulan, dándole solamente el carácter de una tendencia”.<sup>38</sup> Según Marx, son seis las principales causas contrarrestantes: 1) elevación del grado de explotación del trabajo; 2) reducción del salario por debajo de su valor; 3) abaratamiento de los elementos del capital constante; 4) sobrepoblación relativa; 5) comercio exterior, y 6) aumento del capital accionario. Empero, todas estas causas tienen también un límite a su utilización; el sistema puede funcionar gracias a ellas durante periodos de tiempo relativamente largos pero eventualmente chocan con límites, el descenso de la tasa de ganancia se impone y sobrevienen las crisis. Para Wallerstein también entran en consideración estos elementos; sin embargo, suele reducirlos a tres fenómenos más generales que ubica en el ámbito de la interpretación de sistemas-mundo:

Existen entonces por lo menos tres fenómenos que evidentemente han de “ajustarse”: la localización de actividades productivas particulares, el nivel de remuneración (salarios de los obreros, número de personas que viven a expensas del “capital humano”) y la dimensión de la economía-mundo como un todo. Para superar los “cuellos de botella de la acumulación”, en el pasado los cambios se han producido en los tres fenómenos.<sup>39</sup>

Aquí es donde viene lo esencial del asunto para el viejo Wallerstein: *en la larga duración histórica* la dinámica de la acumulación de capital ha llevado a que *en el conjunto de la economía-mundo* hayan ocurrido ciertos *cambios acumulativos* que hacen cada vez más difícil superar

38. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, *op. cit.*, p. 297.

39. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 20.

estos “cuellos de botella de la acumulación”. Según él, hay tres costos de producción de los cuales el capital en su conjunto no puede librarse: insumos, salarios e impuestos. En “los últimos 500 años, los tres costos de producción se han elevado continuamente como porcentaje del precio de venta real de los productos [...] El colapso económico en el que nos encontramos no es más que la expresión de los límites de la elasticidad de la demanda”.<sup>40</sup> A primera vista a muchos les parecerá lógico este argumento y asentirán en silencio; a muchos otros les sonará ilógico por varias razones, tal vez, sobre todo, porque en algunas zonas o en algunos momentos históricos el sentido común dicta lo contrario, pero es necesario no dejar de recordar que Wallerstein habla del conjunto del sistema-mundo y de *larga duración*, no de algunas zonas en ciertos periodos.

Para entender lo que sucede en el sistema-mundo contemporáneo, tenemos que examinar las razones por las que los costos de producción han ido elevándose en todo el mundo con el transcurso del tiempo a pesar de los esfuerzos de todos los productores, reduciendo de hecho el margen entre los costos de producción y los posibles precios de venta. En otras palabras, necesitamos entender por qué se ha reducido el promedio mundial de ganancias.<sup>41</sup>

También debemos recordar que Wallerstein habla de las ganancias como *proporción*, es decir, a niveles relativos, comparándolas como porcentaje respecto al gasto hecho en el *proceso productivo* de un periodo en específico en salarios, insumos e impuestos. Debemos aclarar esto porque es obvio que la ganancia en términos de volumen, de masa (la masa de ganancia), tiene la tendencia a crecer, pero a menor ritmo que los costos de producción. Recordemos que Marx decía *que la tendencia de la tasa de ganancia a decrecer iba*

40. Immanuel Wallerstein, *¿Crisis, cuál crisis?*, p. 19.

41. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 108.

*acompañada casi siempre de la tendencia de la masa de ganancia a aumentar*, y que esto más bien era la norma antes que la excepción.<sup>42</sup> Por ejemplo, la “primera tendencia secular es el ascenso del nivel real de los salarios como *porcentaje* de los costos de producción, calculado como un *promedio en toda la economía-mundo*”,<sup>43</sup> lo cual es aplicable para la segunda y la tercera tendencia secular que hacen referencia al incremento del costo de los insumos y al pago de impuestos. Ya veremos cada una de estas *tendencias seculares* en particular, las cuales serán analizadas como parte de otros límites al capital en los siguientes apartados; por lo pronto sólo dejemos sentada la idea de que el creciente costo de los factores de la producción como porcentaje del precio de venta de los productos es derivado de la dinámica propia de la acumulación de capital, y por ello, en general, decidí ubicar el fenómeno dentro del límite económico; la idea general es como sigue: “En consecuencia, existe hoy una restricción global de las ganancias que amenaza la capacidad para proseguir con la acumulación de capital a un ritmo considerable”.<sup>44</sup>

Para quien intente leer las líneas anteriores a la luz del periodo de la historia económica conocido como *neoliberalismo* (el único periodo que me ha tocado vivir, y desde el tercer mundo, para acabarla de amolar) le será difícil creerlas, sobre todo tomando en cuenta que los periódicos no dejan de pregonar día a día la caída de los salarios y la reducción de impuestos ante la pérdida de poder de los estados; pero de acuerdo con nuestro autor, “la realidad es que las reducciones recientes en salarios e impuestos han sido a corto plazo y menores, en medio de su aumento histórico y global a largo plazo por razones estructurales”.<sup>45</sup> Como vemos, hay una diferencia con

42. Véase *supra*, cap. 3, “La ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia”.

43. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 60. [Las cursivas son mías.]

44. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 73.

45. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 40.

el argumento de Marx. Para éste la tasa de ganancia cae luego de un periodo de acumulación en el que hay condiciones para una tasa de ganancia elevada; la caída final sería el periodo de crisis. En cambio, para Wallerstein la asfixia de las ganancias es estructural, no coyuntural; en *proporción*, las ganancias son menores en el conjunto de la economía-mundo visto desde la larga duración, lo cual no quiere decir que para Wallerstein no existan las ganancias extraordinarias de ciertos capitales, o periodos de auge, o la hiperconcentración del ingreso y la riqueza: “Sistémicamente, existe una contracción, pero algunos estados centrales y en particular algunos estados semiperiféricos parecen resultar bastante favorecidos”.<sup>46</sup>

Precisamente porque la ganancia se ve reducida por el aumento histórico de los costos de producción es que los capitales se vuelven cada vez más salvajes en la búsqueda de acaparar la riqueza, y debido a ello el sistema se vuelve cada vez más desigual. Una de las respuestas del capital metropolitano a la crisis provocada por la caída de las ganancias fue la *política económica neoliberal*, la cual fungió como mecanismo global para salir de la crisis de las economías keynesianas y que ahora, a tres décadas de su aplicación, parece estar entrando en su propia crisis: “Las capas capitalistas han tenido éxitos periódicos y repetidos en este tipo de contraofensiva. Sin embargo, la reducción de estos costos ha sido siempre menor que su aumento en un periodo anterior, de manera que la curva total ha ido siempre hacia arriba”.<sup>47</sup> La receta es conocida por todos: liberalización de mercados, abandono de políticas proteccionistas, destrucción de sindicatos, privatización de empresas públicas... y demás medidas enumeradas casi todas en el decálogo del Consenso de Washington, todas ellas encaminadas a elevar las ganancias de la clase capitalista y, en particular, de los capitales metropolitanos que se abrieron nuevos mercados a costa de las industrias de

46. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 49.

47. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 77.



las naciones subdesarrolladas y de los logros históricos de la clase obrera conseguidos durante los Treinta Gloriosos (1945-1973).

Como resultado, se logró una limitada reducción en los costos de producción mundiales, pero el éxito fue mucho menor de lo que esperaban los promotores de semejantes políticas, y muy por debajo de lo que era necesario para terminar con la reducción en el margen de ganancias. Más y más, los capitalistas buscaron aumentar sus ganancias en el área de la especulación financiera antes que en la de producción. Tales manipulaciones financieras pueden dar como resultado grandes ganancias para algunos operadores, pero volatilizan la economía-mundo y la someten a los cambios de cambio monetario y de empleo. Ésta es, de hecho, una de las señales del aumento del caos.<sup>48</sup>

Pero parece que la luna de miel del capital neoliberal está llegando a su fin y la novia ya pide el divorcio de tan abusivo cónyuge luego de algunas breves décadas de no tan feliz matrimonio. De acuerdo con Immanuel Wallerstein,

a la globalización neoliberal ya le llegó su día; está acabada. En el revuelo económico del primer cuarto del siglo XXI los principales centros de acumulación de capital probablemente serán más proteccionistas, y no menos. Y el Sur no va a seguir permitiendo la penetración sin reciprocidad [...] el mundo está saliendo de la era del libre comercio, y no entrando en ella.<sup>49</sup>

Muchos analistas económicos comienzan a repetir estas palabras a coro; sin embargo, a pesar de todas las señales de que el sistema neoliberal ya está por caducar, muchos gobiernos del mundo (en particular del tercer mundo presionados por países metropolitanos)

48. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 118.

49. Immanuel Wallerstein, *Estados Unidos confronta al mundo*, p. 129.

insisten en seguir aplicando sus políticas; será difícil convencer a los dueños de los grandes capitales de renunciar a las grandes ganancias a las que se acostumbraron durante este breve periodo de liberalización económica.

A otros muchos analistas que pregonan a los cuatro vientos que los estados están por desaparecer se les hace imposible regresar a un periodo de proteccionismo económico porque ahora el capital supuestamente es más transnacional y deslocaliza la producción de acuerdo con sus propias lógicas y no de acuerdo con lealtades nacionales, aunque tal vez en este planteamiento tenga algo de verdad el hecho de

que el grado de apertura del mercado mundial es cíclico y ha sido cíclico durante 400 años. De modo que parece bastante probable que ahora, en estos comienzos de este siglo XXI que estamos viendo, nos encontremos en el proceso de volver a recomenzar una nueva etapa que será relativamente más proteccionista que la de las tres últimas décadas vividas. Así que la mal llamada globalización o mundialización podría muy bien ser un fantasma histórico con un porvenir muy breve.<sup>50</sup>

Debemos aclarar que aunque para Wallerstein la globalización no es nada nuevo, eso no quiere decir que no crea que el momento histórico que vivimos no tenga sus particularidades; una de ellas sería que ahora, por fin, nos encontraríamos en la etapa de la *crisis terminal* del capitalismo. Ya vimos que lo mismo afirmaban todos los teóricos del derrumbe en su momento, y Wallerstein es consciente de ello, pero para él

el problema básico, si se me permite decirlo, es que la mayoría de las principales figuras de la izquierda mundial de los dos siglos

50. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 60.

anteriores no leyeron lo que dijo Braudel sobre la multiplicidad de los tiempos sociales y confundieron constantemente las alzas y bajas cíclicas con crisis estructurales.<sup>51</sup>

A lo que Wallerstein se refiere con “la multiplicidad de los tiempos sociales” es a que, viendo el panorama desde el análisis de sistemas-mundo, podemos apreciar la capacidad de saturación del sistema como conjunto y no sólo de algunas zonas en ciertos periodos, porque cada zona tiene un tiempo social distinto: las periferias viven a destiempo de las metrópolis y las semiperiferias, por ejemplo. Entonces, en lo que habrían fallado los viejos hombres de izquierda es en apreciar el sistema como un todo; por ello, “la capacidad del hombre para participar inteligentemente en la evolución de su propio sistema depende de su habilidad para percibirlo en su totalidad. Cuanto más difícil admitamos que resulta el trabajo, tanto más urgente es que abordemos el problema mejor antes que después”.<sup>52</sup>

Para captar el sistema como totalidad es necesario, entonces, remitirnos a varias esferas de desarrollo que lo determinan; la esfera económica nos da ciertas claves para entender el fenómeno. Empero, debemos hablar de más esferas para captar de dónde venimos y a dónde vamos. Cada una de las esferas de desarrollo que trataremos está vinculada a las demás, tal vez con la económica en la base, pero cada una de ellas posee también una dinámica propia que es necesario explicar y relacionar al conjunto. Estos límites al capitalismo de que hablaremos en este capítulo, son pues, un intento más de llevar la visión de la totalidad al análisis de la realidad. Justo porque sólo lo económico no basta es que nos adentraremos a campos tal vez desconocidos para un economista dogmático. Es obvio que Immanuel Wallerstein no tiene todas las respuestas y con seguridad erra muchos de sus pronósticos, pero una obra como

51. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 205.

52. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. I, p. 17.

la suya nos da la clave para una aproximación más que fructífera a este circo que conocemos como capitalismo. Dicho esto, procedamos a entrar al segundo círculo infernal.

## EL LÍMITE DEMOGRÁFICO

La realidad estructural es que el mundo está polarizado, no sólo económica y socialmente, sino también desde el punto de vista demográfico.

I. WALLERSTEIN, *Utopística*

Mucho se ha escrito sobre el problema de la población desde los inicios de la ciencia económica, allá por el siglo XVIII. Pareciera que junto con el desarrollo económico también se desarrolla en tamaño y potencia el problema poblacional. El asunto demográfico se ha discutido desde los orígenes de las ciencias sociales, sobre todo por la aparente relación que existe entre población y miseria. Nos podemos remontar hasta Thomas Malthus (*Ensayo sobre el principio de la población*, 1798) en los intentos que se han hecho por explicar el crecimiento demográfico en relación con la escasez de recursos, aunque claro que su explicación cojea un poco del pie derecho; quien recuerde aquellos libros de texto de las secundarias públicas sabrá que la propuesta malthusiana se resume en que, supuestamente, la población crece en progresión geométrica mientras que los alimentos lo hacen en progresión aritmética, por lo que a la larga habrá más población que capacidad de producir alimentos y todos moriremos de hambre. A esto es lo que se conoce como “catástrofe malthusiana”.

Pero como vimos en la parte dedicada a la *ley general de la acumulación capitalista*, para Marx la sobrepoblación es *relativa*, es decir, *la población sobrante la produce el capitalismo al negarle el acceso al producto*

*de la riqueza social*: “Quienes producen la riqueza son quienes viven en la miseria” es la máxima marxista. Entonces, el problema no es que no alcance sino que lo que se produce se acumula en pocas manos y para que el sistema funcione tiene que crear de manera artificial población excedentaria para valorizar el capital; léase *ejército industrial de reserva* o mano de obra desempleada que presiona a la baja el salario de quienes se consiguen ocupar, léase también como fuerza de trabajo *despojada de medios de vida* cuya única propiedad es su cuerpo que debe vender para sobrevivir, léase en general como ciclos de empleo y desempleo de acuerdo con las necesidades de acumulación y no de acuerdo con las necesidades de vida, léase como todo eso y mucho más, pero el asunto central es la inexplicable miseria de la población en contextos de abundancia. Que la causa de las crisis sea la sobreproducción y no la escasez real (absoluta), como en otros modos de producción, es el rasgo distintivo del capitalismo.

Obviamente, Malthus subestimó el poder de la tecnología para producir abundancia, pero lo que más le molesta de él a Marx es que atribuya la causa de la pobreza a un asunto de naturaleza, de incapacidad de producción, y no a una relación social basada en la propiedad privada de medios de vida. En algún lado Marx dice con socarronería que una teoría de la pobreza que la explica como producto de la gran aptitud reproductiva de los seres humanos es algo que sólo pudo ocurrírsele a un monje (Malthus era clérigo anglicano): “Dejad de verse los unos a los otros con lascivia y evitaremos la catástrofe” hubiera sido la receta malthusiana. Aunque para ser justos con este hombre de Dios no debemos dejar de tomar en cuenta escenarios actuales en los que el exceso de población y el hacinamiento que fomenta el capital (mano de obra concentrada en centros productivos) generan verdaderas catástrofes malthusianas; lo interesante será saber en qué casos la escasez es absoluta y en qué casos es artificial (acaparamiento y demás cosas), además de indagar si la capacidad productiva actual da el ancho para cubrir

las necesidades materiales de toda la población mundial en caso de que dejáramos de pensar capitalistamente y creáramos escenarios ideales de socialización de la riqueza. Como sea, el hecho es que es innegable que la riqueza se concentra en pocas manos, y en un contexto capitalista es preferible acumular a ayudar al prójimo: *la escasez artificial es la norma más que la excepción y lo mismo podemos decir de la sobrepoblación relativa que se deriva de ella:*

La primera realidad política del capitalismo es la polarización. Con el transcurso del tiempo y dentro del espacio ampliado de la economía-mundo tomada en su integridad, la distribución de la recompensa, medida en bienes materiales, en oportunidades de vida, calidad de vida y esfuerzo de trabajo total, como porcentaje de tiempo total (por día, por año, por vida), se ha ensanchado cada vez más entre el grupo más pequeño que se encuentra en la cúspide (identificándose en forma creciente con los acumuladores o burguesías) y el grupo más grande, que está abajo (el de los productores directos).<sup>53</sup>

Así que cuando Wallerstein habla de que la demografía puede desempeñar un papel en imponerle límites al capital, lo hace siguiendo a Marx, en la tónica de la polarización; es decir, se pregunta *qué tanto el capital puede llevar al límite la polarización clasista y la proletarización antes de tocar fondo*. ¿Sería en verdad deseable para la economía-mundo un sistema compuesto totalmente por proletarios y burgueses? ¿En verdad se puede llegar a tal punto? La creciente *proletarización de la humanidad* parece ser una realidad innegable:

[Los] analistas han percibido desde hace mucho tiempo la proletarización como una tendencia secular del moderno sistema-

53. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, pp. 29-30.

mundo. En realidad se ha subestimado la lentitud con que se ha dado verdaderamente. Y se ha desatendido lo crítico para el sistema-mundo moderno de su falta de universalización como forma de trabajo.<sup>54</sup>

Así que para Immanuel Wallerstein la *proletarización inacabada* del capital juega un gran papel en mantener funcionando el sistema. Veamos por qué.

El proceso de proletarización puede ser visto desde dos aristas principales, la primera es económica y se refiere a la manera en que el proceso ayuda o perjudica la acumulación de capital; la segunda es más política y moral pero producto de un proceso económico que genera miseria para grandes capas de la población. Respecto de la primera podemos empezar por decir que “el grado de proletarización ha ido aumentando con el tiempo, tanto en el porcentaje de la fuerza de trabajo implicada en la producción para el mercado mundial como en el grado de dependencia del trabajo remunerado como porcentaje del ingreso de la unidad doméstica”.<sup>55</sup> Así que el capital, como es de esperarse, en la constante búsqueda de expansión, no sólo absorbe territorios sino también población; durante siglos ha habido un constante flujo de población no capitalista hacia la esfera de acción del capital, un flujo interminable de sujetos proletarizables que en un inicio elevan las ganancias del capital de manera considerable: territorios nuevos con sujetos nuevos significan nuevos mercados de acumulación en momentos en que el ritmo de crecimiento parece ir en picada o entrar en alguna crisis cíclica.

Como regla, siempre que hay zonas de reciente absorción a la economía-mundo, el nivel salarial de la nueva población proletaria es menor al ingreso de los obreros de las metrópolis. Es justo por ese desfase salarial que ciertas industrias deciden moverse a las

54. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 82.

55. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, p. 181.

periferias donde es más fácil explotar a los incautos nativos por varias razones; entre ellas, algunas históricas, como la falta de leyes u organizaciones obreras, y otras más económicas, entre las que destaca la existencia de zonas “semiproletarizadas”. Es decir, lugares donde la población no depende por completo del ingreso capitalista. En ese caso los salarios de subsistencia pueden ser demasiado bajos, ya que se complementan con ingresos de autosubsistencia y no se pone en peligro de muerte por hambre a toda la capa de la población obrera ocupada. Sin embargo, el capital lleva en su código genético la necesidad de expansión, y conforme se apropia de nuevos espacios va *desruralizando* el mundo y lanzando a poblaciones enteras a la vida completa de proletario; por lógica, el salario real tiene que elevarse para mantener activa a la fuerza de trabajo.

Este sencillo fenómeno suele ser interpretado por algunos teóricos de la pobreza como prueba irrefutable de que el capitalismo lleva la tendencia a mejorar el nivel de ingresos de la población mundial. Lo que se les escapa es que están midiendo la pobreza “en términos de dinero” cuando es obvio que las economías “naturales” precapitalistas no miden su bienestar según relaciones monetarias; por ello, en las zonas de reciente industrialización el aumento salarial es más pronunciado y en las zonas del centro es más estable. Sin embargo, las diferencias entre centro y periferia siguen siendo considerables. Así pues, aun “cuando todavía hay un enorme ejército de reserva de mano de obra en todo el sistema mundial, el hecho de que el sistema se está desruralizando rápidamente quiere decir que en todo el mundo el precio promedio de la mano de obra irá aumentando constantemente”.<sup>56</sup>

Así pues, al menos en un principio, el ingreso de tales personas en la fuerza de trabajo es un arreglo beneficioso para todas las partes:

56. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 92.



menores costos de producción para el empleador e ingresos más altos para los empleados. Los salarios son allí más bajos no sólo para los trabajadores no calificados sino también para los cuadros. Las zonas periféricas suelen ser menos costosas, con menos facilidades, y los salarios de los cuadros se encuentran en consecuencia por debajo de las normas centrales.<sup>57</sup>

La desruralización, es entonces, un problema desde el punto de vista de las ganancias, las cuales, según Wallerstein, son a menudo mayores cuando la población no ha sido proletarizada por completo porque una parte de los *gastos de reproducción de la fuerza de trabajo* los paga la propia fuerza de trabajo. El problema es que el avance de la economía-mundo amenaza con desruralizar al mundo por completo; en nuestros días “una gran parte (cada vez mayor) de la fuerza de trabajo mundial es urbana y en su mayoría obtiene sus ingresos en forma de salario”.<sup>58</sup> Empero, este proceso histórico que conocemos como proletarización ha sido más lento de lo que parecería y aún quedan zonas con población que absorber. Ya vimos que este proceso es beneficioso para el capital; entonces

lo sorprendente no es que haya habido tanta proletarización, sino que haya habido tan poca. Tras cuatro siglos al menos de existencia de este sistema social histórico, no se puede decir que la cantidad de trabajo plenamente proletarizado en la economía-mundo capitalista llegue hoy en total ni siquiera a un 50 por ciento.<sup>59</sup>

Aun así, en la perspectiva wallersteiniana nos acercamos peligrosamente a la desruralización total y a la absorción completa del espacio: “mientras el mundo fue básicamente rural desde el punto

57. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 110.

58. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 308.

59. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 12.

de vista demográfico, siempre resultaba sencillo encontrar dichas zonas”,<sup>60</sup> pero conforme la expansión indetenible del sistema prosigue la proletarización como mecanismo de regulación ante las crisis, comienza a agotarse.

¿Cómo ocurrió que el mundo moderno se haya desruralizado progresivamente? Una explicación tradicional es que la industrialización exige la urbanización. Pero no es verdad [...] A fin de resolver las dificultades recurrentes de los estancamientos cíclicos, los capitalistas fomentan cada vez más una desruralización parcial del mundo.<sup>61</sup>

¿Entonces por qué el ritmo de proletarización no ha sido más acelerado? La respuesta que da Wallerstein es que al sistema le conviene mantener zonas externas semiproletarizadas; es sólo hasta que la acumulación en los límites geográficos del sistema-mundo toca límites profundos que los productores deciden masivamente apostar por las periferias del sistema. Por tanto, es “el bajo nivel de proletarización, y no el alto, el que creó y mantuvo el potencial de ganancias del sistema capitalista. Es el bajo nivel de burguesificación, y no el alto, el que creó y mantuvo la estructura política que aseguraba su supervivencia”.<sup>62</sup> Y esto de la “burguesificación” también es importante; siempre se habla de proletarización pero nunca de esto otro. La burguesía también tiene cierta composición demográfica que va desde pequeños burgueses hasta grandes élites empresariales, así como cierta ubicación geográfica; ya veremos, en la parte sobre el límite político, por qué es conveniente para el capital tener una burguesía reducida. Pero el hecho es que el mundo se polariza cada vez más sólo entre dos clases sociales.

60. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 74.

61. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 143.

62. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, p. 182.

Claro que existen muchos puntos medios o estratos, ya que

el sistema capitalista no se basa únicamente en la antinomia capital-trabajo, que es permanente y esencial, sino en una compleja jerarquía dentro del segmento laboral, de forma que aunque toda la fuerza de trabajo es explotada porque crea un plusvalor que pasa a otros, algunos trabajadores “pierden” una proporción mayor del plusvalor que crean.<sup>63</sup>

Así que la composición demográfica es algo más compleja, si bien podemos diferenciar entre dos clases sociales muy generales; para poder captar la dinámica global se debe prestar atención a los estratos intermedios. Uno de estos estratos es lo que conocemos con el nombre de “burocracia”, la cual, como lo previera Max Weber, no ha dejado de aumentar con el tiempo. El problema es que la burocracia es lo que se conoce como una “clase improductiva”: no crea valores y no interviene en procesos productivos más que como intermediaria; simplemente participa de la riqueza social producida por otros. Con la creciente ampliación de la burocracia, una parte cada vez más grande de las ganancias tiene que destinarse a estos estratos improductivos, lo cual también atenta contra el proceso de acumulación de capital.

En un campo tras otro, la racionalización capitalista del mundo ha llevado al crecimiento de un estrato de intermediarios cada vez mayor y relativamente grande —técnicos, gerentes, profesionistas, ingenieros, personal de servicio— que son esenciales para el funcionamiento del sistema y que absorben un segmento del plusvalor que otros crean.<sup>64</sup>

63. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 284.

64. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 36.

Por último, el problema demográfico puede abordarse desde la arista política y un tanto más moral del asunto; me refiero al problema de la miseria y la pobreza. Aunque el capitalismo haya representado una revolución tecnológica y productiva con grandes avances que potencialmente pueden mejorar el nivel de vida de *toda* la población planetaria, el hecho es que la pobreza es un asunto endémico para el capital. Siguiendo la ley general de la acumulación capitalista de Marx podemos decir que éste es un sistema que produce tanta riqueza como miseria. En un momento histórico de potencial abundancia, la escasez se deriva de la propiedad privada y no de una escasez real, porque el mecanismo distributivo del sistema es el mercado (no una relación de sujeto a sujeto sino una relación entre sujetos mediada por la posesión del objeto dinero); pero “el ‘mercado’ es tan eficaz para transformar las perspectivas económicas de 75% de la población mundial como las vitaminas para curar la leucemia”.<sup>65</sup>

Y en general no es seguro que para la mayor parte de la población humana el capitalismo haya representado un progreso respecto de sus modos de vida precapitalistas.

[En] términos históricos el capitalismo ha representado una regresión moral y, para la mayor parte de la población mundial, una regresión material, incluso si ha asegurado para la clase alta (que pasó de 1 a 20% de la población mundial) un nivel y estilo de vida material superior al de los “potentados orientales” de antaño.<sup>66</sup>

Claro que históricamente el nivel de vida se ha elevado en algunos estados centrales (a costa de la explotación de las periferias), pero si observamos el fenómeno desde la *totalidad* de la economía-mundo el resultado no es tan feliz luego de 500 años de creciente polarización:

65. Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, p. 205.

66. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, p. 184.

Así las cosas, vista a través de los lentes de las estadísticas nacionales, resulta que en una minoría de estados la mayoría de la población hoy está mejor que sus ancestros hace 200 años. Al mismo tiempo, la polarización social del sistema-mundo ha seguido adelante, no sólo entre los países, sino en el interior de los países. Más aún, esta polarización no sólo es relativa, sino que para una parte de la población del mundo —difícil de medir pero no tan difícil de observar— la polarización es absoluta.<sup>67</sup>

Sin embargo, otro de los problemas centrales que Wallerstein observa es que, conforme se proletariza a la humanidad, los países o las zonas centrales del sistema-mundo comienzan a generar pobreza a mayores escalas en el interior de sus propias fronteras dada la dificultad de encontrar nuevos espacios de acumulación donde la mano de obra de recién absorción pueda soportar salarios reducidos en extremo. La previsión es que, aunque “las poblaciones del Sur [...] seguirán estando en peores condiciones [...] los estratos inferiores de los países del Norte ya no disfrutarán de algunas comodidades”.<sup>68</sup> Es éste un fenómeno observable sobre todo luego del periodo de los estados de bienestar, época en la cual la pobreza en los países metropolitanos era casi imperceptible. No obstante, cuando aquel modelo económico entró en crisis y el mundo ingresó en un nuevo periodo de liberalización comercial, la movilidad del capital transnacional generó en el interior de dichos países zonas de gran pobreza que algunos analistas empezaron a catalogar como el “cuarto mundo”, enclaves que parecerían periferias en el centro de los países metropolitanos.

Al aumentar la desruralización de la fuerza de trabajo mundial y devaluarse la rentabilidad de los tipos de producción que contratan a una numerosa fuerza de trabajo, estamos volviendo de nuevo a

67. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 145.

68. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 92.

una situación en la que la distribución de los empleos de salarios bajos y altos se está volviendo algo más plana mundialmente [...] Así pues, un abismo creciente entre el centro y la periferia cada vez se verá o se definirá menos como fenómeno claramente geográfico y cada vez más como fenómeno de clases en todos los países.<sup>69</sup>

Ya veremos las consecuencias *sociales* de la creciente polarización que se relacionan más con la parte política y moral de la que hablo; pero por ahora la pregunta más económica sería entonces qué tanta miseria y polarización puede permitirse el sistema para continuar funcionando. La miseria generalizada también puede representar problemas de acumulación en el largo plazo; más si tomamos en cuenta la hipótesis wallersteiniana de que la total proletarización de la humanidad puede jugar en contra del sistema. No sólo porque obliga al capital a elevar el nivel de salarios (y reducir el de ganancias), como ya vimos, sino también porque los “capitalistas pueden luchar contra los obreros sólo hasta cierto punto, más allá del cual los salarios reales amenazan con acortar la demanda mundial de sus productos”.<sup>70</sup> Ya será obvio para el lector que la distribución *geográfica* del capital juega un papel central en el devenir del sistema-mundo, no sólo por la dialéctica centro-periferia sino por un entramado más complejo de relaciones que determinan la dinámica de acumulación de la economía-mundo; así que pasemos ahora a analizar el límite al capital que se explica a partir de ello.

## EL LÍMITE GEOGRÁFICO

Tal vez la geografía sea el pilar más importante en el análisis de sistemas-mundo, por lo que la distribución espacial juega un rol

69. *Idem.*

70. Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, p. 209.

esencial en cada uno de los límites al capital que se abordan en este capítulo. Ya se habrá notado esa importancia en algunos argumentos esgrimidos en los dos anteriores apartados y se hará notar también en los que siguen; sin embargo, por ahora es importante describir a grandes rasgos esta relevancia y cómo el espacio puede jugar como límite al desarrollo del capitalismo. Desprendiendo el hilo argumental del apartado anterior podríamos decir que la

polarización ha sido, por supuesto, también espacial, y de aquí que en algunas áreas haya parecido no existir. Esto también ha sido la consecuencia de una lucha por los beneficios. La *geografía del beneficio* ha variado frecuentemente, enmascarando de este modo la realidad de la polarización.<sup>71</sup>

Este simple planteamiento ha sido la base de toda teorización sobre la dialéctica centro-periferia y parece ser más real que nunca en los tiempos que corren.

La idea detrás de lo que se considera un país “central” o “metropolitano” es que son zonas que históricamente han sido punta de lanza del desarrollo del capitalismo y han sido también las encargadas de llevar el “desarrollo” a zonas precapitalistas o “subdesarrolladas”. Esta marca de origen, del mesías civilizador, ha mantenido el estatus de grandes potencias para los países que primero alcanzaron altos niveles de industrialización. Si bien constantemente hay cambios en ciertos núcleos de poder y la hegemonía mundial de ciertos capitales asociados a ciertos estados nacionales ha variado con el tiempo (ya veremos algunas causas de estas variaciones en la parte sobre el límite político), en general la zona verdaderamente central de la economía-mundo se ha mantenido bien colocada a lo largo de algunos siglos de capitalismo; las “actividades de los nodos que rin-

71. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 64. [Las cursivas son mías.]

den más ganancias han tendido a concentrarse geográficamente en unas cuantas zonas relativamente pequeñas de la economía-mundo, a las que podemos llamar colectivamente la zona del centro”.<sup>72</sup>

Por el contrario, las *zonas periféricas* son aquellas regiones del mundo que históricamente han fungido como áreas donde los capitales metropolitanos pueden realizar ganancias extraordinarias debido a tasas diferenciadas de explotación, tanto de recursos naturales como de fuerza de trabajo. La idea es que “hay un flujo constante de plusvalía de los productores de productos periféricos hacia los productores de productos centrales. Esto es lo que se ha denominado intercambio desigual [...] Existe por ello una consecuencia geográfica en las relaciones centro-periferia”.<sup>73</sup> Por supuesto que las relaciones de *intercambio desigual* se han perpetuado gracias a la activa participación de las élites políticas de los estados centrales mediante mecanismos que impiden el desarrollo de la periferia. Este hecho se explica por sí solo: es conveniente para cualquier capital (desde el punto de vista de la competencia) que existan capitales más débiles y poblaciones obreras peor pagadas que lo valoricen de manera extraordinaria.

La concentración de capital en las zonas del centro creó tanto la base fiscal como la motivación política para construir aparatos de Estado relativamente fuertes, entre cuyas múltiples capacidades figuraba la de asegurar que los aparatos del Estado de las zonas periféricas se hicieran o siguieran siendo relativamente más débiles.<sup>74</sup>

Existe también la *semiperiferia*, un concepto no muy utilizado y en general ignorado pero de gran potencia explicativa. Según Wallerstein el concepto hace alusión a un fenómeno real y no es sólo una

72. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 104.

73. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, pp. 46-47.

74. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 23.



abstracción conceptual; las semiperiferias juegan un rol importante en el mantenimiento del orden en la economía-mundo, algo así como lo que son las clases medias en el papel de mediadores entre la burguesía y el proletariado más bajo (“las clases medias son el escudo de la burguesía”, solía decir Marx). La “semiperiferia es necesaria para que la economía-mundo capitalista funcione sin demasiados sobresaltos”.<sup>75</sup> Son zonas de gran crecimiento económico pero que, vistas en la larga duración, nunca mantienen su lugar en el club de los países desarrollados; son más bien lugares donde la producción secundaria o *no estratégica* emigra avalada por los países metropolitanos, distribuyendo un poco más la riqueza y dando la apariencia de un sistema no tan polarizado. Con la producción secundaria asentada en las semiperiferias los capitales del centro pueden dedicarse a desarrollar la industria de vanguardia mientras mantienen en relaciones de dependencia a los países semiperiféricos, que necesitan de los mercados controlados por las metrópolis; son lo que en el lenguaje de las relaciones internacionales suele conocerse como *estados vasallos*.

La extensión espacial de las semiperiferias y de las periferias se ha ido ampliando con el tiempo; han sido 500 años de absorción de nuevas zonas por parte de los centros. El proceso ha sido lento porque,

como regla general, los límites geográficos de una economía-mundo son una cuestión de equilibrio. La dinámica de fuerzas en el centro puede llevar a una presión expansionista (como vimos que ocurrió en Europa en el siglo xv). El sistema se expande hacia el exterior hasta que llega al punto en que la pérdida es mayor que la ganancia.<sup>76</sup>

75. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 103.

76. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. I, p. 477.

Pero conforme las necesidades de acumulación se han incrementado y el capitalismo se afianza en las zonas absorbidas, el proceso se acelera y nuevas regiones y poblaciones necesitan ser incorporadas. Hay dos maneras en que el capital puede ubicarse en el espacio geográfico. La primera es la más obvia y conocida: la *expansión extensiva*, es decir, nuevas zonas antes inexploradas por el capital; la segunda opción es la *expansión intensiva*, esto es, que en los espacios ya conquistados la explotación se vuelve más voraz en un intento por mantener las tasas de acumulación y ganancia.

En general, es preferible para el capital la expansión extensiva porque implica menos adelantos de capital y menos gastos iniciales que la expansión intensiva, que requiere mayores inversiones e incluso uso de nuevas tecnologías; por eso “el principal impulso de la expansión amplia fue contrarrestar la reducción de la tasa general de obtención de plusvalor como resultado de las consecuencias económicas y políticas de un incremento de la expansión intensiva”.<sup>77</sup> A pesar de lo anterior, los dos tipos de expansión son la norma en tiempos de crisis, periodos en que la sobreproducción y la sobreacumulación empujan al capitalismo a buscar nuevos mercados donde realizar la ganancia. Sin embargo, en cada periodo de crisis hay ciertos límites a lo que es posible expandirse debido a la capacidad económica del momento y a la disponibilidad de zonas de absorción.

La desigual relación existente entre capital y trabajo, continuamente reproducida y reforzada en el puesto de trabajo, conduce al capital bien a la autodestrucción en el mercado, bien a un mayor desarrollo de la economía-mundo, tanto extensiva (incorporaciones) como intensivamente. Dado un planeta finito, cuanto más exhaustivo sea este desarrollo, mayor será la autodestructividad del capital.<sup>78</sup>

77. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, p. 180.

78. Immanuel Wallerstein et al., *Movimientos antisistémicos*, p. 13.

Volvemos a lo que ya tratamos en el apartado anterior: cada vez es más difícil encontrar zonas vírgenes; las zonas a donde los capitales metropolitanos pueden migrar cada vez más frecuentemente son zonas ya ocupadas por proletarios de tiempo completo y cierto nivel industrial, lo cual impide el crecimiento desmedido que es típico de las zonas de reciente industrialización. Para Immanuel Wallerstein “resulta evidente que la expansión geográfica del sistema mundial servía para contrarrestar el proceso de reducción de las ganancias inherente a una mayor proletarización, al incorporar nuevas fuerzas de trabajo destinadas a ser semiproletarizadas”.<sup>79</sup> El problema, según este autor, es que en la práctica ya no hay nuevas poblaciones que absorber y la economía-mundo cubre territorialmente toda la superficie terrestre, por lo que nos acercamos en el siglo XXI a un *límite físico o geográfico* del desarrollo del capital.

Pero la curva que señala el porcentaje del globo donde existen posibles zonas de reubicación está alcanzando una asíntota, como ocurre con muchas de las curvas que se trazan para representar las tendencias de un sistema. A esto se llama la *desruralización del mundo*, que avanza a un paso vertiginoso. Y a medida que disminuye el número de esas zonas, el poder de negociación *mundial* de los trabajadores aumenta. Esto se ha traducido en una tendencia global de incremento en los costos salariales. Si los precios de los productos se pudieran expandir al infinito, esto sería motivo de poca preocupación. Pero no pueden expandirse por los límites impuestos por la competencia y la capacidad de los estados para asegurar la monopolización.<sup>80</sup>

No obstante, el agotamiento geográfico de la economía-mundo no sólo tiene que ver con el creciente costo de la mano de obra (pro-

79. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 31.

80. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 42.

letarización), sino también con el estatus y el bienestar de los países metropolitanos y su relación con las periferias y las semiperiferias a través de la industria en cuanto tal. Todo proceso de proletarización va de la mano de un proceso de industrialización de algún tipo: “Si se ve este proceso a lo largo de 500 años, se puede apreciar que ha asumido la forma de una transferencia frecuente (aunque no continua) de los procesos productivos a zonas incorporadas recientemente a la economía-mundo capitalista”.<sup>81</sup> Lo que esto quiere decir es que conforme el sistema-mundo se desarrolla a nivel tecnológico los capitales de vanguardia de las zonas centrales ceden cierta capacidad técnica a las periferias: “La ‘degradación’ de determinados procesos en la escala jerárquica también llevaba a menudo a una reubicación geográfica parcial [...] Este fenómeno de reubicación ha formado parte del capitalismo histórico desde el comienzo”.<sup>82</sup>

Pero como el sistema-mundo tiene necesariamente ciertos límites físicos y los capitales metropolitanos necesitan de las periferias y las semiperiferias para operar con grandes márgenes de ganancia, no pueden ceder el control de la base tecnológica estratégica; hacerlo sería a riesgo de incrementar el número de competidores en el mercado mundial y “no hay suficiente espacio en la estructura productiva de todo el sistema para permitir este tipo de desplazamiento (llamado ‘desarrollo’) simultáneamente en muchos países”.<sup>83</sup> La hipótesis de que el desarrollo económico lleva necesariamente a una homogenización de todas las zonas del sistema luego de algunas breves etapas de explotación (como fue la fórmula progresista de las corrientes socialdemócratas) no se ha sostenido en el largo plazo; todo lo contrario, la polarización a escala mundial, tanto de riquezas como de *infraestructuras*, ha sido extrema. Así, “desde el principio de los años sesenta, en lugar de esta previsión

81. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 208.

82. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 26.

83. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 83.

teórica de la homogenización, se comenzó a afirmar la visión de un ‘desarrollo del subdesarrollo’, según la célebre fórmula de André Gunder Frank”.<sup>84</sup>

Y en la última etapa histórica de este sistema-mundo, que es la que coincide con el surgimiento de todas las teorías de la globalización, y en buena parte con el periodo neoliberal, las contradicciones propias del capitalismo agudizadas por el agotamiento de zonas de absorción han hecho que el desempleo y la precarización laboral repunten en los países del centro que típicamente desplazaban con facilidad sus capitales a las periferias y encontraban zonas de bajos salarios: “Cuando ya no haya zonas a donde las fábricas puedan desplazarse, ya no habrá modo de reducir de manera significativa los niveles de remuneración de los empleados de todo el mundo”.<sup>85</sup> Como ahora las periferias y las semiperiferias se encuentran abarrotadas, no es tan fácil insertar nuevas industrias o reclutar obreros semiproletarizados con salarios tan bajos como a los que históricamente se había acostumbrado el sistema.

Con el surgimiento de altas tasas de desempleo en las zonas centrales los estados ahora luchan por desplazar el desempleo hacia otros estados: “La reducción del empleo lleva a una intensa competencia entre los estados que son centros de acumulación, que intentan todo lo posible para exportar el desempleo a otra parte [...] No es difícil demostrar que todo esto ha estado ocurriendo desde alrededor de 1967-1973 hasta hoy”.<sup>86</sup>

En la explicación de Wallerstein, sería precisamente por este abarrotamiento de capitales en el mundo que las élites capitalistas de los estados del centro promovieron la implementación de las políticas neoliberales encaminadas a *desindustrializar* a las periferias

84. Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, p. 132.

85. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 111.

86. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 43.

y a deprimir los salarios reales de las poblaciones del tercer mundo de manera tan significativa (cuando en la larga duración los salarios han tendido a subir). Es éste un mecanismo extraordinario para elevar la tasa de ganancia a costa de la burguesía periférica al destruir, mediante la competencia, toda su industria, dejando el terreno apto para la reconstrucción, pero sobre todo a costa de la clase obrera que vive en este periodo una gran regresión histórica respecto de los logros conseguidos durante la época del Estado de bienestar; sólo algunos países semiperiféricos parecen haber sido favorecidos. Wallerstein explica así el fenómeno:

Es esto lo que nosotros constatamos como los procesos claramente desarrollados entre 1970 y el año 2000: las tasas de desempleo son elevadas, de un modo alternativo dentro de los países del centro, y de una manera continua dentro de la mayoría del resto de los países. Las “viejas” industrias (como la siderurgia, la electrónica o la industria automotriz) abandonan ampliamente sus antiguos lugares de ubicación, para instalarse dentro de las semiperiferias, en las cuales los países se enorgullecen de haber alcanzado el “desarrollo”, el que sin embargo no va a proseguirse durante demasiado tiempo. Las nuevas industrias altamente monopolísticas comienzan a crearse dentro de los países del centro (como la informática o la biotecnología).<sup>87</sup>

Hay, sin embargo, otro *límite físico* también muy relacionado con la geografía que tiene un gran peso en la dinámica de desarrollo del capitalismo: la ecología. Como veremos en el siguiente apartado, no sólo los costos de los salarios se han incrementado y mantienen la tendencia a incrementarse reduciendo el margen de ganancias; también el costo de las materias primas (insumos) ha ido elevándose en proporción a través de los siglos y esto se debe a varios

87. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 54.

motivos que conviene explicar con más detalle. Pasemos entonces al siguiente círculo infernal: el límite ecológico.

## EL LÍMITE ECOLÓGICO

La producción capitalista [...] no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: *la tierra y el trabajador*.

K. MARX, *El capital*

De todos los temas candentes del nuevo siglo tal vez éste sea el que más llamas produce debido a la creciente visibilidad de la destrucción ambiental, pero al capitalismo no le interesa la destrucción del ambiente sino en la medida en que afecta su capacidad de producción de ganancias; por ello, en esta sección se analizará el problema en tanto afecta la capacidad de reproducción de la máquina capitalista visto desde dos aristas: el daño económico (generación de ganancias) y el daño político (conflictos sociales generados por el problema que interrumpen el proceso de acumulación). La catástrofe ambiental que el desarrollo capitalista produce en cuanto tal será analizada en el último apartado, cuando abordemos la *crisis de civilización*, dejando en esta parte sólo algunos esbozos.

Empezando por el *problema económico* que la destrucción ambiental ocasiona en la reproducción “normal” del sistema, debemos recordar que es sólo hasta ya avanzado el siglo xx cuando empiezan a surgir grandes teorías y sólidos movimientos ecologistas. Antes de eso parecía que la destrucción ambiental no era un problema y que el mundo natural era una especie de agujero negro que se encargaba de reciclar por sí solo todos los desechos de la producción capitalista. El concepto de *entropía* parecía estar limitado a la esfera de la teoría

física. Así, “en el siglo XXI, cuando el debate principal gira en torno del cambio climático, y lo ‘verde’ y lo ‘orgánico’ han pasado a ser palabras de moda universales, resulta difícil recordar que, durante cinco siglos, lo normal era tirar los residuos tóxicos en terrenos públicos”.<sup>88</sup> Durante siglos, pues, la naturaleza como recurso gratuito y como depósito de desechos por el que no se paga costo de utilización fue el pan de cada día de la economía-mundo y no había motivos aparentes para creer que alguna vez fuera a ser distinto.

Mientras hubiera grandes reservas de materias primas que desechar y zonas que contaminar, el problema podía pasarse por alto, o más exactamente, no considerarse apremiante. La espectacular expansión económica posterior a 1945, junto con otros adelantos científicos, ha hecho pensar cada vez a más personas que el mundo ha atravesado el umbral del peligro, es decir, a creer que el problema ya es apremiante.<sup>89</sup>

Ya hemos visto que el capitalismo depende de la expansión constante para mantenerse; desde hace cinco siglos no ha dejado de absorber nuevas geografías (extensiva e intensivamente), lo cual también quiere decir que el uso que hace del ambiente es cada vez mayor. El gran problema con este desarrollo secular que ha dejado olvidado el cuidado del ambiente es que, “como los empresarios no renovaban la base ecológica y tampoco había un gobierno (mundial) dispuesto a cobrar impuestos suficientes para ese propósito, la base ecológica de la economía-mundo se ha ido reduciendo constantemente”.<sup>90</sup> Ante este escenario cada vez más apremiante los herederos actuales del capital encuentran un panorama bajo el cual *el uso y abuso del ambiente comienza a generar costos que históricamente*

88. Immanuel Wallerstein, *¿Crisis, cuál crisis?*, p. 17.

89. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 83.

90. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 39.



*habían sido mínimos o inexistentes.* Wallerstein cree que un elemento esencial en la acumulación de capital es que los grandes capitalistas, en especial, pero la clase capitalista en su conjunto, en general, no paga sus cuentas (“el secreto sucio del capitalismo” lo llama), y una de las cuentas cuyo pago sistemáticamente intenta evitar es precisamente el pago por el uso y el desecho de recursos.

La razón principal por la que el capitalismo como sistema ha sido tan increíblemente destructivo para la biosfera es que, en gran medida, los productores que se benefician de la destrucción no la registran como un costo de producción sino, todo lo contrario, como una reducción de los costos.<sup>91</sup>

Entonces, no sólo la reparación del ambiente y la exigencia por el pago por su uso generarían costos extras para el capital; también es lógico que el *agotamiento de los recursos* sea un problema gravísimo para el proceso de acumulación:

El agotamiento global de materias primas ha propiciado la creación de sustitutos más caros. Y debido a los costos siempre en aumento de la infraestructura ha surgido la exigencia de que los usuarios asuman sus costos, cuando menos en mayor medida. El efecto de estas tres respuestas de la sociedad ha sido un incremento significativo en el costo de los insumos.<sup>92</sup>

Por tanto, viviendo bajo el signo de la finitud, el capital ha tendido, a través de los siglos, a elevar la parte de los costos de producción destinada a insumos; es decir, el gasto hecho en mantenimiento-reposición-sustitución de materia prima se ha ido elevando estructuralmente.

91. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 44.

92. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 76.

Ya analizamos, en el apartado sobre el *límite demográfico*, la tendencia de los salarios a absorber una parte cada vez más grande de la ganancia capitalista, y vimos que para Wallerstein dicho fenómeno es la *primera tendencia estructural de larga duración* que está llegando a un límite, y “la segunda tendencia de larga duración se conoce como crisis ecológica. Desde el punto de vista capitalista, debería llamarse la amenaza del fin de la externalización de los costos”.<sup>93</sup> El problema se explica por sí solo: el acceso al ambiente es cada vez más limitado (en términos de quién se apropia de los recursos) y cada vez es más complicado reponer el daño, por lo que también se está llegando al límite de lo que es posible explotar sin incurrir en costos crecientes que frenen la dinámica de la acumulación. Los grandes capitales intentan transferir el costo de reparación a las estructuras estatales o simplemente ignorar el problema para continuar embolsando ganancias extraordinarias.

La ganancia es una recompensa no sólo por la eficiencia sino por un mayor acceso a la asistencia estatal [...] El modo más barato de lidiar con la transformación del sistema ecológico es pretender que no está teniendo lugar [...] El segundo modo de externalizar costos es ignorar el agotamiento de los materiales.<sup>94</sup>

Existen además otros varios mecanismos a través de los cuales los capitalistas intentan evitar el costo creciente de los materiales y del manejo de residuos. Tal vez el mecanismo más socorrido en las últimas décadas haya sido *transferir la devastación hacia las periferias del sistema*. Claro que este mecanismo ha estado en uso desde los albores de la economía-mundo, pero desde la segunda mitad del siglo xx el agotamiento de los recursos primarios se ha agudizado luego del repunte leviatánico de la producción mundial,

93. Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, p. 209.

94. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 71.

crecimiento que no iba a la par del crecimiento/recuperación del mundo natural, por lo que los grandes centros capitalistas comenzaron a desplazar a grandes escalas los costos ecológicos mayores a las zonas periféricas y semiperiféricas. Según Wallerstein, “una solución que interesará a muchos en el Norte es exportar los costos al Sur, trasladando los desechos y las industrias que no quieren internalizar los costos de la gestión de los desechos y tratan, en consecuencia, de eludir los controles burocráticos”.<sup>95</sup>

No será difícil demostrar que luego del regreso de un periodo de liberalización económica en los años ochenta del siglo pasado, la tendencia ha sido justo ésa: los tratados de libre comercio promovidos por el Norte global han auspiciado este tipo de estrategias y lo siguen haciendo apoyados por burguesías de la periferia que se benefician del desmantelamiento de estructuras productivas y naturales del tercer mundo. Al menos por un momento se ha logrado *en ciertas partes* mantener la externalización de los costos de producción enriqueciendo con ganancias extraordinarias a *ciertos sectores* del capital mundial. El problema es que, dado el ritmo frenético de la sobreexplotación del ambiente, también la estrategia de los capitales metropolitanos de desplazar los costos a las periferias del sistema está llegando a un límite:

El problema aquí es semejante al de la reubicación como remedio al costo del salario. Funciona mientras existan áreas no utilizadas en las cuales arrojar los desperdicios. Pero más adelante ya no habrá más ríos que contaminar o árboles que talar, cuando menos, no sin inmediatas consecuencias serias para la salud de la biosfera. Ésta es la situación en la que nos encontramos en la actualidad después de 500 años de tales prácticas, motivo por el cual hoy contamos con un movimiento ecologista que ha crecido velozmente por el mundo entero.<sup>96</sup>

95. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 97.

96. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 63.

A la par del crecimiento de esta nueva “conciencia ecológica” ha habido intentos por *reformular al capitalismo desde su base tecnológica y su patrón tecno-energético*, que al momento no parecen estar dando muchos frutos. Se han desarrollado muchas tecnologías que en apariencia apuntan a mejorar el bienestar humano, pero que en los hechos fungen sólo como nuevos nichos de acumulación siendo igual o más nocivos que tecnologías previas (por ejemplo, transgénicos y biocombustibles); sin embargo, Wallerstein cree (como muchos partidarios del “marxismo ecológico”) que “ha habido una infortunada tendencia a hacer de la ciencia el enemigo y de la tecnología el enemigo, cuando en realidad la raíz genérica del problema es el capitalismo”.<sup>97</sup> En un modo de producción bajo el cual la intención manifiesta no es el bienestar sino la ganancia, *el uso de la tecnología, sea cual sea su forma, no apunta en primer lugar a mejorar la calidad de vida sino a reproducir el sistema de acumulación de quienes se benefician de su explotación*.<sup>98</sup>

Incluso con el desarrollo de tecnologías más limpias (que en verdad sean limpias) no se garantiza un capitalismo más ecológico, dada la marcada tendencia del capital a externalizar costos e incrementar ganancias abusando del ambiente. Mejoras tecnológicas o normas tecnológicas sancionadas por leyes constituyen, en el largo plazo, costos mayores para el capital (no es gratuito que tantas potencias económicas, empezando por China y Estados Unidos, se nieguen categóricamente a acatar el Protocolo de Kyoto); siempre será más rentable no preocuparse por la devastación. En el mejor de los casos, nos encontraríamos ante un capitalismo menos salvaje que el actual, pero que en el marco de la competencia mundial por

97. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 96.

98. Ya desde 1980 Wallerstein pronosticaba: “En los próximos 30 años veremos sin duda alguna por primera vez la venta comercial de energía solar a gran escala, debido a la presión de los ecólogos que están en contra del ‘establishment’ y de alguien que lo hará motivado por la ganancia”. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 28.

las ganancias y el modelo de propiedad privada que rige no dejaría de tener una relación contradictoria con el mundo natural.

Es sabido que el cambio tecnológico puede propiciar nuevos periodos de auge de la economía; así ha sido con cada revolución tecnológica luego de que el patrón anterior de acumulación entrara en crisis. Por eso no hay razones para creer que un cambio tecnológico más orientado hacia las tecnologías verdes transformará significativamente la dinámica de las crisis ni la calidad de vida de la población, que en gran medida se ve privada del acceso a la riqueza social gracias al fantasma de la propiedad privada (¿de qué otra forma podríamos explicar la sobreproducción de alimentos lado a lado con las hambrunas masivas en varios países periféricos?). La pregunta por un capitalismo ecológico queda abierta, pero según Immanuel Wallerstein la *contradicción capital-naturaleza* es insalvable y está llegando a un límite.

Por último, el *problema social* que ha generado la creciente visibilidad de la destrucción ambiental abona también a la reducción de ganancias del capital al limitar los espacios de acción de la producción y del desecho de residuos (veremos algo de esto en el apartado sobre el *límite social*). Pero no sólo eso, “en la elección de futuros posibles los recursos son una cuestión altamente política, y la demanda de la expansión de la participación en la toma de decisiones es mundial”.<sup>99</sup> Lo que significa esto es que la sociedad exige cada vez más participar de las ganancias del capital y quiere ser partícipe del modo en que se produce la riqueza, todo lo cual atenta contra las ganancias del capital. Cualquier proceso democrático real socava en algún grado la apropiación de la riqueza por parte del capital y obliga al sistema a buscar métodos para mantener estable la tasa de ganancia, la mayoría de los cuales son altamente antidemocráticos y no muy amigables con el medio natural.

99. Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, p. 86.

Más personas reclaman sus derechos, y eso incluye en posición central su derecho a un pedazo del pastel. Pero un pedazo del pastel para un porcentaje grande de la población del mundo necesariamente significa más producción, por no hablar del hecho de que el tamaño absoluto de la población del mundo también está aumentando. De manera que los que quieren eso no son sólo los capitalistas sino también gente común. Eso no impide que muchas de esas mismas personas quieran también reducir el ritmo de la degradación del medio ambiente mundial. Simplemente prueba que estamos metidos en una contradicción más de este sistema histórico.<sup>100</sup>

Algunos importantes referentes del *marxismo ecológico*, como James O'Connor, plantean la *contradicción capital-naturaleza* como la segunda gran contradicción del capitalismo, siendo la primera la contradicción capital-trabajo. Existen algunas diferencias teóricas entre el marxismo tradicional y el marxismo ecológico, pero más que diferencias podrían catalogarse como desarrollos teóricos; por ejemplo, en

la teoría marxista tradicional la contradicción entre la producción y la realización del valor y las crisis económicas adopta la forma de una “crisis de realización”, o sobreproducción de capital. En la teoría marxista ecológica la crisis económica asume la forma de una “crisis de liquidez”, o subproducción de capital.<sup>101</sup>

Es lógica esta percepción de la crisis económica vista desde la subproducción cuando de la crisis ecológica se trata; una vez que lo relacionamos con lo ya expuesto del planteamiento de Immanuel Wallerstein, *el capitalismo socava sus condiciones de producción* al des-

100. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 91.

101. James O'Connor, *Causas naturales: ensayos de marxismo ecológico*, México, Siglo XXI, 2001, p. 196.

truir el medio ambiente y al hacerlo escaso, elevando así los costos de producción. La primera contradicción (capital-trabajo) golpea al capital desde el lado de la demanda; la segunda (capital-naturaleza), desde el lado del costo, y ambas contradicciones, que en un caso llevan a crisis de sobreproducción y en el otro a crisis de subproducción, tienen que ver con la competencia mundial entre capitales que obliga a sobreproducir capital y a destruir el mundo natural. Es así que podemos comenzar a ubicar a Wallerstein como uno de los referentes del marxismo ecológico, quien hace posible entender planteamientos como el de James O'Connor:

Los capitales individuales siguen reduciendo los costos de todas las maneras imaginables; al hacerlo tienden, sin darse cuenta, a elevar los costos del capital en su conjunto, poniendo al mismo tiempo en peligro sus propios mercados, como nos lleva a creer la primera contradicción. Hoy el capital se enfrenta tanto a costos en aumento como a una débil demanda del mercado, es decir, tanto con la primera como con la segunda contradicción. ¿Tiene algo de raro que el capital esté obsesionado *tanto* con la innovación del producto *como* con la innovación del producto y la expansión del mercado? ¿Que se produzca *tanto* un deterioro de las condiciones de producción como estructuras de ingreso equitativo por jornales y salarios, así *como* estructuras crediticias peligrosamente infladas? ¿Que parezcan estar en bancarrota la regulación *tanto* de tipo keynesiano *como* la política neoclásica del *laissez-faire*?<sup>102</sup>

Así, la descripción que hace Wallerstein del *límite ecológico* es una en la que el capitalismo no puede evitar ser lo que es: la destrucción parece ser consustancial a la dinámica de acumulación de capital tal como la describimos a través de Marx en el capítulo 3. Si el

102. *Ibid.*, p. 212.

capitalismo pretende reproducirse, expandirse, crecer en términos extensivos e intensivos y mantener las tasas de ganancia a las que ha estado acostumbrado durante siglos, no puede hacer otra cosa que no sea destruir el mundo natural.

Ahora bien, los discursos contemporáneos que hacen eco de las políticas de *desarrollo sustentable* pretenden obligar al sistema capitalista a hacer lo que para Marx y Wallerstein es imposible: pretenden regular las contradicciones del capitalismo que nadie ha podido controlar al menos en dos siglos creando un “crecimiento verde”. El problema es que, a la luz de lo que hemos discutido, *crecimiento y cuidado del ambiente* no parecen ir de la mano, y un capitalismo cuya misión principal no es el crecimiento, sencillamente no es capitalismo. Aun así, tal vez los estados, que son los principales encargados de aplicar (o al menos intentarlo) las políticas de desarrollo sustentable, puedan, con todo el poder de su legitimidad histórica, lograr lo imposible; el problema es, como veremos en el próximo apartado, que la capacidad de decisión de los estados a nivel de sistema-mundo ha ido en picada desde hace ya un buen rato a pesar de que los aparatos estatales ahora son más robustos que nunca en la historia.

## EL LÍMITE POLÍTICO

Una vez analizados los límites más “estructurales” podemos entrar a discutir el rol de lo que típicamente es conocido como “superestructura”, aunque claro que no con base en la creencia de que la política y la sociedad son sólo reflejos de la “estructura” económica, como solían ser las clásicas interpretaciones del estructuralismo y del marxismo soviético, sino que, a la manera de Marx, trataremos el asunto entendiéndolo como una *dialéctica* en la cual todas las partes se codeterminan, en la que *la lucha de clases y el desarrollo de las fuerzas productivas van de la mano en la misma teoría sobre el cambio histórico*.



En esta parte dedicada a lo político nos centraremos ante todo en las estructuras establecidas que tienen que ver con el aparato estatal, con los poderes instituidos de la sociedad burguesa, entendiendo el límite político a partir de *la política*, como práctica profesional, y no desde *lo político*, entendido como cualidad humana social cotidiana.<sup>103</sup> Es obvio que ambos tipos de actividad política están inextricablemente conectados, pero para el propósito del concepto que pienso desarrollar es conveniente enfocarnos sólo en el primer tipo de actividad. El tipo de política más relacionado con lo cotidiano y las prácticas “desde abajo” será tratado en el siguiente apartado, cuando desarrollemos el concepto de *límite social al desarrollo del capitalismo*.

Los estados han sido, durante siglos, el centro de la discusión de la ciencia política; el problema con tales discusiones *estatocéntricas* es que se pierde el análisis de un movimiento global más abarcante que escapa de la esfera de acción de los estados. Sin embargo, es innegable la importancia del Estado para el desarrollo del capitalismo. Si bien no toda la lógica del sistema depende de la acción estatal, es indudable que el Estado ha sido uno de los pilares fundamentales en la expansión de la economía-mundo, y lo sigue siendo en nuestros días. De igual manera, la figura del Estado moderno no se entiende si no es a través del desarrollo del capital: “Los estados no se desarrollan y no pueden ser comprendidos excepto en el contexto del desarrollo del sistema mundial”.<sup>104</sup>

Desde los albores del moderno sistema mundial, la evolución del Estado y la del capital han ido de la mano, al grado de que

103. “La puesta en práctica de lo político sólo puede ser entendida adecuadamente si se ve en ella una combinación compleja de dos versiones de diferente orden, genuinas ambas, de la actualización de lo político en la vida cotidiana, y no cuando se la contempla reducida a los márgenes de la gestión política pragmática, la que trabaja sólo en el ámbito real de las instituciones sociales.” Bolívar Echeverría, “Lo político en la política”, en *op. cit.*, p. 170.

104. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. I, p. 94.

Fernand Braudel piensa que es imposible pensar el uno sin el otro; las propias estructuras del Estado fueron un importante apoyo del nuevo sistema capitalista (por no mencionar que fueron su garantía política). Como dice Braudel: “Lo haya pretendido o no, el Estado se convirtió en el empresario más importante del siglo”. Más aún, era un cliente fundamental para los comerciantes.<sup>105</sup>

Y es que la acción estatal, la de los estados-nación emergentes del centro europeo, era fundamental para imponer el dominio económico en otras latitudes; el apoyo y el financiamiento de las magnitudes presenciadas en aquellos primeros siglos de la era capitalista era aún impensable para grupos capitalistas privados, y aún más crítico fue el apoyo de las estructuras político-económicas bajo el control del Estado, como las instituciones burocráticas y las fuerzas armadas, sin mencionar las importantes inversiones en vías de comunicación y la fundamental homogenización de las finanzas que sólo fue posible gracias a la creciente centralización del poder en manos de un sistema de estados.

Los estados tienen principalmente tres mecanismos que transforman las transacciones económicas del mercado. El más obvio es la fuerza de la ley [...] Otro instrumento del Estado es la creación de monopolios [...] asunción directa de los costos a través de la infraestructura [...] ofrecen a los empresarios la posibilidad de no pagar los costos de la reparación de daños causados por ellos a cosas que no son de su propiedad [...] Esto nos lleva al tercer modo en que los estados pueden impedir que el mercado funcione libremente. Los estados son grandes compradores en sus mercados nacionales, y los estados grandes son responsables de una proporción impresionante de las compras en el mercado mundial.<sup>106</sup>

105. *Ibid.*, p. 187.

106. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, pp. 74-76.

El predominio y la hegemonía de ciertos estados históricamente considerados como “metropolitanos” o “centros”, se han consolidado gracias a la fuerza de su estructura estatal, ya que “el grado al que cualquier capitalista puede monopolizar un mercado dado depende en gran medida de la acción del Estado”.<sup>107</sup> La versión burguesa de la teoría económica que ha predicado por siglos la acción de la “mano invisible” del mercado que regula por sí sola el desarrollo y el progreso del sistema, nunca ha tenido correlación con la realidad; según Wallerstein, los capitalistas actúan a través del mercado pero rara vez sólo por medio del mercado, y un mercado por completo libre volvería impensable la acumulación incesante del capital. “¿Qué servicios necesitan los capitalistas del Estado? El primero y principal servicio que requieren es protección contra el mercado libre. El mercado libre es enemigo mortal de la acumulación de capital [...] ¿Quién podría hacer dinero en él?”<sup>108</sup>

Ya vimos que existe el mito de la “globalización” como fenómeno nuevo; podríamos hablar también del *mito del capitalismo de libre mercado* que asimismo va aparejado a ese escenario. Aunque sea cierto que hay etapas de mayor liberalización y etapas de mayor proteccionismo (que, como vimos, son también periódicas), el Estado siempre aparece como garante o regulador de las relaciones económicas, por lo que el “capitalismo no ha conocido nunca una verdadera etapa de real libre cambio, ni hoy ni nunca antes. Ha habido siempre ciertas barreras a la libre circulación de capitales, de las mercancías y sobre todo de los trabajadores”.<sup>109</sup> El *control de la producción y de la división internacional del trabajo que permite el apoyo de un Estado central fuerte* es la premisa para que los distintos capitales nacionales se expandan por el mundo bajo condiciones privilegiadas:

107. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 36.

108. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 74.

109. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 59.

El nuevo sistema iba a ser el único que ha predominado desde entonces, una economía-mundo capitalista en la que los estados del centro iban a quedar entrelazados en una situación constante de tensión económica y militar, compitiendo por el privilegio de explotar a las áreas periféricas (y debilitar sus aparatos de Estado), y permitiendo a ciertas entidades jugar un papel intermediario especializado como potencias semiperiféricas.<sup>110</sup>

Así pues, a nivel de sistema-mundo, los estados-nación comenzaron a apropiarse geográficamente de zonas de influencia directa (las fronteras políticas) y de zonas de influencia indirecta (estados periféricos y semiperiféricos), razón por la cual *los capitales han sido transnacionales desde el inicio respaldados por estructuras políticas fortísimas*. Empero, a fines del siglo xx comenzó a hablarse, en teoría política y económica, de la transnacionalización del capital como fenómeno específico de este periodo, dando por sentado que estaríamos atendiendo a un periodo inédito en la historia capitalista que presupone, además, la total separación de los grandes capitales transnacionales de toda filiación nacional. Según Wallerstein, “este argumento da por sentado que las organizaciones transnacionales necesitan estados débiles, lo cual sencillamente es falso”.<sup>111</sup>

Hay también una lógica económica más clasista que requiere la existencia de un orden estatal: *si el capitalismo ha sido capaz de florecer ha sido gracias a que el sistema-mundo contiene múltiples sistemas políticos y no uno solo*; las estructuras de poder han permitido y justificado la existencia de la desigualdad a nivel global. Es decir que para un Estado fuerte es justificable la pobreza y la desigualdad en otras latitudes dominadas por otros estados, pues la población y el desarrollo económico de éstos no es responsabilidad suya. Los estados funcionan como empresas monopólicas gigantescas y con esa cualidad per-

110. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. I, p. 279.

111. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 47.

ciben a sus similares como competidores en el mercado mundial, por lo que es deseable (en cierta medida) el atraso económico y la precariedad social de otros mercados bajo el control de otros estados. Así, la existencia de diferentes sistemas políticos hacia los que exportar el descontento y la miseria y de donde se puedan extraer ganancias extraordinarias por la industrialización precaria y la mano de obra barata, sobre los que se puede tener “ventajas comparativas”, es, por lo demás, una gran condición de desarrollo.

Este poder materializado en los estados-nación, cualesquiera que fuese su origen, podía utilizarse al mismo tiempo, y lo ha sido de modo habitual, en dos direcciones: como instrumento agresivo/ofensivo de la competencia intracapitalista en la economía-mundo y como instrumento agresivo/ofensivo de la lucha de clases en los espacios nacionales.<sup>112</sup>

Pero no sólo eso, el estatus de “ciudadanía” hace que cualquier Estado privilegie a su población sobre la de los demás, otorgándose el derecho de tratar la fuerza de trabajo “no ciudadana” bajo lógicas de superexplotación, trasladando así el descontento fuera de sus fronteras. Claro que también la tendencia histórica ha sido que la fuerza de trabajo nacional sea apaciguada a través de la coerción del Estado como instrumento de la clase dominante, pero sobre todo otorgando *concesiones históricas* producto de la lucha de clases de la fuerza de trabajo de los estados del centro, fenómeno menos patente en las periferias, ya que *históricamente los centros han podido mantener la calidad de vida de su población gracias a la explotación diferenciada respecto de las periferias*.

Así, el poder de los estados, según Immanuel Wallerstein, ha seguido una curva ascendente durante 500 años, teniendo cada vez

112. Immanuel Wallerstein *et al.*, *Movimientos antisistémicos*, p. 15.

más responsabilidades y más áreas de influencia extensiva e intensivamente. Sin embargo, en la visión de nuestro autor de cabecera, en los años finales del siglo xx “esta tendencia secular comenzó a revertirse agudamente en distintas formas. La unidad de las maquinarias estatales comenzó a deshacerse en forma crítica en las zonas centrales”.<sup>113</sup> Y es que durante la época de la gran expansión capitalista la calidad de vida de los centros mundiales vio un auge tremendo. Ya vimos en el capítulo 3 que Lenin explicaba la existencia de la socialdemocracia reformista en los países desarrollados gracias a la creencia en el progreso constante que, al menos en esa época, parecía ser cierto para las metrópolis, y, en cambio, explicaba la persistencia de las perspectivas revolucionarias en las periferias precisamente por el atraso respecto de la Europa “civilizada”.

De igual manera, el periodo de los estados de bienestar vio una muy definida separación geográfica entre centros y periferias, donde en los centros el desempleo y la pobreza parecían cosas del pasado; sin embargo, luego de la crisis de los años setenta del siglo xx la pobreza y el desempleo comenzaron a hacerse endémicos también en ciertos enclaves de los países centro (como lo previera Vladimir Ilich), inaugurando el *cuarto mundo*.

Observamos que los estados individuales son cada vez más incapaces de moderar, separada e individualmente, el funcionamiento de la economía-mundo capitalista dentro de su propia jurisdicción política. Sin embargo, en el mundo moderno la legitimación de los estados ha derivado históricamente de dos líneas de actuación: su capacidad para asegurar la promesa de una mayor prosperidad y su capacidad para limitar los estragos de la economía-mundo capitalista. Todos los estados han perdido la última de ellas y casi todos la primera.<sup>114</sup>

113. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, pp. 78-79.

114. Immanuel Wallerstein et al., *Movimientos antisistémicos*, p. 110.

Aquí es donde entra *la tercera asíntota que, según Wallerstein, está llegando a un límite: el aumento estructural de los impuestos en la larga duración que asfixia aún más las tasas de la ganancia capitalista*. Esta “tercera presión [secular] se encuentra en el ámbito de la tributación [...] la constante exigencia de seguridad: el ejército, la policías [...] las dimensiones de las burocracias civiles del mundo”.<sup>115</sup> Ante el creciente aumento de las funciones del Estado, históricamente ha sido cada vez más grande la exigencia impositiva a los capitales privados, no sólo en términos absolutos sino también porcentuales; el porcentaje impositivo era casi nulo en el siglo XIX y desde entonces no ha parado de crecer *como promedio mundial* (como lo veremos en el capítulo 5). Con más dinero para los estados a través de los impuestos a primera vista podría parecer que habría más capacidad de acción y más fortaleza de la estructura estatal, pero no es así; existe un *cuarto factor* que hay que tomar en consideración: *la capacidad de los estados para atender las crecientes exigencias de la población y del capital* ha ido menguando como tendencia secular mano a mano con el proceso de “democratización”; las demandas obreras y empresariales van en aumento también en las periferias y, de acuerdo con Wallerstein, la democratización y la acumulación de capital son procesos contrapuestos. La crisis ecológica, aunada a estos procesos de democratización, genera un nivel insalvable de responsabilidades nuevas para los estados que ahora viven una crisis fiscal, crisis que intentan superar recurriendo a planes de “ajuste estructural” o de “austeridad”, lo cual no es otra cosa que negarse a tomar un rol activo en la solución de estos conflictos, redundando en eficacia reducida de los estados y pérdida de legitimidad.

Siguiendo la típica y multicitada fórmula marshalliana sobre la evolución de los derechos de la población, primero fue la conquista de los derechos civiles en el siglo XVIII; luego, de los

115. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 64.

derechos políticos en el XIX, y por último, de los derechos sociales en el XX.<sup>116</sup> Aunque esta explicación ve de forma muy mecánica dicha evolución,<sup>117</sup> sirve para ejemplificar la carga creciente de las funciones del Estado, ya que la consecución de cada uno de estos derechos iba aparejada de una nueva responsabilidad económica del Estado, en particular en el caso de los derechos sociales que dependen ante todo de *derechos económicos* para hacerse efectivos. Un cambio similar es percibido por Michel Foucault cuando habla del cambio “masivo” en el siglo XIX desde una sociedad regida por un Estado basado en el “hacer morir y dejar vivir” a uno basado en el “hacer vivir y dejar morir”; es precisamente en este cambio al *hacer vivir* donde se encuentra la creciente carga económica de los estados.<sup>118</sup>

Ahora bien, “los productores capitalistas necesitan a los estados mucho más que los trabajadores, y su principal problema a largo plazo no será que las estructuras estatales sean demasiado fuertes, sino que, por primera vez en 500 años, están en proceso de desaparecer”.<sup>119</sup> Esta aseveración de Wallerstein se inserta en la lógica argumentativa de su creencia en que vivimos la *crisis terminal*

116. Cf. Thomas Humphrey Marshall, “Ciudadanía y clase social”, *REIS*, núm. 79/97, pp. 297-344.

117. “El problema de este análisis no es sólo que Marshall y Bottomore hayan adjudicado una serie de derechos a cada fase del capitalismo –convirtiéndolos en una especie de estadios–, sino que además han obviado las diferencias de clases sociales y entre las regiones”. Laura Carballido Coria, *¿India o Pakistán? Espacios divididos*, México, El Colegio de México/UAM Cuajimalpa, 2011, p. 29.

118. “Y yo creo que, justamente, una de las transformaciones más masivas del derecho político del siglo XIX consistió, no digo exactamente en sustituir, pero sí en completar ese viejo derecho de soberanía –hacer morir o dejar vivir– con un nuevo derecho, que no borraría el primero pero lo penetraría, lo atravesaría, lo modificaría y sería un derecho o, mejor, un poder exactamente inverso: poder de *hacer vivir* y *dejar morir*. El derecho de soberanía es, entonces, el de hacer morir o dejar vivir. Y luego se instala el nuevo derecho: el de hacer vivir y dejar morir”. Michel Foucault, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 218.

119. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 46.



*del capitalismo*, dentro de la cual una de las causas sería esta incapacidad del Estado para hacer frente a las demandas de un mundo que se acerca a ser totalmente subsumido por el capital. Así, justo cuando los capitalistas sufren una asfixia de las ganancias debido al aumento estructural/histórico de los tres costos principales del capital (salarios, insumos e impuestos), se encuentran ante un escenario en el cual los estados tienen menor capacidad que antes para ayudarlos a salir de los problemas propios de la acumulación de capital.

Por primera vez desde hace por lo menos 200 años los gobiernos están tratando de recortar en todas partes los niveles anteriores de gastos en servicios sociales de todos tipos. Pero en este preciso momento las poblaciones están presionando para que haya un aumento significativo del gasto público para servicios sociales de todas clases [...] Es muy obvio que se trata de un agudo efecto de tijera y se expresa como las “crisis fiscal de los estados”.<sup>120</sup>

Este retroceso histórico de la acción social del Estado también va aparejado con una tendencia a la privatización de la estructura estatal, lo que redundará en menos recursos para los estados y más presiones para los capitales privados, ya que “en la medida en que la infraestructura es privatizada, la cuenta la pagan las firmas involucradas”.<sup>121</sup> De esta manera, ante la incapacidad del Estado para satisfacer las necesidades de población y capitales, se generan movimientos (tanto de población como de capitales) abiertamente *antiestatistas* que progresivamente minan la estabilidad del sistema de estados, y al deslegitimarlo se pone en peligro también la acumulación incesante de capital, uno de cuyos pilares esenciales, como hemos visto, siempre ha sido el Estado.

120. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 93.

121. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 113.

Por último, si queremos hablar del panorama completo en lo que toca al *límite político* tenemos que reconocer la relevancia del fenómeno de la *hegemonía mundial de ciertos estados-nación que son los que establecen las pautas y los ritmos de la acumulación a escala mundial y que por tanto establecen las pautas y los ritmos que sigue el capitalismo en su posible caída histórica*. Podemos empezar diciendo que así como la economía-mundo necesita de los estados y del sistema interestatal, también necesita de los “centros” para dirigir el proceso de acumulación; pero *históricamente siempre ha habido un constante ciclo de hegemonías en las que después de una fase de luchas por el control de mercados un Estado en particular logra posicionarse por encima de los demás, monopolizando sectores estratégicos de la producción mundial*.

Así,

la verdadera hegemonía se consolida cuando un estado fuerte logra una gran concentración de monopolios económicos, que entonces dan lugar a otra clase de poderes. Se alcanza el grado sumo de rivalidad cuando estas concentraciones están divididas equitativa y uniformemente entre una serie de estados fuertes.<sup>122</sup>

Así, el hecho de que un Estado en particular logre detentar la hegemonía mundial durante un periodo de tiempo no quiere decir que la competencia entre potencias quede anulada, sino sólo que existe temporalmente un Estado fuerte que logra imponer y facilitar condiciones de acumulación a escala planetaria. Cuando una potencia hegemónica comienza a entorpecer el avance de la acumulación de capital por pérdida de dinamismo o porque descuida la innovación y la economía en aras de mantener el poder a través de la grandeza militar, es cuando un nuevo poder hegemónico comienza a perfilarse como garante de la acumulación de capital a escala planetaria.

122. Immanuel Wallerstein, *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*, pp. 59-60.

Que el poder hegemónico lo tengan los holandeses, o los británicos o los norteamericanos, les es indiferente a los acumuladores, a condición de que haya estados centrales fuertes (y en ocasiones alguno que sea hegemónico) para asegurar la viabilidad política de acumuladores en búsqueda de ganancias.<sup>123</sup>

Existen para Wallerstein ciertos monopolios que debe poseer la potencia hegemónica para que se le considere como tal; por supuesto que el primero debe ser de naturaleza económico-productiva, ya que *es la eficiencia productiva la que permite la eficiencia comercial y la comercial la que permite la financiera*. Históricamente, parecería que siempre la potencia militar es la que impone su hegemonía; empero,

la base de la victoria no fue militar. La realidad primordial fue de carácter económico: la capacidad de los acumuladores de capital situados en un Estado concreto de competir con ventaja con todos los demás en las tres principales esferas económicas: la producción agroindustrial, el comercio y las finanzas.<sup>124</sup>

Por tanto, *el poder militar no se sostiene en el aire: se cimienta en la fuerza política y económica de una nación*; la historia ha demostrado que sólo la supremacía militar nunca es suficiente para mantener el estatus hegemónico. Incluso Wallerstein cree que el rasgo más antiguo de los ciclos hegemónicos es que la potencia que declina se concentra en lo militar, mientras que la que asciende lo hace en lo económico.

Se puede hablar de hegemonía en el sistema interestatal en aquellas situaciones en que la continua rivalidad entre las llamadas grandes potencias está tan desequilibrada que una de ellas puede

123. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 26.

124. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 49.

imponer en gran medida sus reglas y deseos (como mínimo mediante una capacidad de veto eficaz) en los terrenos económico, político, militar, diplomático y hasta cultural.<sup>125</sup>

*El primer monopolio de relevancia es entonces el económico, pero no de cualquier tipo de actividad económica, sino de la actividad productiva de vanguardia, es decir, del patrón tecnológico que es el que dicta el movimiento de la economía-mundo al establecer pautas de consumo y de producción; además de ser el tipo de actividad que permite la extracción de la plusvalía extraordinaria a través de la renta tecnológica.<sup>126</sup> Son las grandes corporaciones de las grandes potencias nacionales las que se dan el lujo de establecer precios monopólicos, por encima del valor real de las mercancías; un lujo que es posible sólo como premio a la innovación tecnológica. Una potencia que deja de innovar cuando la nueva tecnología se ha normalizado en el mercado mundial deja de ser potencia.*

Precisamente por esto se trata de una “renta” tecnológica; es un mecanismo por medio del cual los capitales de vanguardia pueden extraer ganancia de los capitales de retaguardia, y es, ante todo, el tipo de mecanismo que promueve el intercambio desigual y la dependencia centro-periferia, el cual es además el motivo detrás de la revolución tecnológica permanente. Así, el pecado estructural de la potencia hegemónica actual, según Wallerstein, sería entonces su pérdida progresiva del control monopólico de los capitales de vanguardia, lo que genera que el sistema se desestabilice y trate de reorganizarse geopolíticamente de maneras distintas:

La declinación estructural tiene dos componentes esenciales. Uno es económico y el otro político/cultural. El económico es realmente

125. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 241.

126. Cf. Bolívar Echeverría, “‘Renta tecnológica’ y ‘devaluación’ de la naturaleza”, en Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2011.

bastante sencillo. En términos de capacidades básicas —capital disponible, capacidades humanas, investigación y desarrollo—, Europa occidental y Japón/el Este asiático están en el mismo nivel de competitividad que Estados Unidos. La supremacía monetaria de éste —el dólar es una divisa de reserva— está reculando y probablemente pronto se acabará. Y su supremacía en la esfera militar se traduce en una desventaja en la esfera económica en el largo plazo, ya que desvía el capital y la innovación de empresas productivas.<sup>127</sup>

Para Immanuel Wallerstein el proceso de decadencia hegemónica estadounidense ya lleva algunas décadas, perdiendo poco a poco terreno en alguno de los monopolios necesarios para mantener la hegemonía, por lo que en realidad estaríamos en una etapa poshegemónica en la que se intenta dirimir el próximo dominio hegemónico. En el caso de la lucha económica entre potencias que aspiran al estatus de hegemonía, “es una lucha para ver cuál de ellos puede ganar el control de las nuevas ‘industrias líderes’ que proporcionarán la base de las ganancias del próximo ascenso de la curva Kondratieff”.<sup>128, 129</sup> Pero también es una lucha por el control de mercados donde colocar la producción y donde extraer

**127.** Immanuel Wallerstein, *Estados Unidos confronta al mundo*, p. 100.

**128.** Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 46.

**129.** Los ciclos u ondas Kondratieff (o Kondratiev o Kondrátiev, dependiendo cómo se haga la transliteración del ruso), a grandes rasgos, son fluctuaciones cíclicas de la economía mundial que describen el proceso de auge, depresión y crisis que se repite constantemente en la historia del capitalismo. Son ciclos largos que duran de 50 a 60 años y se definen a partir de ciertas industrias de vanguardia que marcan la pauta de acumulación mundial; cuando cierto patrón de acumulación entra en crisis el ciclo Kondratieff llega a su fin. Innovaciones que han marcado al ciclo Kondratieff han sido, por ejemplo, la primera Revolución industrial, la edad de la máquina de vapor, la edad del motor de combustión interna, la era del petróleo y, más recientemente, la edad de las telecomunicaciones; aunque distintos autores tienen distintas maneras de dividir los ciclos. Los ciclos cortos, que duran de siete a 10 años, son de naturaleza más coyuntural y no necesariamente reflejan la crisis de un patrón de acumulación.

la ganancia extraordinaria; de ahí que también el tamaño del territorio nacional sea de gran relevancia en términos de mercado interno:

En el intento de obtener el control de los nuevos productos de vanguardia [...] Estados Unidos tiene la ventaja de contar con los mercados más grandes, pero la desventaja de que sus estructuras de producción no son eficientes al máximo y tiene una red excesiva de funcionarios medios, de verdad abultada. En Japón ocurre prácticamente lo contrario: las estructuras de producción en general son eficientes [...] pero carecen de los mercados internos necesarios para absorber la producción. Europa Occidental parece quedar entre ambos casos.<sup>130</sup>

Claro que incluso es tal vez más importante el dominio del mercado exterior, por lo que es conveniente para cualquier potencia que el grado de desarrollo tecnológico de las periferias se mantenga algunos pasos atrás. Luego de las guerras mundiales, la reconstrucción de Europa y Japón patrocinada por Estados Unidos fue la causa del despegue de aquellas potencias y durante mucho tiempo fueron dominadas también en lo económico por la potencia americana. Parecería raro que los Estados Unidos patrocinaran el despegue de sus próximos contendientes; sin embargo, “el razonamiento era obvio: ¿qué sentido tenía contar con una arrolladora superioridad productiva si el resto del mundo era incapaz de reunir una demanda efectiva?”<sup>131</sup> Había que contar con algunas semiperiferias que se encargaran de la producción en otros continentes. El problema empieza cuando las semiperiferias luchan por ser centros y se rebelan contra su mentor tecnológico.

**130.** Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, pp. 88-89.

**131.** Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, pp. 23-24.

A medida que Estados Unidos pierde sus empleos en la manufactura y los de cuello blanco (especialmente en tecnología de la información y biotecnología) a favor del Este asiático y de Europa, tratará de aferrarse a la única fuerza que le queda: la financiera. Y aquí el papel del dólar es decisivo [...] La fortaleza del dólar siempre ha estado en función no de la tasa de cambio sino de que ha constituido la única moneda de reserva en el mundo desde 1945. Y la razón de esto no ha sido la fortaleza económica de Estados Unidos sino de su política.<sup>132</sup>

*La fuerza monopólica que le sigue a la económica es entonces la financiera, que deriva, en primera instancia, de la fuerza económica; es a través del establecimiento de una moneda internacional dominada por el poder hegemónico que se puede controlar en mucho los términos del intercambio, manipulando precios a la alza o a la baja, según sea conveniente en el mercado internacional; autofinanciándose con impresión de moneda en mercados externos; inflando los préstamos y los créditos, teniendo al resto del mundo como prestamista debido al control de las reservas de divisas, y demás artilugios financieros. Para algunos, la capacidad ilimitada de deuda de los Estados Unidos sería una fortaleza, ya que el hecho de que todos acepten prestarle refleja estabilidad y el hecho de que su moneda vale avalada por su capacidad productiva. Sin embargo, Wallerstein observa también un declive en la capacidad financiera estadounidense mano a mano con su declive productivo:*

Lo que es más, es posible que se vea despojado de su última y más significativa fuerza económica: su control de los mercados financieros, del que hoy goza gracias al dominio del dólar como divisa única de reserva. Desaparecida esta ventaja, y viviendo en

132. Immanuel Wallerstein, *Estados Unidos confronta al mundo*, p. 20.

un mundo donde predomina una tríada de divisas principales, Estados Unidos empezará a pagar el precio económico de su actual saqueo desenfrenado de ganancias especulativas e inversiones estériles en pertrechos militares.<sup>133</sup>

*Vemos entonces que también uno de los monopolios que es necesario mantener como potencia hegemónica es el militar; si bien no es el que define la hegemonía, sí es un pilar de gran relevancia y siempre funge como método disuasorio, intervencionista, policiaco, de control de poblaciones y capitales. Una potencia económica sin un gran poderío militar que vigile sus intereses es una potencia endeble en el panorama mundial de competencia por recursos y mercados. Al colonialismo económico nunca le cae mal algo del viejo colonialismo militar:*

La hegemonía en el sistema mundial significa por definición que hay una potencia en posición geopolítica de imponer una concantenación estable de la distribución social del poder. Esto implica un periodo de “paz”, que significa principalmente ausencia de lucha militar —no de toda lucha militar, sino de la lucha militar entre grandes potencias.<sup>134</sup>

Pero cuando la distribución del poder no es estable y hay varios contendientes aspirando al puesto de poder hegemónico, entonces los periodos de guerras entre potencias son de temer. Dos guerras mundiales y un largo periodo de Guerra Fría lo demuestran.

La competencia económica plantea dos tipos de problemas. Las transnacionales situadas sobre todo en alguno de los centros están individualmente, y también con otras transnacionales, buscando

133. *Ibid.*, p. 131.

134. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 28.



acuerdos óptimos para desplegar su capacidad de acumular capital. Esto exige la creación de alianzas entre las empresas y apoyo de sus aparatos estatales. Que haya tres centros, y no dos, significa que la estructura es inestable. Conforme avanza la competencia, habrá la tentación de reducir la terna a un par, ya que así los dos que se vinculen tendrán una ventaja clara sobre el tercero. Por otra parte, toda lucha por reducir la terna a un par exacerbará las tensiones latentes entre ellos y hará más difícil que los gobiernos se pongan de acuerdo sobre un frente común del Norte ante los desafíos militares que estén surgiendo del Sur.<sup>135</sup>

Aquí es cuando entra uno de los grandes peligros del siglo XXI relacionado con la supuesta decadencia de la hegemonía estadounidense, un peligro que tiene que ver también con la crisis de civilización de la que hablaremos en el último apartado de este capítulo. El gran peligro que observa Wallerstein ante una potencia en decadencia que intenta mantener su estatus sobre todo a través de medios no económicos, sustentándose en lo militar y en la imposición por medio de las viejas instituciones políticas internacionales, es el peligro de la guerra a gran escala y la difusión de guerras de pequeña escala en varios continentes patrocinada por la cúpula empresarial estadounidense. Por ello piensa que “si Estados Unidos no realiza un giro decisivo en su forma de relacionarse con el mundo, las consecuencias serán desastrosas, en primera instancia para los Estados Unidos pero también para el resto del mundo”.<sup>136</sup>

Y justo ahora en la segunda década del siglo XXI se comienza a hablar del surgimiento de China como el siguiente poder hegemónico, en un contexto en que sigue habiendo poderosos candidatos con control considerable sobre varios monopolios estratégicos. El problema con un escenario multipolar a nivel de ganancias del

135. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 88.

136. Immanuel Wallerstein, *Estados Unidos confronta al mundo*, p. 7.

capital es que varios competidores fuertes significan menos ganancias extraordinarias, y menos crema del pastel para embarrar en sus servilletas; a los grandes capitales no les beneficia la existencia de grandes competidores. La multipolaridad entonces es motivo de desestabilización en el sistema-mundo, y en la visión wallersteiniana del asunto esto puede ser uno de los motivos que provoquen la esperada caída del capitalismo:

Algunos afirman que la notoria mejoría en la economía de los países asiáticos —especialmente de Japón, en primer lugar, de Corea del Sur y Taiwán, China y, en menor medida, India— favorecerá el resurgimiento de la empresa capitalista con un simple cambio de ubicación geográfica. ¡Otra ilusión más! El relativo surgimiento de Asia es una realidad, pero justamente socava aún más el sistema capitalista al sobrecargar el número de personas entre las que se distribuirá la plusvalía. La cúspide del sistema capitalista no puede ser demasiado grande, ya que ello reduce, en vez de aumentar, la acumulación de capital. La expansión económica de China acelera la reducción estructural de utilidades de la economía capitalista en el mundo.<sup>137</sup>

*Un monopolio estratégico más es el acceso a recursos naturales*, otro monopolio que se relaciona con la escala territorial de una nación o la posesión de facto de recursos en otras naciones. La idea es simple: no hay producción sin acceso a recursos, y en la carrera por la cima este simple elemento es definitorio. En el caso del patrón energético actual basado en hidrocarburos, que, dicho sea de paso, es un *patrón energético mantenido y patrocinado por la industria norteamericana*, la posición de la hegemonía americana aún es indiscutible:

137. Immanuel Wallerstein, *¿Crisis, cuál crisis?*, p. 16.

Tres cosas son importantes acerca del petróleo: participar en las ganancias de la industria petrolera, regular su precio en el plano mundial (cuyo impacto en la producción de muchas otras es enorme) y regular el acceso al abasto (así como la posibilidad de negar este acceso a los demás). En los tres aspectos la posición de Estados Unidos es buena hoy por hoy. Las empresas petroleras estadounidenses se llevan la tajada del león de las utilidades en todo el mundo por el momento.<sup>138</sup>

Por último, debemos hablar del monopolio de la política y la cultura. Es un elemento que podría parecer no tan relevante lado a lado con discusiones tan “estructurales” como las de los monopolios anteriormente descritos; sin embargo, de acuerdo con el fundador del análisis de sistemas-mundo, “Estados Unidos ha retardado su lenta declinación económica en comparación con sus principales competidores durante 30 años por medios político-culturales, basando su justificación para hacerlo en lo que le quedaba de legitimidad”.<sup>139</sup> Observamos entonces que en última instancia es el papel de la cultura y de la legitimación por medio del discurso como una potencia adquiere estabilidad y reconocimiento. Es también una táctica que permite justificar la explotación a múltiples niveles por lo que es un pilar esencial de la estabilidad del sistema; de este modo, “los interventores, cuando se los desafía, recurren siempre a la justificación moral: el derecho natural y el cristianismo en el siglo xvi, la misión civilizadora en el siglo xix y los derechos humanos y la democracia a fines del siglo xx y principios del xxi”.<sup>140</sup> Para describir este fenómeno de estabilidad a través de lo ideológico discursivo, Wallerstein ha acuñado el término *geocultura*, la cual en nuestros días es “americana” en

138. Immanuel Wallerstein, *Estados Unidos confronta al mundo*, p. 87.

139. *Ibid.*, p. 100.

140. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 44.

esencia y sustentada en la doctrina del *liberalismo*, el cual para este autor ya entró en crisis terminal.

El rechazo del liberalismo como ideología (tanto en su variante wilsoniana como leninista) no fue un episodio menor. Representaba una ruptura fundamental con las premisas intelectuales de lo que yo denomino la “geocultura” de la economía capitalista mundial. Algunos describen la geocultura como la superestructura de dicha economía mundial. Personalmente, prefiero pensar en ello como su trastienda, la parte más oculta a la vista y, por tanto, la más difícil de valorar, pero sin la cual no subsistiría. La denomino “geocultura” por analogía con la geopolítica, no porque se trate de un aspecto supralocal o supranacional, sino porque representa el marco cultural dentro del que opera el sistema mundial.<sup>141</sup>

*Así, la debacle histórica de la ideología capitalista liberal patrocinada por los Estados Unidos estaría coincidiendo con la debacle de la hegemonía estadounidense y con la crisis terminal del capitalismo, con lo cual estaríamos hablando de tres crisis terminales que se potencian una a la otra, justo en este cambio de siglo. Wallerstein habla de que los ciclos hegemónicos son más largos que los ciclos largos Kondrátiev debido a la dificultad que representa establecer a un solo ganador de la lucha monopolítica internacional. A pesar de lo anterior, ahora el término de los dos ciclos (del hegemónico y del ciclo general de la economía) podría coincidir en el largo plazo profundizando la crisis sistémica:*

Cabe preguntarse si este tercer ciclo logístico [de hegemonías] seguirá las líneas de los anteriores. La gran diferencia frente a

141. Immanuel Wallerstein, *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*, pp. 22-23.

los dos anteriores es que la economía-mundo capitalista parece haber entrado en una crisis estructural como sistema histórico. La cuestión es si eso cancelará estos procesos cíclicos. Yo no creo que los cancele, sino más bien que se impondrá en parte a través de ellos.<sup>142</sup>

## EL LÍMITE SOCIAL

Antes que pensar la proletarianización como una necesidad capitalista, sería más útil pensarla como un sitio de luchas, cuyo resultado ha sido un lento aunque firme incremento, una tendencia secular que se acerca a su asíntota.

I. WALLERSTEIN, *Análisis de sistemas-mundo*

Abrimos el telón para que entre en escena el sujeto, el gran protagonista de esta historia secular, la otra gran fuerza del cambio histórico muchas veces despreciada bajo el argumento del peso central de las estructuras económicas. En la teoría de Marx, no del marxismo sino del sujeto histórico conocido como Karl Marx, la potencia del sujeto va mano a mano con la potencia de las fuerzas productivas; son dos partes de un binomio que no se entiende sin sus dos mitades. *El desarrollo de las fuerzas productivas es escenario de la lucha de clases, y lo mismo en sentido inverso*; ambas partes se funden en un furioso abrazo dialéctico que no permite discutir el uno sin el otro. Ya hemos analizado los procesos estructurales sistémicos, ahora veremos cómo dichos procesos generan cierto tipo de movimientos que operan en ese marco sistémico, y en sentido contrario, observaremos cómo esos movimientos obligan a la metamorfosis del marco estructural en sus condiciones de explotación.

142. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 248.

Immanuel Wallerstein acuñó el término *movimientos antisistémicos* (como él mismo lo reconoce) para referirse a las actividades populares encaminadas a minar la estabilidad del sistema con la intención de cambiarlo o subvertirlo; como el término lo indica, un movimiento sólo es antisistémico en la medida en que atenta contra la dinámica de reproducción del sistema. Históricamente, han existido movimientos antisistémicos desde que el tiempo es tiempo para el hombre; es así que el capitalismo histórico surge con su buena dosis de este tipo de movimientos, si bien en la mayoría de los casos sin ser conscientes de su actividad antisistémica. Para Wallerstein, no es sino “hacia el siglo XIX que, por primera vez, se han constituido movimientos antisistémicos, políticos, organizados y durables”.<sup>143</sup>

La marca histórica de estos *primeros movimientos antisistémicos organizados* fue la creencia en la máxima que fundamentaba su estrategia política: *tomar el poder del Estado para cambiar el mundo*. Dicha creencia era de hecho compartida también por partidarios del sistema; “movimientos sistémicos” podríamos llamarlos parafraseando el término original. Wallerstein plantea que han existido *tres vertientes ideológicas principales* que de forma política organizada han buscado el cambio social o la regulación social (aunque tal vez sólo una de las tres ideologías pueda catalogarse como antisistémica): *conservadurismo, liberalismo y socialismo*.

En síntesis, habían evolucionado tres posturas en relación con la modernidad y con la “normalización” del cambio: el conservadurismo, o circunscribir lo más posible el peligro; el liberalismo, o alcanzar, a su debido tiempo, la felicidad de la humanidad de la manera más racional posible, y el socialismo/radicalismo, acelerar el impulso del progreso luchando enérgicamente contra las fuerzas que se resistían a él con firmeza.<sup>144</sup>

143. Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, p. 60.

144. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. 4, p. 33.

En el discurso las tres posturas lanzaban enérgicas diatribas contra el Estado, alegando su gran deficiencia y su incapacidad para resolver los emergentes problemas y los retos que generaba la expansión capitalista; *la respuesta estaba entonces en tomar el Estado para reconfigurarlo de acuerdo con los intereses de cada grupo y así cambiar al mundo*. Por ello “es igualmente importante notar que en la práctica las tres ideologías trabajaron en favor de ese aumento real del poder del Estado”.<sup>145</sup> Wallerstein cree que el gran ganador en la lucha ideológica hacia fines del siglo XIX fue el liberalismo, y a pesar de que durante el siglo XX el socialismo surgió como un adversario serio de manos de la Revolución rusa, la realidad fue que el leninismo como representante oficial de la doctrina socialista resultó ser un avatar de la ideología liberal al promover el creciente poder del Estado a través del cual se impulsó el desarrollo capitalista en las periferias del sistema.

La elección ya no puede presentarse como “reforma o revolución”. Esta supuesta alternativa se ha discutido por más de un siglo, sólo para descubrir que en la mayoría de las ocasiones los reformadores eran, en el mejor de los casos, reformadores renuentes; los revolucionarios eran tan sólo ligeramente más reformadores pero militantes, y las reformas que efectivamente se aplicaron en conjunto lograron menos de lo que temían sus adversarios. Éste fue en realidad el resultado necesario de las limitaciones estructurales que nos impuso el consenso liberal dominante.<sup>146</sup>

La Revolución francesa, la Revolución rusa y la Revolución china fueron eventos que transcurrieron, según Wallerstein, dentro de la “normalidad” de la economía-mundo, y en el largo plazo no transformaron la estructura de clases del capitalismo, sino que, muy al

145. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 101.

146. *Ibid.*, p. 6.

contrario, contribuyeron a extenderla y ampliarla. La caída de la Unión Soviética, que marcó también la caída del marxismo soviético como ideología “oficial” de las clases oprimidas, representa para nuestro autor la caída de la doctrina del liberalismo ideológico, y es que tanto el leninismo como su variante occidental conocida como wilsonismo, entraron en crisis, coincidiendo con la crisis del Estado de bienestar. El año 1989 sería entonces la fecha simbólica que marca el fin del periodo 1789-1989, en el cual el liberalismo triunfó como ideología, como “geocultura” del sistema mundial.

Ideológicamente, el derrumbe del marxismo-leninismo eliminó la última creencia en que la reforma administrada por el Estado podía traer desarrollo económico significativo a las zonas periféricas y semiperiféricas de la economía-mundo capitalista. Es por eso por lo que en otra parte he sostenido que lo que se llama el derrumbe de los comunismos fue en realidad el derrumbe del liberalismo como ideología.<sup>147</sup>

De este modo hemos asistido a la muerte tanto del leninismo como del wilsonismo y la creencia en la transformación a través del Estado ha caído junto con ellos. Por primera vez luego de 150 años de seguir la estrategia de “dos pasos”, tomar el poder y cambiar el Estado, los movimientos antisistémicos comienzan a buscar formas distintas de cambiar el mundo; empero, “lo que ha muerto es el marxismo-leninismo como estrategia reformista. Lo que hasta ahora no ha muerto es el ímpetu antisistémico —popular y “marxiano” en su lenguaje— que inspira a fuerzas sociales reales”.<sup>148</sup> A pesar de este viraje antiestatista de los movimientos antisistémicos, que se explica por la pérdida de la fe en la reforma inevitable, Wallerstein cree que la conquista del Estado no debe dejar de ser

147. *Ibid.*, p. 64.

148. *Ibid.*, p. 219.



considerada, pero “puede ser tal vez una conquista posterior en cuanto a la sucesión cronológica. Y es posible que, a diferencia de lo que habíamos creído, sea más bien la conquista de todo el resto de los espacios el que sea la clave del control del Estado, y no a la inversa”.<sup>149</sup> Los cambios desde el Estado han modificado el modelo en turno de acumulación de capital pero hasta el momento no han terminado con ella.

Como analizamos en el apartado anterior, la capacidad de los estados para controlar y atender a sus poblaciones ha disminuido y la prognosis es que tal dinámica continúe; además, la tendencia a la “democratización” del mundo que trae aparejada crecientes demandas de grupos desfavorecidos va en perjuicio de la acumulación de capital, por lo que la democratización no es un interés siquiera primario de la clase capitalista.

Hemos llegado así a una situación en que los empresarios se enfrentan a un callejón sin salida en una búsqueda mayor de acumulación de capital y las fuerzas populares han llegado a un callejón sin salida en la búsqueda de la transformación del mundo por medio de la adquisición de poder estatal.<sup>150</sup>

Partiendo de este escenario de *crisis fiscal de los estados* es que los nuevos movimientos antisistémicos operan muchas veces fuera de toda jurisdicción estatal; se crean enclaves territoriales en los que el poder gubernamental es nulo y el poder pasa a manos de quienes decidan tomarlo. El problema con esto es que las más de las veces se da pauta para nuevas formas de explotación en las que quienes mueven los hilos del poder son movimientos religiosos fundamentalistas, grupos criminales, paramilitares y demás denominaciones.

149. Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, pp. 127-128.

150. Immanuel Wallerstein, *Estados Unidos confronta al mundo*, p. 136.

Pero estas comunidades ocupan un territorio, lo cual las convierte en un sustituto del poder del Estado, constituyendo al mismo tiempo uno de los orígenes de su corrupción. Como observadores externos, las nombramos mediante denominaciones tales como “barrios”, “dominios de los señores de la droga”, “villas miseria” y “feudos de los señores de la guerra”.<sup>151</sup>

Por eso, ante esta creciente vulnerabilidad de las poblaciones y las sociedades civiles de todo el orbe, “no es incongruente que hoy las mismas personas se vuelvan hacia el Estado (para que los ayude a sobrevivir) y denuncien al estado y la política en general como inútiles e incluso nefastos (en términos de la reestructuración del mundo en la dirección que esperan que pueda ir)”.<sup>152</sup> Bajo esta lógica es que Wallerstein cree que aunque las victorias electorales no han de transformar al mundo, no pueden pasarse por alto, ya que son un mecanismo clave para proteger las necesidades más inmediatas de la población. La estrategia antisistémica debe tomar en cuenta la posición del Estado en el proceso de acumulación de capital, por lo que

la demanda más popular que se les hace a todos los estados es “más”: más educación, más salud, más ingreso vitalicio garantizado. Esto no es nada más popular; resulta inmediatamente beneficioso en la vida de las personas. Y es una vuelta de tuerca a las posibilidades de acumulación sin fin del capital. Estas demandas hay que impulsarlas ruidosamente, continuamente y en todas partes. Nunca serán excesivas.<sup>153</sup>

Por esto y más, ante todo “esta crisis es cultural. La crisis de los movimientos antisistémicos, el cuestionamiento de la estrategia

151. Immanuel Wallerstein *et al.*, *Movimientos antisistémicos*, p. 112.

152. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 8.

153. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 231.

básica, está llevando a un cuestionamiento de las premisas de la ideología universalista”.<sup>154</sup> La cultura universalista promovida por el capital a lo largo de tres siglos, basada en la creencia en el progreso inevitable como justificación de la dominación, también está llegando a un límite histórico. Así, Carlos Antonio Aguirre Rojas, quien tal vez sea el difusor más importante en América Latina de la obra de Immanuel Wallerstein, parece ubicar otro límite sistémico en dicha obra, límite que agrupa en el “nivel cultural”, y que podríamos denominar *límite cultural*. En nuestra lectura de Wallerstein, por motivos explicativos decidimos ubicar la parte cultural dentro de la categorización del *límite social* (por su obvia vinculación con los movimientos antisistémicos y la resistencia al avance de la cultura occidental-capitalista), así como ciertas partes dispersas en el *límite político* y en el *límite civilizatorio*.<sup>155</sup> Por ahora mencionemos que la noción cultural que ha llegado a su límite histórico es catalogada por nuestro autor como “universalismo europeo”, el cual ha fungido como la geocultura legitimadora del sistema-mundo moderno durante ya algunos siglos.

Mi intención ha sido mostrar que durante los últimos 500 años las realidades de poder en el sistema-mundo moderno han moldeado una serie de ideas legitimadoras que han permitido mantenerse en el poder a los que lo ocupan. Hubo tres nociones decisivas de gran escala, todas una forma del universalismo europeo. Las he examinado una tras otra: el derecho de aquellos que creen que sostienen los valores universales a intervenir en contra de los bárbaros, el particularismo esencialista del orientalismo y el universalismo científico.<sup>156</sup>

154. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 84.

155. Cf. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein: crítica del sistema-mundo capitalista*, México, Era, 2003, p. 111.

156. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 92.

*Son estos tres universales los que en conjunto han entrado en crisis y han llevado a una resignificación de los movimientos antisistémicos a escala global.* Como puede apreciarse, el contenido de superioridad implícito en cada uno de estos universales también habla de un discurso de racialidad, por lo que la ideología del racismo se fundamenta asimismo en el discurso universalista, lo mismo que la discriminación sexual, factores que históricamente han justificado la explotación diferenciada de grupos no blancos no masculinos, sobre todo en el ámbito geográfico centro-periferia. “Las ideologías simbióticas del universalismo y el racismo-sexismo han sido, por lo tanto, medios muy poderosos para mitigar las tensiones contradictorias del sistema-mundo.”<sup>157</sup> El nacionalismo y la etnicidad nacen juntos; por ello las naciones históricamente privilegiadas han anclado su discurso conquistador en una supuesta superioridad natural y civilizatoria. A pesar de ello, la resistencia al discurso universalista y al avance de la civilización occidental ha sido consustancial a los movimientos antisistémicos. “El sistema-mundo ha asumido una característica central en su estructura de existencia, propagación y práctica simultánea del universalismo y el antiuniversalismo. Este dúo antinómico es tan fundamental al sistema como lo es la división de trabajo sobre el eje centro-periferia.”<sup>158</sup> Es ésta otra razón por la que el sistema interestatal, o la existencia de múltiples estados, sirve para canalizar y difuminar la polarización global de clase, y es otra razón por la que el sistema de Estados ha dejado de verse como una alternativa viable a la que puedan recurrir los movimientos antisistémicos.

La contradicción interna de la ideología liberal es total. Si todos los seres humanos tienen los mismos derechos, y todos los pueblos tienen los mismos derechos, no podemos mantener el tipo de sistema desigualitario que la economía-mundo capitalista siempre

157. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 267.

158. Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, p. 63.

ha sido y siempre será. Pero si se admite esto abiertamente, la economía-mundo capitalista no tendrá legitimación a los ojos de las clases peligrosas (es decir, las clases desposeídas). Y un sistema que no tiene legitimación no sobrevive.<sup>159</sup>

De esta manera, otro eje de la ideología universalista, además del racismo-sexismo, es la idea del “ciudadano”. Si para el Estado liberal actual es difícil garantizar el acceso a derechos sociales y económicos de su propia población, y en los hechos crea distinciones entre ciudadanos de acuerdo con raza, género y clase social, en el caso de los grupos de “no ciudadanos” o migrantes el escenario es más desalentador. La explotación diferenciada respecto de los ciudadanos los vuelve parte del mecanismo de extracción de ganancias, por lo que su estatus de población vulnerable se vuelve funcional para la lógica de acumulación del sistema. “Esta clase de manipulación podría no afectar la estabilidad política interna si los grupos definidos como migrantes [...] fueran relativamente pequeños. Pero cuando este grupo alcanza un porcentaje significativo, tenemos una receta para la guerra civil.”<sup>160</sup> Ante la crisis de los estados *la tendencia es entonces a una disminución de los derechos de ciudadanía*, aun cuando en el discurso legal se diga lo contrario; bajo el régimen actual de producción de ganancias este grupo social despojado de derechos irá creciendo en número y tal vez concentrándose políticamente.

Habrà un grupo estadísticamente significativo de familias migrantes (incluyendo con frecuencia a familias de segunda generación) mal pagadas, no integradas a la sociedad y casi seguramente sin derechos políticos. Esas personas constituirán esencialmente el estrato más bajo de la clase trabajadora de cada país. Si ése es el caso, estaremos de regreso a la situación de Europa antes de 1848:

159. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 163.

160. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 61.

una subclase concentrada en áreas urbanas, sin derechos y con graves motivos de queja, y esta vez además claramente identificable étnicamente. Fue esa situación la que condujo al primer fantasma del que hablaban Marx y Engels.<sup>161</sup>

Las fronteras políticas han sido entonces un problema para la construcción de una lucha antisistémica mundial, pues concentran el descontento en ciertos estados en particular y no en la economía-mundo como un todo. “La forma de lucha de clases debería ser nacional, de hecho ‘tiene’ que ser nacional, pero la sustancia económica es el mercado mundial, y la sustancia política es el sistema estatal.”<sup>162</sup> No obstante la importancia de la lucha nacional, los movimientos antisistémicos que sólo aspiran a elevar la calidad de vida de la clase obrera ciudadana nacional obvian el escenario mundial de explotación. Se puede especular entonces que “cuanto más se centren estas luchas populares en los respectivos escenarios nacionales, con independencia del régimen que ocupe el poder, y, por consiguiente, se concentren en los portavoces colectivos de la nación, más debilitarán el proceso de formación de clase a escala mundial y reforzarán el sistema interestatal”.<sup>163</sup>

Sin embargo, ante la crisis del universalismo ideológico en todos sus frentes, las demandas de los movimientos antisistémicos son cada vez más grandes en número e intensidad y diversificadas en el tipo de proclamas. Las demandas de grupos históricamente excluidos relacionados con el género, la etnicidad y la sexualidad serán cada vez mayores. Poco a poco “los trabajadores, que ya no tienen zar ni industrial paternalista que apacigüe sus iras, están más dispuestos a explicar su explotación y las desgracias que han caído sobre ellos en función de

161. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 22.

162. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, pp. 175-176.

163. Immanuel Wallerstein et al., *Movimientos antisistémicos*, p. 63.

estrechos intereses”.<sup>164</sup> Ahora atendemos también a la diversificación de demandas particularizadas ante el fracaso de la estrategia del cambio por la toma del Estado; comienzan a surgir grupos pacifistas, ecologistas, altermundistas, feministas y muchos otros que ya no se agrupan bajo el ala de ningún partido. “De diferentes modos, cada uno de estos movimientos estaba expresando su disconformidad no tan sólo con las estructuras socioeconómicas que gobernaban sus vidas, sino también con la estrategia histórico-política de los partidos socialdemócratas (y comunistas) para conseguir el cambio necesario.”<sup>165</sup>

Por lo tanto, “no sólo los movimientos antisistémicos tomados colectivamente se han hecho más fuertes, sino que los defensores del sistema se han debilitado y éste es uno de los fundamentos políticos de la crisis contemporánea del sistema”.<sup>166</sup> La polarización está generando una fuerte conciencia de clase en algunos grupos que comienzan a apropiarse espacios antes bajo control del Estado, y aun cuando carezcan de un plan detallado de acción y no apunten directamente a destruir el sistema,

veremos movimientos muy fuertes [...] proclamar su total rechazo a la premisa fundamental de la economía-mundo capitalista, la incesante acumulación de capital como principio dominante de la organización social [...] Esos movimientos no tienen ningún interés en ayudar a las estructuras del sistema-mundo a superar sus dificultades [...] Pero en el contexto de los factores que están fuera de su alcance [...] provocan grandes estragos a la estructura.<sup>167</sup>

Pero no todo es miel sobre hojuelas; ante la desilusión histórica del cambio surgen también movimientos que, siguiendo a Eric Hobs-

164. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 317.

165. Immanuel Wallerstein et al., *Movimientos antisistémicos*, p. 75.

166. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 37.

167. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, pp. 58-59.

bawm, podríamos catalogar como parte de una lucha de clases degradada, es decir, movimientos que plantean programas de acción política encaminada no al bienestar general sino a la reconfiguración social basada en la raza, la religión o la xenofobia. Podríamos decir que se trata de movimientos que en su centro se piensan anti-sistémicos y que rechazan las premisas de la modernidad capitalista que ha demostrado ser incapaz de traerles bienestar; empero, su rechazo a la modernidad no atenta contra la estructura del sistema y ven el enemigo no en la estructura del sistema-mundo sino en lo *Otro*. Así deciden aislarse del mundo y considerarlo su enemigo, proclamando un regreso a modelos ideales de sociedad.

En una situación en la cual seguirá existiendo una estratificación con una alta correlación de clase y de etnias, en la cual el porcentaje de lo que socialmente se define como “minorías” [...] comenzará a acercarse a un tercio de la población (o más aún) concentrada en los grandes centros urbanos, en los cuales habrá considerable desempleo durante un largo periodo y el ascenso de los noventa no tan ventajoso como en otras partes, y en el cual el *Zeitgeist* será de “declinación”, no puede dejar de ser agudo el conflicto social, que podría llegar casi a la guerra civil. Las “minorías” elevarán alto los estandartes que al mismo tiempo estarán flotando en una América Latina y en un África también tumultuosas. Frente a ellas encontrarán movimientos populistas de corte derechista y xenófobo.<sup>168</sup>

Es por esto que el

resurgimiento con fuerza renovada de movimientos religiosos fundamentalistas, integristas y neotradicionalistas en todos los rincones del planeta debería verse entonces no como el regreso a

168. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 53.



ciertas pautas anteriores al sistema-mundo moderno, sino como una modalidad antiestatalista revisada que pretende alcanzar el objetivo aún sin cumplir de la modernidad: la equidad en la realización de una calidad decente de vida.<sup>169</sup>

Suele relacionarse el resurgimiento de la religión en su variable fundamentalista moderna con los movimientos islámicos; sin embargo, puede encontrarse correlación con movimientos de corte similar de múltiples corrientes religiosas e ideológicas en todo el mundo.

Ahora bien, no todo movimiento fundamentalista es necesariamente destructivo, guerrillero o terrorista; ya vimos que *lo que está en el centro es un intento de construir una realidad distinta a la propuesta por el universalismo europeo*. No se trata de bárbaros incivilizados que desprecien el progreso:

la función del servicio social y el atractivo del islamismo para los ingenieros y científicos jóvenes demuestran que los islámicos no son nostálgicos románticos de una sociedad agrícola desaparecida. Más bien, ofrecen una forma alternativa de modernidad, abierta al avance tecnológico pero que rechaza el secularismo y sus valores concomitantes.<sup>170</sup>

Esto nos lleva a la otra gran alternativa que los movimientos antisistémicos de todo el orbe comienzan a proponer; el rescate de proyectos civilizatorios previos al propuesto por la modernidad capitalista, no significa un regreso al pasado, sino una reformulación desde valores comunitarios donde la producción se realice para la vida y no para el mercado. No se trata de socialismo, sino de un “antioccidentalismo” abierto que pretende ser un puente entre las fuerzas positivas de la modernidad y el sueño utópico.

169. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 81.

170. Immanuel Wallerstein, *La decadencia del poder estadounidense*, p. 110.

Existe, no obstante, una tercera lógica que en algún sentido es la gran variable desconocida, la cual puede ser el árbitro entre las fuerzas del socialismo y las de la dominación. Ésta es la lógica del proyecto civilizacional [...] Se deduce por lo tanto que el surgimiento de movimientos antisistémicos implicó un desafío a esta premisa cultural de la economía-mundo capitalista, una insistencia sobre el “renacimiento” de otras “civilizaciones”.<sup>171</sup>

Para Immanuel Wallerstein, el momento de la lucha es ahora, cuando vivimos la crisis terminal del sistema; aún nada está escrito y *el proyecto civilizatorio que se construye puede decantarse tanto por lo utópico como por lo distópico*. No se trata simplemente de sentarnos a esperar a que las fuerzas deterministas del progreso histórico nos lleven a una vida mejor. La palabra final la tienen los movimientos antisistémicos que se construyan, y de ellos depende cómo será cimentado nuestro futuro.

Cuando el sistema histórico era relativamente estable, las acciones grandes (por ejemplo las revoluciones) tenían efectos relativamente reducidos sobre el funcionamiento del sistema, mientras que ahora incluso acciones pequeñas pueden tener efectos relativamente grandes, no tanto en cuanto a la reforma del sistema actual como en la determinación de los contornos del sistema o los sistemas que eventualmente lo reemplazarán.<sup>172</sup>

## EL LÍMITE CIVILIZATORIO

Hemos llegado al límite final del desarrollo del capitalismo que podemos conceptualizar desde el pensamiento de Immanuel

171. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 59.

172. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 173.

Wallerstein: el límite *civilizatorio*. Abordaremos este límite desde *dos aristas principales* que creo vislumbrar en los textos de este autor. La primera arista es un tanto desesperanzadora y mediante ella observaremos la parte más oscura de la potencialidad humana: miraremos a través de *los ojos de la barbarie*. La segunda arista será un tanto más luminosa y hablará de la posibilidad de mundos mejores utilizando *la voz de la utopía realizable*. Antes de empezar, querido lector, plantearé la clásica frase que se utiliza en casos como el que nos atañe: “Tengo dos noticias, una buena y una mala. ¿Cuál quieres escuchar primero?” Empezaré asumiendo que la respuesta del lector es la respuesta del ser humano promedio que quiere recibir los golpes al principio para levantarse al final con noticias de esperanza. Creo haber escuchado tu grito reflejado en el mío y me pareció escucharte diciendo: “Empecemos por la mala”. Así que comencemos a deprimirnos pero sin dejar de tener presente el *principio esperanza*.

Las posibilidades de la catástrofe son diversas y en el caso de la *crisis civilizatoria* ante la que nos encontramos es posible que el capitalismo caiga por motivos ajenos a la dinámica de acumulación capitalista en cuanto tal (aunque derivados de ella), como guerras nucleares o catástrofes ecológicas; por ello

la crítica al impulso prometeico ha sido la más reciente, y en muchos sentidos la más significativa. Las presiones en favor de la acumulación de capital han conducido no sólo al avance tecnológico (presumiblemente neutral en el peor de los casos y virtuoso en el mejor) sino a una capacidad destructiva enorme.<sup>173</sup>

El creciente poder de la tecnología en manos de los acumuladores de capital ha permitido ver y pensar escenarios de pesadilla dignos de novelas distópicas; la reacción más común es achacarle

173. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 176.

el problema a la tecnología de forma abstracta sin pensar que la tecnología tiene un uso capitalista y no un uso para la vida.

El discurso de la Ilustración, y luego el del liberalismo, se basaba en la creencia de que el progreso tecnológico traería en automático el progreso humano, erradicando el hambre y la pobreza. La gran paradoja es que justo en la época en que hay más desarrollo tecnológico y más producción de abundancia es cuando mayor miseria se genera: “En pocas palabras, estoy convencido de que la autoridad del último y más poderoso de los universalismos europeos, el universalismo científico, ya no es incuestionable”.<sup>174</sup> Queda claro entonces que la técnica por sí sola no genera bienestar ni progreso; en los inicios del siglo XXI más bien parecería lo contrario: la tecnología y la liberación ya no parecen ir de la mano, así que “hoy, y durante los próximos 40 o 50 años, el sistema mundial se halla en una aguda crisis moral e institucional [...] lo que está ocurriendo es que por fin hay una tensión clara y abierta entre la modernidad de la tecnología y la modernidad de la liberación”.<sup>175</sup>

Conforme la tecnología se desarrolla su “democratización” se torna inevitable y un creciente número de personas y Estados puede acceder a herramientas tecnológicas insospechadas; es decir que “aunque los países del Norte sin duda sigan manteniendo una considerable ventaja tecnológica en su capacidad militar, el poder de los países débiles por primera vez será suficientemente destructivo para volverse de verdad peligroso”.<sup>176</sup> Y no sólo los estados, sino también grupos paramilitares, guerrilleros, revolucionarios y fundamentalistas, pueden acceder a la potencia destructiva: “Unas cuantas armas atómicas anticuadas pueden hacer un daño increíble; la guerra bacteriológica no es muy difícil técnicamente hablando. Desde mi punto de vista, la proliferación de armas nucleares es

174. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 90.

175. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, p. 145.

176. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 93.

incontenible”.<sup>177</sup> Conforme la “estatalidad” declina y la tecnología avanza, nos dice Wallerstein, será más difícil contener el crecimiento furtivo de la guerra táctica local.

Sin embargo, el gran peligro no viene de guerras tácticas locales sino de guerras a gran escala, como lo vimos en el apartado sobre el *límite político*; la tensión entre grandes potencias en un mundo crecientemente multipolar que limita la generación de ganancias extraordinarias reedita escenarios previos a conflictos armados mundiales. Por eso el conflicto también “puede tomar la forma de lucha intensa entre los estados, que puede fluctuar desde el uso de prácticas mercantilistas hasta el estallido de conflictos locales y llegar hasta el inicio de esas guerras civiles globales que llamamos guerras mundiales”.<sup>178</sup> De acuerdo con Wallerstein, las posibilidades de guerra nuclear son mucho más grandes en nuestra época y lo serán aún más en los próximos 50 años ante la *creciente agudización de las contradicciones del capitalismo*. “El mundo de los próximos 50 años promete ser mucho más violento que el mundo de la Guerra Fría del que venimos [...] Los resultados ya son claros. Es extremadamente difícil contener la escalada de violencia localizada.”<sup>179</sup>

El caso de la debacle civilizatoria causada por una escalada sin parangón de la violencia tanto local como global es, hasta cierto grado, un asunto atenuable por medios políticos; en cambio, la caída civilizatoria provocada por la dinámica de la producción misma que pone en riesgo la estabilidad de la biosfera al sobreexplotar la naturaleza, es un tanto más difícil de contener, si tomamos en cuenta la necesidad capitalista de expansión constante que incluye la búsqueda de la externalización de los costos de producción mediante el uso gratuito de la naturaleza como fuente de recursos

177. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 59.

178. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, pp. 22-23.

179. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 21.

y depositaria de desechos, como vimos en el apartado dedicado al límite ecológico.

Quinientos años de producción en expansión (y de enorme desperdicio en el proceso) han conducido a un agudo problema ecológico, que sólo puede resolverse parcialmente mediante un enorme gasto de dinero y una considerable cantidad de dislocación social. ¿Pero quién pagará este dinero si tal cosa se hace seriamente? Si son las empresas, se viciará la interminable acumulación de capital. Y si se logra reduciendo el bienestar popular, sería la última gota en la posibilidad de mantener la cohesión social de los estados. La probabilidad mayor es que ninguna de ambas soluciones se intente, en cuyo caso las consecuencias físicas y de salud serán las destructoras del sistema-mundo.<sup>180</sup>

Wallerstein es partidario de la idea de que vivimos una *crisis civilizatoria* a nivel global, del sistema-mundo como un todo. A lo que alude este concepto que va ganando adeptos es precisamente a lo que aquí hemos tratado como *límites al desarrollo del capitalismo*; es decir que la sociedad humana ha llegado a un punto de su evolución en el cual todo el engranaje del sistema parece atentar cada vez más descarada y cínicamente contra la integridad de la vida humana y natural. Las ideas de progreso y civilización comienzan a hacer agua por todos lados y las contradicciones del sistema son más violentas que nunca en sus mecanismos “habituales” de “equilibrio”; el regreso a la normalidad luego de cada crisis es más difícil, y los estragos, más grandes en volumen y porcentaje. Si trasladamos esta idea de la crisis de la civilización al escenario planteado por Immanuel Wallerstein entonces tendremos que dicha crisis es provocada por la “senilidad” del sistema capitalista que ya no es capaz de

180. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 123.

autorreproducirse satisfactoriamente, y al cual ya tampoco es posible regular, por lo que ahora, en el siglo XXI, nos encontraríamos ante la disyuntiva histórica de un cambio de sistema civilizatorio.

Este debate en torno a una *crisis civilizatoria* tiene grandes implicaciones para el tipo de acción política que uno respalda y el tipo de papel que los partidos de izquierda en busca del poder del Estado jugarían en la transformación del mundo que está en discusión. Esto no se resolverá con facilidad. Pero es un debate crucial de la década siguiente. Si la izquierda no puede resolver sus diferencias sobre este asunto crucial, entonces el colapso de la economía-mundo capitalista podría conducir al triunfo de la derecha mundial y a la construcción de un sistema-mundo peor del que existe ahora.<sup>181</sup>

La prognosis de Wallerstein es entonces la misma del viejo marxismo internacionalista que en voz de Rosa Luxemburg llegó a formular aquella conocida máxima: “Socialismo o barbarie”. Sin embargo, la misma máxima en labios de Wallerstein adquiere una dimensión mucho más abarcante, multidimensional, con varios matices de barbarie y varias tonalidades de socialismo. Es este gran abanico interpretativo lleno de luces y sombras el que he querido reconstruir para poder entrever (aunque sea a media luz y preso del insomnio y la alucinación) los peligros ante los que nos encontramos como sociedad humana, sin dejar de vislumbrar la esperanza que late en el corazón de quienes aún piensan en mundos mejores.

Wallerstein no cree en teleologías, ni en determinismos de progreso; para él las posibilidades son varias y no todas son luminosas. Tal vez el único atrevimiento intelectual que podríamos catalogar como “determinista” sea la afirmación de que el

**181.** Immanuel Wallerstein, “El Foro Social Mundial: Egipto y la transformación”, *La Jornada*, 26 de febrero de 2011.

capitalismo va a terminar más pronto que tarde; pero hasta ahí, nunca nos dice lo que vendrá, sólo lo que es posible, por lo que *su planteamiento también considera la posibilidad de un orden distinto al capitalista pero más salvaje, más lejano aún del sueño socialista.*

Tras la bifurcación, digamos en 2050 o 2075, sólo podemos estar seguros de unas cuantas cosas. Ya no viviremos en una economía-mundo capitalista, sino en un nuevo orden o en varios, en un nuevo sistema histórico o en varios. Y probablemente volveremos a conocer cierta paz, estabilidad y legitimación. ¿Pero será una paz, estabilidad y legitimación mejor que la que hemos conocido hasta ahora o peor? Eso no podemos saberlo, pero depende de nosotros.<sup>182</sup>

Es difícil para la imaginación política conceptualizar algo más atroz que lo atroz, pero ya hemos visto que los sistemas no son eternos y no todas las alternativas significan progreso, por lo que *la teoría crítica no se puede permitir dejar de pensar la distopía. Es una labor indispensable y obligada pensar la utopía, pero tal vez sea aún más acuciante narrar lo distópico para conocer los rostros que existen detrás de la máscara de nuestros verdugos y predecir en sus gestos deformes los caminos que ha de recorrer la barbarie.*

En realidad nuestro sujeto son los pronósticos que razonablemente podemos hacer, ya que es sólo analizando las tendencias seculares de nuestras estructuras actuales que podemos hacer extrapolaciones sobre cuya base podemos actuar, con el fin de darle forma a nuestro mundo (dentro de los límites de nuestras fuerzas individuales y conjuntas).<sup>183</sup>

182. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, p. 428.

183. Immanuel Wallerstein, *La crisis como transición*, p. 14.



Tal vez sea tiempo de recordar las *buenas noticias*. Puede que sea verdad que “todo parece caótico. No podemos, nadie puede, prever lo que resultará. Pero no quiere decir que no podemos tener un impacto sobre el tipo de nuevo orden que va a ser construido al final”.<sup>184</sup> Entonces, si nuestra obligación, no sólo como “científicos sociales” sino como humanidad, es pensar lo utópico, debemos también pensarlo desde lo racional, desde lo alcanzable; el análisis de las estructuras del capitalismo permite pensarlo así, dándonos la oportunidad de gritar que las cosas no son como podrían ser porque sabemos cómo podrían ser. Es por esto que no se trata de una utopía a secas, sino de una utopía racional, científica; “el comunismo es la Utopía, es decir, la nada [...] El socialismo, por el contrario, es un sistema histórico realizable que puede un día ser instituido en el mundo”.<sup>185</sup>

La producción socialista, es decir, para la vida y no para el mercado, presupone una transformación total del sistema-mundo contemporáneo; sin embargo, no es necesario esperar a un gran evento que cambie de un día para otro toda la estructura. *Las revoluciones no son sólo el momento de la lucha o la protesta sino que son también construidas en la larga duración mediante cambios paulatinos a la estructura*; es así que “nuestra utopía no debe buscarse en la eliminación de toda la contradicción, sino en la erradicación de las consecuencias vulgares, brutales e innecesarias de la desigualdad material. Esto me parece que es, de manera intrínseca, un objetivo alcanzable”.<sup>186</sup> De lo que se trata es de transformar la *crisis civilizatoria* en *esperanza civilizatoria*, no de creer en programas de acción a la vieja usanza leninista del *¿qué hacer?*, ni de definir el programa económico del comunismo a la manera de Charles Fourier, contando los metros cuadrados que tocarán a cada falansterio.

184. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 145.

185. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, p. 101.

186. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, pp. 201-202.

Deseamos pensar un sistema igualitario basado en lo posible, no en lo determinante: “No podemos saber cómo se vería ese sistema en términos estructurales, pero podemos establecer los criterios con base en los cuales lo consideraríamos un sistema histórico sustancialmente racional”.<sup>187</sup> Tal vez la primera característica racional de ese nuevo sistema sería la desmercantilización de la vida, y eso en germen comienza a hacerse y puede continuar haciéndose entre los intersticios del sistema capitalista:

Podemos construir, aquí y en otras partes, en pequeña o gran escala, modos de producción alternativos y no mercantilizados. Al hacerlo, aprenderemos los límites de diversos métodos y podremos demostrar que hay otros modos de asegurar una producción sensata y sustentable, en vez de depender de la utilidad como la base de nuestro sistema de recompensas.<sup>188</sup>

*El capitalismo ha llegado al límite de su capacidad revolucionaria, produce riqueza a la par que desigualdad y miseria, y la técnica bajo su figura capitalista no puede ofrecer solución a las necesidades de la gran mayoría de la humanidad. La apropiación bajo el estandarte del capital no lo permite, pero “no hay ninguna razón fundamental por la que no podamos superar estas tres grandes consecuencias de la diferencia de clases: acceso desigual a la educación, a los servicios de salud, y a un ingreso honorable garantizado de por vida”.*<sup>189</sup> Quizás uno de los más grandes desafíos de la empresa socialista sea derribar la creencia en los valores capitalistas como verdad universal-civilizadora; el asunto no es que no puedan existir valores universales globales, sino que aún no podemos decir cuáles son

187. Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, p. 8.

188. Immanuel Wallerstein, *¿Crisis, cuál crisis?*, p. 22.

189. Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, p. 79.

o cuáles serán. Wallerstein cree que ésta es justo la gran empresa moral de la humanidad: crear dichos valores en oposición a lo que él denomina *universalismo europeo*, esto es, el discurso del poder.

La cuestión a que nos enfrentamos hoy es cómo podremos salir del universalismo europeo —la última justificación perversa del orden mundial existente— en dirección a algo mucho más difícil de alcanzar: un universalismo universal, que rechace las caracterizaciones esencialistas de la realidad social, deje atrás tanto los universales como los particulares, reunifique lo supuestamente científico y humanístico en una epistemología única y nos permita mirar con ojos altamente clínicos y del todo escépticos cualquier justificación de “injerencia” a manos de los poderosos en contra de los débiles.<sup>190</sup>

El futuro es nebuloso y siempre lo ha sido a pesar de quienes arguyen el don de la profecía y la posesión de la verdad revelada; precisamente porque esto no puede ser de otra manera es que el discurso revolucionario del nuevo siglo debe estar preparado para lo peor y para lo mejor, debe ser consciente de sus posibilidades, tanto de sus fortalezas y debilidades como de las de sus enemigos. Nada está escrito en letras de oro y no hay dios que haga lo que el hombre por sí mismo no decide hacer, saberlo es crucial para forjar nuestro futuro. Es aquí donde se inserta la teoría crítica como arma para la revolución, como campo de batalla contra quienes defienden la legitimidad del estado actual de cosas. Nada está escrito y conviene saberlo...

Los riesgos de deriva son evidentes. Los defensores del *statu quo* no han tirado la toalla, aunque su situación se halle realmente

190. Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo: el discurso del poder*, p. 101.

debilitada estructural e ideológicamente. Todavía disponen de un poder inmenso y lo están utilizando para reconstruir un nuevo orden mundial no igualitario. Podrían tener éxito. O el mundo podría desintegrarse a causa de una catástrofe nuclear o ecológica. O podría ser reconstruido como los pueblos esperaron en 1848, en 1968.<sup>191</sup>

191. Immanuel Wallerstein *et al.*, *Movimientos antisistémicos*, p. 98.

## CAPÍTULO 5. BUSCANDO GRIETAS EN EL SISTEMA

Nuestra tarea es probar que puede haber una humanidad y un mundo habitable más allá del capital.

D. BENSÄID, *Cambiar el mundo*

### CONSIDERACIONES SOBRE EL MOVIMIENTO DE LA TASA DE GANANCIA EN PIKETTY Y MARX

*El capital en el siglo XXI*, el libro del economista francés Thomas Piketty, tomó al mundo desprevenido. Los debates académicos posibilitados por las grandiosas series de datos de tres centurias que contiene han afectado las explicaciones de muchas escuelas de pensamiento de varias áreas de las ciencias sociales; por supuesto que la ciencia económica es una de las más afectadas, y dentro de ésta hay grandes consecuencias para la economía específicamente marxista. Mucho se ha atacado a Piketty, tachándolo de marxista disfrazado por las similitudes teóricas entre ambos, acusación de la cual él mismo se desmarca. En la narrativa de su libro le reconoce un gran genio a Karl Marx, pero afirma que se equivocó en muchos argumentos, comenzando por la supuesta predicción de un “apocalipsis económico” que, según él, deriva de lo que Marx describe como la tendencia de la tasa de ganancia a caer (que para algunos teóricos sería lo que terminaría con el capitalismo). En el primer capítulo de su libro nos dice: “La tasa de retorno del capital es un concepto central en muchas teorías económicas. En particular, el análisis marxista enfatiza la caída de la tasa de ganancia, una predicción histórica que resultó ser bastante errónea, aunque sí contiene una intuición interesante”.<sup>1</sup>

1. Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-first Century*, Cambridge, Harvard University Press, 2014, cap. 1. [Traducción del autor.]

Sería interesante saber cuál es esa intuición de la que Piketty habla, y al parecer él mismo nos da la respuesta algunos cientos de páginas más adelante. Pero antes de abordar eso hay que recordar que el concepto de *tasa de retorno del capital* también es esencial en la teoría de Piketty y es justo lo que explica muchas de las conclusiones que él mismo saca de sus datos. Así que conviene explicar con las propias palabras del autor lo que él entiende por tasa de retorno del capital:

El concepto de la tasa de retorno del capital también juega un papel central en muchas otras teorías. En cualquier caso, la tasa de retorno del capital mide las ganancias del capital a lo largo del curso de un año sin importar su forma legal (ganancias, rentas, dividendos, intereses, regalías, ganancias de capital, etc.), expresadas como un porcentaje del valor del capital invertido. Es, por tanto, una noción más amplia que la de “tasa de ganancia”, y mucho más amplia que la de “tasa de interés”, aunque incorpora ambas.<sup>2</sup>

Así pues, para Piketty el concepto de “tasa de ganancia” es muy cercano al de “tasa de retorno del capital”, aunque más adelante las define de la misma manera tal vez por facilidad comprensiva. En el capítulo 6, en un subapartado intitulado “De vuelta a Marx y la caída de la tasa de ganancia”, intentando definir el “apocalipsis marxista” de manera conceptual, mano a mano con el movimiento de la tasa de ganancia, nos dice:

Para Marx, el mecanismo central por el cual “la burguesía cava su propia tumba” corresponde a lo que yo refería en la introducción como “el principio de acumulación infinita”: los capitalistas acumulan cantidades siempre incrementadas de capital, lo que al

2. *Idem.*

final lleva inexorablemente a la caída de la tasa de ganancia (esto es, retorno del capital) y eventualmente a su propia ruina.<sup>3</sup>

Ahora bien, ¿por qué nos dice Piketty que hay una interesante intuición de Marx pero que de igual forma se equivoca? La razón es sencilla: Piketty piensa que sólo hay una falla estructural en los postulados analíticos de Marx, y es que supuestamente éste no toma en cuenta el crecimiento estructural (léase desarrollo) del capital. Y nos dice que hay *mecanismos* que el capitalismo pone en juego para permitir el crecimiento continuo sin que la tasa de ganancia caiga, mecanismos sin los cuales la tasa de ganancia en efecto tendría una tendencia a caer.

La inconsistencia dinámica que Marx señaló entonces corresponde a *una dificultad real*, de la cual la única salida lógica es el crecimiento estructural, el cual es el único camino para balancear el proceso de acumulación de capital (*a cierto grado*). Sólo el crecimiento permanente de la productividad y la población pueden compensar por la permanente adición de nuevas unidades de capital.<sup>4</sup>

No es el propósito de este apartado demostrar por qué, a falta de “crecimiento estructural”, la tasa de ganancia tiende a caer (véase capítulo 3); es algo que Marx explica en el tercer volumen de *El capital* (que al parecer Piketty desconoce), y es algo que Piketty no explica. Piketty no está interesado en mostrar el proceso por el cual ésta es “una dificultad real”; sólo está interesado en presentar los hallazgos empíricos y en explicar que, gracias al constante crecimiento de la productividad, no es posible llegar a la total caída de la tasa de ganancia (tasa de retorno del capital). El problema aquí

3. *Ibid.*, cap. 6.

4. *Idem.* [Las cursivas son mías.]

es que Piketty parece contar el argumento de Marx sólo hasta la mitad, tal como es presentado en el tomo uno de *El capital* que lleva de subtítulo “El proceso de producción del capital”, es decir, *no habla de cómo el capital se reproduce, sino sólo de cómo se produce*; la variable del crecimiento está, por tanto, obviada y no es tratada sino hasta el tercer tomo de *El capital* que lleva por subtítulo “El proceso global de la producción capitalista”.

En este tercer tomo es donde Marx explica con lujo de detalle por qué la tasa de ganancia *tiende* a caer, y pareciera que a Piketty se le olvida que para Marx la caída de la tasa de ganancia es precisamente esto, una tendencia; de ahí que el nombre completo que Marx da a este fenómeno tiene el carácter de ley y lo llama “Ley de la baja *tendencial* de la tasa de ganancia”. Y es bastante explícito al incorporar el crecimiento estructural como una variable necesaria para evitar que la ley deje de ser tendencia. En la sección tercera hay un capítulo que lleva por nombre “Causas contrarrestantes” dedicado en su totalidad a explicar estos mecanismos por medio de los cuales la tasa de ganancia se mantiene elevada. Conviene citar a Marx *in extenso* para darnos cuenta de hasta dónde llega la incompreensión que Piketty tiene de nuestro hombre decimonónico:

Si se considera el enorme desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social aun sólo en los últimos 30 años, en comparación con todos los periodos precedentes —especialmente si se tiene en cuenta la enorme masa de capital fijo que entra, además de la maquinaria propiamente dicha, en el conjunto del proceso social de la producción—, la dificultad que se nos presenta no es ya la que ha ocupado a los economistas hasta el día de hoy —la de explicar la baja de la tasa de ganancia— sino la inversa: explicar por qué esa baja no es mayor o más rápida. Deben actuar influencias contrarrestantes que interfieren la acción de la ley y la anulan, dándole solamente el carácter de una tendencia, razón por la cual



también hemos calificado a la baja de la tasa general de ganancia de baja tendencial.<sup>5</sup>

Marx da seis causas principales que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia: elevación del grado de explotación del trabajo, reducción del salario por debajo de su valor, abaratamiento de los elementos del capital constante, sobrepoblación relativa, comercio exterior y aumento del capital accionario. Como vemos, y si leemos todas las explicaciones de Piketty sobre cómo el crecimiento estructural del que nos habla hace que la caída de la tasa de ganancia no se imponga, nos damos cuenta de que en realidad está recitando al Marx del tomo III de *El capital*. El problema aquí es que Piketty alega no haber leído *El capital*; para David Harvey (un marxista destacado) el hecho de que Piketty tan alegremente reconozca o pretenda no haber leído a Marx es motivo de que caiga en muchas repeticiones de fenómenos que han sido teorizados por economistas marxistas desde el siglo XIX. David Harvey dice en una breve crítica que hace del libro de Thomas Piketty:

Lo que Piketty sí muestra estadísticamente (y deberíamos estar en deuda con él y sus colegas por ello) es que el capital ha tendido a través de su historia a producir niveles siempre crecientes de desigualdad. Esto es, para muchos de nosotros, difícilmente noticia. Fue, incluso, exactamente la conclusión teórica de Marx en el volumen uno de su versión de *El capital*. Piketty falla en notar esto, lo cual no es sorprendente ya que ha alegado, a la luz de acusaciones en la prensa de derecha de que es un marxista disfrazado, no haber leído *El capital* de Marx.<sup>6</sup>

5. Karl Marx y Friedrich Engels, *El capital*, tomo III, vol. 6, México, Siglo XXI, 2005, p. 297.

6. David Harvey, *Afterthoughts on Piketty's Capital*, en <http://davidharvey.org/2014/05/afterthoughts-pikettrys-capital/>. [La traducción es del autor.]

Los hallazgos de Piketty sobre el nivel de la tasa de ganancia son explicados desde la *larga duración* histórica,<sup>7</sup> razón por la cual afirma que en los hechos la suposición de Marx no se confirma. Nos dice que durante los siglos XVIII y XIX la tasa de retorno del capital (tasa de ganancia) se mantuvo alrededor de 4 a 5%; luego, durante el periodo de posguerras, se elevó dramáticamente debido al periodo de reconstrucción (la brutal destrucción de capital provocada por las guerras mundiales fue lo que posibilitó los Treinta Gloriosos) hasta llegar a 6%, y a fines del siglo XX y principios del XXI estamos presenciando una caída “ligera” en la tasa de ganancia que se ha mantenido alrededor de 3 a 4%, estabilizándose cerca de los niveles “normales” que había en el siglo XIX.<sup>8</sup>

Marx estaría de acuerdo con los hallazgos de Piketty: la tasa de ganancia vista desde la larga duración sí se mantiene estable. Si no hubiera ganancias suficientes, el capitalismo no podría reproducirse de manera ampliada como Marx lo presupone. Así que en realidad no es ninguna sorpresa para el marxismo que existan altas tasas de ganancia o que, visto a través de los siglos, se haya mantenido estable. El problema empieza cuando nos damos cuenta de que Piketty no tiene ningún interés por los periodos de crisis económicas, no tiene ninguna teoría de las crisis y mucho menos una explicación para ellas; para Marx, en el largo plazo la tasa de ganancia (gracias a las causas contrarrestantes) se mantiene estable como ejemplifica Piketty; sin embargo, en los periodos de crisis es otra historia, justo porque son periodos “extraordinarios” donde la acumulación de capital topa con límites temporales o “cíclicos” que se pueden explicar sólo porque la tasa de ganancia cae

7. Es sintomático que Thomas Piketty sea director de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), escuela de la cual también fuera director Fernand Braudel, el emblemático iniciador de los estudios de “larga duración”, los cuales cada vez son menos frecuentes.

8. Véase el subapartado del capítulo 6 del libro de Piketty, *The Return on Capital in Historical Perspective*.

dramáticamente en tales periodos, y sólo para después reponerse con un nuevo periodo de acumulación. Si la tasa de ganancia no cayera durante las crisis, entonces cómo explicaríamos el componente clave de las crisis que es justo la falta de ganancia para ciertos capitales; sería imposible explicar el fenómeno.

Por tanto, la respuesta al aparente rechazo de Piketty de la teoría marxista de la baja tendencial de la tasa de ganancia es simplemente por un problema de escala. Piketty ve las regularidades durante siglos, no las disonancias; de ahí que mencione con gran descaro que fenómenos como las “burbujas especulativas” que causaron crisis durante los noventa y más recientemente en 2008 no son “significativas”:

El punto importante que quiero enfatizar es que más allá de estas variaciones erráticas e impredecibles en los precios de activos de corto plazo, variaciones cuya amplitud parece haber incrementado en décadas recientes [...] hay de hecho una tendencia de largo plazo en curso en todos los países ricos en el periodo 1970-2010.<sup>9</sup>

Así, observamos que Piketty *pasa de largo por una explicación de lo que le sucede a la tasa de retorno del capital durante periodos de crisis; simplemente no le interesa abordarlo y de hecho nunca lo hace en ninguna parte del libro*, y se limita a explicar regularidades. La única explicación de la crisis que se encuentra en el libro podríamos relacionarla con las teorías del subconsumo; en sólo tres páginas argumenta que “tal vez” la crisis de 2008 fue ocasionada por la creciente desigualdad que impide que las clases bajas tengan poder adquisitivo, y es todo. Sin embargo, y a pesar de todo, parece tener un pequeño lapsus y admite que durante la crisis las ganancias del capital sí se desplomaron y punto y seguido, vuelve a afirmar que en el largo plazo eso no es significativo:

9. Thomas Piketty, *op. cit.*, cap. 5.

Los años 2008-2009, luego del colapso de Lehman Brothers, como en los años 2001-2002, luego de la explosión de la primera burbuja de internet, no fueron grandes tiempos para tomar ganancias en el mercado de acciones. *Ciertamente, las ganancias del capital se desplomaron en esos años.* Pero los movimientos de corto plazo no alteran la tendencia de largo plazo, la cual está gobernada por otras fuerzas cuya lógica ahora debo tratar de aclarar.<sup>10</sup>

Sin embargo, para el marxismo los periodos de crisis más significativos son aquellos en los que se pone en jaque al capital; es necesario estudiarlos, saber qué sucede con las ganancias durante esos momentos. Aunque hay que reconocer que existe un breve intento por parte de Piketty de explicar por qué cae la tasa de ganancia cuando no hay crecimiento: una explicación que no añade absolutamente nada a la teoría marxista de las crisis, la cual tiene mucho más que decir que las obviedades que el autor de *El capital en el siglo XXI* señala sobre este tema. Simplemente menciona que hay dos fuerzas que determinan “r” (la tasa de retorno del capital): la tecnología y la abundancia de capital; acto seguido nos dice que “demasiado capital aniquila al capital”. ¿Y qué es esto sino la vieja y conocida fórmula marxista de las crisis de sobreproducción del capital que son la causa última de las crisis económicas?

Por último, hay una cuestión más sobre los movimientos de la tasa de ganancia que debemos abordar necesariamente por su importancia estratégica en los años por venir y por su relevancia para el marxismo teórico: la caída de la tasa de ganancia no en los periodos de crisis sino en su estado “regular” luego de la posguerra y hasta nuestros días. El hecho es que Piketty menciona que de 1970 a 2010 la tasa de ganancia es “ligeramente” menor a la tasa del siglo XIX y bastante menor de lo que fue durante el periodo de reconstrucción:

10. Thomas Piketty, *op. cit.*, cap. 8. [Las cursivas son mías.]

“¿Cómo se determina el puro retorno sobre el capital? [...] ¿Por qué decreció en el largo plazo de alrededor de 4-5% en la era de Balzac y Austen a alrededor de 3-4% en la actualidad?”<sup>11</sup>

Para aquellos que hayan tenido el placer de leer extensivamente a Immanuel Wallerstein y a varios de sus compinches, como Samir Amin, André Gunder Frank y Giovanni Arrighi, absolutamente nada de lo que dice Piketty les sonará como algo nuevo.<sup>12</sup> Ya desde la década de los setenta su pequeño grupo de “analistas” del sistema-mundo pronosticaba con un tino aterrador todo lo que ahora Piketty corrobora con datos empíricos. Immanuel Wallerstein es quizá el alumno más brillante de Fernand Braudel y como tal se dedica al estudio del capitalismo como entidad de larga duración; su (hasta ahora) tetralogía sobre *El moderno sistema mundial*, que inició con la publicación del primer volumen en 1974, analiza el desarrollo del capitalismo y su extensión por el orbe desde el siglo xvi. Producto de sus vastas investigaciones, desde hace décadas Wallerstein ya anunciaba el comportamiento de la tasa de ganancia que Piketty describe, y ofrecía (y sigue ofreciendo) las mismas explicaciones que da éste sobre por qué ahora en el siglo xxi la tasa de ganancia es más reducida.

La primera causa que da Piketty tiene que ver con el nivel de impuestos; nos dice que la “presión fiscal era virtualmente inexistente en los siglos xviii y xix. Era agudamente más alta en el siglo xx y permanece más alta hoy”.<sup>13</sup> Todo esto ha hecho que de forma natural la tasa de ganancia sea menor. Piketty plantea que en caso de que regresáramos a un capitalismo sin cobro de impuestos la tasa de ganancia volvería a niveles como los del siglo xix.

Después nos dice que la división del ingreso entre lo que se destina a los trabajadores y lo que se apropia el capital también ha cambiado a favor del trabajo y la participación del capital en el in-

11. *Ibid.*, cap. 6.

12. Cf. Giovanni Arrighi et al., *Dinámica de la crisis global*, México, Siglo XXI, 2005.

13. Thomas Piketty, *op. cit.*, cap. 6.

greso ha pasado de alrededor de 35-40% en 1800-1810 a 25-30% en 2000-2010; pero aclara que no es necesariamente porque los trabajadores ganen más (aunque el salario real sí ha aumentado junto al proceso de desruralización), sino porque ahora hay más trabajadores en el proceso de producción como un todo: “La participación del trabajo incrementó simplemente porque el trabajo se hizo más importante en el proceso productivo. Así que fue el poder creciente del capital humano lo que hizo posible reducir la participación del ingreso que iba a tierra, edificios y capital financiero”.<sup>14</sup>

Por último, y aunque no lo menciona en la parte dedicada a este tema, asegura que el agotamiento de recursos energéticos impedirá que las tasas de crecimiento de los países desarrollados sean lo suficientemente altas en el largo plazo, lo cual se relaciona directamente con el nivel de la tasa de ganancia:

El escenario mediano que presentaré aquí está basado en una tasa de crecimiento del producto per cápita de 1.2% en los países ricos, lo cual es relativamente optimista comparado con las predicciones de Robert Gordon (las cuales creo que son un poco muy oscuras). Este nivel de crecimiento no puede ser alcanzado, sin embargo, a menos que nuevas fuentes de energía sean desarrolladas para reemplazar a los hidrocarburos, los cuales están siendo rápidamente agotados.<sup>15</sup>

Y tal como vimos en el capítulo anterior, según Wallerstein, en la *larga duración* ha habido un incremento de costos para el capital que hace que cada vez sea más difícil superar las crisis. Ha habido tres costos de producción principales de los cuales el capital no puede prescindir y que se han elevado secularmente: salarios, insumos e impuestos. Es ésta una situación que el propio Piketty analiza en

14. *Idem.*

15. *Ibid.*, cap. 2.

cierta medida, recordando que se trata de un fenómeno de largo calado a nivel de economía-mundo, por lo que, aunque en ciertos periodos, ciertas zonas o ciertas coyunturas la tendencia parezca ser la contraria, el hecho es que la tendencia histórica ha sido ésta en términos generales. También cabe aclarar, recordando lo dicho tanto por Marx como por Wallerstein, que se trata de una reducción *proporcional* de las ganancias, es decir, *relativa*; en términos absolutos (de volumen o masa de ganancia) las ganancias han tendido a crecer, pero siempre en una proporción menor a la de los costos de producción ya descritos.

Diferenciar entre la tasa de ganancia que cae y la masa de ganancia que aumenta es algo que también hace Piketty cuando nos aclara muy optimistamente: “Pero sobre la base de la experiencia histórica, el resultado más probable es que el efecto del volumen [masa de ganancia] compensará la reducción en el retorno sobre el capital [tasa de ganancia]”.<sup>16</sup> Y recordando lo escrito por Marx sabemos que es justo este escenario, donde se intenta compensar con volumen de ganancia la caída de la tasa de ganancia, el que lleva a escenarios de sobreproducción y competencia que en círculo vicioso terminan por hacer que la tasa de ganancia vuelva a caer. La ausencia de una teoría de las crisis en el pensamiento de Piketty es lo que le impide ver este desenlace, a pesar de que por momentos explica muy bien el proceso. De cualquier forma, esto significa que en proporción hay un pastel cada vez más chico que repartir y será cada vez más chico de aquí a 2050, según las predicciones de Thomas Piketty, ya que uno de sus postulados centrales es que conforme más se desarrollan los países y más se encuentran en la “frontera tecnológica” más lento es su crecimiento: “El punto clave es que no hay ejemplo histórico de un país en la frontera tecnológica mundial cuyo crecimiento en producto per cápita exceda

16. *Ibid.*, cap. 6.

el 1.5% en un periodo largo de tiempo”.<sup>17</sup> La segunda parte del argumento es que mientras los países en vías de desarrollo alcanzan tecnológicamente a los más desarrollados pueden crecer con tasas de ganancia muy elevadas (como China), pero llegará el punto en que alcancen la frontera tecnológica y el crecimiento comience a ser lento: “Las economías emergentes continuarán convergiendo con las economías ricas, sin mayores impedimentos políticos o militares, hasta que el proceso esté completo, alrededor de 2050, lo cual es muy rápido”.<sup>18</sup> Cabe aclarar que convergirán en tasas de crecimiento, no necesariamente en desarrollo, y las diferencias entre centros y periferias se mantendrán.

Estas premisas pikettyanas son del tipo de las que Wallerstein ha sostenido desde hace ya varias décadas; lo curioso del asunto es que Wallerstein ha predicho casi con locura que el punto de quiebre del capitalismo como lo conocemos será alrededor de la fecha simbólica de 2050, justo cuando Piketty nos dice que las tasas de crecimiento del mundo desarrollado llegarán a un tope. Estas locas predicciones han hecho que muchos tachen de loco al buen Immanuel Wallerstein (yo incluido), lo cual no demerita en nada sus grandiosos análisis sobre el sistema-mundo. Si él se atreve a dar esos pronósticos es, por una parte, porque tiene una mirada de larga duración, y por otra, porque cree que el capitalismo tiene que acabar en algún momento, pues es un sistema histórico de sólo unos cuantos siglos en la historia humana y es difícil creer que sea eterno. Ahora bien, Piketty cree que ante la reducción de la tasa de retorno del capital, el capitalismo ha optado por aumentar la participación del capital en el ingreso, no a través de la tasa de retorno del capital ( $r$ ), sino a través del aumento del valor del capital acumulado ( $\beta$ ). La fórmula de la participación del capital en el ingreso ( $\alpha$ ) según Piketty es  $\alpha = r \times \beta$ , así que la opción ante un escenario de

17. *Ibid.*, cap. 2.

18. *Idem.*



constante reducción de las ganancias es aumentar el capital acumulado para mantener la participación en el ingreso (lo que en muchos casos también hace que  $r$  aumente). Algunas de las implicaciones de esto es la creciente privatización, el incremento en el costo de la vivienda que extrae parte del salario de los obreros y se lo lleva el capital como renta, o lo que David Harvey llama “acumulación por desposesión”; es decir que el capitalismo se está volviendo más salvaje en el siglo XXI y, según Piketty, la desigualdad seguirá creciendo si no se le pone un alto al capitalismo.

Así que el capitalismo del siglo XXI hace todo lo posible por explotar las “causas contrarrestantes de la caída de la tasa de ganancia” y las lleva al límite para mantener la tasa de retorno del capital estable. El postulado central de todo el libro de Piketty es que mientras la tasa de retorno del capital crezca más que la tasa de crecimiento del ingreso, la desigualdad será cada vez mayor, y ante un escenario en que el crecimiento del ingreso sea cada vez menor, el capital hará todo lo posible por recuperar su nivel de ganancias, intentando incrementar aún más su tasa de retorno.

La principal fuerza desestabilizadora se vincula con el hecho de que la tasa de rendimiento privado del capital  $r$  puede ser significativa y duraderamente más alta que la tasa de crecimiento del ingreso y la producción  $g$  [...] La desigualdad  $r > g$  implica que la recapitalización de los patrimonios procedentes del pasado será más rápida que el ritmo de crecimiento de la producción y los salarios. Esta desigualdad expresa una contradicción lógica fundamental. El empresario tiende inevitablemente a transformarse en rentista y a dominar cada vez más a quienes sólo tienen su trabajo. Una vez constituido, el capital se reproduce solo, más rápidamente de lo que crece la producción. El pasado devora al porvenir.<sup>19</sup>

19. Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014, p. 643.

Ahora la pregunta clave es: ¿hasta qué punto el capitalismo llevará la desigualdad en los próximos 50 años? Wallerstein cree que hay dos escenarios: uno donde triunfa una alternativa social e igualitaria y otra donde transitamos a un sistema peor que el capitalista. En conclusión, leer a Piketty a la luz de lo que él mismo no se atreve a decir o a analizar, retomando a Marx y a sus discípulos, puede darnos algunas claves interpretativas para echar algo de luz sobre nuestro futuro. Aquí sólo hemos dado algunos esbozos, pero la riqueza analítica de la obra de Thomas Piketty seguramente dará muchos frutos si comienza a matrimoniar con perspectivas más sociales como las que permite pensar la economía marxista.

Es en este tenor que datos como los de Piketty permiten a la economía marxista desarrollarse más allá de lo que ordinariamente lo hace, y en el caso de mi investigación, al leer la gran obra de Thomas Piketty a la luz de las investigaciones hechas por Immanuel Wallerstein, las posibilidades analíticas se vuelven inmensas (como ya se podrá haber visto con lo brevemente expuesto en este apartado). Así pues, *a la hora de entrar a investigar las causas específicamente económicas que pueden poner un límite al desarrollo del capitalismo, observamos que ante todo debemos enfocarnos en el movimiento de la tasa de ganancia, en su tendencia a caer tanto en momentos de crisis como en la larga duración, y en los mecanismos que contrarrestan dicha caída. Es decir, la pregunta sería: ¿qué es lo que permite al capitalismo funcionar con normalidad y hasta dónde es posible estirar los mecanismos que lo permiten?*

Además de las tres principales causas que asfixian la ganancia capitalista expuestas por Wallerstein (salarios, impuestos e insumos), debemos agregar la hipótesis del crecimiento lento de Piketty junto con el aumento de la desigualdad, y sobre todo ampliar la investigación con datos de larga duración sobre el desempeño de las causas que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia, las cuales no han sido investigadas *empíricamente* ni por Wallerstein ni por

Piketty. Como ya hemos mencionado, Marx identifica seis causas contrarrestantes *principales*; sin embargo, el nicho investigativo del siglo XXI permite ampliarlas considerablemente para evaluar su desempeño en momentos de crisis y en la larga duración (tomando en cuenta que la hipótesis de Wallerstein es que cada vez es más difícil salir de las crisis cíclicas).

Adelantándonos un poco a la investigación podríamos empezar a pensar en otras “causas contrarrestantes”, algunas que tal vez sea muy problemático medir pero que sin duda tienen un papel en elevar la participación del capital en el ingreso o que pueden funcionar como mecanismos de su redistribución incentivando el consumo de ciertas regiones y manteniendo la tasa de ganancia estable. Un ejemplo de esto puede ser la *economía criminal*, un fenómeno cada vez más agudo en el capitalismo contemporáneo y que Marx no consideró en su tiempo como un mecanismo de la suficiente envergadura (ampliando el concepto de *acumulación originaria* encontraríamos algunas claves), tal vez porque en la actualidad al capitalismo le es más difícil salir de las crisis por métodos “convencionales” y recurre a la agudización de ciertos fenómenos ya presentes, pero quizá nunca a la escala en que los conocemos hoy. Sería interesante estudiar el alcance de las estructuras de la mafia y el gran papel que seguramente juegan en reactivar la economía en tiempos de crisis mediante actividades no consideradas típicamente capitalistas, como el trabajo esclavo, la trata de personas, la prostitución, la producción de drogas, el comercio ilegal, y un largo etcétera.

Las guerras localizadas o ciertos conflictos armados también pueden funcionar como mecanismos de este estilo, e históricamente así ha sido; no por nada las grandes potencias “imperiales” patrocinan conflictos armados en todo el orbe (claro que enfáticamente en países del tercer mundo), mano a mano con lo que algunos han dado en llamar el “complejo militar-industrial”. La destrucción de capital provocada por las guerras logra que los

periodos de reconstrucción sean etapas de gran crecimiento y de tasas de ganancia elevadas, por lo que éste es otro mecanismo que podemos comenzar a conceptualizar como una causa contrarrestante. Asimismo, hablando de estos mecanismos particularmente violentos (podríamos calificarlos como “tanáticos”), la ya mencionada “acumulación por desposesión” de gran calado en este periodo neoliberal tiene mucho que decirnos con respecto a la elevación de la tasa de ganancia.

Podríamos seguir planeando objetos de medición, pero el hecho es que medir la tasa de ganancia en cuanto tal ha demostrado ser muy difícil. Thomas Piketty es el primer economista que logra aproximarse a su cálculo (apenas en 2013) y, al parecer, ha confirmado sin querer los planteamientos de Marx y Wallerstein. Empero, muchos de los mecanismos que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia no son medibles por los métodos utilizados por Piketty (por ejemplo, economía criminal); sin embargo, es de notar que en la medición que hace registra un fenómeno del que parece no percatarse, por el simple hecho de que para él la definición de “capital” abarca cosas que en la definición marxista no lo son (como nos recuerda David Harvey, el capital es un *proceso*, no un *stock* de objetos acumulados con el tiempo y que producen renta): ha confirmado un cambio en la composición del “capital” que aun así no ha logrado mantener la tasa a los niveles óptimos. Nos dice que ahora la vivienda es una gran parte de la composición del “capital” y que los bienes raíces y los instrumentos financieros elevan la tasa de retorno del capital promedio (mecanismos no productivos); quién sabe qué sería de la tasa de ganancia si no midiéramos las inversiones en vivienda. Parecería, pues, que mucho de lo que eleva la tasa de ganancia ya no tiene que ver con la producción en cuanto tal; será interesante analizar estos fenómenos. Son muchas las dificultades para abordar el movimiento de la tasa de ganancia, pero con seguridad hay manera de aproximarse a su cálculo y

puede ser que estudiar las causas contrarrestantes dé mucha tela de dónde cortar:

No quiero minimizar las dificultades conceptuales y técnicas del cálculo de la tasa de beneficio, sobre todo teniendo en cuenta que, a mi parecer, sería necesario conocer esa tasa para el conjunto de la economía-mundo. Aun así, para elaborar modelos válidos habrá que discurrir algún modo de aproximarse a ese cálculo. Además, permítaseme insinuar una razón para no desesperar en esta empresa. Parece obvio que los capitalistas del mundo real toman constantemente decisiones sobre las inversiones basadas en su evaluación de las tasas de beneficio relativas. Sin duda su conocimiento es limitado e impreciso. Sin duda cometen errores. Pero si el sistema capitalista funciona, y viene funcionando desde hace mucho tiempo, habrá que reconocer que el conjunto de los capitalistas toma más decisiones acertadas que equivocadas, ya que en caso contrario las oscilaciones serían mucho más salvajes. ¿No podríamos investigar colectivamente la vía que siguen los inversores para llegar a cierta aproximación razonable de sus cálculos?<sup>20</sup>

No pretendo resolver esta interrogante, pero, como apunta el propio Wallerstein, podemos “aproximarnos” a la comprensión del fenómeno a través de muchas mediciones y estudios que se han hecho desde hace ya bastante tiempo, relacionados con fenómenos como el del *estancamiento secular*; el de los retornos marginales de la innovación; el de la paradoja de Jevons; el de la tasa de retorno energético; el del incremento secular de los costos de insumos, salarios e impuestos, y el de los límites a la eficiencia energética, entre muchos otros. Por ahora tendrá que bastar con dejar esto

20. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, pp. 204-205.

apuntado, esperando continuar con esta investigación en un próximo volumen.

En particular, el ciclo entero que empezó con la primera revolución industrial en Inglaterra alrededor de 1750, llegó a su pico en los Estados Unidos en los 1930 y luego declinó, siguiendo una tendencia que básicamente confirma la hipótesis de la Gran Ola. Incluso innovaciones recientes resultantes de la revolución TIC, aunque considerables, no parecen capaces de contrarrestar esta tendencia de largo plazo. Datos sobre los retornos en la innovación parecen, por tanto, ser coherentes con la evidencia proporcionada en otros campos (energía, recursos minerales, agricultura, salud, educación e investigación científica), demostrando que las economías capitalistas avanzadas han entrado en una fase de retornos marginales decrecientes —o decrecimiento involuntario— con posibles efectos significativos en la capacidad del sistema de conservar su actual marco institucional.<sup>21</sup>

Sin duda, el *límite económico* necesita un estudio profundo sobre lo que sucede con las ganancias capitalistas en el largo plazo; por eso decidí dedicar unas cuantas páginas extra al tema, problematizando con el libro de Thomas Piketty, el cual logra echar luz sobre el tipo de fenómenos que me interesa observar. Los demás límites al capital que serán tratados a continuación se ligan al problema de la tasa de ganancia, pero en sí mismos son mundos con dinámicas propias que conviene analizar por separado, planteando estrategias de medición acordes a dichas lógicas propias (que nunca dejan de relacionarse con el todo).

21. Mauro Bonaiuti, "Are We Entering the Age of Involuntary Degrowth? Promethean Technologies and Declining Returns of Innovation", en *Journal of Cleaner Production*, 2017, p. 1. [Traducción del autor.]

## EL CENTRO Y LA PERIFERIA EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

Nos trajeron loros y bolas de algodón y lanzas y muchas otras cosas más que cambiaron por cuentas y cascabeles de halcón. No tuvieron ningún inconveniente en darnos todo lo que poseían. Eran de fuerte constitución, con cuerpos bien hechos y hermosos rasgos. No llevan armas, ni las conocen. Al enseñarles una espada, la cogieron por la hoja y se cortaron al no saber lo que era. No tienen hierro. Sus lanzas son de caña. Serían unos criados magníficos. Con cincuenta hombres los subyugaríamos a todos y con ellos haríamos lo que quisiéramos.

C. COLÓN, *Diario de a bordo*

En el desarrollo de aquella rama de la economía conocida como *historia económica*, el debate en torno al fenómeno de la *diferenciación geográfica de la pobreza y el desarrollo económico* ha sido esencial de una u otra manera. Muchas veces el debate ha evolucionado sólo cambiando de nombre, pero lo que en el fondo siempre acecha, cual creatura de las profundidades, es la obvia diferenciación entre zonas “desarrolladas” y zonas “subdesarrolladas”, términos con los que la teoría económica marginalista decidió analizar el fenómeno de la pobreza y la riqueza de las naciones. Sin embargo, lo que dichos conceptos encierran es una noción de la evolución histórica anclada en presupuestos que justifican la supuesta superioridad civilizatoria de Occidente; algo habría en esa particular zona del orbe que posibilitó el “desarrollo” y la Revolución industrial, que las demás zonas “periféricas” y pobres no tenían, por lo que son lugares “subdesarrollados” anclados en un estadio primitivo del proceso civilizatorio en espera del paso al “desarrollo”, aquel futuro de abundancia prometido por la economía capitalista.

Como punto de partida, se escoge un concepto de “subdesarrollo” que no conduce a ninguna parte: se asimila el “subdesarrollo” a la “pobreza” en general [...] Lo más grave es que esta definición conduce inmediatamente a un error esencial: se asimila los países “subdesarrollados” a los países “desarrollados” en un estadio anterior de su desarrollo. Es decir que se “hace abstracción” de lo esencial: que los países “subdesarrollados” forman parte de un sistema mundial, que tienen una historia, la de su integración a ese sistema, que ha forjado su estructura *particular*, que no tiene ya nada que ver con las épocas anteriores a su integración al mundo moderno.<sup>22</sup>

Lo que se está dejando de lado es una visión que considere el entramado que existe entre regiones, observando cómo se ha alterado la dinámica de la evolución de ciertas zonas luego del avance del sistema-mundo moderno; no se trata de explicar de manera aislada las razones del “atraso” y la “grandeza”, sino de analizar de manera integral qué tanto la grandeza depende del atraso de otros, y viceversa. Las teorías del subdesarrollo fallan en explicar las razones del rezago y la pobreza, y fallan doblemente al querer proponer soluciones que copian “modelos” de desarrollo de zonas desarrolladas en zonas subdesarrolladas que históricamente se han regido por otras dinámicas. Asimismo, la idea general de que el avance capitalista es beneficioso para todas las partes debe ser cuestionada de raíz; como bien lo dice Samir Amin, “la crítica de la teoría del subdesarrollo lleva a la del sistema y no hay lugar para la diplomacia en materia de investigación social”.<sup>23</sup>

La investigación empírica sobre lo que divide al centro de la periferia es justo lo que permite hablar conceptualmente de un centro

22. Samir Amin, *La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del subdesarrollo*, México, Siglo XXI, 1977, pp. 17-18.

23. *Ibid.*, p. 660.



y una periferia. Ya la escuela de la dependencia había puesto el dedo en el renglón durante la primera mitad del siglo pasado; la noción continuó siendo desarrollada por el análisis de sistemas-mundo durante la segunda mitad de ese siglo, junto a algunas interpretaciones de corte más institucionalista, y en fechas más recientes el debate se ha avivado una vez más, en parte popularizado por el emblemático trabajo de Kenneth Pomeranz que lleva por título *La gran divergencia*.<sup>24</sup> Esta expresión hace referencia a la gran brecha económica que ha dividido a los países ricos de los pobres desde hace ya algunos siglos, brecha que históricamente no ha dejado de crecer en amplitud y profundidad. Los resultados de la investigación de Pomeranz se pueden resumir en que, antes del siglo XIX, la brecha que separaba a lo que hoy es la periferia de lo que es el centro prácticamente era inexistente, debido a lo cual comienza a ubicar las causas de la divergencia en la expansión de la economía capitalista por el mundo que tuvo su centro en Europa occidental y llevó como bandera de conquista a la Revolución industrial.

Partiendo de Pomeranz y continuando con Angus Maddison podríamos decir entonces que “el mayor problema en el análisis del crecimiento es explicar por qué se desarrolló una divergencia tan amplia entre el grupo capitalista avanzado y el resto del mundo”.<sup>25</sup> En su monumental estudio estadístico sobre la economía mundial, Maddison demuestra la misma tendencia hacia el constante incremento de la distancia entre países ricos y pobres, incluyendo en su estudio países de todo el mundo. Abarcando todos los continentes llega a resultados similares a los de Pomeranz; por ejemplo, en los indicadores de ingreso per cápita la tendencia es obvia (véase recuadro de la siguiente página).

24. Cf. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

25. Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, París, OCDE, 2001, p. 48. [La traducción es del autor.]

<b>Niveles de PIB per cápita y expansiones interregionales, 1000-1998</b> (dólares de 1990)									
	<b>1000</b>	<b>1500</b>	<b>1820</b>	<b>1870</b>	<b>1913</b>	<b>1950</b>	<b>1973</b>	<b>1998</b>	
<b>Europa Occidental</b>	400	774	1 232	1 974	3 473	4 594	11 534	17 921	
<b>Vástagos de Occidente*</b>	400	400	1 201	2 431	5 257	9 288	16 172	26 146	
<b>Japón</b>	425	500	669	737	1 387	1 926	11 439	20 413	
<b>Asia (excluyendo Japón)</b>	450	572	575	543	640	635	1 231	2 936	
<b>Latinoamérica</b>	400	416	665	698	1 511	2 554	4 531	5 795	
<b>Europa del Este y ex URSS</b>	400	483	667	917	1 501	2 601	5 279	4 354	
<b>África</b>	416	400	418	444	585	852	1 365	1 368	
<b>Mundo</b>	435	565	667	867	1 510	2 114	4 104	5 709	
<b>Expansiones interregionales</b>	1:1:1	2:1	3:1	5:1	9:1	15:1	13:1	19:1	

Fuente: Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, París, OCDE, 2001, p. 126. [La traducción es del autor.]  
\* Incluye Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

Los datos llegan hasta 1998, pero en estudios posteriores Maddison confirma la misma tendencia para la primera década del siglo XXI, algo que también confirmarán los datos de Thomas Piketty a principios de la segunda década del siglo. Vivimos entonces en la era más desigual de la historia, no sólo en términos de ingreso per cápita entre naciones, sino también en otros indicadores como los de producción, que se muestran aún más desiguales, con una sola nación (Estados Unidos) generando casi la cuarta parte de la producción mundial y un continente entero (África) tan sólo alrededor de 3 por ciento.

Lo que todas las investigaciones demuestran es que la era neoliberal ha fomentado un salto gigantesco de la desigualdad, y la curva sigue a la alza luego de una breve baja durante la era keynesiana.

Las cifras confirman que fue partiendo de la era de la Revolución industrial cuando la gran divergencia tomó forma por primera vez: “Se estima que en 1750 la relación entre los países más ricos y los más pobres era de 2 a 1, y que desde entonces no ha hecho más que aumentar”.<sup>26</sup> Por tanto, durante el “largo siglo XIX” puede hallarse la explicación de los *factores principales* del atraso. ¿Y qué es lo diferente de ese siglo, qué hay en él que no hubo en los otros? La respuesta, a decir de estos autores, se encuentra en la Revolución industrial de Occidente. Es por ello que para Jeffrey G. Williamson el “primer siglo global” es el XIX y no el XVI como cree Wallerstein. Williamson admite que existen factores previos que pueden ayudar al análisis, pero el hecho es que sólo a partir del siglo XIX podemos hablar de una economía en verdad mundializada y unificada a través de flujos financieros, transportes y mercados internacionales con instituciones *ad hoc*;

26. Erik S. Reinert, *La globalización de la pobreza: cómo se enriquecieron los países ricos... y por qué los países pobres siguen siendo pobres*, Barcelona, Crítica, 2007, p. xvii.

*la escala del despegue* decimonónico no tiene parangón con lo que sucedió los siglos previos.

Es en este primer siglo global, y no antes, cuando “esta divergencia abrió entre ambos mundos una importante brecha en los ingresos per cápita, el nivel de vida y el grado de desarrollo, brecha que se ha prolongado hasta finales del siglo xx y principios del xxi”.<sup>27</sup> La frase recurrente en varios de los trabajos sobre la gran divergencia es aquélla de que *el que pega primero pega dos veces*; es decir que aunque Europa occidental llevó la industria al resto del mundo, no la llevó en las mismas condiciones existentes en su lugar de nacimiento; más que llevar la industria, en un primer momento llevó sólo los productos de la industria. Atendiendo al viejo postulado ricardiano de las *ventajas comparativas* en el comercio internacional podríamos decir que Occidente dejó que las periferias se especializaran en la producción de ciertas materias primas necesarias para la manufactura europea. Y a cambio las inundó con mercancías baratas resultantes de la producción maquinizada que terminaron por aniquilar mucha de la incipiente industria de la periferia. Al hacer esto provocó que la industria no anclara en otras zonas y en cambio fomentó su desindustrialización; con ello, las periferias sin una producción diversificada eran más vulnerables a la volatilidad de los precios y tenían muy poco rango de acción para generar un crecimiento amplio y sostenido.

De este modo, y a pesar de que el comercio acaba de hacer posible que la periferia disfrutara de algunos frutos de la Revolución industrial que estaba teniendo lugar en el centro, surgiría entre los polos rico y pobre una gran divergencia impulsada por la industrialización. Otro elemento que vino a reforzar la tendencia a la divergencia fue la globalización, que al fomentar la

27. Jeffrey G. Williamson, *Comercio y pobreza: cuándo y cómo comenzó el atraso del Tercer Mundo*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 60.

desindustrialización (entiéndase, la especialización) de la periferia determinaría [...] que las tasas de crecimiento de la periferia se rezagaran todavía más respecto de las del centro.<sup>28</sup>

Todo esto (que explica con series estadísticas) sucedería, según Williamson, con especial énfasis durante el largo siglo XIX (que a su juicio termina en 1913); luego de eso el mundo conocería una *reacción proteccionista* por parte de las periferias que terminaría alrededor de 1970. Durante ese breve espacio de tiempo el mundo “subdesarrollado” conocería un marcado auge industrial (al menos el grupo de países que actualmente conforman la OCDE) que aun así no llegaría al nivel de industria de los países ricos. Parte de esta nueva industrialización del grupo OCDE se explica por el éxito económico del centro industrial, el cual “determinaría que los costes de la mano de obra del núcleo rico superaran a los de los países de la periferia pobre, circunstancia que en último término acabaría brindando a dichos países una salida industrial con la que poder abandonar su vieja especialización en la explotación de recursos”.<sup>29</sup>

Este último postulado cuadra a la perfección con la tesis de Wallerstein sobre las semiperiferias; el capital busca salidas que mejoren la ganancia, y si la industria debe desplazarse a zonas con mano de obra más barata, entonces lo hará; pero el tipo de industria que históricamente ha generado la periferia (y la semiperiferia, sobre todo) no es la industria de vanguardia sobre la que el centro mantiene un férreo control, sino una industria rezagada producto de revoluciones tecnológicas previas o donde la manufactura se reduce al ensamblaje. A pesar de todo, como vimos en el capítulo 4, la industria, así sea incipiente, comienza a buscar zonas nuevas a donde desplazarse para disminuir costos y ampliar ganancias, lo que a la larga lleva al agotamiento de zonas “vírgenes” en

28. *Ibid.*, p. 41.

29. *Ibid.*, p. 255.

las que se puedan generar ganancias extraordinarias. Los nuevos y los viejos capitales de las regiones del centro que buscan colocarse se encuentran con un escenario manufacturero establecido en vastas regiones de la periferia, parte de lo cual explica el conocido *estancamiento secular* del que mucho se ha hablado y que cuadra también con lo que vimos sobre el *incremento secular de los costos de producción* planteado por Wallerstein.

Ante el reto de una periferia semiindustrializada y de una Europa y un Japón revitalizados luego del periodo de reconstrucción de la posguerra, los capitales transnacionales que veían incrementarse sus competidores, cerrarse sus mercados y peligrar sus ganancias, vieron un gran obstáculo a la expansión en un orden mundial proteccionista que había entrado en crisis. Fue así que lo que hoy conocemos como *neoliberalismo* comenzó a gestarse; la finalidad expresa asentada en el programa del Consenso de Washington era derribar las barreras proteccionistas de las periferias y dismantelar el Estado de bienestar para revitalizar los bolsillos de los grandes grupos capitalistas. No es casual que el repunte histórico de la desigualdad registrado por Maddison vaya de la mano con un programa que replantea a escala global la sumisión de las periferias mediante el desmantelamiento de sus conquistas históricas, tanto en términos de industria como de bienestar social garantizado por el Estado.

En todos los países en que se han aplicado las recetas económicas de la Escuela de Chicago durante las tres últimas décadas, se detecta la emergencia de una alianza entre unas pocas multinacionales y una clase política compuesta por miembros enriquecidos [...] El término más preciso para definir un sistema que elimina los límites en el gobierno y el sector empresarial no es liberal, conservador o capitalista, sino corporativista. Sus principales características consisten en una gran transferencia de riqueza

pública hacia la propiedad privada —a menudo acompañada de un creciente endeudamiento—, el incremento de las distancias entre los inmensamente ricos y los pobres descartables, y un nacionalismo agresivo que justifica un cheque en blanco en gastos de defensa y seguridad.<sup>30</sup>

Por ejemplo, en el caso de México (un caso paradigmático de la industrialización de la periferia durante el siglo xx, según Williamson) la entrada en vigor del programa neoliberal vino a dismantelar casi por completo el Estado de bienestar, y a través de la creciente apertura comercial mediante tratados de libre comercio el país retomó la senda de la *desindustrialización*, ahora eufemísticamente llamada por el gobierno *reconversión industrial*,<sup>31</sup> basada básicamente en convertir la industria nacional en una gigantesca planta de ensamblaje (maquila) de las corporaciones estadounidenses. Otra de las diferencias con la desindustrialización propia del siglo xix sería que el país ahora no se especializaría en producir materias primas volcándose a la producción agrícola, sino que parte del programa sería *descampesinizar* al país para que la *ventaja comparativa* de la nación fuera la mano de obra barata.

Al desaparecer las industrias manufactureras, también disminuyen los efectos sistémicos. En su estudio del sistema nacional de innovaciones mexicano, Mario Cimoli muestra cómo le afectó la integración del TLCAN entre la economía mexicana y la estadounidense. El sistema mexicano evolucionó desde una posición de relativa independencia a una relación núcleo-periferia entre los propietarios estadounidenses y los subsidiarios mexicanos. Esto

30. Naomi Klein, *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, México, Paidós, 2014, pp. 38-39.

31. Cf. René Villarreal, *Industrialización, competitividad y desequilibrio externo en México: un enfoque macroindustrial y financiero (1929-2010)*, México, FCE, 2010.

recuerda la teoría de la dependencia centro-periferia de la economía clásica del desarrollo. Destruir el núcleo del sistema Von Thünen —las actividades urbanas— primitiviza todo el sistema.<sup>32</sup>

En este tenor, Thomas Piketty alega que *las zonas con autodeterminación política y económica son las que mejor han llevado el proceso de globalización* y las que menores tasas de marginación y desigualdad presentan. Este teórico francés también parece abreviar del debate de la gran divergencia y de las teorías de la dependencia y cree en la existencia (comprobable empíricamente) de dos regiones ampliamente desiguales: un centro hiperdesarrollado y una menos desarrollada periferia. Alega además que la movilidad del capital no ha promovido la convergencia del centro y la periferia, sino que, muy al contrario, ha contribuido a su distanciamiento, y asegura que “ninguno de los países asiáticos que se han movido más cerca de los países desarrollados de Occidente en años recientes se ha beneficiado de amplias inversiones extranjeras, ya sea Japón, Corea del Sur o Taiwán y, más recientemente, China”.<sup>33</sup> Es ésta una opinión compartida por algunos premios Nobel de economía, los cuales no suelen ser muy de izquierda que digamos: Paul Krugman y Joseph Stiglitz (un neoliberal arrepentido) entran dentro de este grupo.

Paul Baran, en *La economía política del crecimiento*, concluyó que la diferencia específica que explica el rápido desarrollo de Japón, a pesar de su arribo tardío al capitalismo, es el hecho que nunca fue una colonia; siempre fue un país independiente, *autodeterminado*. La experiencia reciente vuelve a mostrar que los países exitosos han sido los que han determinado autónomamente su agenda de desarrollo, como Corea del Sur y Taiwán. Joseph Stiglitz, premio

32. Erik S. Reinert, *La globalización de la pobreza*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 174-175.

33. Thomas Piketty, *op. cit.*, cap. 1.



Nobel de economía 2001, ha dicho que los países que han tenido mayor éxito en la globalización *determinaron su propio ritmo de cambio y rechazaron las presunciones del Consenso de Washington*, que postulan un rol mínimo para los gobiernos y rápidos procesos de privatización y liberalización.<sup>34</sup>

Jeffrey G. Williamson cree que la forma en que los países se insertan a la globalización determina su evolución secular; partiendo de su amplio estudio estadístico sobre el largo siglo XIX llega a la conclusión de que lo que ha determinado a los ganadores y a los perdedores en el concierto de naciones ha sido la autonomía política y la capacidad industrial.

La correlación es muy marcada y notablemente significativa. Los países más industriales de nuestros días tienen la capacidad de lograr unos niveles de renta per cápita muy superiores en un futuro lejano que aquellos que están menos industrializados. O dicho en otras palabras: los crecimientos más rápidos vienen de mano de la industrialización. Como es obvio, el corolario de este estado de cosas es que, en nuestros días, la desindustrialización reduce la capacidad de un país para afrontar el futuro.<sup>35</sup>

Claro que la *industrialización capitalista* trae su buena dosis de problemas y no todos los países pueden ser ganadores en un sistema que depende de la ganancia producto de la explotación de otros. Y aunque es cierto que los países periféricos han visto crecer sus niveles de riqueza (como se ve en el cuadro de Maddison) en el

34. Julio Boltvinik, "Autodeterminación y florecimiento humano. Reflexiones sobre desarrollo, política social y pobreza", en José Luis Calva (coord.), *Agenda para el desarrollo*, vol. 11, *Empleo, ingreso y bienestar*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2007, p. 346.

35. Jeffrey G. Williamson, *op. cit.*, p. 68.

muy largo plazo y “los niveles de ingresos per cápita son hoy mayores de lo que hubieran sido de haber vivido aisladas esas regiones [...] sus tasas de crecimiento se han resentido, sobre todo si las comparamos con las que han venido conociéndose en este tiempo en el centro industrial rico”.<sup>36</sup> Además, cualquier economista que se precie de serlo sabe muy bien que los indicadores per cápita son lo más alejado de la realidad que puede existir en el análisis de problemáticas sociales. *Es obvio que la capacidad productiva del capitalismo produce riqueza a raudales, el problema siempre ha sido su socialización*, y si hablamos de desigualdad entre zonas geográficas debemos también hablar de desigualdad en el interior de las propias naciones. Las naciones pobres siempre han sido las más desfavorecidas, pues concentran el ingreso en pocas manos.

En los países en desarrollo y las economías emergentes de mercado, las brechas en ingreso entre ricos y pobres son mucho más amplias que en los países de la OCDE. La desigualdad en el ingreso se está angostando en algunos países, aunque desde niveles muy elevados. Este es el caso de México y Chile; pero la relación entre el 10% más rico y el 10% más pobre aún permanece alrededor de 27:1 en estos países. Brasil redujo considerablemente la brecha entre ricos y pobres pero es aún 50:1, y en Suráfrica la desigualdad ha continuado aumentando y está ahora por sobre 100:1. Tal como es en los países de la OCDE, es la desigualdad de ingresos de mercado lo que manda la distribución, exacerbada por mercados informales grandes donde las ganancias son típicamente bajas y los sistemas de beneficio por impuestos son mucho menos redistributivos que en la mayoría de los países OCDE.<sup>37</sup>

36. *Ibid.*, p. 246.

37. Organisation for Economic Co-operation and Development, *All On Board: Making Inclusive Growth Happen*, OCDE, 2014, p. 9.

Y lo que es más, ante el advenimiento de la era neoliberal producto de la crisis mundial de los años setenta del siglo xx, el primer mundo, que había gozado de décadas de auge y práctica abolición del desempleo y la pobreza, comenzó a caer en una espiral de decadencia económica para amplios sectores de su población. Parecería que el capital, a falta de regiones a donde expandirse y de donde obtener mano de obra barata, comenzó a depredar a su propia población. La globalización desigual centro-periferia que permitía tener una idea muy clara entre naciones ganadoras y naciones perdedoras durante la era de los estados de bienestar comienza a desdibujarse un poco en el siglo xxi, ya que, ante los límites a la expansión geográfica del capitalismo, los capitales metropolitanos comienzan a explotar a su propia mano de obra como si se tratara del tercer mundo. Claro que la distinción centro-periferia se mantiene, y nunca será lo mismo la pobreza de la periferia que la de los centros, pero aun así hay zonas significativas dentro de las metrópolis del sistema-mundo que recuerdan bastante a los *slums* de la periferia.

Así, lo que Nigel Harris calificó como la posibilidad de la muerte o el “fin del tercer mundo” porque países —como Corea— se incorporarían al primer mundo, ha resultado más bien en el *nacimiento del cuarto mundo*. Un “mundo”, a diferencia de los tres “mundos” que caracterizaron al siglo anterior, que no posee fronteras circunscritas e incluye por igual zonas tanto de las periferias como de los centros del capitalismo contemporáneo. Donde, por contraste con la segregación tradicional —determinada en función de la identidad étnica, racial o religiosa—, la exclusión —que, en tanto producto de la actual revolución tecnológica, no constituye un fenómeno ajeno sino integrado a la fase actual de la mundialización capitalista— impacta a barrios, ciudades, estados y hasta regiones enteras. Puede reconocerse en las *favelas* brasileñas y el sur del Bronx, en Burkina Faso y La Courneuve,

en Kamagasaki y Chiapas, en Sachsen-Anhalt y las chabolas de Bangalore, en los barrios marginales mexicanos o el sur de Irak.<sup>38</sup>

En conclusión, a lo que hemos llegado luego de algunos siglos de historia capitalista ha sido a una constante agudización de la desigualdad, tanto entre países periféricos y centros, como en el interior de las mismas naciones (con especial énfasis en el interior de los países periféricos). La riqueza y la producción están cada vez más concentradas, pero el desempleo y la pobreza ya dejaron de ser endémicos sólo de las periferias (aunque las periferias mantienen su estatus de subordinación y la tendencia es constante). La industria ha llegado a casi todos los rincones del planeta, pero no en las mismas condiciones; el continente africano es un claro ejemplo de una región donde se vive un “apartheid tecnológico”, pero que mantiene un nexo con la industria de los centros a través de su mano de obra y sus recursos naturales. La desindustrialización y la industrialización constantes son un signo del avance y las crisis cíclicas del capitalismo, pero sólo los centros mantienen la industria de vanguardia de manera fija. La convergencia de algunas semiperiferias con los países capitalistas avanzados ha sido producto de su rechazo al intervencionismo extranjero, pero la tendencia secular es a mantener un sistema altamente diferenciado entre un centro hiperdesarrollado y una periferia atrasada. El mantenimiento de las ganancias monopólicas y el estatus hegemónico de las metrópolis depende de ese estado de cosas; sin embargo, hemos llegado a una época donde el crecimiento de los países centros comienza a ser muy bajo, ya hablemos de un estancamiento secular o de la tesis del crecimiento lento lanzada por Piketty (véase el apartado anterior); *parecería que el mundo capitalista se ha sobrecargado geográficamente.*

38. Luis Arizmendi y Julio Boltvinik, “Autodeterminación como condición de desarrollo en la era de la mundialización de la pobreza”, *Mundo Siglo XXI*, núm. 9, México, CIECAS-IPN, verano de 2007, p. 41.

Las periferias son entonces más subordinadas, y no menos, como creían algunos teóricos del crecimiento y la convergencia tecnológica; el dismantelamiento de los estados de bienestar ha significado un retroceso histórico en términos de reducción de la desigualdad (la cual se ha disparado con el neoliberalismo), por lo que algunos autores (por ejemplo Stiglitz, Krugman, Piketty) hablan de la posibilidad de una nueva reacción proteccionista (o neokeynesiana) para cambiar la forma actual de acumulación de capital y permitir el desarrollo de las periferias. Debemos entonces estudiar las tendencias de este mundo cada vez más tupido geográficamente por el capital, cada vez más urbanizado y cada vez con menor margen para el crecimiento; es necesario conocer los límites de la dependencia. Algunas de las tendencias que todavía faltan por analizar, pero que van indisolublemente ligadas a este posible límite geográfico, las abordaremos en próximos apartados; por ahora podríamos continuar analizando el problema de la pobreza, porque hasta ahora hemos discutido en términos de desigualdad y sabemos que pobreza y desigualdad son dos cosas en extremo distintas. Veamos, pues, cuál es la dinámica de la pobreza y la polarización, y cómo puede también tener un impacto a largo plazo en el desarrollo del capitalismo.

## **POLARIZACIÓN Y POBREZA**

Cándido, aterrado, sobrecogido, desesperado, ensangrentado, se decía: “Si éste es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo serán los otros?”

VOLTAIRE, *Cándido o el optimismo*

La desigualdad es, entonces, una constante histórica en la historia capitalista y el crecimiento constante de esa desigualdad ha sido también una variable fija; lo que es necesario preguntarse ahora es

si se trata de una dinámica de la desigualdad que además genera y reproduce la pobreza histórica. Una cosa es segura: la pobreza sí es una constante de la historia capitalista; nadie discute esto, ni siquiera la ultraderecha más recalcitrante. *Lo que en realidad es el centro del debate es la magnitud de la pobreza y, en segundo término, su evolución histórica*, algunos alegando que desaparecerá, otros que aumentará y otros tratándola como una variable fija e inevitable. Lo que es más apremiante analizar es si el capitalismo puede o no permitirse masas tan amplias de pobres y excluidos, y qué relación ha llevado a través de la historia con ellos en sus distintas manifestaciones, cómo se sirve de ellos para reproducirse y, en última instancia, si puede existir un capitalismo sin pobres.

En una era como la actual, en la que la información estadística concerniente al estudio de poblaciones parecería tan viable y accesible —por lo que no habría motivo para dudar de su veracidad—, paradójicamente las cifras se vuelven más nebulosas. El problema tal vez sea que quienes producen las cifras son los mismos que se encargan de “combatir” la pobreza, a la vez que son quienes se encargan de promover las políticas económicas destinadas a incrementar las ganancias del capital. En general, tenemos que creer a las organizaciones gubernamentales en turno, a las instituciones multinacionales y demás organismos político-económicos las cifras que nos proporcionan sobre una problemática tan delicada como es la pobreza, esperando, además, que las mediciones sean imparciales y libres de todo “conflicto de intereses”. Para muchos científicos sociales, la realidad es que “los gobiernos del G-7 y las instituciones globales como el FMI, el Banco Mundial y la OMC, casualmente, niegan el aumento del grado de pobreza en el mundo. Ocultan las realidades sociales, manipulan las estadísticas oficiales, distorsionan los conceptos económicos”.<sup>39</sup>

39. Michel Chossudovsky, *Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial*, México, Siglo XXI, 2013, p. 36.

En la actualización de 2012 del Banco Mundial (BM) sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), milagrosamente los datos parecen más alentadores que los de años previos. De acuerdo con Thomas Pogge, catedrático de la Universidad de Yale, la supuesta reducción de la pobreza extrema a casi la mitad, como lo pretendían los ODM,

constituye una realización aparente que se suscita por el efecto de tres factores: 1) porque la magnitud absoluta de la población objetivo disminuye si se modifica el año base; 2) porque la magnitud absoluta de la población objetivo disminuye si se reduce la base geohistórica exclusivamente a los países menos desarrollados, y 3) porque, en la historia real, no han disminuido sino aumentado tanto el hambre como la pobreza en el mundo.<sup>40</sup>

El truco no está tanto en modificar los datos crudos (de los cuales también habría que dudar) sino en cómo se les presenta:

Pero, ¿cómo pueden estas dos conclusiones estar juntas? ¿Cómo coexisten, por un lado, la imagen de que hemos tenido un avance miserable de sólo 4.4% en la reducción de personas muy pobres en un periodo de 27 años [de 2 585 millones en 1981 a 2 471 millones en 2008] y, por otro, que hemos tenido un éxito espectacular al reducir la pobreza a la mitad cinco años antes de la fecha objetivo, que es 2015? [...] Todo depende de qué cifras se elijan y cómo se les presente. El ODM 1 sigue la trayectoria de los pobres no en términos de su *número* sino como un *porcentaje* de la población de los países menos desarrollados. Debido a que la población de estos países crece muy rápidamente, el porcentaje de las personas

40. Thomas Pogge, "Crítica al progreso cosmético de la pobreza y el hambre del Banco Mundial y los Objetivos del Milenio", *Mundo Siglo XXI*, núm. 34, México, CIECAS-IPN, 2014, p. 5.

pobres disminuye aun cuando su número permanezca constante. El mismo avance de 1981 a 2008, en lo relativo a las personas que viven por debajo de la línea de la pobreza de los dos dólares al día, se puede expresar como una disminución del 4.4% en su *número* o como una disminución del 38.2% en su *porcentaje* (pasando de 0.696 a 0.430 de la población de los países menos desarrollados).<sup>41</sup>

Éste y más trucos estadísticos son usados desde hace tiempo por el Banco Mundial y compañía; pero no importa cómo se presenten los datos, la simple noción de que *más de un tercio de la humanidad viva con menos de dos dólares al día* ya debería ser por sí sola inaceptable y no habla de ninguna manera de un capitalismo que traiga progreso para el ancho de la especie. Pero no todo acaba ahí: la línea de la pobreza establecida arbitrariamente por el Banco Mundial y reproducida por otros organismos se fijó en 1.25 dólares al día, por lo que muchos de esos afortunados individuos que ganan entre 1.25 y dos dólares diarios no pueden ser considerados pobres, y así el Banco Mundial puede presentar un escenario progresista apoyado por estadísticas. ¿Pero quién puede vivir con un dólar diario? ¿Es posible con esa cantidad cubrir todas las necesidades de salud, vivienda, educación, alimentación y trabajo digno estipuladas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos?

Si observamos el problema no desde el maniqueo mirador del dinero (la medición favorita de los dueños del mundo porque impide contemplar el desastre en términos humanos) y lo abordamos desde una arista más inmediatamente humana como es la del problema del hambre, de inmediato nos damos cuenta de que hay algo que no cuadra en los festejos con bombo y platillo del Banco Mundial, pues hay una discrepancia sugerente entre la supuesta disminución de la pobreza y el aumento del hambre en el

41. *Ibid.*, pp. 7-8.



mundo. Por supuesto que el BM ha notado esta discrepancia y no logra explicársela (a veces intenta lanzar explicaciones sugiriendo que el problema no es que la gente no tenga dinero sino que hay desabasto en los mercados, lo que de cualquier manera indica una distribución inequitativa de la riqueza); la existencia separada de una institución como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación (FAO, por sus siglas en inglés), que hace mediciones propias, lo pone en un aprieto:

En nuestro Apocalipsis de entresiglos el jinete del hambre es el más fiero. En 1992 se calculaba que 848 millones de personas se iban a dormir mal comidas, para 2008 los hambrientos eran 923 millones y para 2011 pasan de mil millones. Jacques Diouf, hasta hace poco director general de la FAO, ha dicho que, como van las cifras, el objetivo del milenio consistente en reducir el hambre a la mitad, que se había programado para 2015, no se alcanzará sino hasta 2150. Así las cosas nos esperan cuando menos seis generaciones más de hambrientos.<sup>42</sup>

Recientemente, en un intento por solucionar la disparidad estadística que los aleja a ojos del público del cumplimiento de los ODM, el BM ha persuadido a la FAO de cambiar la definición de *desnutrición crónica* para reducir de un plumazo el número de hambrientos. Además de tan artera artimaña también han elegido presentar las cifras sobre alimentación recurriendo a trucos estadísticos que reflejen un falso progreso, cambiando números por porcentajes, modificando el año base del estudio, alterando la población objetivo; en suma, utilizando los mismos recursos ya mencionados en el maquillaje de las cifras sobre pobreza:

42. Armando Bartra, *Hambre: dimensión alimentaria de la gran crisis*, México, MC Editores/UAM Xochimilco, 2013, p. 29.

A pesar de que esta promesa señalaba que el número de personas con desnutrición crónica sería reducido a la mitad de su nivel en 1996, la promesa del ODM 1 prevé reducir a la mitad el porcentaje de personas que padecen de desnutrición crónica en relación con la población de los países menos desarrollados en 1990 [...] De nuevo, el efecto de la reinterpretación es espectacular: 202 millones de seres humanos se suman al número de aquellos cuya desnutrición crónica será considerada como aceptable o incluso será celebrada como un éxito en el año 2015. En lugar de tener el objetivo de reducir la cifra de 1996 en 394 millones, se apunta a reducirla en sólo 192 millones —logrando de nuevo más de la mitad del avance inicialmente prometido en contra de la desnutrición crónica de un plumazo, simplemente modificando la interpretación de los objetivos—. En lugar de admitir un vergonzoso retroceso del 17% en la lucha contra la desnutrición crónica para el 2010, estamos anunciando un avance del 17 por ciento.<sup>43</sup>

A pesar de todos los esfuerzos del BM por presentar las cifras bajo la luz del progreso, la realidad se escurre a través del tupido maquillaje. Es claro el interés del BM y del Fondo Monetario Internacional (FMI) por aparentar que todo está bien; aún más si tomamos en cuenta que han sido sus políticas económicas las que desde hace ya varias décadas han provocado la agudización de esta “globalización de la pobreza”. La receta es por todos conocida: reducción de salarios y prestaciones laborales, destrucción de sindicatos, liberalización económica, desmantelamiento del Estado de bienestar, privatización de todos los sectores de la economía (incluyendo salud y educación), y demás mandamientos establecidos en el decálogo del Consenso de Washington que en todo atentan contra la calidad de vida de la fuerza de trabajo planetaria:

43. Thomas Pogge, *op. cit.*, p. 10.

Así, el Banco Mundial va derecho al grano, sin remilgos ni circunloquios: “Una mayor flexibilidad del mercado de trabajo —a pesar de su mala reputación, ya que el término es un eufemismo por reducciones salariales y despidos masivos— es esencial para todas las regiones que emprenden reformas profundas”. El FMI eleva el tono: “Los gobiernos europeos no deben permitir que el temor a las consecuencias de sus acciones sobre la distribución de los ingresos les impida lanzarse con audacia a una reforma de fondo de los mercados laborales. La flexibilización de éstos pasa por la reestructuración del seguro al desempleo, el salario mínimo legal y las disposiciones que protegen el trabajo”.<sup>44</sup>

Plantados en este escenario en el cual las causas estructurales de la pobreza (promovidas por los portavoces de los ODM) no se quieren modificar, es que la lucha contra la pobreza adquiere la forma del juego de las apariencias; fingir que no pasa nada maquillando cifras, por un lado, y creando estrategias de combate a la pobreza encaminadas sólo a atender los síntomas y no las causas, por otro. Es por esto que “la adopción de los ODM parece indicar que las instituciones de las Naciones Unidas, tras varias décadas de desarrollo fallido, han abandonado el intento de tratar de remediar las causas de la pobreza y se han concentrado, por el contrario, en atacar sus síntomas”.<sup>45</sup> La economía paliativa y asistencialista ha sustituido a la economía del desarrollo simplemente porque para los grandes capitales el desarrollo de las economías de la periferia (principalmente) y de la calidad de vida de amplios sectores de la población (incluida la de los centros desarrollados) no es un escenario ideal de extracción de ganancias: “En el amanecer del nuevo milenio, esta disminución global del nivel de vida no es el resultado de una escasez de recursos productivos [...] *Este nuevo*

44. Viviane Forrester, *El horror económico*, México, FCE, 2012, p. 101.

45. Erik S. Reinert, *op. cit.*, p. 242.

*orden económico internacional se alimenta de la pobreza y de la mano de obra barata*”.<sup>46</sup>

Recordemos que este nuevo orden económico internacional es producto de la crisis del keynesianismo basado en la idea del Estado de bienestar y de mecanismos proteccionistas que promovieran el desarrollo industrial de las distintas naciones. Ante la constante necesidad capitalista de expansión, los grandes capitales empezaron a vérselas negras en términos de ganancias:

La revolución keynesiana contra el *laissez-faire* le estaba saliendo muy cara al sector privado. Lo que hacía falta para recuperar el terreno perdido era claramente una contrarrevolución contra el keynesianismo, un retorno a una forma de capitalismo que tuviera incluso menos trabas que el capitalismo de antes de la Depresión.<sup>47</sup>

Tal como lo analizábamos en el apartado anterior, cuando estudiábamos la dinámica histórica de la subordinación de la periferia a los centros desarrollados, la dependencia depende en gran medida del desarrollo industrial subordinado, y en un contexto keynesiano que comenzaba a permitir el desarrollo al menos de ciertos sectores periféricos, la capacidad económica de los países ricos enfrentaba un dilema; fue así que la reacción “neoliberal” apareció como un mecanismo de fuerza para reimponer el *statu quo*:

En mi opinión, el proceso de globalización que ha tenido lugar desde mediados de la década de 1980 —pero sobre todo desde la caída del muro de Berlín— ha cobrado la forma de un plan Morgenthau. Las débiles economías del ex segundo y tercer mundo —metafóricamente “en transición”— se han visto sometidas a terapias de choque, convirtiéndolas literalmente, de la noche a la

46. Michel Chossudovsky, *op. cit.*, p. 13.

47. Naomi Klein, *op. cit.*, p. 87.

mañana en algunos casos, en un libre comercio sin trabas. Un país como Mongolia vio cómo 90% de su industria desaparecía en tan sólo dos o tres años; en países como Rusia y Perú la mitad de los empleos industriales se perdieron en unos pocos años frenéticos que también vieron reducirse a la mitad los salarios reales. La relación entre tales pérdidas de empleo y de salarios reales no es casual. La globalización se ha convertido en un nuevo proceso de “colonización” mediante lo que era en realidad un plan Morgenthau: una colonia, ahora como hace cinco siglos, es fundamentalmente un país al que sólo se permite producir materias primas.<sup>48</sup>

Pero el nuevo problema de esta liberalización a ultranza, en un momento en que la fábrica capitalista se vuelve “deslocalizada” basada en una economía de mano de obra barata en las periferias, es que la estabilidad del trabajo que la clase obrera de los centros conoció (producto de largas conquistas históricas) empieza a desaparecer. Así,

el escándalo consiste en que, lejos de ver a las regiones siniestradas salir del desastre y alcanzar a las naciones prósperas —como se pudo creer, como se creyó que se podía creer—, se asiste a la instauración del desastre en sociedades hasta ahora en expansión y en todo caso tan ricas como antes, pero donde los modos de apropiación de las ganancias sufrieron transformaciones.<sup>49</sup>

Aunque las fábricas se deslocalizan moviéndose a donde la mano de obra es más barata, esto no significa que el tercer mundo se esté industrializando y diversificando su producción manufacturera; significa más bien que ahora la materia prima barata también es la mano de obra. La producción no forma parte de la riqueza del país que se convierte sólo en una plataforma de ensamblaje y

48. Erik S. Reinert, *La globalización de la pobreza*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 182.

49. Viviane Forrester, *El horror económico*, México, FCE, 2012, p. 46.

exportación donde los beneficios acaban en los bolsillos de los capitalistas de los países ricos.

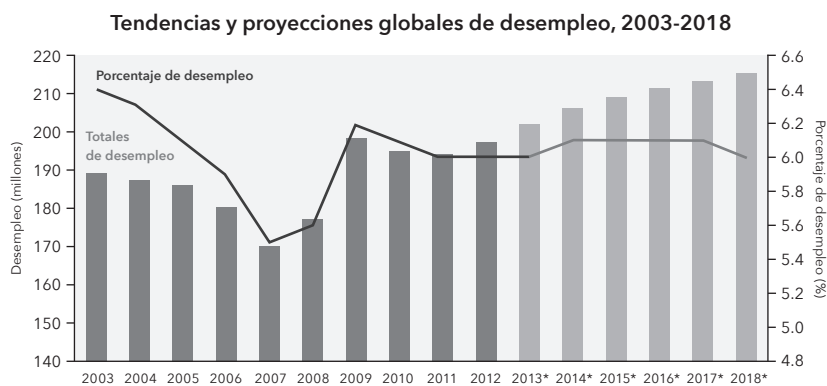
Este desarrollo mundial de industrias de mano de obra barata (en áreas manufactureras cada vez más sofisticadas y pesadas) se basa en la contracción de la demanda interna en las economías individuales del tercer mundo y en la consolidación de una mano de obra industrial barata, estable y disciplinada dentro de un medio político “seguro”. Este proceso se apoya en la destrucción de la manufactura nacional para el mercado interno (esto es, las industrias de sustitución de importaciones) en los países individuales del tercer mundo y en la consolidación de una economía de exportaciones de mano de obra barata. Con la conclusión de la Ronda de Uruguay en Marrakech y el establecimiento de la Organización Mundial de Comercio en 1995, las fronteras de estas “zonas de libre comercio” de mano de obra barata se han extendido para abarcar todo el territorio nacional de los países en vías de desarrollo.<sup>50</sup>

Entonces hablamos no sólo de pobreza en general, sino también de pobreza laboral, pobreza alimentaria, pobreza de capacidades. Y lo que es peor, en este mundo del siglo XXI el desempleo también es una constante que no para de crecer; la mano de obra barata a disposición del capital transnacional también provoca que el ejército industrial de reserva se mundialice presionando constantemente los salarios a la baja. Según Erik S. Reinert (amparado en datos de la OCDE), los salarios reales no han dejado de descender en muchos países desde su máximo histórico alcanzado en 1970. Luego de la crisis de 2008, la más profunda de la historia capitalista, al parecer la recuperación del capital fue rápida; la pérdida de ganancias no se prolongó por tanto tiempo como durante la crisis de 1929 o durante

50. Michel Chossudovsky, *op. cit.*, p. 84.

la crisis mundial de los años setenta del siglo xx. Sin embargo, la crisis para la fuerza de trabajo se sigue prolongando, y a decir de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) podríamos empezar a hablar en el largo plazo de una “recuperación sin empleos”:

La tasa de desempleo global permaneció en 6% de la fuerza de trabajo global, sin cambios desde 2012. El número de desempleados alrededor del mundo se estima que ha alcanzado 201.8 millones en 2013, un incremento de 4.9 millones de un revisado 196.9 millones el año previo. Hubo 31.8 millones más de personas desempleadas alrededor del mundo en 2013 que en 2007, previo al comienzo de la crisis económica global. Sobre la base de proyecciones macroeconómicas actuales, la OIT espera poca mejora en el mercado de trabajo en 2014, con la tasa de desempleo global ascendiendo hasta 6.1% y el número de desempleados aumentando por 4.2 millones más.<sup>51</sup>



Nota: \* Los datos de 2013 son estimaciones preliminares. Esta gráfica muestra tendencias pasadas y proyecciones del desempleo a escala global.

Fuente: ILO, *Trends Econometric Models*, octubre de 2013.

51. International Labour Organization, *Global Employment Trends 2014, Risk of a Jobless Recovery?*, Ginebra, International Labour Office, 2014, p. 17. [La traducción es del autor.]

Nos encontramos ante el ejército industrial de reserva más grande de la historia capitalista; tal vez el indicador global de 6% de desempleo suene a poco para algunos. Sin embargo, si vemos el problema por regiones, el escenario es aún menos amigable: países como España, Grecia y Portugal sobrepasaban tasas de desempleo de 20%; luego del estallido de la crisis, llegaban a alrededor de 40% en población joven y sobrepasaban 50% en población inmigrante ilegal. En general, “el crecimiento del empleo se deterioró en toda región geográfica a excepción del Sur de Asia y África del Norte. De hecho, fue la fuerte aceleración del crecimiento del empleo en el Sur de Asia lo que ayudó a mantener estable el crecimiento del empleo global en 2013 comparado con 2012”.<sup>52</sup>

Pensadores como Jeremy Rifkin<sup>53</sup> y Viviane Forrester comenzaban a hablar, a fines del siglo pasado, del *fin del trabajo*; creían que la constante e imparable tendencia del desempleo a aumentar también era producto de los avances tecnológicos, de la sustitución del hombre por la máquina. Ésta es, en realidad, una lógica propia de lo ya anunciado por Marx en *la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia*; pero como bien lo enuncia la ley, la sustitución total del hombre por la máquina es imposible para el capital, pues la ganancia depende del trabajo vivo, de la explotación de plusvalor. La máquina reduce el valor de cada mercancía individual, por lo que, para mantener el nivel de ganancias, es necesario producir a escalas masivas. La total aniquilación del trabajo es un sueño comunista (“que las máquinas hagan lo que el hombre no quiera”), pero bajo el esquema del capital que depende de la explotación del trabajo, la contradicción entre la tendencia a la sustitución del trabajo vivo por trabajo muerto y la necesidad de trabajo vivo para la extracción de ganancias es permanente. Esto explica también la tendencia a que

52. *Ibid.*, p. 16.

53. Cf. Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Barcelona, Paidós, 2004.



durante las crisis de sobreproducción de capital, la destrucción de infraestructura, de maquinaria, sea la norma, y explica también los cíclicos procesos de industrialización y desindustrialización de las periferias. La competencia intracapitalista es un constante intento por destruir la industria rival.

La tendencia a la sustitución del trabajo por la máquina es constante y en los hechos vuelve superflua a una cantidad impresionante de población, a la vez que la hace necesaria como ejército industrial de reserva que mantenga salarios bajos. En un panorama como el descrito tampoco hay que olvidar que las cifras de desempleo manejadas aparecen menos escandalosas de lo que podrían ser debido a que no se hace diferencia entre empleos formales y empleos informales; si la industria expulsa cada vez a más trabajadores y la economía legal no puede absorber el excedente es lógico que la población de excluidos no quiera dejarse morir de hambre. Es por esto que a la par del incremento de la pobreza y el desempleo también crece de forma impresionante el ahora llamado sector de la economía informal: *el proletariado deja de ser en su mayoría un proletariado industrial para convertirse en un proletariado informal*:

En conjunto, de acuerdo con *The Challenge of the Slums* [un reporte publicado en 2003 por la ONU-HÁBITAT], los trabajadores informales representan cerca de dos quintos de la población económicamente activa del mundo en vías de desarrollo. En opinión de los investigadores del Banco de Desarrollo Interamericano, la economía informal emplea en la actualidad a 57% de la mano de obra latinoamericana y proporciona cuatro de cada cinco nuevos “puestos de trabajo”. Otras fuentes afirman que más de la mitad de los indonesios de las ciudades y 65% de los residentes de Dhaka subsisten gracias al sector informal. *The Challenge of the Slums* cita asimismo el descubrimiento de una investigación de acuerdo con el cual la actividad económica informal representa de 33 a 40% del

empleo urbano en Asia, de 60 a 75% en América Central y 60% en África. De hecho, en las ciudades subsaharianas, la creación de “puestos de trabajo formales” prácticamente ha dejado de existir.<sup>54</sup>

Y esto es sólo la mitad del problema; el capitalismo empuja constantemente a la desruralización del planeta, por lo que la miseria comienza a concentrarse en centros urbanos, y si algo es seguro es que la pobreza urbana muchas veces es peor que la pobreza rural. Asistimos al fin de los “semiproletarios” y de las economías de autosubsistencia, y ahora el dinero como único medio de socialización y conexión con el sistema global de necesidades comienza a monopolizar la reproducción de la vida (como Marx lo previera viendo a través de *la ley del valor* y de *la ley general de la acumulación capitalista*); de ahí que también la medición predilecta del BM sobre pobreza sea en términos de dinero. En la era de mayor producción de riqueza de la historia humana, “los residentes de áreas urbanas hiperdegradadas constituyen un asombroso 78.2% de la población urbana de los países menos desarrollados y al menos un tercio de la población urbana global”.<sup>55</sup> Son los nuevos *condenados de la tierra* de los que hablaba Frantz Fanon:

Toda una red estrechamente tramada, casi una tradición, les impide adquirir los medios legales de vida, así como la correspondiente razón para vivir. Marginales por su condición, definidos geográficamente antes de nacer, réprobos de entrada, son los “excluidos” por excelencia. Por algo habitan esos lugares concebidos para convertirse en guetos. Antes, guetos obreros. Hoy, guetos de gente sin trabajo ni perspectivas.<sup>56</sup>

54. Mike Davis, “Planeta de ciudades-miseria: involución urbana y proletariado informal”, en *Urbanizar la miseria, New Left Review en Español*, núm. 26, p. 25.

55. *Ibid.*, pp. 12-13.

56. Viviane Forrester, *El horror económico*, México, FCE, 2012, p. 65.

Y si hablamos del largo plazo, de las perspectivas de futuro, el paisaje se torna más desolador:

Pero a las áreas urbanas hiperdegradadas, por más mortíferas e inseguras que sean, les espera un futuro radiante. Durante un breve lapso de tiempo, el campo seguirá conteniendo a la mayoría de los pobres del mundo, pero este dudoso privilegio pasará a manos de las áreas urbanas hiperdegradadas aproximadamente en 2035. Por lo menos la mitad de la explosión demográfica urbana que se producirá en el tercer mundo se ingresará en la cuenta de las comunidades informales. Dos mil millones de habitantes de áreas urbanas hiperdegradadas para 2030 o 2040 es una perspectiva monstruosa, casi incomprensible, pero la pobreza urbana se superpone y excede a estas áreas *per se*.<sup>57</sup>

Y el ritmo de la acumulación de capital no parece desacelerarse; al contrario, cada vez se torna más frenético: “La urbanización ha jugado un rol particularmente activo, al lado de fenómenos tales como los gastos militares, en absorber el producto excedente que los capitalistas perpetuamente producen en su búsqueda de ganancias”.<sup>58</sup> ¿Pero qué escenario nos espera cuando el mundo en su totalidad haya sido transformado en urbes y ese mecanismo extraordinario de producción de ganancias deje de funcionar como lo ha venido haciendo durante siglos? A China, por ejemplo, que aún crece a escalas exorbitantes, los días de crecimiento acelerado le están contados; ya vaticinaba Thomas Piketty que hacia 2050 se habrá puesto al corriente con el resto del mundo y comenzará un periodo de crecimiento lento. Pero por lo pronto los planes del capitalismo chino se mantienen tal como dicta la lógica capitalista:

57. Mike Davis, *op. cit.*, p. 17.

58. David Harvey, *The Right to the City*, *New Left Review*, núm. 53, septiembre-octubre de 2008, p. 23. [La traducción es del autor.]

La escala de la urbanización en China ha sido vertiginosa. Cientos de millones de personas se han movido a lo largo de las tres décadas anteriores, dejando el campo por salarios más altos en la ciudad. Esta tendencia continuará en los próximos 20 años, cuando China se mantenga como la principal fuerza liderando la urbanización global. La Economist Intelligence Unit (EIU) proyecta que el número de residentes urbanos en el país se incrementará por 268 millones entre 2010 y 2030, un incremento que es muy probable que represente un quinto del crecimiento de la población urbana global a lo largo de ese periodo [...] Prevenir el desarrollo de *slums* alrededor de las mayores ciudades del país permanece como una prioridad principal.<sup>59</sup>

Así las cosas, a pesar de las recuperaciones cíclicas del capital parecería que la crisis ya es continua desde hace décadas para la mayor parte de la población del planeta; *para amplios sectores de la población tal vez el capitalismo ya haya topado un límite*. El empuje del capitalismo de libre mercado tiene al mundo al límite, pero como bien podemos desprender del planteamiento de Karl Marx que viene desde el siglo XIX y luego del planteamiento de Immanuel Wallerstein que continúa la discusión, la forma neoliberal del sistema-mundo contemporáneo es tan sólo una forma extrema del mismo capitalismo de siempre; las tendencias históricas se mantienen pero ahora bajo una configuración más salvaje que la habitual a mediados del siglo XX. Lo que estaría por verse es si una reconfiguración neokeynesiana de la economía-mundo podría ayudar al capitalismo a mantenerse estable; pero si lo analizamos desde el punto de vista de la producción de ganancias y tomamos en cuenta que el actual orden económico internacional proviene de la crisis de la economía keynesiana, lo que más

59. The Economist Intelligence Unit, *China's Urban Dreams and the Regional Reality*, EIU Limited, 2014, p. 2. [La traducción es del autor.]

bien podríamos lanzar como hipótesis es que un ataque mundial neokeynésiano tal vez ayudaría a acelerar las contradicciones del sistema y a poner en jaque al capitalismo como sistema histórico. Por ahora dejemos esta discusión hasta aquí y continuemos tejendo el argumento completo abordando otras dinámicas seculares en próximos apartados.

## LA CRISIS DE LOS ESTADOS

El Ministerio de la Paz planea la guerra; el de la Verdad administra las mentiras que sostienen el régimen; el Ministerio del Amor, instrumenta la tortura, y el Ministerio de la Abundancia, administra el hambre. Tales contradicciones no son accidentales, ni resultado de la hipocresía corriente sino ejercicios de doble pensar.

G. ORWELL, 1984

Recordemos que Immanuel Wallerstein habla de la crisis de los estados relacionándola con su supuesto debilitamiento histórico a partir de la segunda mitad del siglo xx, luego de siglos de crecimiento y fortalecimiento constante. Empero, podríamos decir que el debilitamiento del que habla Wallerstein no ocurre en *términos absolutos*; él es muy consciente de que el Estado en general sigue robusteciéndose y es un pilar indispensable de la acumulación de capital a escala mundial. Podríamos decir que para Wallerstein el Estado y su supuesta “tendencia a desaparecer” se relaciona con un *debilitamiento relativo*, en proporción a la creciente escala de la acumulación, a la creciente tendencia a la “democratización” del mundo, a la caída histórica de la *tasa* de ganancia, y a la imparable desruralización y urbanización planetaria, todo lo cual (entre otras cosas) significa una carga en constante aumento para el Estado capitalista.

Según lo ya visto en el análisis del *límite político* en el capítulo anterior, la tendencia secular ha sido el incremento constante de la recaudación impositiva por parte de los estados: “A finales del siglo XVIII [...] en la época de Adam Smith y del despuntar de la economía clásica, los gobiernos casi no imponían ningún gravamen ni existían programas sociales, según los estándares modernos”,<sup>60</sup> pero desde entonces la participación del Estado en la vida pública ha conocido un auge sostenido, al menos en términos absolutos. Sin embargo, la idea completa postulada por Wallerstein sostiene que al tiempo en que esto sucede las demandas realizadas al Estado por el capital y la población en general se vuelven mayores, al punto en que el Estado se torna progresivamente incapaz de satisfacerlas. Es un círculo vicioso en el cual el Estado exige mayor participación de las ganancias del capital y el trabajo, y el capital y el trabajo exigen a su vez mayor apoyo de las instituciones estatales para garantizar la acumulación/reproducción a escala mundial.

El problema aparece cuando el ritmo de crecimiento de la estructura estatal es menor al ritmo de crecimiento de otras variables, y al parecer esto es justo lo que ha sucedido luego de la crisis del keynesianismo. Asistimos a

la pérdida de capacidad del llamado “Estado-nación” soberano, que durante la segunda mitad del siglo XX se convirtió en la forma casi universal de gobierno en todo el mundo, para ejercer las funciones básicas de mantenimiento del control sobre lo que sucede en su territorio [...] El mundo ha entrado en una época de estados inadecuados, y en muchos casos fracasados o a punto de fracasar.<sup>61</sup>

60. Peter H. Lindert, *El ascenso del sector público: el crecimiento económico y el gasto social del siglo XVIII al presente*, vol. 1, *La historia*, México, FCE, 2011, p. 17.

61. Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 44.

Parte de lo que ha sucedido es que el crecimiento histórico del Estado luego de siglos de auge se ha estancado en términos porcentuales en los países ricos, e incluso ha disminuido y continúa disminuyendo en los países pobres y en vías de desarrollo.

Mientras que la tasa de recaudación media en los países ricos mantuvo su crecimiento antes de estabilizarse (de 30-35% a principios de los años setenta a 35-40% desde 1980-1990), la observada en los países pobres e intermedios disminuyó de manera significativa. En África subsahariana y en el sur de Asia la tasa de recaudación promedio era ligeramente inferior a 15% en los años setenta y a principios de los ochenta, y cayó a apenas más de 10% en 1990-2000.<sup>62</sup>

Lo que algunos autores como Peter H. Lindert alegan es que la hipótesis de la “crisis del Estado de bienestar” es falsa por la sencilla razón de que “estancamiento” no es lo mismo que “crisis”, pero Lindert sólo toma en cuenta las transferencias en gasto social (que también se han estancado) sin relacionarlas con otras variables, además de reducir el núcleo de su análisis a países desarrollados (utiliza a Suecia como ejemplo paradigmático de cómo el Estado de bienestar no ha sido abandonado). Pero a la hora de intentar llevar el análisis al tercer mundo, es decir, a la periferia del sistema, no se puede asegurar que los mismos resultados se mantengan; su análisis, que comienza en el siglo XVIII para los países desarrollados, para el segundo y el tercer mundo es casi nulo. Simplemente se limita a hacer predicciones de lo que les espera diciendo que “los países del tercer mundo que tengan éxito en su industrialización y prosperen, aumentarán sus transferencias sociales siguiendo cursos paralelos, pero por lo general más altos que las vías hacia las transferencias sociales que siguieron las economías ya industrializadas en momentos

62. Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014, p. 543.

comparables en el pasado”.<sup>63</sup> El pequeño detalle, como vimos en los apartados anteriores, es que parte de la solución que el capital encontró para salir de la crisis de los años setenta, fue imponer procesos de desindustrialización en la periferia.

Esto sin tomar en cuenta que Lindert plantea un escenario de crisis de los sistemas de pensiones en los países de la OCDE y reconoce un “perturbador” aumento en el desempleo europeo, todo lo cual no suena a parte de la conocida receta de la época de los estados de bienestar. Por otro lado, vaticina que para que el sector público continúe creciendo es necesario un escenario de gran crecimiento económico, algo que, a decir de Thomas Piketty, no es viable en el largo plazo, cuando se espera también una estabilización del crecimiento económico cercana a 1%. Piketty cree que el gran aumento en recaudación fiscal luego de la posguerra se debió al periodo de reconstrucción económica en que las tasas de ganancia eran muy elevadas; pero a no ser que estalle una nueva guerra mundial y se espere un nuevo periodo de reconstrucción, las tasas de crecimiento al parecer no conocerán los niveles vistos durante la posguerra en los países desarrollados. Así, el sector público, aunque más grande en términos absolutos, no crece lo suficiente para absorber las progresivas demandas del capital, el trabajo, y la población en general, la cual es constantemente absorbida a la esfera de acción del capitalismo:

No es casualidad que se observe una estabilización [de los ingresos por impuestos] en todos los países ricos, sin importar las especificidades nacionales ni las alternancias políticas [...] Además, no es nada seguro que las necesidades justifiquen un incremento indefinido de las deducciones públicas. Desde luego, hay necesidades objetivamente crecientes en educación y salud que sin duda

63. Peter H. Lindert, *op. cit.*, p. 273.



pueden justificar un ligero incremento de las contribuciones en el futuro [...] En un mundo con un bajo incremento en la productividad, del orden del 1-1.5% [...] deben hacerse elecciones entre los diferentes tipos de necesidades, y no hay razón evidente para pensar que los impuestos deban financiar, a la larga, casi todas las necesidades.<sup>64</sup>

Hay otro interesante factor “descubierto” por Lindert en su análisis secular: lo que él denomina “paradoja de Robin Hood”, la cual consiste en que, en los momentos históricos cuando mayor es la desigualdad por ingresos y el ingreso promedio por habitante, menor es la redistribución del ingreso. Lindert no logra explicar el asunto por completo y lo cataloga de “sorprendente enigma”:

El sorprendente enigma es el siguiente: la historia revela una “paradoja de Robin Hood”, en que la redistribución de los ricos a los pobres está menos presente cuando y donde parece necesitársela más. Se supone que la política para combatir la pobreza dentro de cualquier sistema o jurisdicción política ayudará más a los pobres cuanto menor sea el ingreso promedio y mayor la desigualdad de los ingresos. A pesar de todo, tanto en el tiempo como en el espacio, la pauta común es la opuesta [...] tanto en todo el mundo como en los últimos tres siglos.<sup>65</sup>

Y bueno, éste es el escenario: la desigualdad actual es la más grande conocida en la historia capitalista, lo cual, por consecuencia lógica, nos lleva a pensar que la paradoja de Robin Hood vive niveles también históricos y ello no nos habla de un escenario de estados de bienestar. Piketty también “descubriría” esta misma “paradoja”, afinándola un poco más al plantear la hipótesis de que si la tasa de

64. Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014, pp. 532-533.

65. Peter H. Lindert, *op. cit.*, p. 27.

ganancia del capital (tasa de retorno) crece más de lo que crece la economía, por lógica la desigualdad irá en aumento.<sup>66</sup> Nuevamente, éste es el escenario actual, y no es coincidencia, los grandes capitales promueven este panorama para mantener estable la tasa de ganancia.

*La economía mundial entró en crisis y desde aquellos años hace un esfuerzo denodado por recuperar la tasa de ganancia y alcanzar un nuevo ciclo de crecimiento. En esta tarea, el capitalismo acelera e intensifica sus tendencias a operar en términos mundiales, para convertir a la economía mundial en el espacio en donde pone en marcha los diversos mecanismos que contrarresten la caída de la tasa de ganancia y que le permitan superar la fase depresiva.*<sup>67</sup>

Para mantener estable la tasa de ganancia, el capital mundializado de fines del siglo xx y principios del XXI ha recurrido a la aplicación sistemática y constante de todas las causas contrarrestantes de la caída de la tasa de ganancia; la desigualdad y la pobreza funcionan como mecanismos en ese sentido. El neoliberalismo como un todo en sí es un gigantesco mecanismo para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia de manera constante, por lo cual Jaime Osorio lanza la propuesta de analizar la época a la que entramos luego de 1960 como algo nuevo en la historia del capitalismo, no porque deje de ser capitalismo, sino al contrario, porque es una época en que todas las contradicciones se acentúan a escala planetaria y las

**66.** Este gran descubrimiento es más bien una noción ya bastante vieja, por ejemplo presente en los trabajos de Samir Amin: "Una tasa de crecimiento del valor estimado del patrimonio superior al de la economía implica necesariamente una división del PIB cada vez más desigual en beneficio de las rentas del capital". Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil: por un siglo XXI no americano*, España, El Viejo Topo, 2003, p. 84.

**67.** Jaime Osorio, *El Estado en el centro de la mundialización: la sociedad civil y el asunto del poder*, México, FCE, 2014, p. 148.

causas que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia se mantienen ya no como mecanismos de excepción sino como la norma.

Aquí se encuentra la diferencia entre lo que se conoce propiamente como *globalización* (que según Wallerstein viene del siglo xvi) y *mundialización* (que según Osorio es un fenómeno reciente). En términos de estados, lo que la *mundialización* ha traído no es una desaparición del poder del Estado-nación, sino todo lo contrario: “Con la mundialización el ejercicio desigual de la soberanía entre estados centrales y periféricos se acentúa, al tiempo que afecta también a estados centrales”.<sup>68</sup> Esto es fácil de demostrar rememorando un poco los datos presentados en lo que va de este capítulo 5: la imagen de la desaparición del Estado tan en boga desde finales del siglo xx hace que a nivel de apariencias se piense que la distinción entre centros y periferias es cosa del pasado, cuando la realidad demuestra todo lo contrario:

No se asiste al “fin de la geografía”, si por ello se quiere suponer el accionar de un capital sin asientos territoriales, el cual circularía por redes desjerarquizadas y sin núcleos de articulación, en la imagen propuesta por [Manuel] Castells [...] Por el contrario, en la nueva etapa la reproducción otorga nuevos bríos a la conformación de economías imperialistas y economías dependientes, de *núcleos espaciales privilegiados de acumulación*, frente a vastos territorios en donde predomina la *desacumulación*.<sup>69</sup>

Es así que podemos hablar de una diferenciación espacial en lo referente a la “crisis de los estados”: no en todo el sistema-mundo se vive la crisis de la misma manera, y no todos los estados se han replogado siguiendo los mismos principios. Los centros continúan con un ejercicio en extremo fuerte de su soberanía mientras imponen

68. *Ibid.*, p. 158.

69. *Ibid.*, p. 151.

a las periferias un ejercicio diferenciado de la suya mediante el cual se hace uso de clases políticas nacionales muy fuertes, aliadas con parte de la burguesía local, para mantener a las periferias listas para ser explotadas por el capitalismo transnacional con sede en los países hegemónicos: “El supuesto *semi-Estado-nación* que hubo y que hoy existe en las regiones dependientes *es el tipo de Estado* que requieren los intereses sociales internacionales y locales que profitan del mundo que el capital construye”.<sup>70</sup> De esta manera, la tesis sostenida por Michael Hardt y Antonio Negri (entre otros muchos teóricos de la globalización), sobre la desterritorialización del capitalismo, que así tendería a homogeneizar el estatus de la calidad de vida planetaria, es insostenible. La concentración geográfica de la riqueza ahora es más grande que nunca en la historia del capitalismo:

Con relación a la declarada desaparición de las empresas nacionales, un simple test bastaría para demostrar el insanable equívoco de esa tesis [...]. ¿Pueden Hardt y Negri desconocer que las 200 megacorporaciones que prevalecen en los mercados mundiales registran ventas por un total combinado mayor que la totalidad de los países del planeta excepto los nueve mayores? [...] La retórica de los ideólogos de la globalización neoliberal no alcanza a disimular el hecho de que 96% de esas 200 empresas globales y transnacionales tienen sus casas matrices en ocho países, están legalmente inscritas en los registros de sociedades anónimas de ocho países, y sus directorios tienen su sede en ocho países del capitalismo metropolitano. Menos de 2% de los miembros de sus directorios son extranjeros, mientras que más de 85% de todos los desarrollos tecnológicos de las firmas se originan dentro de sus “fronteras nacionales”. Su alcance es global, pero su propiedad y sus propietarios tienen una clara base nacional. Sus ganancias

70. *Ibid.*, p 170.

fluyen de todo el mundo hacia su casa matriz, y los créditos necesarios para financiar sus operaciones mundiales son obtenidos convenientemente por sus casas centrales en los bancos de su sede nacional a tasas de interés imposibles de encontrar en los capitalismo periféricos, con lo cual pueden desplazar fácilmente a sus competidores.<sup>71</sup>

¿Qué es entonces lo que le da el estatus de potencia hegemónica a una potencia hegemónica? Ya mucho de esto lo discutimos en el capítulo anterior (véase el apartado sobre el *límite político*); lo que ahora queda por hacer es sistematizar los elementos que fungen como pilares de la hegemonía mundial para estudiarlos con detenimiento en el volumen dos de esta misma investigación. Podemos partir de Samir Amin para realizar un primer acercamiento al fenómeno, quien plantea la idea de cinco *monopolios estratégicos* que deben poseer las grandes potencias para garantizar el dominio sobre la configuración del sistema-mundo:

Gradualmente el eje en torno al cual se reorganiza el sistema capitalista mundial, el que definirá las formas futuras de la polarización, se ha constituido según lo que denomino los “cinco nuevos monopolios” [...]: el dominio de la tecnología; el control de los flujos financieros [...]; el acceso a los recursos naturales; el control de la comunicación y de los medios de difusión; y el de las armas de destrucción masiva.<sup>72</sup>

Creo que éste es un excelente punto de partida que todavía es susceptible de considerable ampliación, y en general es una noción un tanto obvia sobre la que podemos plantear ramificaciones, por ejemplo, en lo tocante a lo cultural reproductivo relacionado con

71. Atilio A. Boron, *Imperio & imperialismo*, México, Itaca, 2003, pp. 46-48.

72. Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil*, España, El Viejo Topo, 2003, p. 24.

los medios de comunicación y difusión, o a lo geopolítico en relación con el acceso a los recursos naturales:

La competencia por la hegemonía mundial se procesa justamente a través de la capacidad para determinar las normas generales de funcionamiento de la reproducción mundial, lo que implica el mantenimiento de un liderazgo global que comprenda, sustancialmente, los siguientes elementos [...] 1) Lo económico en sus aspectos de masa y tasa [...] 2) Lo económico y cultural reproductivo [...] 3) Lo militar [...] 4) Lo geográfico, o geopolítico y geoeconómico.<sup>73</sup>

Además, las propias conceptualizaciones de Wallerstein permiten seguir ampliando el marco conceptual tomando en cuenta, por ejemplo, un sexto monopolio estratégico: el control de la fuerza de trabajo internacional a través de distintos mecanismos como los tratados de libre comercio o los megaproyectos de infraestructura intercontinental. Y aún son posibles más ramificaciones como el control de los patrones internacionales de consumo vinculados al control de los monopolios tecnológicos. Podríamos decir que, en general, estos monopolios estratégicos han sido válidos y siguen siendo válidos para toda la historia del capitalismo. Sin embargo, si tomamos como correcta la propuesta de la mundialización como una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo, habría que analizar qué nuevos elementos necesarios para garantizar la hegemonía mundial aparecen o cuáles de los viejos se reconfiguran alterando la estructura de los estados hegemónicos y que permitan pensar límites al accionar de las grandes potencias del siglo XXI, por ejemplo, en lo tocante a las estructuras de acción política:

73. Ana Esther Ceceña *et al.*, "La producción estratégica como sustento de la hegemonía mundial. Aproximación metodológica", en Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda Marín (coords.), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, México, Siglo XXI, 1995, p. 17.

Una manera de pensar estatocéntrica, que data de los tiempos de los estados interventores, el nacionalismo y la Guerra Fría, es aún predominante en una gran parte de los asuntos diplomáticos globales. Sin embargo, la mundialización de las fuerzas económicas, las presiones a la democratización de los estados y sociedades, los procesos de descentralización, la difusión del uso de nuevas tecnologías de información y comunicación, la constante tendencia hacia la urbanización y la interdependencia han forzado una serie de cambios [...] que han resultado en la fragmentación de la acción pública internacional por un solo Estado.<sup>74</sup>

Todo lo cual nos lleva a plantear el dilema del “auge y caída de las grandes potencias” (parafraseando el clásico libro de Paul Kennedy). Recordemos que para Immanuel Wallerstein los ciclos económicos también se relacionan con los ciclos hegemónicos. Aunque por lo general los ciclos hegemónicos son más duraderos que los económicos, al parecer, según Wallerstein, la crisis general del capitalismo coincidirá con la caída de la hegemonía mundial de Estados Unidos (una convergencia de los dos ciclos): todos los límites al capital estallando al tiempo en que estalle la capacidad hegemónica estadounidense. Al menos ése es el postulado de Wallerstein que, como hemos visto no carece, de cierta lógica, y aunque el planteamiento del derrumbe del capitalismo *à la* Wallerstein resulte ser falso de toda falsedad, es muy probable que en el transcurso de la investigación, que tenemos planeada para el siguiente volumen, descubramos (gracias a su marco conceptual) algunos datos valiosos sobre el comportamiento del capitalismo.

Por lo pronto, podemos aventurarnos a afirmar que en el estudio de los *pilares de la hegemonía mundial* que comenzamos a vislumbrar

74. Leonardo Díaz Abraham, “The Action Framework of International Relations by Local Governments: What is New about This?”, mimeo, 2014, p. 29. [La traducción es del autor.]

también está la clave para entender los *síntomas de la decadencia hegemónica*, la cual por sí sola es un asunto clave que merece ser estudiado por su vital importancia en el bienestar de la raza humana. El mundo no está exento de catástrofes (como veremos en el último apartado), y una de las más grandes amenazas a la vida en civilización viene de la mano de la lucha de las “pandillas capitalistas” por el control del mercado mundial. Con la creciente rivalidad entre potencias emergentes y la actual potencia hegemónica nada está dicho y los escenarios de violencia a gran escala no están descartados. Estados Unidos aún retiene el control de varios monopolios estratégicos, pero la tendencia ha sido hacia su debilitamiento a favor de otros candidatos que sueñan con ser potencia hegemónica. Dos guerras mundiales atestiguan la violencia de que es capaz una potencia en su búsqueda por mantener o hacerse de la hegemonía mundial.

¿Aprenderá Estados Unidos esa lección? ¿O se verá tentado a mantener su predominio global, cada vez más erosionado, recurriendo a la fuerza político-militar, y al hacerlo promoverá no el orden global sino el desorden, no la paz global sino el conflicto, no el avance de la civilización sino el de la barbarie?<sup>75</sup>

Ya Noam Chomsky ha lanzado la pregunta: ¿hegemonía o supervivencia?:

Se pueden discernir dos trayectorias en la historia actual: una que apunta hacia la hegemonía, actuando racionalmente dentro de un marco doctrinal lunático mientras amenaza la supervivencia; el otro dedicado a la creencia de que “otro mundo es posible”, en las palabras del Foro Social Mundial, retando al sistema ideológico dominante y buscando crear alternativas constructivas de pensa-

75. Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 67.



miento, acción e instituciones. Qué trayectoria dominará, nadie lo puede predecir. El patrón es familiar a través de la historia; una diferencia crucial hoy en día es que las apuestas son mucho más altas.<sup>76</sup>

Así pues, a sabiendas de que los presupuestos de la hegemonía mundial de las grandes potencias son también los fundamentos del sometimiento histórico de las periferias y, en particular, de la fuerza de trabajo planetaria, es necesario conocer los aspectos centrales de la hegemonía mundial; *los pilares de la hegemonía mundial son entonces pilares de la lucha revolucionaria*. Como diría Giorgio Agamben:

Hoy, en un momento en que las grandes estructuras estatales han entrado en un proceso de disolución y la excepción, como Benjamin había presagiado, se ha convertido en regla, el tiempo está maduro para plantear desde el principio, en una nueva perspectiva, el problema de los límites y de la estructura originaria de la estatalidad.<sup>77</sup>

## EL FIN DE LOS RECURSOS

Me entregarán a la tierra, pensó. Y yo también los entrego a la tierra, madre de los hombres. *Los hombres van y vienen, pero la tierra permanece.*

G. R. STEWART, *La tierra permanece*

Usualmente se piensa que el marxismo y el ecologismo no van de la mano, y puede ser que esa noción tenga su grado de realidad si tomamos en cuenta las políticas de industrialización intensivas de los países

76. Noam Chomsky, *Hegemony or Survival: America's Quest for Global Dominance*, Nueva York, Metropolitan Books, 2003, p. 236. [La traducción es del autor.]

77. Giorgio Agamben, *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-Textos, 1998, p. 22.

del bloque soviético y de algunos nacionalismos latinoamericanos; sin embargo, Marx y los marxismos (así en plural) son cosas distintas, y las posibilidades teóricas de los planteamientos de Karl Marx siguen siendo féculas respecto de la relación hombre-naturaleza.

El concepto de “naturaleza” en realidad es esencial para la teoría marxista, lo cual es lógico si recordamos que la propuesta social nodal del marxismo gira en torno al rescate del “valor de uso” que ha sido subsumido por el “valor de cambio” (la vida subsumida al dinero).<sup>78</sup> Si bien lo ecológico nunca aparece en la obra de Marx como algo de peso, lo cual es lógico si recordamos que en un inicio su principal preocupación teórica se fundaba en definir lo que era “el capital”, existen atisbos ecológicos desperdigados a lo largo de toda su producción intelectual.<sup>79</sup> Él era consciente de la tendencia del capital a destruir el mundo natural; basta recordar la conocida cita al final del capítulo sobre maquinaria y gran industria en el tomo I de *El capital*: “La producción capitalista [...] no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: *la tierra y el trabajador*”.<sup>80</sup>

Como nos recuerda Michael Löwy, “implícitamente, estos pasajes, y otros análogos [de Marx y Engels], denuncian la contaminación del medio ambiente por parte de la actividad industrial capitalista, pero la cuestión nunca es planteada directamente”.<sup>81</sup> Aunque más allá de todo eso, de si Marx fue o no ecologista, “un rasgo común a todos los marxismos es la crítica de esta sociedad y el intento de identificar racionalmente los factores y los agentes de una posible sociedad justa y emancipada. En esos dos contex-

78. Cf. Alfred Schmidt, *El concepto de naturaleza en Marx*, España, Siglo XXI, 1977.

79. “Sería inútil oponer, a base de citas escogidas, un Marx angelical verde a un Marx demoníaco productivista. Ambos coexisten. A veces se pelean, pero son presas del espíritu de la época”. Daniel Bensaïd, *op. cit.*, p. 52.

80. Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, *op. cit.*, pp. 612-613.

81. Michael Löwy, *Ecosocialismo: la alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Buenos Aires, El Colectivo/Ediciones Herramienta, 2011, p. 70.

tos —la crítica y el programa, por así decirlo— se inscribe hoy inevitablemente la preocupación ecologista”.<sup>82</sup> Tratemos de redactar este apartado partiendo de esos postulados.

Toda la discusión sobre “desarrollo sustentable” es bastante tardía en la historia del capitalismo, incluso el concepto como tal sólo fue acuñado hasta 1987 en el ya famoso *Informe Brundtland* de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), y sólo sería definido con amplitud en la Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo hasta 1992, fecha en la cual la ONU lanza por primera vez la “propuesta” de obligar a los estados a cumplir con los derechos ambientales de los seres humanos planteando los principios del *desarrollo sustentable*, el cual se definía como *el tipo de desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de futuras generaciones de satisfacer sus propias necesidades*. Partiendo de esa lógica, en 1997 múltiples naciones alrededor del mundo firman el Protocolo de Kyoto, el cual comprometía a las naciones firmantes (sobre todo a las del núcleo desarrollado que lleva la mayor parte de la responsabilidad histórica) a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero a niveles que “no interfirieran con el sistema climático”. Empero, el acuerdo no entraría en vigor sino hasta 2005 con la particular negativa de Estados Unidos a firmar el tratado. Hoy, a casi 10 años de la supuesta puesta en práctica del protocolo, ninguna de las naciones firmantes ha conseguido (o siquiera intentado con seriedad) reducir sus emisiones; antes bien el ritmo de producción de gases de efecto invernadero se ha incrementado considerablemente y no hay signos visibles de que vaya a disminuir en el corto plazo. La ONU misma ha reconocido el rotundo fracaso de la iniciativa:

En el último cuarto de siglo la economía mundial se ha cuadruplicado, beneficiando a centenares de millones de personas. Sin

82. Manuel Sacristán, *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, España, Diario Público, 2009, p. 169.

embargo, en el mismo periodo de tiempo, el 60% de los principales bienes y servicios de los ecosistemas del mundo, de los que depende el sustento del ser humano, se han degradado o utilizado de un modo insostenible. Así pues, *el crecimiento económico de las últimas décadas ha sido alcanzado agotando los recursos naturales, sin dar tiempo a que las reservas se regeneren y permitiendo la degradación y pérdida generalizada de los ecosistemas.*<sup>83</sup>

Esta tendencia autodestructiva ya no sorprende a nadie a estas alturas del juego; “la economía mundial se ha cuadruplicado en el último cuarto de siglo”, nos dice la ONU. Es un ritmo de producción brutal, un incremento asesino en tan poco tiempo, pero la tendencia ha sido constante desde hace por lo menos tres siglos; aunque es claro que el periodo neoliberal (que coincide con el periodo del que habla la ONU) ha sido el más salvaje de la historia. Lamentablemente para la ONU, sus organizaciones hermanas de posguerra, como el FMI y el BM, con las que comparte la noble meta de cumplir los ODM (entre los cuales se encuentra crear un mundo ecológicamente sustentable), no parecen estarse tomando muy en serio la tarea. Así,

mientras que el mandato del Banco Mundial es “combatir la pobreza” y proteger el medio ambiente, su apoyo a los proyectos hidroeléctricos y agroindustriales en gran escala ha acelerado de paso el proceso de deforestación y la destrucción del medio ambiente natural, conduciendo al desplazamiento forzoso y al desahucio de muchos millones de seres humanos.<sup>84</sup>

**83.** Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), *Hacia una economía verde: guía para el desarrollo sostenible y la erradicación de la pobreza. Síntesis para los encargados de la formulación de políticas*, Francia, 2011, p. 3. [Las cursivas son del autor.]

**84.** Michel Chossudovsky, *op. cit.*, p. 25.

Claro que, como ya es costumbre, los costos principales de la destrucción son absorbidos por los países periféricos:

Lo que se transfiere de Norte a Sur no es sólo capital y tecnología sino también un conjunto de costos sociales y ambientales [...] Cuando se conjuntan el desarrollo de capital desigual y combinado, parecería que la supercontaminación de las zonas industriales puede explicarse por la superdestrucción de la tierra y los recursos en las zonas productoras de materias primas, y viceversa. El agotamiento de recursos y la contaminación dependen uno de la otra; son el resultado necesario del mismo proceso universal de “valorización” del capital.<sup>85</sup>

Es un fenómeno tan viejo como el capitalismo mismo: no sólo la fuerza de trabajo es más explotada en la periferia; también la tierra sufre el mismo destino. Algunos investigadores como Joan Martínez Alier han retomado el concepto de “deuda ecológica” para reflexionar sobre el mencionado fenómeno, haciendo alusión al despojo histórico de recursos, a la dependencia forzada y a los daños ecológicos que ello acarrea para los países pobres al ser explotados por los países ricos. La idea es que si pusiéramos en una balanza el despojo de recursos y el daño ambiental del que ha sido víctima el mundo “subdesarrollado” contra lo que la periferia debe a los centros por concepto de “deuda externa”, los países metropolitanos saldrían perdiendo, e incluso los deudores ahora serían ellos:

Los acreedores son deudores, y los deudores son realmente acreedores, no sólo por la “deuda del dióxido de carbono” sino también por el comercio ecológicamente desigual, por los muchos pasivos ambientales que se han acumulado por la exportación de

85. James O'Connor, *op. cit.*, pp. 236-237.

madera, petróleo, minerales, sin que se haya corregido el daño ambiental, y sin que se pueda corregir en muchos casos.<sup>86</sup>

En los inicios del siglo XXI, mientras presenciamos la delirante carrera por el crecimiento económico en los países emergentes y el intenso mano a mano por el control de recursos entre las grandes potencias, observamos también que los campos de batalla donde más se ha desangrado el mundo natural se encuentran en los países “subdesarrollados”, quienes luego de algunos breves chispazos de autonomía durante el periodo keynesiano ahora vuelven a la dinámica de la *desindustrialización* y la *desacumulación*, centrándose de nuevo en la exportación de materias primas como principal fuente de ingreso y desarrollo.

Las economías latinoamericanas se apoyan considerablemente en un aumento de exportaciones de petróleo, gas, minerales como hierro, cobre, estaño, oro, también maderas y piensos como la soja y la harina de pescado, y por eso se está hablando de una “re-primarización” de esas economías, pero eso no es muy novedoso, es un *déjà vu* económico que tiene consecuencias ambientales más graves aún que las de las anteriores oleadas exportadoras.<sup>87</sup>

El problema es que en un contexto de sistema-mundo los países en desarrollo que pretenden impulsar programas sociales sin tener una potencia tecnológica adecuada mientras son bombardeados por la superior capacidad industrial de los centros, muchas veces (por no decir siempre) no ven otra salida al crecimiento más que echando mano de la única “ventaja comparativa” con la que son dejados: los recursos naturales.

**86.** Joan Martínez Alier y Arcadi Oliveres, *¿Quién debe a quién?: deuda ecológica y deuda externa*, España, Diario Público, 2010, p. 11.

**87.** *Ibid.*, p. 51.

A pesar de que los efectos positivos del crecimiento económico pueden ser dudosos, inclusive para trabajadores sindicalizados y organismos públicos, parece ser obvio que el “no crecimiento” no es una propuesta política viable para las sociedades democráticas en un mundo de enormes desigualdades sociales, y confrontado ante el poder de los modos existentes de producción y de vida.<sup>88</sup>

Es por esto que los gobiernos “progresistas” del bloque latinoamericano que sustentan su derecho a la autonomía desde la “seguridad” que les da el control de amplias reservas de recursos naturales, a la larga son completamente insustentables, no sólo por los ya visibles y alarmantes daños ecológicos sino porque la principal fuente de ingreso proviene de los hidrocarburos, una fuente de energía que tiene los días contados.<sup>89</sup>

Así llegamos a un punto central en lo que al “límite ecológico” del capital se refiere. De acuerdo con un dudoso suplemento, parte de un dudoso *Almanaque mundial 2015* que compré antes de que terminara 2014 (por lo que supongo los editores son capaces de ver el futuro), se estima que las reservas mundiales de petróleo alcanzarán de 40 a 60 años más, que se ha utilizado 92% de las reservas de mercurio, 79% de las de plata, 75% de las de oro y de 72 a 75% de las de cobre y estaño, todos ellos recursos vitales para la industria

88. Birgit Mahnkopf, “Desigualdad social o giro a ‘economía verde’: ¿respuesta adecuada para la crisis epocal del capitalismo?”, *Mundo Siglo XXI*, núm. 32, México, CIECAS-IPN, 2014, p. 26.

89. “El presidente Rafael Correa de Ecuador dice y repite a los indígenas que son ‘mendigos sentados en un saco de oro’. Lo dijo el 10 de agosto de 2012 en su informe a la nación y en Quimsacocha, en el Azuay, defendiendo a la compañía minera lamgold [...] es un presidente con muchas virtudes pero tiene un defecto común en muchos economistas: él es antiecológico (diga lo que diga la muy verde Constitución de Ecuador de 2008), y en eso coincide con otros dirigentes nacionalistas-populares de América Latina”. Joan Martínez Alier, “Quimsacocha: ‘mendigos sentados en un saco de oro’”, *La Jornada*, 7 de octubre de 2012.

moderna.<sup>90</sup> Eso sin mencionar los recursos necesarios para la vida, de los cuales dice la ONU que 60% se han degradado o utilizado de un modo insostenible, así que cualquier discusión sería tendría que tomar en consideración no sólo lo vital para la producción capitalista sino también lo vital para la reproducción de la vida; puede ser que los límites del capitalismo sean los límites de la vida del planeta:

Aunque constituye un tema muy controvertido si tendría sentido definir y en qué forma los “límites ecológicos” del capitalismo, cualquier debate serio acerca de la crisis reciente *a su interior* y probablemente *del* capitalismo, tendría que tomar en cuenta en sus consideraciones “las fronteras planetarias”, que en un estudio excepcional, elaborado por un grupo de 29 destacados científicos internacionales, se ha considerado necesario definir.<sup>91</sup> De los nueve procesos en la biosfera que Rockström *et al.* identificaron, tres fronteras ya habían sido excedidas: cambio climático, interferencia en el ciclo del nitrógeno y pérdida de biodiversidad. La mayor parte de las otras fronteras se encuentran muy cerca de ser transgredidas.<sup>92</sup>

Pero, bueno, tal vez al capitalismo o a los capitalistas no les preocupen los *límites planetarios* que tanto preocupan a nuestros camaradas científicos de las ciencias naturales, ya que la dinámica de la acumulación no parece estar deteniéndose:

En 2020, el planeta necesitará más del doble de la energía que utiliza ahora. La demanda de petróleo se disparará desde los 77

90. Cf. *Almanaque mundial 2015: anuario geopolítico*, México, Editorial Televisa, 2014.

91. El artículo al que se refiere Mahnkopf es el siguiente: Johan Rockström *et al.*, “Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity”, *Ecology and Society*, 14 (2), 2009, en <http://www.ecologyandsociety.org/vol14/iss2/art32/>.

92. Birgit Mahnkopf, “Desigualdad social o giro a ‘economía verde’: ¿respuesta adecuada para la crisis epocal del capitalismo?”, *Mundo Siglo XXI*, núm. 32, México, CIECAS-IPN, 2014, p. 25.



millones de barriles diarios actuales hasta 140 millones. El uso de gas natural se incrementará 75%, y el del carbón, casi 40%. La demanda será especialmente grande en economías “emergentes”, como las de China y la India, cuyos líderes ven en un consumo voraz de energía la clave del éxito industrial.<sup>93</sup>

Sin embargo, el problema aquí es un problema estructural: el *patrón tecnoenergético* que ha dado vida al capitalismo por lo menos durante tres centurias está llegando a su fin y se encuentra dando las últimas patadas de ahogado mientras el “gran capital” le aplica vigorosos choques eléctricos en un demente intento por mantener vivo al desahuciado paciente. Y es que el petróleo es la sangre y alma del capitalismo; históricamente fue la base del gran salto tecnológico capitalista, la potencia energética de los hidrocarburos no había tenido parangón en la historia humana y fue sólo gracias a ella que las tasas de crecimiento económico de nuestro tiempo han sido tan elevadas (como lo demuestran Angus Maddison y Thomas Piketty). El asunto es que tanta potencia vino con su inevitable costo ecológico y, lamentablemente, para el capital se trataba de recursos no renovables que ahora en el siglo XXI toparán con un límite natural. Ahora el problema es que parte importante del dominio de las grandes potencias proviene (como veíamos en el apartado anterior) de su acceso a los recursos naturales, y qué mejor manera de dominar al mundo que a través del dominio de la sustancia que le da vida. Todos los países se subordinan al patrón energético impuesto por los señores del capital porque *la tecnología creada por los centros que luego el mundo entero adopta está adaptada para funcionar con ese patrón energético*; así que el mundo está a la expectativa de que los amos del mundo decidan bombear la negra sangre al torrente sanguíneo de la economía mundial. Hoy por hoy los Estados Unidos es la nación que

93. Paul Roberts, *El fin del petróleo*, España, Diario Público, 2010, p. 21.

domina el mercado energético global, la única que por sí sola consume 25% de la producción energética total, y la principal encargada de llevar el peso icor al resto del mundo; su supremacía depende entonces en gran medida de mantener el mismo patrón energético y no está en su interés inmediato cambiar el estado de cosas:

Y puesto que el poder americano emana de su dominio sobre una economía global que depende por entero de la energía, Estados Unidos debe su supremacía a la energía y en consecuencia se ha mostrado dispuesto a defender la estabilidad de la economía energética por prácticamente todos los medios de que dispone: económicos, diplomáticos e incluso militares [...] Como consecuencia de este poder y dependencia simultáneos, Estados Unidos es, y será, la fuerza preeminente en la formulación de la nueva economía energética. Estados Unidos es el único país con el poder económico, la experiencia tecnológica y la reputación internacional necesarios para moldear el próximo sistema energético. Si el gobierno estadounidense y sus ciudadanos decidieran diseñar un nuevo sistema energético e implantarlo en un plazo no superior a 20 años el resto del mundo se vería obligado a adoptarlo.<sup>94</sup>

Por ello, la vocación imperialista de los Estados Unidos ha conocido un importante renacimiento desde finales del siglo xx, diversificando las formas de dominación a través de medios políticos y económicos impulsados por el periodo neoliberal; pero el águila calva americana no abandona los viejos métodos guerreros y se hace sentir a través de una avasalladora supremacía militar. Aunque ahora,

a diferencia de otras guerras anteriores, en las que una vez terminadas las hostilidades era posible retirar las fuerzas, estos otros

94. *Ibid.*, p. 33.

conflictos van a demandar la presencia *permanente* de soldados estadounidenses. Por lo menos, mientras sigamos necesitando de esas fuentes para una proporción significativa de la energía que consumimos.<sup>95</sup>

La hegemonía estadounidense depende de ello:

La propuesta de articulación de la geopolítica con la economía internacional requiere en primer lugar desmitificar el problema de las reservas y los flujos mundiales de petróleo. Hemos visto que Estados Unidos no depende del petróleo de Oriente Medio para mantener abastecido su mercado interno, pero en cambio sí lo explotan sus compañías transnacionales, como intermediarias para suministrarlo al resto del mundo. El segundo punto de articulación importante se deriva en gran parte del anterior: la posición de fuerza de Estados Unidos —y Gran Bretaña— en el sector energético, sumada a la mayor dependencia exterior de los consumidores europeos y asiáticos, tiene un impacto considerable sobre la fortaleza del dólar —y de la libra esterlina— en el sistema monetario internacional, con todas las ventajas que este privilegio conlleva para la evolución económica internacional.<sup>96</sup>

Ahora bien, el petróleo se va a terminar, pueden retardar la caída de la producción pero no evitarla, y en este preciso momento histórico *aún no existen alternativas viables para sustituir a la energía fósil a escala de economía-mundo*; las alternativas que han comenzado a implementar las grandes transnacionales han resultado ser igual o más dañinas, como la energía nuclear y los agrocombustibles (los cuales tienen

95. Michael T. Klare, *Sangre y petróleo: peligros y consecuencias de la dependencia del crudo*, Barcelona, Tendencias Editores, 2006, p. 268.

96. Eduardo Giordano, *Las guerras del petróleo: geopolítica, economía y conflicto*, Barcelona, Icaria, 2003, p. 32.

la particular característica de que, además de contaminar, también reducen la tierra para cultivo de alimentos). Se hace inevitable la transición a una *economía pospetróleo*:

Llegará un momento en que la oferta mundial, y además las consecuencias medioambientales del uso ilimitado del petróleo —el aumento de la temperatura, la subida del nivel del mar, las tormentas cada vez más destructivas—, serán más insoportables. Es indiscutible que va a producirse una transición energética dentro de los decenios próximos.<sup>97</sup>

Otras alternativas energéticas que puedan mantener la misma escala de producción histórica del capital no se han desarrollado aún; el hidrógeno como sustituto es lo que varios especialistas del área aseguran que es lo más viable, pero no se toma así nada más de la tierra, como en el caso del petróleo; hay procesos complejos para extraerlo, tecnologías que desarrollar y aplicar a gran escala de las cuales aún se desconocen sus costos económicos. Mientras tanto los grandes capitalistas comienzan una batalla salvaje por el control del mercado mundial en una desenfrenada carrera por adquirir el control de los últimos recursos sobre la tierra.<sup>98</sup> Nadie ha respetado el Protocolo de Kyoto. En 2012 Canadá decidió abandonarlo; China, a pesar de su gran tamaño, ya no es autosustentable energéticamente, tiene que recurrir a importaciones masivas de petróleo y ha comenzado también una expansión imperialista peleando reservas de hidrocarburos en Siberia contra Japón; la batalla se extiende a territorios inhóspitos como el Ártico, los procesos de extracción se vuelven más brutales también para otros minerales escasos que provocan fenómenos desastrosos como la minería a cielo abierto, el *fracking*, y demás atroci-

97. Michael T. Klare, *Sangre y petróleo*, *op. cit.*, p. 291.

98. Cf. Michael T. Klare, *The Race for What's Left: The Global Scramble for the World's Last Resources*, Estados Unidos, Metropolitan Books, 2012.

dades propias de la edad industrial. Nadie sabe qué tecnología será la propia de la próxima edad energética, ni cuándo por fin empezaremos a ver la transición; ni siquiera cuánto durará o cuál será el costo económico, humano y ambiental de tal cambio de paradigma:

Es más, aun en el caso de que se desarrolle alguna tecnología prodigiosa, ésta no constituye en sí misma ninguna garantía de una transición ordenada o pacífica. Históricamente se ha comprobado que los cambios de una tecnología energética a otra han sido traumáticos [...] ¿Cuánto duraría la transición: una década, 50 años? [...] ¿Y quién ejercerá el control? ¿Es probable que las potencias mundiales [...] sigan siendo los líderes de ese mundo nuevo y valiente? ¿O acaso el nuevo orden energético dará origen a un orden político también nuevo?<sup>99</sup>

Hay algunos autores que creen que el cambio a las tecnologías verdes ya se está dando, como Jeremy Rifkin, quien por alguna razón inexplicable, sigue atrayendo lectores y fama internacional. De acuerdo con Rifkin, aunque ahora vivimos una edad de desempleo, pobreza, contaminación y demás calamidades que siguen en aumento, todo ello será transformado por obra y gracia de las tecnologías verdes que mágicamente harán que el mundo se vuelva “democrático” en el uso de la energía, por lo cual, sin que el capital se dé cuenta, ya estamos pasando “de la era industrial a la edad colaborativa”; casi como el paso al comunismo simplemente porque habrá un cambio a una edad ecológica producto de lo que él llama la “tercera revolución industrial”. Nunca queda claro cómo pasará esto ni ofrece datos suficientes para comprobar que está sucediendo, además de que no toma en cuenta la dinámica de la propiedad privada del capitalismo y sus leyes internas:

99. Paul Roberts, *El fin del petróleo*, España, Diario Público, 2010, p. 24.

Una tercera revolución industrial [...] En esa era que ahora llega, centenares de millones de personas producirán en sus casas, en sus oficinas y en sus fábricas su propia energía verde, y compararán unas con otras una “internet energética”, de igual modo que ahora creamos y compartimos información en línea. La democratización de la energía traerá consigo un reordenamiento fundamental en las relaciones humanas y repercutirá en la misma manera en la que hacemos negocios, gobernamos la sociedad, educamos a nuestros hijos e hijas, y nos implicamos en la vida cívica.<sup>100</sup>

En una versión menos disparatada que sí reconoce la existencia del capital, la ONU también promueve el tránsito a una “economía verde”, sosteniendo que el problema actual deriva de “una época marcada por una asignación incorrecta del capital”. Alega el citado reporte del PNUMA que el tránsito a un capitalismo ecológico es posible porque lo único que está mal es la asignación incorrecta del capital y no el capital mismo; en sus predicciones aseguran que el capitalismo puede continuar su ritmo de crecimiento si se vuelve verde, y que la versión de un crecimiento más lento —dado el caso de que se dé la transición— no se sostiene. Sin embargo reconocen, como ya vimos, que el crecimiento económico de las últimas décadas se ha alcanzado agotando los recursos naturales, por lo que nunca queda claro en el reporte cómo será posible mantener el ritmo de crecimiento.

Dado el supuesto caso de un retorno al keynesianismo que ahora sería verde, la naturaleza expansiva del capitalismo no se anularía; en tres siglos de historia industrial capitalista no se ha dado el caso de un proceso de acumulación que respete el ámbito natural.

100. Jeremy Rifkin, *La Tercera Revolución Industrial: cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Barcelona, Paidós, 2011, p. 14.

La transformación de las áreas y bienes comunales en mercancías tiene dos implicaciones: priva a los grupos políticamente más débiles de su derecho a la supervivencia (que ejercían mediante su acceso a tales recursos comunales) y hurta a la naturaleza su derecho a la autorrenovación y a la sostenibilidad al eliminar las limitaciones sociales al uso de los recursos (limitaciones que suponen la base de la gestión de la propiedad común).<sup>101</sup>

Además de que históricamente se ha demostrado que ningún caso de aplicación de “tecnologías limpias” o “innovaciones tecnológicas” ha promovido la disminución del proceso de depredación de recursos; más bien lo ha promovido:

Primero que nada, se encuentra la denominada *paradoja de Jevons*, que se refiere al “rebote” y al “contrafuego” como efectos de las innovaciones tecnológicas —que, con evidencia histórica, muestran que el uso global de energía e insumos, así como las emisiones, se encuentran en ascenso, a pesar de o debido a la eficiencia lograda por las innovaciones—. En segundo lugar, existen límites para la sustitución de los recursos necesarios para cualquier tipo de actividad económica: la evidencia histórica muestra que cuando la extracción de recursos en algún sector fue limitada —sea éste el de minerales metálicos, minerales industriales o de construcción, combustibles fósiles o biomasa—, la sustitución de un tipo por otro incrementaba la extracción de recursos en general, de suerte que, comúnmente, se conectaba con nuevos conflictos ecológicos y políticos (por ejemplo, sea que se utilicen las cosechas para la producción de alimentos o para agrocombustibles). En tercer lugar, aun si no hubiera escasez física de metales, minerales, combustibles fósiles y biomasa, el problema más urgente en verdad se

101. Vandana Shiva, *Manifiesto para una democracia de la Tierra: justicia, sostenibilidad y paz*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 40.

ubica del lado de la producción de cualquier tipo de economía en crecimiento; a saber, el desperdicio y la contaminación.<sup>102</sup>

El problema no está en la tecnología en cuanto tal, sino en las relaciones de producción capitalistas y en su ciega ansia de producción de ganancias sin tomar en cuenta el sistema real de necesidades humanas; “no hay antagonismo entre tecnología (en el sentido de técnicas de base científico-teórica) y ecologismo, sino entre tecnologías destructoras de las condiciones de vida de nuestra especie y tecnologías favorables a largo plazo a ésta”.<sup>103</sup> Es cierto que parte de la crisis civilizatoria que vivimos se explica por la dinámica de acumulación del capital mismo; sin embargo, también es necesario tomar en cuenta el factor de que *el capital pervierte el desarrollo tecnológico y convierte las fuerzas productivas en fuerzas destructivas* (como escribiera Marx en *La ideología alemana*), por lo que la destrucción natural no es producto sólo de la acumulación capitalista sino de un tipo de tecnología que le es propia:

La diferencia de fondo entre quienes enfatizan la especulación como núcleo de la crisis alimentaria y quienes para explicarla subrayamos la tendencia al deterioro de las premisas agroecológicas de la producción y a la escasez, está en que ellos siguen el razonamiento canónico según el cual en el capitalismo las fuerzas productivas encarnan la virtud y el pecado radica nada más en las relaciones de producción, mientras que para nosotros el sistema ha pervertido también a las fuerzas productivas que se volvieron destructivas.<sup>104</sup>

Por ello, en el mejor de los casos, la aplicación de una tecnología “sustentable” bajo el esquema capitalista sólo disminuirá el ritmo

102. Birgit Mahnkopf, *op. cit.*, p. 30.

103. Manuel Sacristán, *op. cit.*, p. 176.

104. Armando Bartra, *op. cit.*, p. 26.



salvaje de depredación ambiental pero no lo anulará. De cualquier forma, es necesario presionar por un cambio a otro patrón energético así sea para dar un respiro a los movimientos sociales o para prevenir que la calidad de vida de la población (que continúa aumentando de manera alarmante) se siga viendo mermada. Como la ONU lo reconoce:

En lo que respecta a la seguridad alimentaria, no parece que, a nivel general, se haya comprendido la naturaleza del problema ni que se estén buscando soluciones colaborativas para dar con la manera de alimentar a una población de nueve mil millones de personas en 2050. La escasez de agua dulce es ya un problema mundial, y las previsiones señalan que en 2030 el desequilibrio entre la demanda anual y el suministro renovable de agua dulce será aún mayor. Las perspectivas respecto a la mejora de los servicios de saneamiento siguen siendo poco halagüeñas para más de 2 600 millones de personas; 884 millones siguen sin tener acceso al agua potable. *Colectivamente, las diferentes crisis están afectando gravemente nuestra capacidad para sostener la prosperidad en todo el mundo* y alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) para erradicar la pobreza extrema. Además, se están agravando problemas sociales persistentes, desde la pérdida de empleos y la inseguridad socioeconómica, hasta la pobreza, y una estabilidad social amenazada.<sup>105</sup>

En conclusión, el capitalismo ha mantenido una relación depredatoria con el mundo natural. Como se ha citado antes, ya James O'Connor señalaba la contradicción capital-naturaleza como la segunda contradicción del capitalismo (siendo la primera la contradicción valor-valor de uso). En la larga duración, la utilización del

105. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), *op. cit.*, p. 1.  
[Las cursivas son del autor.]

patrón tecnoenergético fosilista fue lo que permitió al capitalismo dar el gran salto expansivo de los últimos tres siglos, pero fue lo que al mismo tiempo provocó que la capacidad ecológica del planeta, necesaria para sustentar la vida, se deteriorara a niveles ya irreversibles. Ahora que los recursos vitales para la industria (entre los que se incluye el petróleo) están a punto de agotarse, no hay alternativas viables en el horizonte que permitan pensar en un capitalismo sustentable, aún más tomando en consideración la constante necesidad capitalista de expansión y consumo para sobrevivir como sistema. La transición a una *economía pospetróleo* tendrá que darse antes de que termine este siglo, pero en el ínterin las grandes potencias están incrementando exponencialmente su ritmo de producción en una “carrera por los últimos recursos del mundo”, lo cual continúa agravando la problemática ambiental. Está por verse cuándo empezará la transición, cuánto durará, qué tan traumática será, y por el momento no se sabe qué tanto los costos económicos de la aplicación de nuevas tecnologías afectarán la tasa de ganancia del capital. También están por verse los nuevos ganadores. La supremacía mundial de los Estados Unidos también depende en buena medida de su control del mercado mundial de energéticos, basado en los hidrocarburos, y ello lleva a dicha nación a retrasar cualquier intento de un cambio de paradigma energético, por lo que podríamos presenciar en este siglo el fin del ciclo hegemónico del capital estadounidense, paralelamente al agotamiento de los recursos, a no ser que sea esa misma nación la que promueva el tránsito al nuevo paradigma.

En este contexto, no resulta una exageración plantear que la economía basada en el crecimiento (y la deuda) del capitalismo contemporáneo enfrenta una crisis epocal, no sólo una de sus crisis normales de acumulación. Al menos no son claras las posibilidades que tiene el capitalismo de escapar de su crisis actual. Por ello,

no se puede eludir la discusión sobre los factores limitantes del crecimiento económico en las sociedades capitalistas.<sup>106</sup>

## LA LUCHA DE CLASES EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

Despedazaremos a los revolucionarios bajo nuestro talón y caminaremos sobre vuestros rostros. El mundo es nuestro, somos sus dueños y seguirá siendo nuestro. En cuanto al ejército del trabajo, ha estado en el barro desde el comienzo de la historia y yo interpreto la historia como es preciso. En el barro quedará mientras yo y los míos que vendrán después que nosotros permanezcamos en el poder. He aquí la gran palabra, la reina de las palabras, ¡el Poder! Ni Dios ni Mammón, sino el Poder. Dele vueltas a estas palabras en su boca hasta que quiera, que le escueza. ¡El Poder!

J. LONDON, *El talón de hierro*

Hasta aquí hemos intentado presentar el panorama ante el cual empezamos el nuevo siglo y ante el cual los movimientos sociales de distinta índole tendrán que actuar si quieren conseguir cualquier cambio sustantivo. La historia de la lucha revolucionaria es larga y profunda; varios siglos de capitalismo en los cuales las formas de dominación se han metamorfoseado, pero siempre teniendo como base la contradicción entre el trabajo y el capital, atestiguan las altas y bajas de la actividad revolucionaria, la cual también ha adquirido múltiples formas, adaptándose a cada nuevo intento de control por parte de la maquinaria capitalista mundial. Lo que haremos en este apartado no es, por tanto, reseñar la historia mundial de la lucha de clases (tarea titánica), sino aproximarnos a la comprensión del balance

106. Birgit Mahnkopf, *op. cit.*, p. 31.

de fuerzas histórico entre el trabajo y el capital, intentando plantarnos en este momento epocal para vislumbrar de dónde venimos y cuáles son los caminos que se nos abren en una época de desencanto que requiere, una vez más, la potencia de las ideas revolucionarias.

Mucho tiempo ha pasado desde que Karl Marx escribiera junto a Friedrich Engels aquel famoso panfleto incendiario conocido como *El manifiesto comunista*, en un momento en que toda Europa se rebelaría durante aquellas gloriosas jornadas revolucionarias de 1848. El tono de Marx y Engels en sus escritos políticos solía ser así: incendiario; le hablaban a su tiempo y a las clases revolucionarias de entonces que “no tenían nada que perder más que sus cadenas”. Sin embargo, en sus escritos más “científicos”, publicados tiempo después, el tono bajaba un poco y la certeza de la conquista revolucionaria de los medios de producción se transformaba en un “quizá”, en un “siempre y cuando...” Y no podía ser de otra manera; era lógico que el par de intelectuales que más se adentraron a conocer los mecanismos que movían al capitalismo conocieran de primera mano la capacidad de transformación del capital para controlar a las “clases peligrosas”. Por eso ahora, en pleno siglo XXI,

tenemos por fin el dudoso privilegio de asistir a la verificación de todas las predicciones de Marx referentes a la esencia real del capitalismo y de las sociedades en las que rige. En cuanto a la barbarie, allí es en donde estamos y a donde nos vamos a adentrar un buen trecho. Pero coincide hasta en el detalle con la irrupción de lo que Marx esperaba que impidiera el poder del proletariado organizado.<sup>107</sup>

Por esto es que hemos hecho todo este largo recorrido que va de Marx a Wallerstein, de las “leyes del desarrollo capitalista” a los

107. Alain Badiou, *El despertar de la Historia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2012, p. 20.

“límites del capital”, del siglo XIX al XXI, para recordarnos que la teoría de Marx todavía es válida y fecunda y puede permitirnos aún estudiar y comprender el mundo en el que nos toca actuar. Más allá de la percepción común de que el marxismo entró en crisis luego de la caída del “socialismo realmente existente” (que en realidad fue una más de las figuras que ha adquirido el capitalismo), debido a lo cual ya todos los marxismos no tendrían nada que decir de nuestra realidad, Marx es más actual que nunca. “Una auténtica crisis conceptual conlleva la percepción de que el marxismo *no lograría ya dar cuenta de la realidad* [...] ni de sí mismo, de su condición presente”<sup>108</sup>, pero luego de todo el viaje que hemos realizado desde el capítulo 1 podemos observar que la teoría marxista sigue vigente y consigue dar cuenta de múltiples fenómenos sociales, económicos, políticos, culturales, y un largo etcétera.

Ahora bien, en lo tocante a la lucha de clases en específico, el gran viaje realizado sirve para poner en contexto la dinámica de la lucha. Como se habrá visto, las condiciones de vida del sujeto han estado presentes de manera constante a lo largo del libro. Siendo una investigación que podría ser catalogada dentro de la llamada “economía marxista”, que por supuesto es más que sólo economía, mientras hablábamos de “leyes” del desarrollo capitalista, tendencias históricas y “límites” estructurales, podría parecer, para el lector que prefiera un discurso más abocado a la sociología, que el sujeto revolucionario aparece desdibujado. Tal como interpreta John Holloway la economía marxista:

La característica distintiva de la economía marxista es la idea de que el capitalismo puede entenderse en términos de ciertas regularidades (las llamadas leyes del desarrollo capitalista). Estas últimas hacen referencia al regular (pero contradictorio) modelo de

**108.** José Elías Palti, *Verdades y saberes del marxismo: reacciones de una tradición política antes su “crisis”*, México, FCE, 2010, p. 64.

reproducción del capital, y la economía marxista se centra en el estudio del capital y de su reproducción contradictoria [...] En este análisis del capitalismo, la lucha de clases no desempeña una parte directa.<sup>109</sup>

Holloway nos dice que en los análisis que realiza la economía marxista la lucha de clases no desempeña una parte “directa”, y aunque es cierto que existen variantes del marxismo sólo enfocadas en leyes y determinismos, como lo fuera el marxismo soviético “oficial”, o varias vertientes de la socialdemocracia alemana que creían en la inevitabilidad del progreso histórico más allá de lo que el proletariado decidiera o no hacer (véase el capítulo 2), así como existen variantes del marxismo sólo enfocadas en “teoría social” que reniegan casi por completo de los análisis que catalogan de “economicistas”, en el análisis del sistema-mundo que hemos venido haciendo ha sido imposible durante la investigación separar al sujeto del objeto, y viceversa. Es decir, ni sujeto separado de objeto, ni desarrollo de las fuerzas productivas separado de la lucha de clases; la teoría de Marx no sólo es economía o sólo política, sino necesariamente una conjunción de ambas: “El desarrollo del sistema real no es producto del despliegue de ‘leyes económicas objetivas’ [...] sino de la articulación entre las exigencias que esas leyes resaltan, y las intervenciones de las fuerzas sociales en respuesta a los retos que esas leyes expresan”.<sup>110</sup>

Así pues, ¿qué perspectivas hay para el *proletariado mundial* en el siglo que corre? Si bien Marx reconoce como proletarios a todos los sectores de la población despojados de medios de vida, forzados a venderse como fuerza de trabajo, para él existe una clase particular de proletarios destinada a llevar la batuta del cambio histórico:

109. John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, España, El Viejo Topo, 2002, p. 185.

110. Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil*, España, El Viejo Topo, 2003, p. 46.

“la clase revolucionaria moderna, el proletariado industrial”.<sup>111</sup> Y esto es así porque en ellos se expresa la posibilidad de apropiación de los medios de producción que serán el fundamento de la sociedad sin clases. *Si no es posible pensar el comunismo sin desarrollo de fuerzas productivas, no es posible pensar una revolución comunista sin proletariado industrial, que es quien de forma más inmediata puede hacerse con el control de la base material de la producción.*

El desarrollo del proletariado industrial está condicionado, en general, por el desarrollo de la burguesía industrial. Bajo la dominación de ésta, adquiere aquél una existencia en escala nacional que puede elevar su revolución a revolución nacional; crea los medios modernos de producción que han de convertirse en otros tantos medios para su emancipación revolucionaria. La dominación de aquélla es la que arranca las raíces materiales de la sociedad feudal y allana el terreno, sin el cual no es posible una revolución proletaria.<sup>112</sup>

En la perspectiva de Karl Marx, el proletariado industrial sería entonces el “líder natural” del conjunto de la clase obrera, ya que es él quien reclama las reivindicaciones más profundas en contra del capital y proporciona los elementos para el tránsito hacia una nueva sociedad. En el entramado de la lucha de clases hay, entonces, distinciones importantes en el seno de los distintos movimientos “antisistémicos” (como los llamaría Wallerstein); no todos atacan el corazón del sistema y no todos alteran la dinámica de acumulación de capital una vez que consiguen sus objetivos (por ejemplo, las luchas “multiculturales”). Y si hablamos de sistema-mundo, no todas las luchas tienen *en potencia* la misma envergadura; la economía-mundo no se cimbraría de la misma forma con una revolución en

111. Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848-1850*, en Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, México, Origen/Planeta, 1986, p. 71.

112. *Ibid.*, p. 46.

la periferia “subdesarrollada” que con la misma acción en el núcleo de la potencia hegemónica mundial:

Huelga decir que la gran industria no alcanza el mismo nivel de desarrollo en todas y cada una de las localidades de un país. Sin embargo, esto no detiene el movimiento de clase del proletariado, ya que los proletarios engendrados por la gran industria se ponen a la cabeza de este movimiento y arrastran consigo a toda la masa, y puesto que los obreros eliminados por la gran industria se ven empujados por ésta a una situación de vida aun peor que la de los obreros de la gran industria misma. Y del mismo modo, los países en que se ha desarrollado una gran industria influyen sobre los países *plus ou moins* no industriales, en la medida en que éstos se ven impulsados por el intercambio mundial a la lucha universal por la competencia.<sup>113</sup>

Lo anterior nos lleva a la necesidad de que la revolución sea mundializada, ya que “la permanencia de las fuerzas productivas obtenidas sólo se garantiza al adquirir carácter universal el intercambio, al tener como base la gran industria y al incorporarse todas las naciones a la lucha de la competencia”.<sup>114</sup> Marx afirma que “la producción capitalista no puede existir, en modo alguno, sin comercio exterior”.<sup>115</sup> Es por ello que el capitalismo desarrollado presupone el *mercado mundial*, la tendencia a la *totalización* del capitalismo en el espacio. “La burguesía industrial sólo puede dominar allí donde la industria moderna ha modelado a su medida todas las relaciones de propiedad, y la industria sólo puede adquirir este poder allí donde ha conquistado el mercado mundial, pues no bastan para su desarrollo las fronteras nacionales.”<sup>116</sup>

113. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, op. cit., p. 70.

114. *Ibid.*, p. 62.

115. Karl Marx, *El capital*, tomo II, vol. 5, op. cit., p. 573.

116. Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848-1850*, op. cit. p. 46.



El capital, conforme a esta tendencia suya, pasa también por encima de las barreras y prejuicios nacionales, así como sobre la divinización de la naturaleza; liquida la satisfacción tradicional, encerrada dentro de determinados límites y pagada de sí misma, de las necesidades existentes y la reproducción del viejo modo de vida. Opera destructivamente contra todo esto, es constantemente revolucionario, derriba todas las barreras que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de las necesidades, la diversidad de la producción y explotación e intercambio de las fuerzas naturales y espirituales.<sup>117</sup>

De esta suerte, el capital desarrolla las fuerzas productivas a escala mundial asentando las bases materiales del comunismo (una ilimitada capacidad productiva en potencia); pero llegado a cierto punto el capital empieza a ser destructivo, deja de ser revolucionario, reprimiendo todo desarrollo de fuerzas productivas y sumiendo en la miseria a masas cada vez más grandes de seres humanos. “Si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción.”<sup>118</sup> El *mercado mundial capitalista* es entonces no una fuerza de socialización de la riqueza bajo un aspecto de *fuerzas productivas* sino una mercantilización de la riqueza que genera miseria bajo el signo de *fuerzas destructivas*:

En la historia anterior es, evidentemente, un hecho empírico el que los individuos concretos, al extenderse sus actividades hasta un plano histórico universal, se ven cada vez más sojuzgados bajo un poder extraño a ellos [...] poder que adquiere un carácter cada

117. Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 1, *op. cit.*, p. 313 de la enumeración al margen.

118. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, *op. cit.*, p. 321.

vez más de masa y se revela en última instancia como el *mercado mundial*.<sup>119</sup>

Por ello, en un contexto de capitalismo mundializado la lucha de clases se mundializa: “La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son *uno solo* contra el proletariado”.<sup>120</sup> La revolución tiene que plantearse en términos mundiales. “¿Es posible esta revolución en un solo país? No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro.”<sup>121</sup> Como se puede apreciar, Marx y Engels ya pensaban en términos de sistema-mundo:

Sólo este desarrollo universal de las fuerzas productivas lleva consigo un intercambio universal de los hombres, en virtud de lo cual, por una parte, el fenómeno de la masa “desposeída” se produce simultáneamente en todos los pueblos (competencia general), haciendo que cada uno de ellos dependa de las conmociones de los otros y, por último, instituye a individuos *históricos-universales*, empíricamente mundiales, en vez de individuos locales. Sin esto, 1) el comunismo sólo llegaría a existir como fenómeno local; 2) las mismas *potencias* del intercambio no podrían desarrollarse como *potencias universales* y, por tanto, insostenibles, sino que seguirían siendo simples “circunstancias” supersticiosas de puertas adentro, y 3) toda ampliación del intercambio acabaría con el comunismo local.<sup>122</sup>

119. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, op. cit., p. 39.

120. Karl Marx, *La guerra civil en Francia*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1978, p. 103.

121. Friedrich Engels, *Principios del comunismo*, op. cit., p. 72.

122. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, op. cit., pp. 36-37.

Precisamente por esto es que Karl Marx, en el prólogo de 1882 a la edición rusa de *El manifiesto comunista* y en las famosas cartas que escribió a la revolucionaria rusa Vera Zasúlich en 1881,<sup>123</sup> comenta que, en el dado caso de que se diera una revolución en Rusia, el salto al comunismo sería impensable si no se daba una revolución proletaria en Alemania y en el mundo occidental. Una Rusia en aquel momento (finales del siglo XIX) casi por completo rural (compuesta de comunas rurales) no poseía las “condiciones materiales” para forjar una sociedad comunista, por lo que, dado el caso de una revolución aislada (tal como sucedería en 1917), Rusia tendría que primero generalizar el capitalismo para impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas (“de lo contrario sólo se generalizaría la escasez”, nos dice en *La ideología alemana*), y en un contexto de mercado mundial el sueño socialista sería aplastado. Algunas décadas habiendo entrado el siglo XX esta predicción de Marx resultaría sorprendentemente atinada.

La caída de la URSS, por tanto, no significa el fin de la actualidad del pensamiento socialista, ni la crisis del marxismo, como suele pensarse. Significa sólo el fallo de un proyecto histórico que no logró ser lo que pretendía y se insertó en “la normalidad del sistema-mundo capitalista” en la larga duración. Sin embargo, en términos de la historia de la lucha de clases mundial, significó un importantísimo hito, provocó una correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo que llevó a la clase obrera (sobre todo a la industrial) a tener condiciones de vida mejores que las que nunca había tenido en la historia. La sola existencia de la Unión Soviética sería una importante presión para que los gobiernos occidentales promovieran un sistema de economía planificada similar al de las naciones “socialistas”; el keynesianismo y los estados de bienestar representaron este contrapeso al avance del comunismo que elevaría

123. Cf. Karl Marx, “Proyecto de respuesta a la carta de V. I. Zasúlich”, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, vol. III, Moscú, Editorial Progreso, 1974, pp. 161-170.

considerablemente (en algunas zonas y en algunos sectores) la calidad de vida de la fuerza de trabajo:

Los trastornos que significaron las guerras mundiales y la Gran Depresión hicieron que la Europa continental cambiara en forma impresionante hacia impuestos más progresivos y programas sociales más amplios. Una razón subyacente [...] fue un cambio en la actitud de la Iglesia católica romana y de los partidos católicos a favor de la redistribución como un medio para lograr la justicia social y contrarrestar la amenaza del comunismo.<sup>124</sup>

Pero una vez que los estados de bienestar entraron en crisis y el bloque socialista se derrumbó para entrar de lleno a la economía liberalizada de fines del siglo xx, la correlación de fuerzas mundial entre capital y trabajo conocería una nueva transformación, e incluso una regresión histórica para amplios sectores de la población; ya sin la “amenaza” del comunismo el capital mundial podía regresar a su vieja configuración cínica. Aunado a lo cual el proceso de *mundialización* generó una reconfiguración del capital a escala mundial que derribó fronteras y proteccionismos, explotó a escalas nunca antes vistas el fenómeno de la deslocalización de la producción en busca de mano de obra barata desprotegida, a la par que se valió de la redesindustrialización y de la desacumulación de las periferias en beneficio de los capitales metropolitanos para elevar las tasas de ganancia de los grandes capitales, mientras también la clase trabajadora de las metrópolis comenzaba a padecer un proceso de descomposición gracias a la competencia contra la abundante mano de obra desvalorizada de la periferia, ahora a disposición del capitalismo transnacional. Todo esto abrió una nueva era de pobreza y desempleo que llevó a importantes autores a comenzar

124. Peter H. Linder, *op. cit.*, p. 27.

a hablar del “fin del proletariado”, al menos como supuestamente se había conocido hasta entonces en la concepción marxista.

Por ejemplo, André Gorz, en su polémico libro *Adiós al proletariado*, registró el fenómeno del ascenso de un “neoproletariado” dislocado de la producción industrial, el cual superaba ampliamente en proporción al proletariado industrial típico, lo que supuestamente ponía en aprietos a la teoría marxista que basaba sus predicciones emancipadoras en un proletariado industrial amplio con gran “conciencia de clase”:

Esta no clase engloba, de hecho, al conjunto de individuos que se ven expulsados de la producción por el proceso de abolición del trabajo, o subempleados en sus capacidades por la industrialización (es decir, la automatización y la informatización) del trabajo intelectual [...] Es el producto de la descomposición de la antigua sociedad, basada en el trabajo [...] Esta clase obrera tradicional no es más que una minoría privilegiada. La mayoría de la población pertenece a ese proletariado postindustrial de los sin-estatuto y de los sin-clase que ocupan precarios empleos de auxiliar, de suplencias, de obreros ocasionales, de interinos, de empleados a tiempo parcial.<sup>125</sup>

En estas sociedades que suelen catalogar como “postindustriales” debido al simple hecho de la reducción *relativa* (en términos porcentuales no absolutos) del proletariado industrial, donde la idea comunista murió junto con la URSS, por lo cual ya no hay para dónde hacerse y hay que aceptar el “fin de la historia”, es donde al parecer nos encontramos. La conciencia de clase se ha declarado muerta, el proletariado industrial (que a decir de Gorz es una minoría privilegiada) ha sido cooptado por el sistema atendiendo a la vieja

125. André Gorz, *Adiós al proletariado (más allá del socialismo)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2001, p. 77.

descripción que hiciera Herbert Marcuse en *El hombre unidimensional* para conceptualizar a las sociedades industriales avanzadas:

La sociedad de movilización total, que se configura en las áreas más avanzadas de la civilización industrial, combina en una unión productiva elementos del Estado de bienestar y el Estado de guerra. Comparada con sus predecesoras, es en verdad “una nueva sociedad”. Los tradicionales aspectos problemáticos están siendo eliminados o aislados, los elementos perturbadores dominados. Las tendencias principales son conocidas: concentración de la economía nacional en las necesidades de las grandes empresas, con el gobierno como una fuerza estimulante, de apoyo y algunas veces incluso de control; sujeción de esta economía a un sistema a escala mundial de alianzas militares, convenios monetarios, asistencia técnica y modelos de desarrollo; gradual asimilación de la población de “cuello blanco” y los trabajadores manuales, de los métodos de dirección en los negocios y en el trabajo, de las diversiones y las aspiraciones en las diferentes clases sociales.<sup>126</sup>

Aunque el libro de Marcuse describe sólo las sociedades industriales avanzadas “puras” y habla directamente del contexto de los estados de bienestar, buena parte de su planteamiento aún se sostiene precisamente para “las áreas más avanzadas de la civilización industrial” donde se encuentra el núcleo del sistema-mundo, e incluso para buena parte del proletariado industrial de las periferias que depende de las grandes transnacionales de las metrópolis. En este contexto, desarrollar un grado adecuado de *conciencia de clase* que permita al proletario pensar su emancipación requiere ciertas mediaciones, y “dentro de un régimen social dominado por la producción capitalista, también el productor no capitalista se halla dominado por

126. Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, México, Ariel, 2004, p. 49. [Las cursivas son del autor.]

las concepciones capitalistas”.<sup>127</sup> La sociedad de consumo eleva la calidad de vida de estos estratos históricamente problemáticos y los vuelve sumisos; “es más bien un proceso social objetivo en la medida en que la producción y distribución de una cantidad cada vez mayor de bienes y servicios hace de la sumisión una actitud tecnológica racional”.<sup>128</sup>

Sin embargo, como lo hemos analizado a lo largo de este capítulo, las periferias continúan profundizando su dinámica de sometimiento, se desmantelan los remanentes del Estado de bienestar y las conquistas históricas del proletariado, la pobreza y el desempleo van en aumento; el proletariado informal es inmensamente superior a cualquier otro tipo de proletariado (incluido el industrial), el cuarto mundo aparece en las metrópolis (por lo que incluso el proletariado industrial metropolitano cae en el mismo peligro de precarización inminente), la economía ilegal se extiende a expensas de los sectores “reales” de la economía, el mundo se desruraliza y se vuelve urbano y termina de proletarizar a la humanidad. En suma, “*la mundialización actúa así como un proceso que potencia la vocación imperialista del capitalismo, agudizando las bases de la lucha de clases, de la lucha interimperialista y de las relaciones desiguales entre economías imperialistas y regiones y economías dependientes*”.<sup>129</sup> ¿Qué perspectivas tiene la lucha revolucionaria ante un contexto de este estilo en el que, además, la potencia discursiva del comunismo desapareció junto a la URSS, y los movimientos sociales dejan de aglutinarse bajo la misma bandera contra el capital?

La respuesta de Marcuse se encuentra en una ambigua “solidaridad”, la de Gorz en la capacidad del neoproletariado de reapropiarse de la producción (aunque nunca queda claro cómo), la de

127. Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, *op. cit.*, p. 44.

128. Herbert Marcuse, *op. cit.*, p. 79.

129. Jaime Osorio, *El Estado en el centro de la mundialización: la sociedad civil y el asunto del poder*, México, FCE, 2014, p. 149.

Michael Hardt y Antonio Negri en la ubicua “multitud” multicultural democratizadora. Como pensaba Eric Hobsbawm ya hacia el final de su vida, la lucha de clases de inicios de siglo es una *lucha de clases degradada*; cada grupo se aísla buscando satisfacer sus propias demandas, atacando sólo la apariencia del fenómeno. Pero “el único vínculo que une a todos esos grupos es el vínculo del capital, siempre dispuesto a satisfacer las demandas específicas de cada grupo o subgrupo [...] La línea de demarcación entre una política identitaria multicultural y el fundamentalismo es, por tanto, puramente formal”.<sup>130</sup> Vivimos entonces en una era de fundamentalismos, no sólo religiosos sino de múltiples tipos, situación que se agrava considerablemente con el avance depredador del capitalismo mundializado que hace de la escasez ley y obliga a los distintos grupos subordinados a verse entre sí como enemigos en lucha por lo escaso:

La privatización de los bienes y servicios públicos, así como la mercantilización de los sistemas de sustento vital de las personas pobres, son un doble robo que desprovee a las personas de su seguridad económica y cultural. Millones de ellas, privadas de una vida y una identidad seguras, se ven impulsadas a integrarse en movimientos extremistas, terroristas y fundamentalistas. Éstos identifican al “otro” como el enemigo y, simultáneamente, construyen identidades de carácter excluyente para separarse de quienes, en realidad, guardan una conexión ecológica, cultural y económica con ellos. Esta falsa separación provoca una conducta caracterizada por el antagonismo y el canibalismo.<sup>131</sup>

El surgimiento renovado y fortísimo de los fundamentalismos religiosos es un caso paradigmático del fenómeno que describimos; nunca antes como después de la disolución de la URSS y de los

130. *Ibid.*, p. 54.

131. Vandana Shiva, *op. cit.*, p. 11.



estados de bienestar con la consecuente abolición de la Guerra Fría se había presenciado el surgimiento de tantos movimientos fundamentalistas que promovieran el terrorismo, el racismo y la xenofobia. Y es en cierta medida lógico; ante el fracaso de los estados para satisfacer sus crecientes necesidades las comunidades se repliegan sobre sí mismas recurriendo a métodos extremos para conseguirlos. Claro que el fundamentalismo ha existido históricamente antes de la era del capital, pero ahora *se trata de un fundamentalismo por completo moderno* que necesita actuar necesariamente dentro de los límites que le impone la modernidad.

El fundamentalismo es, pues, un fenómeno moderno y antiguo al mismo tiempo. Moderno porque interpreta los límites mismos de la modernidad. Antiguo porque propone un modelo alternativo que, considerando los hechos, demuestra ser una camisa de fuerza que no alcanza a contener todas las aspiraciones que en el ínterin los individuos de nuestro tiempo han alcanzado.<sup>132</sup>

Lo mismo aplica para la división entre el proletariado del centro y el proletariado de la periferia, que en el contexto del capitalismo *mundializado* del que hablamos se ven como enemigos en pugna por el bienestar industrial; el caso de la inmigración “ilegal” es el paradigma en esta situación: ver al “otro” como competidor que deprime salarios y roba empleos. Otro caso es el de las fábricas que se mueven por el mundo a donde existe mano de obra más barata y desprotegida que deprime la calidad de los empleos de las metrópolis; lo que también enfrenta a trabajadores del Norte contra trabajadores del Sur. Sin embargo, la calidad de vida del Norte se mantiene considerablemente superior y los capitales centrales se encargan de que la calidad de vida de las periferias se mantenga

132. Enzo Pace *et al.*, *Los fundamentalismos*, México, Siglo XXI, 2006, pp. 8-9.

baja con miras a la extracción de plusvalía. La existencia de fronteras nacionales oculta entonces la explotación diferenciada y mantiene a los culpables en las sombras, porque supuestamente cada Estado-nación es responsable de su propia población:

Nuestro principal argumento es que, contrario a la opinión generalizada, la así llamada división Norte-Sur continúa siendo (como lo ha sido a través del siglo xx) el principal obstáculo para la formación de una condición proletaria homogénea mundial [...] Cualquier intento significativo de reconstruir políticas sociales debe poner la superación de esta brecha al centro de sus preocupaciones teóricas y prácticas.<sup>133</sup>

Ante esta situación, muchos movimientos sociales han llegado a la conclusión de que “no se puede cambiar el mundo por medio del Estado”.<sup>134</sup> Pero a pesar de este viraje antiestatista de los movimientos antisistémicos, que se explica por la pérdida de la fe en la reforma y el progreso histórico inevitable, Wallerstein cree que la conquista del Estado no debe dejar de ser considerada, pero “puede ser tal vez una conquista posterior en cuanto a la sucesión cronológica. Y es posible que, a diferencia de lo que habíamos creído, sea más bien la conquista de todo el resto de los espacios el que sea la clave del control del Estado, y no a la inversa”.<sup>135</sup> Los cambios desde el Estado han cambiado el modelo en turno de acumulación de capital, pero hasta el momento no han terminado con ella.

Para concluir, si la lucha revolucionaria no logra aglutinarse alrededor de un objetivo común que tenga alcances mundiales, las

133. Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver, “Workers North and South”, en *Socialist Register 2001: Working Classes, Global Realities*, vol. 37, Reino Unido, 2001, p. 53. [Traducción del autor.]

134. John Holloway, *op. cit.*, p. 35.

135. Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, *op. cit.*, pp. 127-128.

alternativas al capitalismo puede que no estén en nada relacionadas con lo utópico. Si atendemos al argumento completo resulta que ninguna lucha aislada tiene capacidad de transformar el mundo si lo pensamos en términos de sistema-mundo, tal como lo hizo, en primer lugar, Karl Marx ,y luego, Immanuel Wallerstein. El capitalismo es mundial, sustentado en un *mercado mundial* de un complejo entramado que hace que todo dependa de todo y no haya zona del sistema que escape a la lógica del conjunto, por lo cual la revolución necesariamente debe ser mundial y *atacar con especial énfasis los centros hegemónicos* desde donde se orquestan las principales decisiones del capitalismo transnacional y en donde se encuentra la principal capacidad productiva y tecnológica que encierra en potencia la socialización de la riqueza a escala planetaria. Todavía queda mucho por decir; en el siguiente apartado continuaremos la discusión planteando escenarios tanto utópicos como distópicos en los que la acción de los movimientos antisistémicos es vital para determinar uno u otro escenarios: el futuro depende de la acción social y no sólo de la lógica interna del capitalismo.

## EL FIN DEL MUNDO COMO LO CONOCEMOS

Me he convertido en La Muerte, el destructor de mundos.

J. R. OPPENHEIMER

¿Es pensable una modernidad no capitalista? ¿Cuál podría ser y en qué podría consistir? ¿Es posible, frente a la barbarie que se extiende, una defensa de la vida que no implique el retorno a lo arcaico, el abandono de la modernidad, la destrucción del nuevo plano de relación entre lo humano y lo otro conseguido por la técnica? ¿Es posible darle a la modernidad de las fuerzas productivas un sentido diferente al capitalista? Sólo en el ámbito

que abren estas cuestiones resulta posible preguntar: ¿cuál es la idea de revolución que sería propia del tránsito civilizatorio en el que nos encontramos?

B. ECHEVERRÍA, *Valor de uso y utopía*

Luego de este amplio recorrido por el que atravesamos uno a uno los círculos infernales, somos capaces de discernir el apocalipsis. Podemos palparlo y sabemos de su potencialidad real; sabemos que por el momento ya toma la forma de las formas más degradadas del capitalismo, pero sabemos también que eso sólo es el inicio, que tal vez estén por sonar las siete trompetas y que exista algo peor que lo que ya existe. La primera potencialidad apocalíptica es *la transformación de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas*. Ahora la humanidad vive el agotamiento de las condiciones de supervivencia; recordando a Ulrich Beck, nos hemos convertido en una *sociedad del riesgo*. Las diferencias de clase quizá ya no hagan la diferencia a la hora de recibir el juicio del fin del mundo; todos compartimos el peligro de la catástrofe ambiental, de la inminencia de las guerras mundiales, de la era atómica, del avance de la industria química y bacteriológica:

Ha llegado el *final de los otros*, el final de todas nuestras posibilidades de distanciamiento, tan sofisticadas; un final que se ha vuelto palpable con la contaminación atómica. *Se puede dejar fuera la miseria, pero no los peligros de la era atómica*. Ahí reside la novedosa fuerza cultural y política de esta era. Su poder es el poder del peligro que suprime todas las zonas protegidas y todas las diferenciaciones de la modernidad.<sup>136</sup>

Pero no basta con aceptar religiosamente la inevitabilidad del escenario, con ponerle nombre a la destrucción y conocer sus causas;

136. Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós, 2010, p. 11.

según Slavoj Žižek, el problema con los teóricos de la sociedad del riesgo es su creencia en la incapacidad de conocer por completo las consecuencias de nuestros actos y la total ausencia de un mecanismo que los regule a nivel de civilización, ya no sólo no hay una “mano invisible” que regrese el sistema al equilibrio sino que, ante el fracaso de los intentos por planificar la vida (por ejemplo con las economías planificadas tanto del este como del oeste), tampoco es posible una regulación consciente, una “mano visible”.

¿Qué es, entonces, lo que no acaba de encajar en la teoría de la sociedad del riesgo? Acaso, ¿no acepta plenamente la inexistencia del gran Otro y no analiza las consecuencias ético-políticas de esa ausencia? Lo cierto es que, de un modo contradictorio, esta teoría es, simultáneamente, demasiado específica y demasiado genérica. Por un lado, aunque recalque cómo la “segunda modernización” nos obliga a transformar nuestras ideas sobre la acción humana, la organización social o, incluso, sobre el desarrollo de nuestras identidades sexuales, la teoría subestima el impacto de la nueva lógica social en todo lo relativo al emergente estatuto de la subjetividad. Por otro lado, aunque conciba la fabricación de riesgos e incertidumbres como una forma universal de la vida contemporánea, esta teoría no analiza las raíces socioeconómicas de esa fabricación. Sostengo, por mi parte, que el psicoanálisis y el marxismo, obviados por los teóricos de la sociedad del riesgo [...] sí pueden contribuir a la comprensión crítica de la subjetividad y de la economía.<sup>137</sup>

Observamos entonces que lo que en este libro hemos intentado hacer es precisamente lo que Žižek dice que puede hacer el marxismo para superar la pasividad de las teorías de la sociedad del riesgo; lo que tratamos de hacer es más que sólo denunciar el riesgo: se trata

137. Slavoj Žižek, *En defensa de la intolerancia*, España, Diario Público, 2010, p. 93.

de poner el dedo en la llaga y explicar cómo hemos llegado a donde hemos llegado, y ante todo, plantear escenarios donde el sujeto todavía tenga capacidad de transformar el mundo. Ya hemos visto los mecanismos bajo los cuales el capital moldea la realidad, pero ahora, en este punto de la investigación, ante la idea de un colapso civilizatorio total, debemos seleccionar algunos problemas que, derivados de dichos mecanismos, requieran toda nuestra atención. Siguiendo a Noam Chomsky podríamos decir que la

selección de problemas que deberían tener alta consideración en la agenda de preocupaciones para el derecho y bienestar humano es, naturalmente, un asunto subjetivo. Pero hay algunas pocas opciones que parecen inevitables, porque pesan muy directamente en los pronósticos de una supervivencia decente. Entre ellos están al menos estos tres: guerra nuclear, desastre medio ambiental, y el hecho de que el gobierno del poder líder del mundo está actuando de maneras que incrementan la posibilidad de estas catástrofes.<sup>138</sup>

Ya analizamos la peligrosidad que representa la lucha de las “pandillas capitalistas” mundiales para la continuidad de la vida civilizada cuando hablamos de *la crisis de los estados*, y de la realidad de la crisis ambiental cuando discutimos *el fin de los recursos* y llegamos a la conclusión de que el escenario se hace posible gracias al interminable impulso de acumular capital; la violencia a la que empuja la competencia por las ganancias y la guerra por lo que queda de los recursos son una receta para el fin del mundo. Siguiendo a Hannah Arendt, la violencia se reconfigura a distinta escala de la mano de un instrumental técnico mucho más poderoso que responde a las necesidades de la acumulación de capital. Así, los “instrumentos de violencia requeridos para la destrucción se crean a imagen de las herramientas de

138. Noam Chomsky, *Failed States*, Nueva York, Metropolitan Books, 2006, p. 1. [La traducción es del autor.]

producción y el instrumental técnico siempre los abarca igualmente a ambos”.<sup>139</sup> Con esto Hannah Arendt insinúa un hecho fundamental: la guerra moderna como producto mismo del modo de producción basado en el capital busca en la guerra con otros estados el control de mercados y fuerza de trabajo para poder seguir reproduciéndose a escala ampliada y evitar las recurrentes crisis del sistema. Por ello, conforme las crisis se vuelven más severas se intensifica más la batalla; de ahí “el temor completamente justificado de que la humanidad pueda liquidarse a causa de la política y los instrumentos de violencia de que dispone. De este temor surge la esperanza de que la humanidad será razonable y eliminará la política antes que a sí misma”.<sup>140</sup>

Es con base en un análisis similar que Michel Foucault cataloga al estalinismo y al nazismo como *formas patológicas* de la modernidad, *enfermedades del poder* que

a pesar de su carácter histórico único, no son completamente originales. Utilizaron y difundieron mecanismos que ya estaban presentes en la mayoría de las otras sociedades. Y más que eso: a pesar de su propia locura interna, utilizaron ampliamente las ideas y los procedimientos de nuestra racionalidad política.<sup>141</sup>

Es decir, en realidad Foucault aquí ironiza con el término *enfermedad*; es obvio que para él se trata más de un *síntoma* de la civilización (a la manera de Zygmunt Bauman)<sup>142</sup> que de un factor externo o anómalo. Su pensamiento es histórico y como tal concibe estos extremos de violencia como parte de la lógica inherente al desenvolvimiento del capitalismo y de la “racionalidad política” que le es propia.

139. Hannah Arendt, *¿Qué es la política?*, México, Paidós, 2012, p. 101.

140. *Ibid.*, p. 98.

141. Michel Foucault, “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm 3, julio-septiembre de 1988, p. 4.

142. Cf. Zygmunt Bauman, *Modernidad y holocausto*, Madrid, Sequitur, 1998.

Cuando Bauman describe los orígenes históricos del Holocausto afirma que hay un gran paso entre racismo y genocidio; asevera que existen ciertas condiciones que deben cumplirse para que el odio racial devenga en holocausto, y el elemento último que genera este brinco es el Estado moderno con toda su maquinaria burocrática y su poder de centralización que permite hacer de la muerte a gran escala una política de Estado. Así, la gran conclusión a la que llega es que el fascismo es una forma de organización social inherente a la modernidad capitalista; si bien no es condición forzosa, o no tiene por qué ocurrir necesariamente, sí es una sombra constante que se mantiene en estado latente. El peligro del fascismo no terminó con la Segunda Guerra Mundial sino que sólo entró en estado de reposo. Lo fascinante y a la vez aterrador del texto de Bauman es justo esta actualidad: el peligro de barbarie no ha sido eliminado porque no ha cambiado la esencia de la modernidad, y ahora, con el fracaso del modelo neoliberal y del Estado visto sólo como regulador del capital privado, la posibilidad de una reedición del fascismo en pleno siglo XXI no es nada descabellada, como lo pensara Carl Amery cuando ubicaba el inicio del siglo XXI en la creación del campo de concentración de Auschwitz y estableciera a Adolf Hitler como precursor del desarrollo de esta era.<sup>143</sup>

Sin embargo, para Bauman el racismo también es un producto de la modernidad relacionado estrechamente con la forma de funcionamiento del Estado capitalista; no es una mera *heterofobia*, un simple miedo al otro que no se conoce y que se radicaliza sino que tiene raíces más profundas ancladas en las contradicciones propias de la era del capital, en la era de la producción de riqueza ilimitada, marcada por la producción inconmensurable de miseria. Es el miedo a ese otro que representa el peligro constante de miseria. El postulado de Bauman es que este racismo proviene de la

143. Cf. Carl Amery, *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?: Hitler como precursor*, México, FCE, 2002.



necesidad de crear un orden social artificial, una ingeniería social que suprima las contradicciones propias del capitalismo anulando a los miembros de la sociedad que en *apariencia* generan o encarnan esas contradicciones. Aquí es donde el argumento se complejiza, porque justo lo que dice Bauman es que, en *esencia*, el racismo tiene un origen que en potencia podría ser revolucionario, o que ya es profundamente revolucionario: el rechazo a los valores que engendra la modernidad; sin embargo, en la acción estos sentimientos no se tornan agentes de cambio sino que afirman dichos valores modernos al encaminar ese sentimiento revolucionario o de rebeldía hacia la *apariencia* del fenómeno, no hacia el Estado o a una clase social, sino a una raza que por *naturaleza* es un elemento canceroso.

En el fondo de este fenómeno está el surgimiento de todas las formas degradadas de la lucha de clases que analizamos en la parte sobre *la lucha de clases en perspectiva histórica*, los fundamentalismos, los movimientos de limpieza étnica, la xenofobia; el miedo al Otro en general parte del desencanto de las promesas de la modernidad y obliga a los distintos grupos sociales a refugiarse en identidades que piensan les brindarán protección del azote del sistema. Todo se vuelve un asunto de supervivencia en el cual la premisa es que la existencia del otro anula las propias posibilidades de supervivencia. Así, el proceso de globalización que “tiene la apariencia de una unificación del mundo es antes bien una homologación coaccionada que deja subsistir —y hasta crea continuamente— nuevas y aún más profundas diferencias sociales, económicas, biológicas entre continentes, pueblos, etnias”.<sup>144</sup> Y ahora, ante la pérdida de poder de los estados, en términos de lo que puede hacer por sus poblaciones, la escalada de violencia se vuelve insostenible en todas las escalas: de la nación a la etnia, del Estado a la estratificación de las clases sociales.

144. Roberto Esposito, *Diez pensamientos acerca de la política*, Buenos Aires, FCE, 2012, p. 85.

Al escudriñar hacia atrás la historia de esta forma puede verse, como ha formulado Wallerstein, que entre 1848 y 1914/17 el capitalismo implementó su configuración liberal para contener a las “clases peligrosas” en el Norte, mientras que entre 1914/17 y 1971 utilizó esta configuración para contener a estas clases en el Sur. Lo que nos lleva a que ha cruzado el fin de siglo y la entrada al siglo XXI desactivando al que ha funcionado históricamente como su principal fuerza de neutralización y estabilización social: el Estado liberal.<sup>145</sup>

El apocalipsis adquiere entonces otro giro distinto al de la simple aniquilación de la especie por guerras nucleares, catástrofes ambientales y demás calamidades propias del desarrollo tecnológico impulsado por el capital. Se trata ahora de que el desarrollo capitalista está generando amplios sectores de la población sin acceso a ningún tipo de protección; quedan poblaciones flotantes que para el capital sólo son un ejército de reserva, mano de obra barata. Ya todo el mundo está por proletarizarse por completo; como vimos cuando hablamos de *polarización y pobreza*, hemos cruzado el umbral de la población rural a la urbana. Se trata, ante todo, de una urbanización de la pobreza; gente sin recursos propios, sin medios de vida, sin tierra que cultivar para la autosubsistencia, población que en los hechos queda marginada de lo que el sistema capitalista promete en abundancia.

Los autores de *The Challenge of the Slums* descartan las calumnias victorianas, pero, por lo demás, mantienen la definición clásica: hacinamiento, vivienda pobre o informal, acceso inadecuado a medidas sanitarias y a agua potable e inseguridad respecto a la propiedad. Esta definición multidimensional es, en realidad, un indicador muy conservador de lo que se califica como áreas urbanas hiper-

145. Luis Arizmendi, “La especificidad histórica de la crisis mundial contemporánea”, *Mundo Siglo XXI*, núm. 17, México, CIECAS-IPN, verano de 2009, p. 31.

degradadas: muchos lectores se sorprenderán del descubrimiento contraexperiencial de las Naciones Unidas de que sólo el 19.6% de los mexicanos de las ciudades viven en áreas urbanas hiperdegradadas. Sin embargo, incluso con esta definición restrictiva, *The Challenge of the Slums* calcula que, en el año 2001, había por lo menos 921 millones de habitantes de áreas urbanas hiperdegradadas: una cifra casi igual a la población del mundo cuando el joven Engels se aventuró por primera vez en las calles pobres de Manchester. En efecto, el capitalismo neoliberal ha multiplicado exponencialmente el famoso arrabal de Tom-All-Along de *La casa desolada*, de Dickens. Los residentes de áreas urbanas hiperdegradadas constituyen un asombroso 78.2% de la población urbana de los países menos desarrollados y al menos un tercio de la población urbana global.<sup>146</sup>

Así pues, lo que se está construyendo ante la imposibilidad de crear socialidad impulsada desde el Estado capitalista es un fenómeno de reconfiguración social desde abajo, pero en general con una modalidad destructiva, tanática. La economía criminal tal vez sea un mecanismo de redistribución de la riqueza que hace lo que el capitalismo por sí solo no hace, por lo que

la desintegración de las estructuras del Estado, que se comenzó a ver en los años setenta y ochenta, adquirió un matiz nuevo y más peligroso. Este fenómeno se estaba propagando, ya fuera como sustitución de facto de la autoridad y las funciones del Estado en las zonas locales por movimientos religiosos integristas, como actividades de las mafias narcotraficantes, como etnias minoritarias militarizadas, como pandillas urbanas o como movimientos del estilo de Sendero Luminoso.<sup>147</sup>

**146.** Mike Davis, "Planeta de ciudades-miseria: involución urbana y proletariado informal", en *Urbanizar la miseria, New Left Review en Español*, núm. 26, pp. 12-13.

**147.** Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, p. 80.

Así, es posible que estemos ante un atisbo de lo que el poscapitalismo pueda ser, no un sueño igualitario, sino algo mucho peor y mucho más salvaje que el capitalismo; es ésta una de las posibilidades entrevistadas por Immanuel Wallerstein y que podemos investigar más a fondo. Tal vez este crecimiento de las ciudades miseria, el avance implacable de la economía criminal, la amenaza constante de una reconfiguración neofascista del mundo, la reinstitución del trabajo esclavo (una forma de explotación precapitalista), la pobreza destrampada mano a mano con la creación de un proletariado informal, todo conjugado con la caída de los estados, pueda darnos la clave para anticiparnos a pensar ese escenario de pesadilla que podría ser un *poscapitalismo distópico*. Ya la conciencia de este fenómeno la encontramos en labios de quienes viven en ese fango deshumanizador:

Ustedes son los que tienen miedo de morir, yo no. Mejor dicho, aquí en la cárcel ustedes no pueden entrar y matarme, pero yo puedo mandar matarlos a ustedes allí afuera. Nosotros somos hombres-bomba. En las villas miseria hay cien mil hombres-bomba. Estamos en el centro de lo insoluble mismo. Ustedes, entre el bien y el mal y, en medio, la frontera de la muerte, la única frontera. Ya somos una nueva “especie”, ya somos otros bichos, diferentes a ustedes. La muerte para ustedes es un drama cristiano en una cama, por un ataque al corazón. La muerte para nosotros es la comida diaria, tirados en una fosa común. ¿Ustedes intelectuales no hablan de lucha de clases, de ser marginal, ser héroe? Entonces ¡llegamos nosotros! ¡Ja, ja, ja...! Yo leo mucho; leí tres mil libros y leo al Dante, pero mis soldados son extrañas anomalías del desarrollo torcido de este país. No hay más proletarios, o infelices, o explotados. Hay una tercera cosa creciendo allí afuera, cultivada en el barro, educándose en el más absoluto analfabetismo, diplomándose en las cárceles, como un monstruo Alien escondido en los rincones de la ciudad. Ya surgió un nuevo

lenguaje. ¿Ustedes no escuchan las grabaciones hechas “con autorización” de la justicia? Es eso. Es otra lengua. Está delante de una especie de posmiseria. Eso. La posmiseria genera una nueva cultura asesina, ayudada por la tecnología, satélites, celulares, internet, armas modernas. Es la mierda con chips, con megabytes. Mis comandados son una mutación de la especie social. Son hongos de un gran error sucio.<sup>148</sup>

*Pero el pensamiento crítico le dice al corazón que no debe desesperar, que debe permanecer utópico.* Para permitirme pensar ese otro escenario donde el poscapitalismo se acerca al sueño de igualdad, recurriré una vez más a las enseñanzas de quien en vida fuera mi principal maestro, de quien comencé a aprender teoría crítica y a quien debo mi formación académica y mucho de lo que ha terminado siendo plasmado en esta investigación: Bolívar Echeverría. Se me perdona este pequeño interludio emotivo, pero más allá de mi relación intelectual con este personaje creo que la potencia discursiva de sus escritos en verdad es revolucionaria y me dará la pauta para pensar ese otro escenario donde el centro es la Utopía. Comencemos con el final...

En el discurso crítico contemporáneo parece haber un olvido sistemático de un elemento clave para entender la actualidad del pensamiento revolucionario; aquel elemento que en los albores de la era moderna fue visto como el componente clave de la emancipación humana y que con el tiempo pasó a convertirse dentro del imaginario moderno en el principal medio de esclavización: la *técnica*. Ya para Karl Marx, el principal exponente del llamado “socialismo científico”, la técnica era el centro de toda la teorización sobre la revolución y el comunismo; el vínculo era inseparable

**148.** Entrevista del periódico *O Globo* de Brasil a “Marcola”, capo brasileño líder de la organización criminal Primer Comando de la Capital, en <http://www.excelsior.com.mx/global/2013/10/03/921708>.

y toda la explicación sobre la “sociedad de hombres libres” iba de la mano con la creación de una sociedad sustentada en la abundancia, la cual sería posibilitada por la producción ilimitada de riqueza que tenía como premisa al impresionante desarrollo tecnológico impulsado por la era del capital.<sup>149</sup> Sin embargo, la técnica desarrollada por el capital, lejos de generar abundancia para todos, impulsada por la propiedad privada de medios de producción y la búsqueda de ganancia, genera abundancia, pero reproduciendo la escasez de manera *artificial*; es decir, en un contexto histórico donde en principio el ser humano se encuentra por primera vez en la historia en condiciones de superar el fundamento de las sociedades de clase (escasez absoluta), decide reinstalarlo de manera artificial (escasez relativa):

Lo principal de este recentramiento tecnológico está, desde mi punto de vista, en que con él se inaugura la posibilidad de que la sociedad humana pueda construir su vida civilizada sobre una base por completo diferente de interacción entre lo humano y lo natural, que parte de una escasez sólo relativa de la riqueza natural, y no como debieron hacerlo tradicionalmente las sociedades arcaicas, sobre una interacción que se movía en medio de la escasez absoluta de la riqueza natural o de la retención absoluta de la naturaleza ante el escándalo que traía consigo la humanización de la animalidad.<sup>150</sup>

Para que sea más claro, *la escasez es el fundamento de las sociedades de clase* porque si la riqueza material es limitada el hombre debe pelear

149. “El capital –de manera totalmente impremeditada– reduce a un mínimo el trabajo humano, el gasto de energías. Esto redundará en beneficio del trabajo emancipado y es la condición de su emancipación.” Karl Marx, *Grundrisse*, vol. 2, México, Siglo XXI, 1987, p. 589 de la enumeración al margen.

150. Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2011, p. 22.

por el acceso a ella; no es una cuestión de voluntad. Si la riqueza no alcanza el hombre debe someterse al trabajo para producirla o pelear por ella contra otros seres humanos (estableciendo jerarquías y viendo al otro como potencial enemigo); el trabajo no es libre y la riqueza no está al alcance de todos por una mera cuestión de cantidad e incapacidad productiva. De ahí que Jean-Paul Sartre defina la historia de las sociedades humanas como “la historia de la escasez”, como una constante búsqueda de la abundancia para superar aquella *prehistoria* de la humanidad de la que hablaba Marx:

No existe una naturaleza humana. Sin embargo, al menos hasta el momento presente de nuestra prehistoria, la escasez, sea cualquiera la forma que ella adquiera, domina sobre la praxis en su conjunto. Es necesario, así, comprender, todo al mismo tiempo, que la inhumanidad del hombre no proviene de su naturaleza; que la inhumanidad, lejos de excluir la humanidad, sólo se explica por ella, pero que, mientras no termine el imperio de la escasez, en todos y cada uno de los hombres habrá una estructura inerte de inhumanidad, que no es en definitiva otra cosa que la negación material en tanto que interiorizada.<sup>151</sup>

Siguiendo el planteamiento que Sartre desarrolla a partir de Marx, y que retoma Bolívar Echeverría mediante los conceptos de escasez absoluta y relativa, podríamos decir que la escasez de la era moderna es artificial porque la producción se encuentra mediada por la propiedad privada y el *valor de cambio*; esto es, quien no tiene acceso al dinero como forma de relación social no tiene derecho a

151. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963, pp. 289-290. En la edición de Losada traducen la palabra francesa *rareté* como *rareza*, pero una mejor traducción, y también válida, dentro del contexto del que habla Sartre, sería *escasez*; de ahí que Sartre relacione el término con “negación material”.

la riqueza. El dinero es “la comunidad en el bolsillo” y quien no es propietario privado de dicha mercancía dineraria no se conecta con el *sistema global de necesidades*. El más claro ejemplo de escasez relativa artificialmente impuesta se puede comprobar con el caso más básico: la alimentación. Según la FAO, se produce alimento “más que suficiente” para alimentar a toda la población mundial; ¿entonces por qué hay hambrunas en África, más de 800 millones de personas padecen hambre, y una de cada tres personas está mal nutrida?<sup>152</sup> Es claro que no se trata de un problema de producción sino de distribución, de escasez artificialmente impuesta; se produce para generar ganancia, no para reproducir la vida: “El productivismo [...] en contra de las posibilidades reales, ha sido ratificado en su lugar fundamental por una versión de la modernidad que parte de la reproducción artificial de la escasez: la modernidad capitalista”.<sup>153</sup>

Así, podríamos decir que *la técnica no es neutral*, lo que quiere decir que, al estar subsumida por el capital, posee una condición de clase que le impide cumplir con su función emancipadora. No hay que confundirse; como ya lo señalara Marx en el primer tomo de *El capital*, una cosa es la maquinaria empleada bajo su forma capitalista que prolonga el tiempo de trabajo y otra muy diferente la máquina *considerada en sí* que lo abrevia y abre las puertas a la emancipación del trabajo; “este desarrollo de las fuerzas productivas [...] constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la *escasez*”.<sup>154</sup>

De la mano de la idea de la técnica como marcada por su condición de clase se vuelve imprescindible una visión *crítica sobre la idea de progreso*; para ello retomaremos la visión planteada por

152. Meta 2 de las Metas de Desarrollo Sustentable, parte de la Agenda de Desarrollo Post-2015 de la ONU, “Zero Hunger”, en [www.fao.org/sustainable-development-goals/goals/goal-2/en/](http://www.fao.org/sustainable-development-goals/goals/goal-2/en/).

153. Bolívar Echeverría, *Definición de la cultura*, México, FCE, 2010, p. 125.

154. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979, p. 36.



Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la historia*, sobre todo la famosa tesis IX, que se torna también parte fundante del pensamiento de Bolívar Echeverría. En dicha tesis Benjamin caracteriza el progreso bajo la alegoría de un ángel arrastrado por un huracán. Dice: “Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso”.<sup>155</sup> Claramente, al ver el progreso como un huracán que sólo deja ruina a su paso, Benjamin comienza por cuestionar la idea ilustrada que veía al progreso como lineal e inevitable; en otras palabras, “se podría resumir el pensamiento de la Ilustración diciendo que era la creencia en la identidad de la modernidad de la tecnología y la modernidad de la liberación”.<sup>156</sup> Para Benjamin esto no es así: la historia terminó por demostrar que, ante la promesa de la liberación fundada por la técnica, la modernidad capitalista responde generando una *ambivalencia*, potenciando la técnica pero reprimiéndola al producir miseria en medio de la abundancia. “Si se olvida esta dialéctica del progreso tecnológico, que a su vez es parte de lo que Horkheimer y Adorno conciben como la *Dialéctica de la Ilustración*, no se puede captar en última instancia nada de la radicalidad del pensamiento de Benjamin.”<sup>157</sup>

A la par del reconocimiento de esta ambivalencia viene una dura crítica al marxismo propio de su época, asentado sobre todo en la Unión Soviética, una crítica a la *visión teleológica* del marxismo que creía en la inevitabilidad del progreso y en el advenimiento del comunismo. Benjamin no cree en teorías de “capitalismo tardío” o moribundo, o en que el imperialismo sea la última fase del capitalismo, como creía Lenin influenciado por el socialdemócrata austriaco Rudolf Hilferding; nada de eso, para Benjamin como

155. Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia*, México, Itaca, 2008, pp. 44-45.

156. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 2005, p. 131.

157. Stefan Gandler, *Fragmentos de Frankfurt*, México, Siglo XXI, 2011, pp. 67-68.

para Marx el capitalismo ha demostrado que puede sobrevivirse a sí mismo a costa del mundo humano y natural; por ello, “de interés actual debería ser, en cambio, todo lo que tiene que ver con aquello que podría llamarse el ‘materialismo histórico’ informal o antioficial y que es justamente aquella configuración teórica o discursiva cuya crisis quisiera superar Benjamin mediante su crítica de la idea de progreso”.<sup>158</sup>

Entonces, en el discurso de la historia de Walter Benjamin no existen destinos ineluctables: “Benjamin recusa dicha historia lineal [...] pues nada es tan paralizante como tratar de convencer a los oprimidos de que la historia avanza siempre a favor de la corriente emancipadora y que simplemente hay que esperar a que se cumpla gradualmente la ley de hierro”.<sup>159</sup> Pero hay una *doble crítica a la idea de progreso* en Benjamin; la primera es la ya expuesta sobre el progreso teleológico en sus versiones ilustrada y marxista. En cambio la segunda apunta a dar por tierra con la “condición posmoderna”, a demostrar que el progreso no sólo genera destrucción sino, como ya se ha mencionado, crea las condiciones de emancipación, *reprimidas pero existentes*, esperando el momento de su liberación a través del acto revolucionario, mediante la interrupción del *continuum* histórico: “La conciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia es propia de las clases revolucionarias en el instante de su acción” (tesis XV).

Es así que dentro del concepto de revolución de Benjamin la técnica es inseparable del momento emancipatorio; pero a lo que hace referencia con la concepción de romper el *continuum* es a alterar la lógica sometedora del capital mediante actos que incluso por un breve espacio de tiempo logren alterar esa tendencia. Sin embargo, entre tales actos los de mayor impacto son aquéllos que

158. Bolívar Echeverría, *Vuelta de siglo*, México, Era, 2006, p. 123.

159. Jorge Juanes, “Arte y redención”, en Bolívar Echeverría (comp.), *La mirada del ángel*, México, Era, 2005, p. 239.

son potenciados por una *refuncionalización* de la técnica. Al reconocer el carácter ambivalente de la técnica, Benjamin enfatiza sobre todo su carácter liberador a través de lo que denomina “segunda técnica”, que sería precisamente aquélla que vive en estado de represión, pero que se reactualiza de manera constante, dando atisbos de su promesa redentora:

La intención de la primera [técnica] sí era realmente el dominio de la naturaleza; la intención de la segunda es más bien la interacción concertada entre la naturaleza y la humanidad. La función social decisiva del arte actual es el ejercitamiento en esta interacción concertada. Esto vale en especial para el cine. *El cine sirve para ejercitar al ser humano en aquellas percepciones y reacciones que están condicionadas por el trato con un sistema de aparatos cuya importancia en su vida crece día a día.* Al mismo tiempo, el trato con este sistema de aparatos le enseña que la servidumbre al servicio del mismo sólo será sustituida por la liberación mediante el mismo cuando la constitución de lo humano se haya adaptado a las nuevas fuerzas productivas inauguradas por la segunda técnica.<sup>160</sup>

Benjamin ve en el arte, sobre todo en el cine y en la fotografía, el espacio donde con mayor claridad se vislumbra esta segunda técnica, y esto es así porque con la irrupción de la era de las máquinas el arte se torna reproducible, lo que implica que *la experiencia estética se democratiza; la producción y el disfrute del arte deja de ser un asunto de élites.* Benjamin describe este fenómeno como la pérdida del “aura” de las obras de arte; es decir que el elemento mágico o ritual de la obra de arte es profanado por la técnica quitándole “unicidad” al hacerlo reproducible, editable o moldeable. El cine y la fotografía (incluso el periódico) comienzan por poner un *nuevo*

160. Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, México, Itaca, 2003, pp. 56-57.

*sistema de aparatos* al alcance de mayores sectores de la población; “el derecho a ser filmado” rompe con la frontera entre productor y consumidor; en cualquier momento alguien podría pasar a convertirse en productor. La ingenua interpretación de que Benjamin ve el declive del aura con nostalgia impide apreciar los alcances revolucionarios de su planteamiento; lo que él sugiere es más bien lo contrario: “Se trata de canalizar el deseo tanto desde el presente como desde el pasado hacia el futuro: de detectar en el declive del aura la forma de nuevas relaciones sociales y libidinales, realizables mediante la práctica revolucionaria”.<sup>161</sup>

La obra de Walter Benjamin está marcada por la reflexión sobre la técnica, por el potencial de esta *segunda técnica*, o *neotécnica* como la cataloga Bolívar Echeverría; sus escritos no son sólo teorizaciones en el aire, sino invitaciones a la acción política, y como tales pretende vincularlos con un llamado a la praxis revolucionaria. Así la técnica se conecta desde su obra con propuestas de subversión o ruptura del *continuum*; pretende generar la conciencia de que es posible utilizar la técnica producida por el capital para los propósitos de la acción libertaria:

El parecer de Benjamin presupone, desde luego, la presencia de una subjetividad peculiar adiestrada en la tecnociencia moderna, que piensa en la insurgencia política a futuro, conservando las fuerzas productivas actuales pero poniéndolas al servicio de la libertad y no del dominio de los hombres y de la naturaleza.<sup>162</sup>

Benjamin propone un tipo de sujeto revolucionario que no se quede en el discurso político e ideológico, sino que utilice la técnica

161. Terry Eagleton, *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 75.

162. Jorge Juanes, *T. W. Adorno, individuo autónomo-arte disonante*, México, Libros Magenta, 2010, p. 38.

al servicio de la revolución, pensando en que la técnica es la base material de la emancipación. Propone un sujeto revolucionario que, de acuerdo con su posición en el proceso de producción social, *refuncionalice* la técnica con miras libertarias; de ahí que diga: “Defino al rutinero como el hombre que renuncia básicamente a introducir en el aparato de producción innovaciones dirigidas a volverlo ajeno a la clase dominante y favorable al socialismo”.<sup>163</sup>

Así pues, considero que es necesario repensar la revolución no desde un enfoque político o ideológico (tarea no menos importante pero ya ampliamente abordada), sino desde la visión propuesta por Benjamin y rescatada por Bolívar Echeverría, de la técnica como fundamento de la liberación, de las revoluciones como intentos de adaptar la técnica a un mundo libre de opresión: “La meta de las revoluciones es la de acelerar esta adaptación. Revoluciones son reactivaciones del colectivo; más precisamente, intentos de reactivación del colectivo nuevo, históricamente inédito, cuyos órganos están en la segunda técnica”.<sup>164</sup> Desde este mirador se pueden interpretar eventos de la acción política contemporánea; por ejemplo, los recientes acontecimientos en el *mundo árabe* donde las revueltas fueron organizadas teniendo como principal medio la acción comunicativa, potenciada por las redes sociales y por la telefonía celular: un claro ejemplo de la *refuncionalización de la técnica*.

Como ya fuera vislumbrado por Aristóteles hace ya bastante tiempo al reflexionar sobre la esclavitud: “Si cada instrumento pudiera llevar a cabo la obra que le incumbe con sólo recibir la orden [...] ni los maestros de obras tendrían necesidad de obreros ni los señores de esclavos”.<sup>165</sup> Así, un pensador de la Antigüedad veía en la magia de los artefactos de los dioses el único medio de superar la

**163.** Walter Benjamin, *El autor como productor*, México, Itaca, 2004, p. 39.

**164.** Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, *op. cit.*, p. 102.

**165.** Aristóteles, *Política*, México, Porrúa, Col. Sepan Cuantos..., núm. 70, 2010, p. 213.

esclavitud; por eso Marx leía con tal fascinación a Aristóteles y por eso también Horkheimer y Adorno catalogaron a Dédalo y Odiseo como los primeros hombres de la modernidad con quienes se funda la promesa *prometeica* de abundancia. Aristóteles creía que era imposible la superación de la esclavitud, lo cual se entiende, pues era un hombre adelantado a su época pero atado a ella; sin embargo, como bien remarca Paul Lafargue:

El sueño de Aristóteles es nuestra realidad. Nuestras máquinas alentadas por el fuego, dotadas de miembros de acero, infatigables, fecundas e inagotables, desempeñan dócilmente por sí mismas su trabajo sagrado. Pero, no obstante ello, el genio de los grandes pensadores capitalistas permanece dominado por el prejuicio del asalariado, por la peor de las esclavitudes: todavía no comprenden que la máquina es la redentora de la humanidad, el dios que rescatará al hombre de las *sordidae artes* y del trabajo asalariado, en una palabra, el dios que le dará ocio y libertad.<sup>166</sup>

Partamos del reconocimiento de la existencia de otros proyectos de modernidad distintos al capitalista: “Echeverría considera papel suyo señalar teóricamente la *posibilidad* e incluso (aunque reprimida, cubierta o negada) la *realidad* de *otras* modernidades”.<sup>167</sup> Es desde este mirador que Echeverría propone la existencia de un proyecto de modernidad latinoamericana que existe *reprimido* dentro del proyecto occidental de modernidad, una “forma de ser” latinoamericana que intenta convivir con la modernidad capitalista, atenuando su influencia globalizadora y universalizadora que gira en torno de la mercancía y de la subordinación al *valor de cambio* de las cosas. Esta forma de ser, este *ethos* propio de la modernidad

166. Paul Lafargue, *El derecho a la pereza*, México, Grijalbo, 1970, p. 55.

167. Stefan Gandler, *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, México, FCE, 2007, p. 365.

latinoamericana sometida por el *ethos* occidental, es catalogada por Echeverría como *ethos barroco*; un *ethos* que propone otro proyecto de modernidad que no gire en torno de la mercantificación de la vida sino en torno de valores comunitarios conectados al *valor de uso* de las cosas y al sistema real global de necesidades, una visión todavía viva en América a través de pueblos y comunidades indígenas y viva en el proceso de mestizaje.

La concepción de Max Weber según la cual habría una correspondencia biunívoca entre el “espíritu del capitalismo” y la “ética protestante”, asociada a la suposición de que es imposible una modernidad que no sea capitalista, aporta argumentos a la convicción de que la única forma imaginable de poner un orden en el revolucionamiento moderno de las fuerzas productivas de la sociedad humana es justamente la que se esboza en torno a esa “ética protestante”. La idea de un *ethos barroco* aparece dentro de un intento de respuesta a la insatisfacción teórica que despierta esa convicción en toda mirada crítica sobre la civilización contemporánea.<sup>168</sup>

Empero, el *ethos* barroco no es socialismo de ninguna manera; es, sencillamente, otra forma de integrarse a la modernidad como un intento dentro del mismo capitalismo de atenuar sus efectos nocivos, pero “tal vez una práctica política ‘socialista’ [...] que se genere en sociedades identificadas por su preferencia por el *ethos* barroco y su fidelidad al lado natural, concreto o de valor de uso de la vida humana y sus mundos, pueda ser en efecto la que esté llamada a vencer allí donde las demás sucumbieron”.<sup>169</sup>

Es así que la fuerte presencia de los movimientos autogestivos latinoamericanos da cuenta de la búsqueda de una *globalización*

168. Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 2011, p.36.

169. Bolívar Echeverría, “¿Un socialismo barroco?”, en Samuel Arriarán, *Barroco y neobarroco en América Latina*, México, Itaca, 2007, p. 97.

*contrahegemónica*<sup>170</sup> y de la existencia de ese otro proyecto de modernidad más comunitaria y apegada al lado natural de las cosas que se contrapone al proyecto del *ethos occidental*, representado por su proyecto universalizador centrado en la “americanización de la modernidad”<sup>171</sup> que promueve ya sólo el sometimiento del valor de uso al valor de cambio, es decir, la mercantilización de la vida. Por ello, “el *ethos barroco* es una manera de aprender del Sur para encontrar una forma nueva de pensar en esta transición paradigmática [hacia el poscapitalismo]”.<sup>172</sup>

170. Cf. Boaventura de Sousa Santos y César Rodríguez Garavito (eds.), *El derecho y la globalización desde abajo*, México, Anthropos, 2007.

171. Cf. Bolívar Echeverría (comp.), *La americanización de la modernidad*, México, Era, 2008.

172. Boaventura de Sousa Santos, “El Norte, el Sur, la utopía y el *ethos barroco*”, en Bolívar Echeverría (comp.), *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, México, El Equilibrista, 1994, p. 330.



## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio, *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-Textos, 1998.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio, “Immanuel Wallerstein y la perspectiva crítica del ‘análisis de los sistemas-mundo’”, en Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, Bogotá, Ediciones desde Abajo, 2007.
- , *Immanuel Wallerstein: crítica del sistema-mundo capitalista*, México, Era, 2003.
- Almanaque mundial 2015: anuario geopolítico*, México, Editorial Televisa, 2014.
- Amery, Carl, *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?: Hitler como precursor*, México, FCE, 2002.
- Amin, Samir, *La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del subdesarrollo*, México, Siglo XXI, 1977.
- , *Más allá del capitalismo senil: por un siglo XXI no americano*, España, El Viejo Topo, 2003.
- Anderson, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1987.
- Arendt, Hannah, *¿Qué es la política?*, México, Paidós, 2012.
- Aricó, José, “Otto Bauer”, en Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el “derumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- Aristóteles, *Política*, México, Porrúa, Col. Sepan Cuantos..., núm. 70, 2010.
- Arizmendi, Luis, “La especificidad histórica de la crisis mundial contemporánea”, *Mundo Siglo XXI*, núm. 17, México, CIECAS-IPN, verano de 2009.
- , y Julio Boltvinik, “Autodeterminación como condición de desarrollo en la era de la mundialización de la pobreza”, *Revista Mundo Siglo XXI*, núm. 9, México, CIECAS-IPN, verano de 2007, pp. 31-53.

- Arrighi, Giovanni, y Beverly J. Silver, “Workers North and South”, en *Socialist Register 2001: Working Classes, Global Realities*, vol. 37, Reino Unido, 2001.
- Badiou, Alain, *El despertar de la historia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2012.
- Ball, Stephen J., *Foucault, Power, and Education*, Nueva York, Routledge, 2013.
- Bartra, Armando, *Hambre: dimensión alimentaria de la gran crisis*, México, MC Editores/UAM Xochimilco, 2013.
- Bauer, Otto, “La acumulación del capital”, en Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- Bauman, Zygmunt, *Modernidad y holocausto*, Madrid, Sequitur, 1998.
- Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós, 2010.
- Benjamin, Walter, *El autor como productor*, México, Itaca, 2004.
- , *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, México, Itaca, 2003.
- , *Tesis sobre la historia*, México, Itaca, 2008.
- Bensaïd, Daniel, *Cambiar el mundo*, España, Diario Público, 2010.
- Bernstein, Eduard, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1982.
- Blake, William, *Poesía completa*, Barcelona, Ediciones 29, 1999.
- Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México, FCE, 2012.
- Boltvinik, Julio, “Autodeterminación y florecimiento humano. Reflexiones sobre desarrollo, política social y pobreza”, en José Luis Calva (coord.), *Agenda para el desarrollo*, vol. 11, *Empleo, ingreso y bienestar*, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México, 2007, pp. 346-369.
- Bonaiuti, Mauro, “Are We Entering the Age of Involuntary Degrowth? Promethean Technologies and Declining Returns of Innovation”, en *Journal of Cleaner Production*, 2017, pp. 1-10.
- Boron, Atilio A., *Imperio & imperialismo, una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, México, Itaca, 2003.
- Bourdieu, Pierre, *La ontología política de Martin Heidegger*, España, Paidós Ibérica, 1991.

- Braudel, Fernand, “A manera de conclusión”, *Cuadernos Políticos*, núm. 48, México, Era, octubre-diciembre de 1986.
- , *La dinámica del capitalismo*, México, FCE, 2006.
- , *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1970.
- Bujarin, Nicolái I., *El imperialismo y la acumulación del capital*, en Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- , *La economía mundial y el imperialismo*, México, Pasado y Presente, 1977.
- Carballido Coria, Laura, *¿India o Pakistán? Espacios divididos*, México, El Colegio de México/UAM Cuajimalpa, 2011.
- Ceceña, Ana Esther, y Andrés Barreda Marín, “La producción estratégica como sustento de la hegemonía mundial. Aproximación metodológica”, en Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda Marín (coords.), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, México, Siglo XXI, 1995.
- Chatterjee, Partha, “More on Modes of Power and the Peasantry”, en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.
- Chomsky, Noam, *Failed States*, Nueva York, Metropolitan Books, 2006.
- , *Hegemony or Survival: America’s Quest for Global Dominance*, Nueva York, Metropolitan Books, 2003.
- Chossudovsky, Michel, *Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial*, México, Siglo XXI, 2013.
- Colletti, Lucio, *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- Cunow, Heinrich, “Contribución a la teoría del derrumbe”, en Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- Davis, Mike, “Planeta de ciudades miseria: involución urbana y proletariado informal”, en *Urbanizar la miseria*, *New Left Review en Español*, núm. 26.

- Díaz Abraham, Leonardo, “The Action Framework of International Relations by Local Governments: What is New about This?”, mimeo, 2014.
- Dube, Saurabh, “Antropología, historia y modernidad. Cuestiones críticas”, *Estudios de Asia y África*, vol. XLII, núm. 2, México, El Colegio de México, mayo-agosto de 2007, pp. 299–337.
- Dussel, Enrique, “Sistema-mundo y transmodernidad”, en Saurabh Dube *et al.* (eds.), *Modernidades coloniales: otros pasados, historias presentes*, México, El Colegio de México, 2009.
- Eagleton, Terry, *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Echeverría Bolívar, *Definición de la cultura*, México, FCE, 2010.
- , “¿Un socialismo barroco?”, en Samuel Arriarán, *Barroco y neobarroco en América Latina*, México, Itaca, 2007.
- , “Lo político en la política”, en Bolívar Echeverría, *Ensayos políticos*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2011.
- , “‘Renta tecnológica’ y ‘devaluación’ de la naturaleza”, en Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2011.
- , *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 2011.
- , *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad: anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx*, México, Itaca, 2013.
- , *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI, 1998.
- , *Vuelta de siglo*, México, Era, 2006.
- (comp.), *La americanización de la modernidad*, México, Era, 2008.
- Engels, Friedrich, “Engels a Conrado Schmidt, en Berlín, Londres, 5 de agosto de 1890”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1974.
- , “Principios del comunismo”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Editorial Progreso, 1990.
- , *Anti-Dühring*, México, Grijalbo, 1968.
- , *Carlos Marx*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1974.

- Engels, Friedrich, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, México, Editorial Gernika, 1984.
- , *Esbozos para una crítica de la economía política*, en Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Editorial Colihue, 2006.
- , *La contribución a la crítica de la economía política de Karl Marx*, en *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 2008.
- , *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Ediciones Júcar, 1980.
- , “Prólogo”, en Karl Marx, *El capital*, tomo III, vol. 6, México, Siglo XXI, 2005.
- , *Reseña del primer tomo de El capital de Carlos Marx para el Demokratisches wochenblatt*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, Editorial Progreso, 1973.
- Esposito, Roberto, *Diez pensamientos acerca de la política*, Buenos Aires, FCE, 2012.
- Federici, Silvia, *Calibán y la bruja, mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.
- Ferraro, José, *Libertad y determinismo en la historia según Marx y Engels*, México, Itaca, 2000.
- Forrester, Viviane, *El horror económico*, México, FCE, 2012.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE, 2001.
- , “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, México, julio-septiembre de 1988.
- Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, The Free Press, 1992.
- Gandarilla Salgado, José G., *El presente como historia*, México, CEIICH-UNAM, 2008.
- Gandler, Stefan, *Fragmentos de Frankfurt*, México, Siglo XXI, 2011.
- , *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, México, FCE, 2007.
- George, Susan, *El pensamiento secuestrado: cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos*, España, Diario Público, 2009.

- George, Susan, *The Lugano Report: On Preserving Capitalism in the Twenty-first Century*, Inglaterra, Pluto Press, 2003.
- Giordano, Eduardo, *Las guerras del petróleo: geopolítica, economía y conflicto*, Barcelona, Icaria, 2003.
- Gómez Garza, Rodrigo Rafael, “El concepto de Revolución en Karl Marx”, tesis de licenciatura, México, Facultad de Economía-UNAM, 2011.
- Gorz, André, *Adiós al proletariado (más allá del socialismo)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2001.
- Grossmann, Henryk, “Cartas de Henryk Grossmann a Paul Mattick sobre la acumulación”, en Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis: dialéctica y metodología en El capital*, México, Pasado y Presente, 1979.
- , *La ley de la acumulación y del “derrumbe” del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 2004.
- Hardt, Michael, y Antonio Negri, *Empire*, EUA, Harvard University Press, 2001.
- , *Multitud: guerra y democracia en la era del imperio*, Barcelona, Debate, 2004.
- Harvey, David, *Afterthoughts on Piketty’s Capital*, en <http://davidharvey.org/2014/05/afterthoughts-pikettrys-capital/>.
- , “The Right to the City”, *New Left Review*, núm. 53, septiembre-octubre de 2008.
- Hilferding, Rudolf, *El capital financiero*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971.
- Hobsbawm, Eric, *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011.
- , *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007.
- , *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2005.
- , y Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, México, Siglo XXI, 1989.
- Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, España, El Viejo Topo, 2002.

- International Labour Organization, *Global Employment Trends 2014, Risk of a Jobless Recovery?*, Ginebra, International Labour Office, 2014.
- Jay, Martin, *Marxism and Totality: The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*, Los Ángeles, University of California Press, 1984.
- Juanes, Jorge, “Arte y redención”, en Bolívar Echeverría (comp.), *La mirada del ángel*, México, Era, 2005.
- , *T. W. Adorno, individuo autónomo-arte disonante*, México, Libros Magenta, 2010.
- Kautsky, Karl, *El camino del poder*, México, Grijalbo, 1968.
- , “Teorías de las crisis”, en Lucio Colletti, (comp.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- Klare, Michael T., *Sangre y petróleo: peligros y consecuencias de la dependencia del crudo*, Barcelona, Tendencias Editores, 2006.
- , *The Race for What’s Left: The Global Scramble for the World’s Last Resources*, EUA, Metropolitan Books, 2012.
- Klein, Naomi, *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, México, Paidós, 2014.
- Korsch, Karl, *Karl Marx*, España, Ediciones Folio, 2004.
- Lafargue, Paul, *El derecho a la pereza*, México, Grijalbo, 1970.
- Lenin, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Editorial Progreso, 1975.
- , *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Editorial Progreso, 1966.
- , *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972.
- Lindert, Peter H., *El ascenso del sector público: el crecimiento económico y el gasto social del siglo XVIII al presente*, vol 1, México, FCE, 2011.
- Löwy, Michael, *Ecosocialismo: la alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Buenos Aires, El Colectivo/Ediciones Herramienta, 2011.
- Lukács, Georg, “¿Qué es marxismo ortodoxo?”, en Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, pp. 1-28.

- Luxemburg, Rosa, “La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx: una anticrítica”, en Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, Barcelona, Grijalbo, 1978.
- , *La acumulación del capital*, Barcelona, Grijalbo, 1978.
- Maddison, Angus, *The World Economy: A Millennial Perspective*, París, OCDE, 2001.
- Mahnkopf, Birgit, “Desigualdad social o giro a “economía verde”: ¿respuesta adecuada para la crisis epocal del capitalismo?”, *Mundo Siglo XXI*, núm. 32, México, CIECAS-IPN, 2014.
- Mandel, Ernest, *El capitalismo tardío*, México, Era, 1979.
- Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, México, Ariel, 2004.
- Marshall, Thomas Humphrey, “Ciudadanía y clase social”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, núm. 79/97, pp. 297-344.
- Martínez Alier, Joan, y Arcadi Oliveres, *¿Quién debe a quién?: deuda ecológica y deuda externa*, España, Diario Público, 2010.
- , “Quimsacocho: ‘mendigos sentados en un saco de oro’”, *La Jornada*, 7 de octubre de 2012.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979.
- , *La Sagrada Familia*, México, Grijalbo, 1981.
- , *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Editorial Progreso, 1990.
- Marx, Karl (Engels Friedrich), *El capital*, tomo III, vol. 6, México, Siglo XXI, 2005.
- , *El capital*, tomo II, vol. 4, México, Siglo XXI, 2004.
- , *El capital*, tomo II, vol. 5, México, Siglo XXI, 2004.
- , *El capital*, tomo III, vol. 7, México, Siglo XXI, 2009.
- , *El capital*, tomo III, vol. 8, México, Siglo XXI, 2009.
- Marx, Karl, “Proyecto de respuesta a la carta de V. I. Zasúlich”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, vol. III, Moscú, Editorial Progreso, 1974, pp. 161-170.



- Marx, Karl, *Carta de Marx a Ludwig Kugelmann, Hannover, Londres, 11 de julio de 1868*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas en 3 tomos*, tomo II, Moscú, Editorial Progreso, 1973.
- , *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 2008.
- , *Crítica del Programa de Gotha*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas en 3 tomos*, tomo III, Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- , *Cuadernos de París*, México, Era, 1974.
- , *Discurso sobre el libre intercambio*, en Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1987.
- , *El capital, libro I, capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*, México, Siglo XXI, 2001.
- , *El capital*, tomo I, vol. 1, México, Siglo XXI, 2003.
- , *El capital*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI, 2003.
- , *El capital*, tomo I, vol. 3, México, Siglo XXI, 2003.
- , *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 3, México, Siglo XXI, 1986.
- , *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 2, México, Siglo XXI, 1986.
- , *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 3, México, Siglo XXI, 1987.
- , *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *La Sagrada Familia*, México, Grijalbo, 1981.
- , *La guerra civil en Francia*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1978.
- , *La tecnología del capital*, México, Itaca, 2005.
- , *Las luchas de clases en Francia de 1848-1850*, en Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, México, Origen/Planeta, 1986.
- , *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Editorial Colihue, 2006.

- Marx, Karl, *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1987.
- , *Salario, precio y ganancia*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976.
- , *Teoría sobre el plusvalor*, en Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- , *Trabajo asalariado y capital*, México, Origen/Planeta, 1986.
- Mattick, Paul, *Crítica de la teoría económica contemporánea*, México, Era, 1980.
- , *Marx y Keynes: los límites de la economía mixta*, México, Era, 1975.
- Napoleoni, Claudio, *Smith, Ricardo, Marx: considerações sobre a história do pensamento económico*, Río de Janeiro, Edições Graal, 1988.
- O'Connor, James, *Causas naturales: ensayos de marxismo ecológico*, México, Siglo XXI, 2001.
- Ogborn, Miles, *Spaces of Modernity: London's Geographies 1680-1780*, Nueva York, The Guilford Press, 1998.
- Organisation for Economic Co-operation and Development, *All On Board: Making Inclusive Growth Happen*, OCDE, 2014.
- Osorio, Jaime, *Crítica de la economía vulgar, reproducción del capital y dependencia*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAZ, 2004.
- , *El Estado en el centro de la mundialización: la sociedad civil y el asunto del poder*, México, FCE, 2014.
- Pace, Enzo, y Renzo Guolo, *Los fundamentalismos*, México, Siglo XXI, 2006.
- Palti, José Elías, *Verdades y saberes del marxismo: reacciones de una tradición política ante su “crisis”*, México, FCE, 2010.
- Pannekoek, Anton, “La teoría del derrumbe del capitalismo”, en Anton Pannekoek *et al.*, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Pasado y Presente, 1978.
- Piketty, Thomas, *Capital in the Twenty-first Century*, Cambridge, Harvard University Press, 2014.
- , *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014.
- Pogge, Thomas, “Crítica al progreso cosmético de la pobreza y el hambre del Banco Mundial y los Objetivos del Milenio”, *Mundo Siglo XXI*, núm. 34, México, CIECAS-IPN, 2014, pp. 5-22.

- Pomeranz, Kenneth, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), *Hacia una economía verde: guía para el desarrollo sostenible y la erradicación de la pobreza. Síntesis para los encargados de la formulación de políticas*, Francia, 2011.
- Reinert, Erik S., *La globalización de la pobreza: cómo se enriquecieron los países ricos... y por qué los países pobres siguen siendo pobres*, Crítica, Barcelona, 2007.
- Rifkin, Jeremy, *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Barcelona, Paidós, 2004.
- *La Tercera Revolución Industrial: cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Barcelona, Paidós, 2011.
- Roberts, Paul, *El fin del petróleo*, España, Diario Público, 2010.
- Rockström, Johan, et al., “Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity”, *Ecology and Society*, 14 (2), 2009, en <http://www.ecologyandsociety.org/vol14/iss2/art32/>.
- Rosdolsky, Roman, *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México, Siglo XXI, 2004.
- Sacristán, Manuel, *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, España, Diario Público, 2009.
- Sartre, Jean-Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963.
- Schmidt, Alfred, *El concepto de naturaleza en Marx*, España, Siglo XXI, 1977.
- Schmidt, Conrad, “Contribución a la teoría de las crisis comerciales y de la sobreproducción”, en Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- Schumpeter, Joseph A., *Diez grandes economistas: de Marx a Keynes*, Madrid, Alianza, 1971.
- Shaikh, Anwar, “An Introduction to the History of Crisis Theories”, en *U. S. Capitalism in Crisis*, Nueva York, Union for Radical Political Economics (URPE), 1978.

- Shiva, Vandana, *Manifiesto para una democracia de la Tierra: justicia, sostenibilidad y paz*, Barcelona, Paidós, 2006.
- Sousa Santos, Boaventura de, “El Norte, el Sur, la utopía y el *ethos barroco*”, en Bolívar Echeverría (comp.), *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, México, El Equilibrista, 1994.
- , *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Montevideo, Trilce, 2010.
- , y César Rodríguez Garavito (eds.), *El derecho y la globalización desde abajo*, México, Anthropos, 2007.
- Sweezy, Paul M., *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1973.
- , y Paul A. Baran, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1968.
- The Economist Intelligence Unit, *China's Urban Dreams and the Regional Reality*, EIU Limited, 2014.
- Tugán-Baranovsky, Mijaíl, “Fundamentos teóricos del marxismo, el derrumbe del orden económico capitalista”, en Lucio Colletti (comp.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- Villarreal, René, *Industrialización, competitividad y desequilibrio externo en México: un enfoque macroindustrial y financiero (1929-2010)*, México, FCE, 2010.
- Wallerstein, Immanuel (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 2013.
- , “¿Crisis, cuál crisis?”, en Marco A. Gandásogui y Dídimo Castillo Fernández (coords.), *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, México, Siglo XXI, 2010.
- , “El Foro Social Mundial, Egipto y la transformación”, *La Jornada*, 26 de febrero de 2011.
- , “La crisis como transición”, en Samin Amir *et al.*, *Dinámica de la crisis global*, México, Siglo XXI, 2005.
- , *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI, 2013.
- , *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos: un análisis de sistemas-mundo*, Madrid, Akal, 2004.
- , *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, México, Siglo XXI, 2011.

- , *Crisis estructurales*, *New Left Review*, núm. 62, marzo-abril de 2010.
- , *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 2005.
- , *El capitalismo histórico*, México, Siglo XXI, 2003.
- , *El moderno sistema mundial*, vol. 4, *El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914*, México, Siglo XXI, 2014.
- , *El moderno sistema mundial*, vol. I, *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1999.
- , *Estados Unidos confronta al mundo*, México, Siglo XXI, 2012.
- , *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*, Barcelona, Kairós, 2007.
- , *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, México, Contra-historias, 2008.
- , *Impensar las ciencias sociales, límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Siglo XXI, 1999.
- , *La crisis estructural del capitalismo*, Bogotá, Ediciones desde Abajo, 2007.
- , *La decadencia del poder estadounidense*, Era, México, 2005.
- , *Universalismo europeo: el discurso del poder*, México, Siglo XXI, 2007.
- , *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo XXI, 2010.
- Wallerstein, Immanuel, Giovanni Arrighi, André Gunder Frank y Samin Amir, *Dinámica de la crisis global*, México, Siglo XXI, 2005.
- Wallerstein, Immanuel, Giovanni Arrighi, y Terence K. Hopkins, *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, 2012.
- Williamson, Jeffrey G., *Comercio y pobreza: cuándo y cómo comenzó el atraso del Tercer Mundo*, Barcelona, Crítica, 2012.
- Žižek, Slavoj, *En defensa de la intolerancia*, España, Diario Público, 2010.





